CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por

Mons. CARLOS GIBIER
Obispo de Versalles

FERENCIAS APOLOGÉTICAS
CARLOS GIBIER, Obispo de Versalles

I

IOS Y SU OBRA

RADUCCIÓN DE LA VIGÉSIMA EDICIÓN FRANCESA POR EL
DR. MODESTO H. VILLAESCUSA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESORES DE JUAN GILI
CORTES, 581 - BARCELONA
1926

ES PROPIEDAD

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTÍN MAS FOLCH, PBRO.

Barcelona, 16 de Junio de 192

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JUAN FLAQUER

Por mandato de Su Sria.
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

Tipografía de los editores

PROLOGO

Las conferencias que publicamos en este volumen, son las primeras que pronunciamos, hace dieciocho años, en la misa para hombres de San Paterno. Las publicamos tales como fueron compuestas, por cuanto las atenciones de mi primer año de episcopado, en una época tan agitada y perturbada como la nuestra, no nos han dejado tiempo ni lugar de retocarlas y pulirlas. Tan sólo hemos hecho alguna alusión a acontecimientos más recientes que venían a legitimar nuestras previsiones y a justificar nuestros temores de entonces.

En aquella época ya distante, buscábamos el medio de agrupar a los hombres en la iglesia, de darles una instrucción propia para despertar su interés y pertrecharlos, y movidos por esta única aspiración, preparábamos estas conferencias. No podíamos prever entonces que esta institución de la misa para hombres obtu-

viese tan admirable éxito y reuniese cada año mayor número de oyentes, ni que llegara un día en que estas instrucciones, compuestas para un momento dado, en los pocos ratos de libertad que nos dejaban la construcción de una iglesia y la organización de una gran parroquia, fueran reunidas en un volumen; ni menos podíamos pensar que las revistiéramos, al publicarlas, de la autoridad que da el Episcopado. Dios ha permitido todas estas cosas sin duda para bendecir nuestro humilde esfuerzo y nuestra buena voluntad, pero sobre todo para enseñanza y estímulo de los que tienen el cargo de evangelizar las parroquias.

Anhelamos vivamente que el éxito con el cual ha querido la divina Providencia coronar nuestra empresa, aliente y sostenga a los que se propongan emplear el mismo método, y esperamos que este nuevo volumen les ayudará en la obra tan urgente y necesaria de la evangelización de los hombres. Tratamos en él de Dios y su obra, *cuestión de vivísima actualidad, ya que uno de los caracteres de la impiedad contemporánea consiste en ser radical, en atacar al mismo Dios, en dudar de su existencia, en negar su intervención en el mundo, en combatir todo lo que de cerca o de lejos recuerda sus derechos o proclama sus beneficios. "La hora es grave para la Iglesia... pero ante todas cosas, es preciso salvar la fe", escribía el abate Gayraud en el prefacio de su última obra,* La foi devant la raison.

[illegible] exacto. La necesidad de reparar las ruinas [illegible]les de la hora presente, no debe hacernos ol[illegible] el fin supremo, que consiste en mantener en las [illegible] la creencia en un Dios, creador y juez, en excitar [illegible] las voluntades la enérgica resolución de servir [illegible]quel que es el dueño eterno, y en encender en los [illegible]ones el amor del que es Padre misericordioso.

[illegible]egue a Dios que estas conferencias, compuestas [illegible] curso de nuestro primer año de vida parroquial, [illegible]blicadas durante el primer año de vida episcopal, [illegible]en y ayuden las buenas voluntades, e iluminen y [illegible]ertan muchas almas. Tal es nuestro deseo, y tal [illegible] nuestra mejor recompensa.

[illegible]lles, en la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, 3 de Mayo de 1907.

CARLOS, *obispo de Versalles*

CONFERENCIA PRIMERA

La religión

SEÑORES:

La misa de los hombres queda instituída; a ella os invito a todos. ¿De qué hablaremos cada domingo? ¿Qué haremos aquí, vosotros y yo? Hablaremos de la religión, y realizaremos juntos actos religiosos. ¡La religión! Todo el mundo habla de ella, Dios la reclama, la sociedad y el alma humana la necesitan. Ella nos agrupará y será la razón de ser de nuestras reuniones dominicales. Vale la pena de que así lo hagamos; no perderemos el tiempo.

I. La religión es una actualidad.

Nuestro siglo es por modo eminente el siglo de los grandes descubrimientos y de los progresos materiales. Contemplad domadas y suavizadas las fuerzas naturales, ved cómo la industria multiplica sus productos, observad de qué modo la ciencia centuplica, por medio

de potentes e ingeniosas aplicaciones, las energías del hombre y pone casi a merced suya el tiempo, el espacio, los elementos.

En el seno de ese inmenso torbellino de placeres, de negocios, de inventos y preocupaciones materiales, ¿qué será de la religión? ¿Zozobrará sin duda, descenderá al segundo término? No ciertamente. Por todas partes y a cada instante topamos con la cuestión religiosa, y los más indiferentes en apariencia son a menudo los más dispuestos a penetrar en tan candente terreno. La religión sigue constituyendo el objeto principal de la curiosidad contemporánea. Se habla de ella en los libros, en los periódicos, en las conferencias; se habla de ella en las academias, en los salones, en los talleres, y aun en los campos; se habla de ella en la casa, en la calle, en las plazas públicas; se habla de ella en las asambleas deliberantes, en Francia, en Europa, en ambos mundos. Refieren los viajeros que cuando el viento a la caída de la tarde roza la arena del desierto, óyese a lo lejos algo así como un suspiro prolongado. "Escucha—dice entonces la voz del árabe,—escucha el desierto. ¿Oyes como llora? Se lamenta porque querría ser una pradera" ¡Ah, he ahí bien retratatado nuestro siglo! Lleva una llaga en el corazón, padece; en vano presenta sus labios ardorosos a todos los vientos de la tierra; interroga, espera el rocío del cielo, y al plantear constantemente, al agitar a cada paso la cuestión religiosa, confiesa que la religión, actualidad siempre palpitante, es su primera necesidad, la última palabra de sus sueños y aspiraciones.

II. La religión es una necesidad.

Es la necesidad de las sociedades y la necesidad de las almas.

Imaginad *una sociedad*, un mundo que no tuviera otro guía que la ciencia ni otro término que el progreso material. ¡Qué lamentable espectáculo! ¡qué profunda e inevitable decadencia bajo el aspecto engañador de la prosperidad! La ciencia humana es buena; es preciso difundirla sin medida por medio del libro, del periódico, de la escuela, de las conferencias. Es buena, pero insuficiente. Reducida a sus propias fuerzas, no es, ni lo será jamás, una garantía de moralidad ni de felicidad. No salvaréis el mundo con el arte, aunque sea universal, de leer, de escribir, de contar, porque el alfabeto, las palabras, la gramática, las cifras no tienen en sí mismas ningún sentido moral, y todo depende del uso que de ello se haga. No lo salvaréis con las matemáticas por sí solas, porque enseñan a hacer puentes, pero no a vivir. No lo salvaréis con la filosofía por sí sola, porque plantea más problemas que puede resolver. No lo salvaréis con la elocuencia y la poesía por sí solas, porque han entrado cien veces en las conspiraciones urdidas contra la verdad y contra la virtud. No lo salvaréis con la física, la química y la astronomía por sí solas, porque si manipulan las fuerzas naturales, son impotentes para refrenar las pasiones del corazón humano. Señores, no con frases, no con cifras, no con axiomas podráse mantener el respeto a los magistrados y a la propiedad, el deber de la obediencia, el honor de las familias, la seguridad de las naciones, la paz del mundo. Hay una ciencia necesaria, profunda, práctica, completa, base inmutable de la probidad y pureza de las costumbres, una ciencia de todos los días y de todos los estados, una ciencia de todos los deberes y de todas las virtudes, una ciencia, no solamente deseable, no solamente útil, no solamente espléndida, sino necesaria, indispen-

sable, irreemplazable... La ciencia de la religión. "Si tuviera en mis manos el beneficio de la fe—exclamaba en la tribuna francesa un gran hombre de Estado, Thiers, en 1845,—las abriría sobre mi país. En cuanto a mí, amo cien veces más una nación creyente que una nación incrédula. Una nación creyente está mejor inspirada cuando se trata de las obras del espíritu, y es más heroica cuando se trata de defender su grandeza."

Remontémonos más alto, señores. Quiero mostraros, iluminada por una luz superior, la necesidad que de la religión tiene el *alma humana*. Nuestro destino, lo comprenderéis sin esfuerzo, no se cumple en la tierra. Somos aquí bajo algo así como un navío en marcha. Ahora bien, ¿cuál es nuestro punto de partida? ¿cuál será nuestro término? Dormía yo en la nada, y de repente cogióme una mano y me dijo: ¡Ven! ¿De donde vengo? ¿A dónde voy? ¿Qué hay más allá de la muerte? ¿En qué consiste la vida futura? Trabajo, consigo el éxito, pero ya tengo cincuenta, sesenta años, y tengo mi bastón de capitán general; sólo me resta morir. ¿Por qué la muerte? Pero es que todo muere en torno mío. Ved ese padre; tiene una hija hermosa, y muere a los dieciséis años. He ahí un joven casado ayer; de repente ve que se le escapa la felicidad; la vida de su joven esposa ha sido segada en flor. ¿Por qué? Interroga a la ciencia contemporánea, a todas las ciencias de este siglo, y no son capaces de esparcir un solo rayo de luz sobre tan vastas y formidables cuestiones. Y yo os pregunto, señores, ¿es que la ciencia puramente humana ha explicado jamás uno solo de los problemas del mundo invisible? Cuando padecéis, cuando os encontráis perturbados por el remordimiento, cuando emprendéis el camino del cementerio con el corazón vacío

y desesperado, ¿se os ocurre por ventura correr a arrojaros a los pies de un sabio? ¿Esto no os parece irónico? ¡Oh, la amarga irrisión! Este siglo ha hecho de la ciencia un ídolo. Invoca la ciencia, de ella parece que espera la luz y la paz; mas de este ídolo hay que decir lo que el rey David decía de los ídolos de madera y de piedra de su tiempo: "Tiene ojos, y no ve; tiene oídos, y no oye; tiene boca, y no habla." Impasible y muda, como la esfinge de piedra que el antiguo Egipto colocaba en el umbral de sus templos, jamás dirigió a la especie humana una sola palabra de certeza sobre su destino. Ella ilumina los problemas del mundo material, pero no proyecta un solo rayo de luz sobre la noche del mundo invisible. Con la ciencia humana solamente, ignora el hombre lo que ante todas cosas debe saber: los secretos de su destino y, por consiguiente, el secreto de vivir bien y morir bien. Se parece a un árbol que vegeta por la raíz, pero cuya cima será herida por el rayo. La religión es una necesidad para el alma humana y para la sociedad. Pero todavía hay más.

III. La religión es un deber.

Dios es creador y padre. Espera, reclama nuestras adoraciones, nuestras plegarias. Tiene derecho a un culto, no solamente interior y privado, sino externo, público y social. Los hombres procuran aproximarse los unos a los otros en el trabajo, en la industria, en las artes, en la ciencia... ¿Y no podrían reunirse en las ceremonias y prácticas de la religión? Los hombres se juntan para nombrar sus representantes y deliberar sobre asuntos públicos; se juntan en conferencias literarias y científicas para desarrollar en ellos el gusto del estudio y la pasión del saber; se juntan desde un ex-

tremo al otro del mundo para mostrar en exposiciones universales las maravillas de la inteligencia humana; se juntan para ver correr caballos y oir conciertos, declarando así que el hombre es un ser esencialmente social, y que sus placeres, su instrucción, sus deberes, todo es colectivo en el género humano... Y bien, para el pensamiento que debe dominar a todos los demás, para la expresión del sentimiento que más le honra, para la manifestación de la idea y de la vida religiosa, ¿habrá de aislarse el hombre? No, esto no es posible, esto no estaría en orden. El género humano es uno, y en el concierto de alabanzas que la Creación hace oir en honor del Creador, tiene como una voz inmensa, que se compone de todas las voces humanas asociadas y armonizadas. Vosotros sois, señores, la porción substancial, la parte fuerte del linaje humano. Dios acepta vuestros homenajes. Si se los rehusarais, faltaría algo en ese gran concierto de la adoración universal, faltaría la nota principal, la nota dominante. Dios quedaría frustrado en sus derechos más sagrados, como quedaríais vosotros en vuestras necesidades más elevadas y esenciales.

Conclusión.—Venid aquí cada domingo a profesar la religión.

Venid, señores, venid a reunirse y asociarse en una oración común al pie del mismo altar. Obreros, venid a pedir a Dios vuestro pan de cada día; aquí es donde uno se realza, se consuela, se ennoblece. Ricos y grandes de la tierra, venid a rendir a Dios el homenaje de vuestra opulencia; cuanto más exquisitos son los beneficios, más profunda debe ser la gratitud; allí donde los pequeños se inclinan, deben los grandes hundir

su frente en el polvo. Venid, ancianos, venid a meditar los años eternos. Y vosotros, jóvenes, venid también, venid a buscar en el templo saludables remordimientos y el secreto de conservaros fuertes conservándoos puros; venid a adquirir en una oración silenciosa y en el espectáculo de la religión públicamente practicada, los grandes pensamientos de la fe, los generosos instintos de la virtud.

¡Cuán hermoso es, señores, ver en nuestras iglesias al niño explayando ante Dios su corazón inocente, a la joven abrigando su perseverancia en la sombra y el misterio del lugar sagrado, a la madre de familia derramando sus lágrimas discretas al pie del tabernáculo! Pero un hombre en oración, hombres que ruegan, que depositan en el corazón divino el fardo de sus miserias, de sus preocupaciones, de sus responsabilidades, hombres que dicen a Dios: Dios mío, soy débil, nada puedo sin Ti... he ahí un espectáculo mucho más hermoso, un espectáculo digno de la admiración de la tierra y de los ángeles. Tal es el espectáculo que daréis cada domingo en estas reuniones que os están destinadas. El hijo verá aquí a su padre; el obrero se encontrará aquí con su patrono; el pobre se arrodillará al lado del rico. Y, en presencia de esta gran fusión de todas las edades, de todas las categorías, de todas las condiciones, el cobarde respeto humano será aniquilado en muchas almas, los que creen se sentirán más fuertes, los escépticos veránse conmovidos, y los tímidos serenos y fortalecidos. Saldréis del templo como un batallón sagrado dispuesto a afrontar las vanas objeciones de la incredulidad y las serias luchas de la vida cristiana.

Oraremos en común. Juntos cantaremos nuestro *Credo*. ¿Qué hay de más hermoso que el *Credo* can-

tado por la muchedumbre? Ninguna música iguala en majestad la voz potente y unánime de los hombres que proclaman con lengua intrépida y sonora sus creencias religiosas. "Señor cura—me decía uno de estos días un buen feligrés,—el mayor atractivo de la misa de los hombres, será el *Credo* cantado por los hombres." Señores, desde hoy haréis la experiencia y la renovaréis cada domingo; y tan hermoso os parecerá esto, y a la vez tan provechoso a vuestras almas, y tan dulce a vuestros corazones, que cada domingo querréis renovar el espectáculo.

Sí, cada domingo vendréis a esta iglesia, y en ella encontraréis un puesto que os espera, un Dios para oiros, un sacerdote para hablaros y hermanos para edificaros. Y volveréis en gran número, como hoy, en mayor número todavía; y traeréis aquí a vuestros padres, a vuestros hijos, a vuestros amigos, a vuestros vecinos; y cada domingo, a la misma hora, se elevará en este templo, consolado y regocijado, una ferviente plegaria, un canto majestuoso, un acto soberano de religión, que hallará eco en toda la parroquia y subirá hasta el corazón de Dios.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

Cuánto importa instruirse en religión

Señores:

La religión es la más viviente de las actualidades, la más profunda de las necesidades, el más sagrado de los deberes. Es preciso profesarla. Pero, para profesarla, hay que empezar por conocerla. Uno de los fines principales de la misa de los hombres, es precisamente la distribución y difusión de la instrucción religiosa. Este fin es de soberana utilidad. Si uno no se instruye a fondo en la religión, no la conoce, o la conoce mal. Ahora bien: 1.° no conocer la religión es un mal gravísimo; 2.° conocerla mal, no es pequeña desgracia.

I. No conocer la religión es un mal gravísimo.

1.° *Es ignorar lo esencial.*

Tenemos un alma. Dios existe. Hay otra vida. Moriremos mañana. Dios, Creador y Juez, habiendo abierto la puerta de esta vida para hacernos entrar en ella, se

encontrará en el umbral del otro mundo para colocarnos en nuestro sitio. ¿De qué nos servirá haber sido sabios en historia, en filosofía, en matemáticas, en ciencias naturales, si no conocemos a Dios, ni su ley, ni nuestro origen, ni nuestra naturaleza, ni nuestro deber, ni nuestro destino? ¿De qué nos servirá haber tenido ciencia, si no tuvimos fe? "El que no crea, será condenado—dice Jesucristo, la sabiduría eterna, la ineluctable justicia.— El que no crea, ya está juzgado, *jam judicatus est*." Ahora bien, para creer las verdades de la religión, primero hay que conocerlas. No conocer la religión, es ignorar lo esencial.

¿Dudáis de ello? Abrid los oídos y escuchad. En el Antiguo y en el Nuevo Testamento, en las asambleas nacionales y en los congresos internacionales, en la ciudad y en el campo, en la calle y en la casa, en la iglesia y en el café, en los salones y en los talleres, se habla de religión. Se habla de ella sin cesar y en todas partes. No conocerla, es ignorar lo esencial.

¿Dudáis de ello? Abrid los ojos y mirad. En las revueltas de los caminos, en medio de los árboles rebosantes de verdor o floridos que cubren nuestros valles y llanuras, se eleva el árbol austero de la Cruz. Por encima de las habitaciones humanas, vense nuestros templos, imponentes o graciosos, que elevan la Cruz hacia el sol y el relámpago y la oponen con altivez al paso de las tormentas. Con ello se dice a los hombres que la religión domina todos los intereses de aquí bajo No conocerla, es ignorar lo esencial.

¿Dudáis todavía? Sabed, pues, que si hay en los pueblos de Europa más civilización y libertad, y más honor y dignidad en las familias, y más belleza y elevación moral en las almas, que a la sombra de las pagodas de la China y de las mezquitas de Turquía, a Jesucristo y

su Evangelio se le debe. La religión cristiana es el aroma divino que impide la corrupción de los pueblos. No conocerla, es ignorar lo esencial.

2.° *Es deslizarse hacia la desmoralización.*

¿Qué no se ha hecho entre nosotros desde hace veinte años para abolir la enseñanza religiosa y cegar en nuestra nación la savia del cristianismo?

Para educar a la juventud en la indiferencia de toda religión, Francia, en veinte años, ha sufrido una sangría de más de mil millones.

¿Qué hemos ganado en ello? Un aumento en la criminalidad, como está escrito en las estadísticas judiciales; un aumento del alcoholismo; hace cincuenta años éramos el pueblo más sobrio del mundo; hoy casi vamos a la cabeza en el consumo del alcohol; tenemos quinientos mil puestos de bebidas, más de un puesto por cien habitantes;—un aumento en los divorcios, en los nacimientos ilegítimos; la cifra de éstos se ha duplicado en veinte años;—un aumento en la pornografía, en la prostitución, en la vagancia, en la mendicidad; las cartillas son incontables, los desordenados innumerables, y con ello los hogares se despueblan, la natalidad disminuye en proporciones que espantan al patriotismo; cada año tenemos un excedente de treinta y cinco mil nacimientos, en tanto que en Alemania pasan de quinientos mil. Nos agotamos moralmente y aun físicamente. He ahí el producto neto de la moral sin Dios. Se ha sembrado la irreligión, se cosecha la desmoralización. En apariencia no tiene importancia el desconocimiento del catecismo; en realidad, morimos por causa de esta ignorancia. No conocer la religión, es ignorar lo esencial y deslizarse hacia la desmoralización.

3.° *Es hundirse en la desesperación.*

Una de estas noches tuve un sueño, un sueño trágico. Vi pasar en mi sueño una procesión, una larga procesión, la procesión de los desesperados.

En esta procesión había mujeres de rasgos crispados, de figura ennegrecida, de párpados abiertos, de ojos vidriosos... que llevaban en sus manos un braserillo en el que se extinguían carbones.

En esta procesión, había ancianos que no habían sabido esperar en su puesto la hora fatídica escogida por la Providencia, y habían manchado sus blancos cabellos con sangre voluntariamente vertida.

En esta procesión había hombres que habían abandonado la vida una noche de desorden, una madrugada de libertinaje, en una hora de fastidio, o para evitar la vergüenza saludable de una humillación ante el mundo.

En esta procesión había jóvenes disgustadas de todo a los dieciséis, a los dieciocho años, que se habían suicidado sin poder o sin querer oír la voz del divino Olvidado que murmura en nuestros templos: "Venid a mí cuantos padecéis, cuantos lloráis, y yo os consolaré."

En esta procesión había también niños, niños pequeñitos, a los cuales jamás se les había enseñado a unir sus manos para rogar al Padre que está en los cielos, niños que havían vuelto sus débiles manos contra sí mismos y se habían suicidado por una contrariedad, por una reprimienda, por un juguete, por un pastel que se les había negado, por un plato que habían roto.

Y de toda esta procesión que sudaba sangre y olía a muerte, oía elevarse hacia el cielo negro, una queja lenta, perpetua, desgarradora: "¡ Malditos por siempre jamás los que nos han arrebatado la fe! ¡ Malditos los que nos han arrebatado a Cristo! ¡ Malditas, tres veces malditas las sociedades sin Dios y sin religión!"

No conocer la religión es una gran desgracia, porque es ignorar lo esencial, es deslizarse hacia la desmoralización, es hundirse en la desesperación.

Son raros, diréis, los que no conocen la religión. Y los que la conocen mal, ¿creéis que son raros? Yo afirmo que son legión. De cien hombres tomados al azar, pongamos diez que conocen bien la religión, y diez que no la conocen en manera alguna; quedan ochenta que la conocen mal.

II. Conocer mal la religión, no es pequeña desgracia.

Cuando se conoce mal la religión, se la practica mal, no se la defiende bien, y se la propaga menos.

1.° *Falta convicción para practicarla.*

Practicar la religión, no es asunto de poca monta. Nos impone deberes con frecuencia difíciles; deberes para con Dios, para con el prójimo, para con nosotros mismos. Ser piadoso, justo, casto, caritativo, evitar el pecado, prevenirlo por la vigilancia y la oración, repararlo por el arrepentimiento y la confesión, no es ciertamente empresa fácil. Para cumplir semejante programa, hay que apoyarse, no en ideas vagas, flotantes, indeterminadas, sino en convicciones precisas, firmes, inquebrantables. El hombre que duda no puede ser un cristiano serio, sólido, completo. Cuando se conoce mal la religión, se la practica mal.

2.° *No se tiene valor para defenderla.*

Antes, podía uno contentarse con una fe tradicional y hereditaria. Cuando la religión era indiscutida, no era

preciso justificarla ante la opinión. Hoy llueven objeciones por todas partes. A cada instante estallan en la prensa y en las conversaciones, en los talleres y en los salones. ¿Cómo os comportaréis, hombres de buena fe, en medio de esos ataques, si no estáis bien armados? ¿Y cómo os armaréis, si no estáis sólidamente instruídos? Hoy el mismo obrero, si no quiere pasar con la cabeza baja por entre el cúmulo de mentiras y errores que por todas partes lo agobian, debe conocer con seguridad y exactitud su religión; debe estar en condiciones de refutar en el acto las estúpidas objeciones que se dirigen contra la fe cristiana. El católico que ignora o que duda, no está en disposición de resistir los ataques de fuera. Cuando se conoce mal la religión, no se la defiende bien.

3.º *Falta celo para defenderla.*

Dice el P. Lacordaire: "Desde que un alma tiene fe, es apóstol." Verdad es, pero a condición de que la fe sea ilustrada. Si nuestra fe es luminosa, irradia y calienta; si no lo es, queda estéril y nada engendra. Por desgracia, señores, nos lamentamos de que la fe disminuye, y las lamentaciones no carecen de razón. Mas ¿de quién es la culpa? Primeramente del clero, que no evangeliza como debería, y luego de los cristianos, que, por lo regular, se contentan con una instrucción religiosa rudimentaria, y, por lo mismo, impotente e ineficaz. Cuando se conoce mal la religión, se la practica mal, no se la defiende bien, y se propaga peor todavía.

Muchos hombres no conocen la religión.—El sabio sulpiciano, abate Boyer, encontróse un día en una diligencia con una dama, que le dijo: "¿Sabéis, señor abate, que soy incrédula, y que, en materia de religión,

no creo en nada?—Pero, señora, ¿no creéis en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma?—Oh, sí, pero sin creer en el infierno.—¿Creéis en la revelación?—No.—¿Habéis leído los escritos de Bossuet y Fenelón, los sermones de Bourdaloue y de Massillón?—A buen seguro que no.—Pero, señora, si no conocéis nada de esto, decid que sois una ignorante, no una incrédula." ¡Cuántos hombres hay, señores, que son mujeres bajo este concepto y que, en materia de religión, son menos incrédulos que ignorantes! Vosotros sois de los escogidos; en manera alguna os alcanza este reproche; pero estoy bien autorizado para dirigirlo por encima de vuestras cabezas a muchos de vuestros contemporáneos que no conocen la religión, o la conocen mal.

Muchos hombres conocen mal la religión.—El general Lamoricière, como hombre serio y leal que era, estudiaba la cuestión religiosa. Tenía sobre su mesa el catecismo y la Imitación de Cristo. Fué a visitarle uno de sus amigos, lo encontró con estos libros en la mano, y se quedó asombrado. "Y bien, sí—exclamó Lamoricière.—Yo soy así. No quiero estar como V. suspendido entre el cielo y la tierra, entre el día y la noche. Quiero saber adónde voy, y a qué atenerme, y no hago de ello misterio alguno." ¡Bellas palabras de aquel gran soldado de Francia, que entró en la otra vida como había entrado en Constantina, con la espada en la mano! Si es verdad que vosotros conocéis la religión, verdad es también que no la conocéis bastante. Venid aquí a completar vuestra instrucción religiosa y traed aquí a tantos hombres que, en materia de religión, no saben nada, o saben muy poco.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

Cómo instruirse en religión

SEÑORES:

Importa soberanamente conocer, y conocer bien, la religión. Mas, para conocer, y conocer bien, la religión, ¿cómo arreglárnoslas? ¿qué hay que hacer? ¿Por ventura es imposible? No, ciertamente. ¿Es siquiera difícil? Tampoco. Basta querer, investigar y entender.

I. Para conocer la religión basta querer.

¿Hay, pues, hombres que no quieren conocer la religión? Los hay a centenares, a millares. Los unos por odio, los otros por desdén, muchos por temor, se niegan a ver claro y a instruirse.

He ahí un hombre que detesta la religión y que, detestándola, no quiere conocerla. ¿Por qué la detesta? Ni siquiera lo sabe, o no lo sabe bien. Víctima de mala educación, es irreligioso de nacimiento, por instinto, por hábito. Mamó la impiedad con la leche, y en cierto

modo la impiedad entró en su sangre y en sus tuétanos. O bien, víctima de sus propias pasiones, entrevé claramente en la religión el símbolo, y tras el símbolo el decálogo, y a la sola vista de una sotana, se dice por lo bajo: "Nada prueba que este hombre negro esté en lo falso; pero si está en lo verdadero, estoy perdido." Y dicho esto, deliberadamente, se niega a instruirse.

Luego, al lado de los que detestan la religión, hay los que la desdeñan. ¿De qué sirve estudiar la religión para conocerla? No vale la pena. Esto no da dinero, no granjea le estimación de los hombres, no abre el camino de los empleos y de los honores. La religión no se toca, ni se come, ni se salda con alabanzas, con aplausos, con dinero. Verdaderamente, no merece un minuto de atención. Dejémosla a las mujeres, a los niños, a los viejos. Hagamos negocio, ganemos dinero, divirtámonos mientras podamos. Luego, cuando seamos viejos, cuando no seamos buenos para nada, veremos. Se detesta la religión, se la desdeña. ¿Por qué?

Porque en el fondo se le teme, y, temiéndola, no quieren conocerla. Muchos hombres que se lamentan de no tener fe, tienen buen cuidado de no hacer nada que a ella conduzca, semejantes a esos obreros que piden trabajo y ruegan a Dios que no lo encuentren, o bien, semejantes a esos ciegos de que se habla en la vida de San Martín, que esquivaban el encuentro del gran taumaturgo, porque tenían un miedo horrible de que los curara y se vieran así obligados a renunciar a su vida fácil, mendiga y perezosa. Señores, no calumnio al género humano, lo pinto tal cual es, y declaro que buen número de hombres no llegan a la verdad porque no quieren, porque tienen miedo.

Para conocer la religión, hay que quererlo, y cuando se quiere, se puede. Hay en la Biblia una frase muy

hermosa. En el capítulo sexto del libro de la Sabiduría, está escrito: "*Clara est sapientia*, la sabiduría es clara, luminosa, radiante; los que la aman, la perciben fácilmente, *facile videtur ab his qui diligunt eam, et invenitur ab his qui quærunt illam*, y los que la buscan, la encuentran siempre."

II. Para conocer la religión, es preciso buscar.

No tenéis fe. ¿Pero la pedís? Dios la da a quien la pide, y lo de menos es que se le haga el honor de creer en su generosidad. Hace algunos años, un hombre, a quien yo administraba los últimos sacramentos, me detuvo de repente para decir a su familia y a sus amigos congregados en torno de su lecho de dolor: "He buscado la fe tan sólo por el razonamiento, y me he engañado; hubiera debido buscarla por la oración y la práctica pública y completa del cristianismo." Meditad esta suprema confesión. Para conocer la religión, es preciso buscarla... ¿En dónde buscarla? En el corazón de Dios. ¿En dónde también?

En los libros. Pero entendámonos. A pretexto de saber lo que se dice y lo que ocurre, multitud de personas casi no leen más que lo malo o impío, y ponen sin cesar los ojos y las manos en la basura, quiero decir, su espíritu y su corazón en la impiedad o en la impureza. Esto no es razonable, esto no es leal. Por respeto a nosotros mismos, no leamos lo que es inmoral, y por respeto a la verdad, no leamos lo que es impío. Leamos buenos libros... el catecismo. ¿Por qué? Montalembert enfermo escribía a Mons. Dupanloup: "En materia de lecturas, empiezo por el catecismo. Cada día leo de él un capítulo. Si alguna vez hacéis mi oración funebre, podéis comprobar que a los cincuenta

y cuatro años bien cumplidos, he vuelto a estudiar el catecismo, y esto en el Catecismo de Orleáns."

Luego, al lado del Catecismo, ¡cuántos libros excelentes! Por ejemplo, las obras de Mons. Bougaud, las de Augusto Nicolás. Hace poco, un hombre atormentado del deseo de conocer la verdad, fué en busca de un cristiano práctico y le explicó sus angustias... Este, que era un militar, y un militar de alta graduación, le dijo a quema ropa: "Oiga V., dígame la verdad; ¿tiene usted algún impedimento, quiero decir, una pasión, un ídolo de carne, un bien mal adquirido, la ambición de ser algo?... ¿Tiene V. algún impedimento? —No.—Pues bien, lea V. eso, y ya me dirá el resultado." Y le entregó un volumen de Augusto Nicolás. Poco tiempo después, este volumen, leído atentamente, había hecho otra conversión. Para conocer la religión, es preciso quererlo, es necesario buscar.

Pero todo el mundo no tiene el gusto de la lectura, todo el mundo no tiene tiempo para buscar. No es necesario. He aquí para llegar a la verdad, un método más resumido, más sencillo, más popular, más asequible. Abrid los oídos y escuchad.

III. Para conocer la religión, es preciso escuchar.

Es preciso escuchar, ¿qué? La palabra del sacerdote. Nada más natural. Generalmente, toda controversia es dirimida por el juicio de los especialistas. En arquitectura, nos referimos a los arquitectos, en las cuestiones de estrategia, a los generales, en los asuntos de arte, a los artistas. ¿Queremos saber a qué atenernos en materia religiosa? Escuchemos al sacerdote. La simple razón dice que así debe ser.

Y la experiencia prueba que el método es bueno. El

libro es muerto, la palabra es viva. Tomad el más hermoso libro del mundo, leedlo silenciosamente; nada vive. Escuchad un orador sagrado, aunque carezca de experiencia y sea imperfecto; si es sincero, si está convencido, si habla con toda su alma, no tarda en producirse en vuestra alma el más vivo sentimiento; casi siempre hallaréis al pie de la cátedra sagrada una iluminación que no os dará libro alguno.

¿Queréis conocer la religión? Venid a escuchar al sacerdote. ¿Y por qué no? Por el fondo, por las ideas, la elocuencia del púlpito domina a toda otra palabra humana. Sujetos a la jerarquía como lo estamos los sacerdotes, evitamos todo peligro de error. Poseemos una doctrina; tenemos siempre algo sólido y substancial que ofrecer a la inteligencia de nuestros oyentes. Por pequeño que sea el sacerdote, dice siempre grandes cosas, porque es un eco que repite los oráculos de la eternidad, un canal por donde circula el torrente del Evangelio. Y luego por la forma, por el estilo, la elocuencia del púlpito vale por lo menos tanto como otra elocuencia. En suma, en la cátedra católica se dicen muchas y muy buenas cosas. Los hombres de toda edad y de toda condición, pueden venir a oirnos, y se retirarán satisfechos, iluminados, instruídos, si no enteramente convertidos.

¿Queréis conocer la religión? Venid a oir al sacerdote. La religión sólo pide una cosa: ser conocida; el sacerdote tiene competencia y autoridad para hacérosla conocer. "Nuestro siglo—dice Mons. Bougaud—más ignora la verdad que la ataca, y los mismos que parecen combatirla, aspiran en el fondo a encontrarla. La mejor apología de la religión consiste en mostrarla tal como Dios la hizo en su pura y perfecta belleza." Trataré de responder a este programa y de haceros amar la religión haciéndoosla conocer. Os diré con nuestro gran obispo Mons. Dupanloup: "La religión no os amenaza, os falta." Os diré con el poeta Alfredo de Musset hablando de la verdad: "Sin embargo de ello, es eterna, y los que no la han conocido aquí bajo, lo han ignorado todo." Os diré con Nuestro Señor Jesucristo, el amigo y salvador de nuestras almas: "*Si scires donum Dei!* Ah, si conocieseis el don de Dios!" Os diré la verdad, nada más que la verdad, pero toda la verdad, sobre Dios, sobre Jesucristo, sobre la Iglesia. Dios, Jesucristo y la Iglesia: tales serán los tres asuntos que nos ocuparán y nos cautivarán durante varios años.

Contad, señores, con mi buena voluntad. La pongo toda entera a vuestro servicio. Emprendo una misión laboriosa, pero me atrevo a esperar que no será infecunda. Voy a sembrar la semilla de la verdad, y no abrigo la cándida confianza de verla producir al punto la cosecha, como el niño que, una vez enterrado un grano en la tierra, vuelve a cada momento a ver si germina muy pronto. Mi misión será laboriosa, no producirá instantáneamente su resultado, pero no quedará sin provecho... ni sin alegrías. Una de éstas, a la vez dulce y sublime, consiste en saber que, en su nulidad, puede uno servir una causa eterna. Otra consiste en sentir, estudiándola de cerca, el poder de la verdad, y hacerla sensible a los demás. Finalmente, otra consiste también, y por cierto muy grande, en ver que almas, hasta entonces indiferentes e inertes, despertase al contacto del Evangelio y orientarse hacia lo verdadero, hacia lo bueno... hacia Dios.

Contad, señores, con mi buena voluntad, como yo cuento con vuestra solicitud, con vuestra docilidad. Venid en gran número al pie del púlpito. Sois inteligen-

cias, ilustraos. Mejor aún; sois actividades; agrupaos y constituid una fuerza. Acordaos de las palabras del filósofo alemán Kant: "Si os hacéis gusanos, no os extrañéis que os aplasten." El gusano de tierra se arrastra, se oculta, y los transeuntes lo pisan con sus pies. Vosotros, señores, no sois gusanos de tierra, sois católicos. Tened conciencia de vuestros derechos, de vuestros deberes, de vuestras energías, de vuestras posibilidades. Cada domingo, en esta iglesia, constituid una asamblea imponente, y por la potencia del número, decuplicad la potencia de la verdad.

Dios nos ayude en la institución de la misa para hombres que juntos inauguramos. Cierto día, extenuado Santo Domingo por su labor apostólica, oyó una voz del cielo que le decía: "Domingo, siembras mucho, pero no riegas bastante." Esto quería decir que a la predicación que conmueve los corazones de los hombres, debe añadirse la oración, que conmueve el corazón de Dios. Comprendió entonces que no bastaba difundir a manos llenas la semilla de la verdad, y que, por medio de la oración, era preciso hacer descender sobre su palabra el rocío de las bendiciones divinas; instituyó el Rosario, es decir, la oración no interrumpida, que procura a la tierra la sonrisa de la Virgen y las gracias del cielo.

¡Oh Dios mío, me preparo a sembrar en esta parroquia y sobre este auditorio el trigo purísimo de la verdad religiosa! ¡Oh Dios mío, tened piedad de mi debilidad, ved mis buenos deseos, bendecid mi palabra! ¡Disípense los prejuicios y hágase la luz! ¡Venga a nos el tu reino y conviértanse las almas! ¡Gloria a Vos en el cielo, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, al pastor y a su querido rebaño!

Así sea

CONFERENCIA CUARTA

La irreligión contemporánea

SEÑORES:

Me propongo hablaros durante un año entero de Dios y de su obra: de Dios, de su existencia, de su naturaleza, de sus atributos, de su providencia; de su obra, de la creación, del hombre, de la familia, de la sociedad. ¿Por qué este asunto? Porque este asunto es el punto de partida de toda ciencia religiosa, y porque este punto de partida es al propio tiempo el punto de mira de todos los ataques de la irreligión contemporánea. En esta conferencia preliminar, vamos a estudiar ahora: 1.° los caracteres que reviste la religión; 2.° los deberes que nos impone la irreligión contemporánea.

I. Los caracteres que reviste la irreligión contemporánea.

La irreligión contemporánea tiene, como primero de sus caracteres, que es *radical;* ataca al mismo Dios. No

se trata hoy en día de cismas o herejías, como en tiempo de Arrio, de los albigenses, de Lutero; no se trata ya de rivalidades ambiciosas, como en tiempo del gran cisma de Occidente; no se trata ya de revueltas de espíritus inquietos, como en el siglo XVIII, o de frenesí revolucionario, como bajo la Convención o el Directorio. Los ataques se dirigen más arriba. Se trata de un retorno al paganismo, pero a un paganismo peor que el antiguo, porque el paganismo de griegos y romanos rebajaba, degradaba, desfiguraba la idea divina, pero no la abolía; en cambio, el paganismo de hoy suprime la idea divina. El gran Arquitecto del Universo recibió de las logias masónicas su despido definitivo. Si el deísta Robespierre se apareciera de repente en medio de sus discípulos, renegarían de él como de un vil reaccionario o un horrible clerical; Robespierre creía en Dios; ellos no creen ni en Dios ni en el diablo. Asistimos a una incubación de materialismo y de ateísmo como jamás se vió en la historia. La irreligión contemporánea es radical.

Es también *general;* oprime arriba y abajo. Arriba, los directores, los intelectuales dicen resueltamente, con sus principales pontífices: "Queremos organizar una sociedad que no necesite a Dios." Abajo, la dócil muchedumbre repite brutalmente la lección de sus doctores, exclamando: "¡Ni Dios ni amo!" Arriba, los oradores, los escritores, los pedagogos vulgarizan la idea de que el hombre se basta a sí mismo, que nada recibe de un poder superior; abajo, esta idea siembra gran cosecha de blasfemias y de crímenes; abajo, la intoxicación irreligiosa gana y corrompe todo un pueblo y todo un siglo; abajo, se declara la guerra al sacerdote, porque representa a Dios, a la cruz, porque es el símbolo del amor de Dios, al Evangelio, porque con-

tiene la palabra de Dios, a los católicos, por que tienen la audacia de creer en Dios. Aun de la gramática que se pone en manos de la infancia y de la juventud, se borra inexorablemente el nombre de Dios, y del propio modo se borra del lenguaje de los gobernantes. La irreligión contemporánea es radical y general.

Es del propio modo *legal.* Los poderes públicos dirigen el asalto contra la religión. La masonería, es decir, la secta más tenebrosa, la más áspera, la más venenosa, manda y gobierna, y el Estado, oficialmente ateo, y ateo militante, obedece y ejecuta. No me acuséis de exageración; lo que digo, es claro como la luz del día. Entre nosotros, todo el que regenta una parcela del poder público, está en cierto modo condenado a la irreligión y encaminado de hecho a la apostasía. El hombre de Dios no ha sido pronunciado una sola vez oficialmente por los jefes de Estado que, durante los últimos veinticinco años, se han sucedido en la presidencia. Los representantes del poder no penetran en la iglesia más que para asistir a un matrimonio o a un entierro. De los ochenta y seis prefectos y trescientos subprefectos, ni uno solo puede cumplir con la Iglesia ni oir misa el domingo; si cometiesen la temeridad de hacer un acto de cristiano, se verían inmediatamente denunciados, y muy pronto destituídos bajo un pretexto cualquiera, pero, en realidad, por este solo motivo. Dios Nuestro Señor ya no se asocia a ninguno de los actos de la vida nacional. Su nombre ya no suena en ninguna arenga oficial, en ninguna ceremonia pública jovial o fúnebre; escarnecido a veces, proscrito siempre. Busco en la historia de lo pasado ejemplo de semejante negación, y no lo encuentro. Busco en torno mío, entre los pueblos más avanzados y más atrasados, ejemplos de tal proscrición, y no lo encuentro. Una nación que repudia a

Dios, que niega a Dios, que lo excluye oficialmente de sus códigos, de sus instituciones, de sus tribunales, de sus escuelas, de sus campos, de los labios de sus gobernantes, de todas las manifestaciones de su actividad, todavía no se había visto bajo el sol. Estaba reservado este espectáculo a la nación que debe al cristianismo su grandeza secular y su radiante prestigio. La irreligión contemporánea es radical, ataca a Dios; es general, esclaviza en todas partes; es legal, se ejerce con el consentimiento, y, a veces, bajo la dirección de los poderes públicos. ¿Qué deducir de semejante situación? ¿Qué debemos hacer? Veámoslo.

II. Deberes que nos impone la irreligión contemporánea

En presencia de la irreligión contemporánea, debemos primeramente *conservar la serenidad*. La religión contemporánea es radical. A causa de ello, está condenada al fracaso. Yendo más allá del fin, no lo consigue; halla en el exceso su castigo. A fuerza de violentar la conciencia y el buen sentido, provoca una reacción en la parte razonable y honesta del pueblo. Se han dicho tantas enormidades en el Congreso del libre pensamiento celebrado en París la semana pasada; se han expuesto en él teorías tan peligrosas y destructoras contra la moral y contra la patria, que en el curso de una sesión exclamó un libre pensador desengañado: "¡Esta gente me hará cumplir con la Iglesia!" La irreligión contemporánea está condenada a perecer por absurda y odiosa. Conservemos nuestra serenidad.

La irreligión contemporánea, hemos dicho, no es solamente radical; es también general. Esto pide una explicación y un correctivo. Antes, en el siglo XVIII, la incredulidad, todavía desconocida de las masas, estaba

en boga en las clases elevadas, y el veneno de la duda se inoculaba por la cabeza en el organismo social; la situación era más alarmante que hoy. En la actualidad, la gangrena del libre pensamiento ha ganado especialmente las capas inferiores de la sociedad. De tres cuartos de siglo a esta parte, más bien se notaría entre las inteligencias escogidas movimientos de retorno a esta fe religiosa, que los carbonarios persiguen. Este movimiento, que parte de arriba, es cada vez más completo, más claro, más intenso, y la masa entera lo seguirá, porque de arriba es de donde proceden siempre los impulsos, tanto los de las doctrinas como los de las modas, que acaban por triunfar en toda la línea. La religión contemporánea, por general que parezca, tiene en contra suya las almas, no solo las más honradas, sino también las más elevadas y distinguidas. Conservemos la serenidad.

No ignoro, ni, por otra parte, os he ocultado, que la irreligión contemporánea ha escalado las cumbres y se ha apoderado de todas las avenidas del poder, esto es, que se ha convertido en oficial, gubernamental y legal. ¡Qué importa! El mundo oficial, al profesar el ateísmo, no suprime la Francia de lo pasado, y así, del propio modo que el alsaciano Henner, el pintor distinguido que acaba de morir, decía recientemente a uno de sus amigos que se había alistado entre los delatores: "¿Por qué has hecho eso, tú que tenías un padre tan honrado?", puede decirse al Estado ateo, y ateo militante: "¡Tienes detrás de ti una inmensa y gloriosa tradición de cristianismo! ¿Por qué empeñarte en borrar en un minuto quince siglos de vida católica?" El mundo oficial, al profesar el ateísmo, no suprime la Francia de lo pasado, y añado que no sintetiza la Francia de lo presente. Aun cuando todos se volvieran ateos, desde el ministro has-

ta el guarda de campo, desde el niño de teta hasta el viejo que se extingue, no por ello habría que creer que la religión perece entre nosotros. El mundo oficial no es más que una pequeña porción del género humano, y el género humano que quiere vivir, no puede vivir de irreligión. El hombre sin Dios y sin religión, es tan huérfano como el niño sin padre y sin madre. Conservemos la serenidad. Pero esto no basta; hay que hacer otra cosa.

En presencia de la irreligión, debemos *mantenernos firmes, agruparnos, armarnos*. Hasta estos últimos tiempos, muchos hombres honrados gozaban en paz de todos los frutos del cristianismo, sin que esto les costase ni un céntimo, ni un acto de valor; tenían para sus mujeres y para ellos mismos, en ciertos días solemnes, una iglesia y su cura pagado por el Estado, para sus hijos un colegio de sacerdotes o de religiosos, para sus hijas un internado de buenas Hermanas. Todo esto ha desaparecido o va a desaparecer. La irreligión cae como la tempestad sobre la Iglesia de Francia, y todo lo destruye. Si los franceses bautizados no quieren renegar del Dios de su bautismo, si se niegan a apostatar, preciso es de toda necesidad que opongan un muro de bronce a las empresas y audacias del libre pensamiento. Deben, pues:

1.° *Mantenerse firmes*. ¡Cuántos hombres por desgracia, respetables y valerosos en la vida ordinaria, no saben afrontar la sonrisa burlona de un imbécil, tienen miedo de manifestar su fe, ocultan sus sentimientos íntimos, y no se atreven a mostrase ante los hombres tales como son a los ojos de Dios, es decir, como cristianos convencidos y determinados! Ha llegado para los católicos la hora de profesar su religión y decir lo que piensan bajo todas las formas y en todas partes,

en la vida pública como en la vida privada, en las plazas donde se reúnen las muchedumbres, en los arrabales con los obreros, en los campos con los aldeanos, en las asambleas en que se discuten las cuestiones del día y los intereses comunes y en los periódicos de donde sale el veneno o el antídoto. Deben mantenerse firmes.

2.° *Agruparse*. Deben agruparse en torno del sacerdote, que es su mejor amigo y su más fiel defensor, contra los charlatanes que no predican más que negaciones; agruparse al pie de los altares en la oración, en la audición de la palabra divina, en los encuentros reconfortantes de la fraternidad cristiana; agruparse para sentirse fuertes al sentirse unidos. Aislados, no sois más que granos de polvo, que se dispersan al soplo del viento; agrupados, sois bloques de granito contra los cuales se estrellarán las burlas imbéciles y las brutales agresiones de la impiedad impotente. Los católicos deben mantenerse firmes, agruparse.

3.° *Amarse*. Quiero decir con esto que deben instruirse. Poseyendo la fe, preciso es que seáis capaces de defenderla, de hacer que prevalezca. Ahora bien, nadie es capaz de defender su fe y de hacer que prevalezca, si no la conoce, si no la estudia, si ignora las pruebas y argumentos que la hacen invencible. Durante un año, os hablaré de Dios y de su obra, es decir, de las verdades primordiales que son el punto de mira de todos los ataques de la irreligión contemporánea. Por imperfecta que sea mi palabra, os hará mucho bien, os instruirá, os armará para las luchas inevitables de la hora presente.

Venid aquí cada domingo para aprender a manteneros firmes, para agruparos, para armaros. Venid aquí, más numerosos todavía que los años precedentes. Venid a hacer aquí una buena provisión de luz y de fuerza.

Traed cada uno de vosotros un vecino, un amigo, un pariente, que sólo esperan para ponerse en marcha vuestra invitación y vuestras fraternales solicitaciones. Traed con vosotros vuestros hijos, esos jóvenes tan amenazados en su fe y en su virtud, los cuales tanta necesidad tienen de aguerrirse para conservar puro su corazón y creyente su alma. Venid, y juntos hagamos buena y santa labor bajo la mirada de los hombres que nos contemplan, y acabarán por unirse a nosotros bajo la mirada de Dios, que nos aprueba y nos bendice.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

La existencia de Dios

1.º El testimonio del universo

SEÑORES:

No tenéis necesidad de que se os demuestre la existencia de Dios. Con todo, como esta verdad primordial es el punto de partida de la ciencia religiosa y el punto de mira de los furores irreligiosos, el orden lógico y la impiedad contemporánea me ordenan empezar por ella. Os demostraré la existencia de Dios por el testimonio del universo, de la historia y del hombre. Recojamos hoy el testimonio del universo. El mundo visible, el mundo material es un libro. Lo mismo el ignorante que el genio, fácilmente pueden reconocer en él grabado en letras espléndidas el nombre adorable de Dios.

I. El mundo existe. Necesita un autor. Este es Dios.

Podemos llegar al conocimiento cierto de la verdad, ya por el razonamiento filosófico y el científico, propio

de los entendimientos ilustrados, o por el sentido común, propio de todos los espíritus rectos, ilustrados o no. Estos dos medios se bastan, y cada uno de ellos engendra la certeza; pero cuando se reúnen, se fortalecen considerablemente y producen en nuestra alma una impresión profunda, que asegura la convicción. Esto es lo que ocurre con la existencia de Dios.

El razonamiento filosófico nos dice que el mundo existe, que necesita un autor, que este autor es Dios. En efecto, sólo de dos maneras puede explicarse la existencia del mundo: o mediante la intervención de una Causa primera, increada y creadora, que se llama Dios, o mediante la materia eterna y ciega, que poco a poco modela el mundo y el hombre, obra maestra del mundo. O Dios, o la materia eterna; la elección se impone. Ahora bien, misterio por misterio, prefiero cien veces poner en el punto de partida del universo una inteligencia y un poder infinitos, que elementos ciegos, inconscientes de sí mismos, en prosecución de un fin ignorado, bajo el impulso de leyes a las cuales no preside ningún pensamiento. Prefiero cien veces creer en un Ser primero, que no ha tenido principio, hacia quien se remonta y a quien se une, de anillo en anillo, la cadena inmensa de seres, que creer en un mundo ciego, que jamás tuvo principio y que se ha hecho por sí solo. Esta segunda explicación no sólo es misteriosa, sino irracional. La trascendencia de Dios y su existencia por sí mismo es un misterio; pero la nada produciendo la vida, el mundo engendrándose no se sabe de quién, y viniendo no se sabe de dónde, es un misterio profundo por modo bien distinto, un misterio aumentado del absurdo. La creación es superior a mi razón, pero la inmanencia la contradice y la escandaliza. La creencia

al revés del ateo es mil veces más prodigiosa que la creencia racional del teísta.

El *sentido común* habla aquí como la filosofía. En la ruta de Orleáns a París hállase sentado un niño cerca de un peón caminero. "Pequeño—le dice éste,— ¿has rezado ya tus oraciones? —No, yo no rezo nunca.— ¿Por qué no rezas a Dios misericordioso? — Porque mi padre dice que no hay Dios— ¡Ah, conque tu padre dice eso! — exclama el peón caminero cogiendo un guijarro que entrega al niño— Llévaselo a tu padre y dile que haga otro como ése." No hay efecto sin causa. Un simple guijarro no ha podido hacerse por sí solo. Toda criatura viene de Dios, canta a Dios, nos conduce a Dios. Durante la revolución, un hombre impío y malo decía a un campesino: "Vamos a derribar vuestros campanarios y vuestras iglesias.—Posible es—respondióle el aldeano,—pero no podréis derribar las estrellas, y mientras exista ese alfabeto, nos servirá para hacer que nuestros hijos deletreen el nombre de Dios." Sí, señores, si todas las criaturas tuvieran un pensamiento, y un órgano para expresar este pensamiento, desde las alturas del firmamento, desde la cumbre de las montañas, desde las profundidades del océano, desde el cáliz de las flores, desde la punta de las briznas de hierba, desde el guijarro que pisan nuestros pies, desde la estrella que titila sobre nuestras cabezas, oiríamos una voz que diría: "No nos hemos hecho a nosotros mismos; Dios es quien nos ha hecho" El más simple buen sentido nos dice que, si no hubiera un Dios creador del mundo, el mundo no existiría. El mundo existe; necesita un autor; es Dios.

II. El mundo se mueve. Necesita un motor. Es Dios.

Así habla la *ciencia*. El mundo entero se mueve. La

tierra gira sobre sí misma, en veinticuatro horas, y en torno del sol en trescientos sesenta y cinco días. Como la tierra, los planetas giran sobre sí mismos y alrededor del sol, que se mueve sobre sí mismo en torno de su eje y opera su revolución en veinticinco días. Y no solamente se mueven los astros, sino las plantas y los animales, porque ¿qué es la vida sino un movimiento perpetuo adentro y de dentro hacia fuera? Por todas partes está en movimiento la materia. Ahora bien, este movimiento universal ¿es inherente a la materia? No. Es un movimiento trasmitido. Está demostrado científicamente que la materia es inerte, incapaz de darse el movimiento, incapaz de rechazarlo, incapaz de modificarlo. La inercia del mineral es el principio fundamental de toda la mecánica. El movimiento de las plantas y de los animales, cuyo resorte es interno, es también un movimiento comunicado; proviene de la vida que reside en la planta y en el animal, y la vida no germina por sí misma en la materia bruta; no hay generaciones espontáneas. El mundo se mueve; no puede moverse por sí mismo. Por consiguiente, desde el momento que en la naturaleza inerte aparecen el movimiento, la vida, el crecimiento, el progreso, la evolución, no puede esto ocurrir más que por la intervención de una causa motriz, viviente, directiva, exterior y superior a la naturaleza. Así, pues, fuera del mundo y sobre el mundo, existe el Ser que posee el poder necesario para mover el mundo, el Ser que tiene la vida en sí y la comunicada fuera de sí, el Ser que dió al mundo el primer capirotazo, como dice Pascal, el Ser que hace ya veintitrés siglos era llamado por Aristóteles el primer motor. El mundo se mueve. Necesita un motor. Es Dios. Así habla la ciencia.

Así habla también el *buen sentido*. ¿Qué es el mun-

do? Una inmensa *armonía.* La mecánica celeste se funda en estos dos datos: movimiento de rotación y movimiento de translación, movimientos que se operan según las reglas de la geometría más profunda. El buen sentido no puede admitir que no haya un geómetra que conduzca los soles que se balancean en el espacio indefinido, que no haya un regulador que ordene el gran concierto de los astros, que susurraba a los oídos de Jacob: *Concertum cæli quis dormire faciet?* ¿Qué es el mundo? Un inmenso *ejército* jamás inmóvil, siempre en marcha, con confusiones y lontananzas propias para confundir nuestra imaginación. El buen sentido no puede admitir que no haya un comandante supremo que dirija en las llanuras azuladas las maravillosas evoluciones de esos mundos superiores que la Escritura llama ejército de los cielos. ¿Qué es el mundo? Un inmenso *convoy,* con el sol, carro de fuego que arrastra sus numerosas y brillantes satélites, con las estrellas, otras tantas locomotoras ardientes, que inundan de blanca humarea todas las vías lácteas. El buen sentido no puede admitir que no haya un mecánico que vigile, ordene y guíe esas formidables y ciegas máquinas, que marchan siempre y no se descarrían nunca. ¿Qué es el mundo? Un inmenso *reloj,* tan complicado, que nuestros telescopios sólo conocen de él algunas ruedas, y al propio tiempo, tan bien ordenado, que puede anunciarse exactamente un eclipse con cien años de anticipación. El buen sentido no puede admitir, como dice Voltaire, "que este reloj marche y no tenga relojero." El mundo se mueve. Necesita un motor. Este motor es Dios. Pero todavía hay más.

III. El mundo está perfectamente ordenado. Necesita un ordenador; éste es Dios.

Los sabios y los filósofos, aun los más notoriamente incrédulos, se pronuncian sobre esto con toda decisión. Juan Jacobo Rousseau escribe: "Si la materia muda me muestra una voluntad, la materia muda según ciertas reglas me muestran una inteligencia." Y Voltaire dijo: "El mundo ha sido hecho con inteligencia, por consiguiente, por una inteligencia. Así lo creo." En efecto, los astrónomos, los naturalistas, los geólogos, los mineralogistas, los químicos, los físicos, todos los hombres de ciencia de lo pasado y de lo presente comprueban que hay en la creación fenómenos, fuerzas, leyes, un plan, simetría, progreso, perfección, orden, en una palabra, inteligencia. Los fenómenos, y las fuerzas que los producen, obedecen a leyes precisas, constantes, irreformables. Así, pues, hay un legislador que ha dictado estas leyes y que asegura su eficacia, su estabilidad, su perennidad. El mundo es el desenvolvimiento de un plan único, en el cual todas las leyes se ordenan y armonizan, en el cual todos los medios están adaptados a fines queridos y preestablecidos, en el cual todas las partes se coordinan entre sí y se prestan mutuo concurso. "El mundo, dice Newton, fué hecho de una sola vez". Por consiguiente, hay un organizador que todo lo previó, que todo lo combinó, que todo lo puso en su sitio y en su punto. El mundo está sometido a leyes y a un plan que denotan una inteligencia. Decir que esta inteligencia procede de la *materia bruta,* es absurdo; porque la materia bruta, la naturaleza es por sí misma ciega e ininteligible. Decir que esta inteligencia no es otra cosa que el *azar,* es todavía más absurdo. Invocar el azar, es decir, lo imprevisto, lo ininteligible, para explicar las le-

yes y plan del mundo, es querer tomarnos por adormecidos e insensatos. ¿Pues qué? Elevamos estatuas a los Kepler, a los Copérnico, a los Newton, calificamos de genios sublimes a los sabios que han sorprendido algunos secretos y descifrado algunas líneas del gran libro de la naturaleza, y el autor de un sistema, de una obra tan prodigiosamente complicada, ¿no sería más que un ciego, una palabra, un nada, el azar? Esto no es posible. El mundo está perfectamente ordenado; necesita un ordenador, que es Dios. No es necesario ser sabio, ni filósofo, ni genio, para llegar a esta conclusión.

El *pueblo,* el niño, el hombre simplemente sensato, por instinto, por intuición, espontáneamente deduce del orden del mundo, la existencia de un Dios ordenador del mundo. Contemplo por encima de mi cabeza la inmensidad de los cielos, ese océano inflamado en donde navegan los soles; ninguna desviación, ni un solo choque, jamás un naufragio. Contemplo bajo mis pies la tierra con las leyes de equilibrio que la balancean en el espacio, con las montañas que le sirven de gigantesca armadura, con los ríos que la refrescan y la fertilizan, con las estaciones que le disponen un aderezo siempre nuevo, con el mar inmenso que la envuelve en sus largos brazos, con la perfección de detalles que brillan en la brizna de hierba, en el cáliz de la flor, en la gota de rocío, en las alas de la mariposa. Contemplo en torno mío toda la creación que progresa, que va del estado bruto al estado orgánico, de la planta que vegeta al animal que se mueve, de la sensación al instinto, y del instinto al pensamiento; y, subyugado por ese gran espectáculo que embelesa a mis ojos, armado del principio de causalidad, que constituye como el fondo de mi razón, exclamo con el poeta:

"Sí, un Dios oculto es el Dios en el cual debemos creer;
pero por oculto que esté, para revelar su gloria,
¡cuántos ilustres testigos veo en torno mío!
Responded cielos y mares; habla tu también, ¡oh tierra!"

Sí, señores, Dios ha escrito su nombre en todas partes, en el cielo en letras de fuego, en la tierra en letras de flores. Ora sea uno ignorante, ora sea un genio, el testimonio del universo es para todos los espíritus una revelación brillante de la existencia de Dios. El mundo existe; necesita un autor, que es Dios. El mundo se mueve; necesita un motor, que es Dios. El mundo está perfectamente ordenado; necesita un ordenador, que es Dios. Preguntóse cierto día a un árabe cómo sabía que existía Dios. "Cómo sé por las huellas de la arena—contestó—que ha pasado un león." De ese modo creemos en Dios. Abrimos los ojos sobre el mundo, vemos en él el ser, el movimiento y la belleza, huellas de sabiduría y de poder infinito, y exclamamos: ¡Dios ha pasado por aquí! *Credo in Deum!*

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

La existencia de Dios

2.º El testimonio de la historia

Señores:

Dios existe. Hemos oído más arriba el testimonio del universo. Debo presentaros ahora el testimonio de la historia. ¿Qué es la historia? Es el género humano resucitado y viviente a nuestros ojos. Pero ese género humano de todos los tiempos y de todos los lugares, se nos aparece de rodillas, con la mirada vuelta al cielo; un grito resuena en sus labios, grito que domina todas las energías de la creación y el ruido de todos los acontecimientos: *Credo in Deum,* creo en Dios.

I. Creo en Dios. Es el grito de la multitud.

Todos los pueblos de la antigüedad creyeron en Dios. La creencia universal en la divinidad nos es atestigua-

da por Platón entre los griegos, por Cicerón y Séneca entre los romanos, por el moralista Plutarco y aun por el impío Lucrecio. Inútil insistir. Por poco iniciado que esté uno en la lectura de los poetas y de los filósofos, en el conocimiento de la historia y de los monumentos antiguos, comprueba en todas partes y siempre la adhesión mil y mil veces renovada al dogma de la existencia de Dios.

Verdad es que muchos pueblos *se engañaron* sobre la naturaleza de Dios. Los unos inventaron varios dioses, a los que dieron forma humana; otros adoraron las fuerzas naturales; otros, finalmente, reconocieron dos principios eternos, el del bien y el del mal, o también una materia eterna y el organizador de esta materia. Estas divergencias, estas supersticiones importan poco; no hacen resaltar mejor ni poner más de relieve la unidad de creencia del género humano en una causa primera de las cosas, en un Ser superior.

Los *pueblos modernos* se dan la mano con los antiguos acerca de este punto. Lo atestiguan viajeros y misioneros ,y lo afirman los sabios. Quatrefages (*L'Espèce humaine*, lib. X, c. XXXV) escribe: "Obligado por mi enseñanza a pasar revista a todas las razas humanas, he buscado el ateísmo así en las más inferiores como en las más elevadas, y no lo he hallado más que en estado individual, en estado de excepción, en estado errático. En todas partes y siempre, la masa de los pueblos lo ha rechazado. En ninguna parte ha profesado el ateísmo ninguna de las grandes razas humanas, ni siquiera la más pequeña porción de una raza.

He aquí un hecho, señores, importante y notorio. En todos los siglos, en todos los países, es nombrado Dios. Puede adorarse de diversas maneras, pero en todas partes y siempre se adora. Pueden doblarse las rodillas

según diversos ritos, pero en todas partes y siempre se doblan ante Dios las rodillas. Se puede blasfemar, pero en todas partes y siempre se blasfema de Dios, y la blasfemia es también un homenaje de una fe que se afirma olvidándose de ella. Recorred todas las historias, examinad los dos hemisferios para descubrir una nación atea; no la hallaréis en parte alguna. Jamás hubo pueblos sin altares.

¿Quién tiene razón aquí, el ateo o el género humano? ¿Es el ateo, es decir, un hombre aislado entre la masa, una excepción en la Ley, un monstruo en la naturaleza, o bien ese número inmenso de pueblos, que han cubierto y cubren todavía nuestro planeta? El consentimiento general del género humano sobre un punto de tanta gravedad, ¿no entraña un peso enorme? "Hay uno—dice el proverbio—que tiene más valor que tú y que yo; el mundo entero"—"En todas las cosas—añade Cicerón,—el consentimiento de todos los hombres debe ser considerado como una ley de la naturaleza". Mas esta prueba adquiere una fuerza incomparable si tenemos presente que las pasiones desordenadas de los hombres propenden a alejar de la creencia en Dios. El que aspira a vivir sin contradicción, tiene el mayor interés en persuadirse que no hay Dios. Preciso es, pues, que la evidencia en la existencia de Dios sea bien espléndorosa para que los hombres de todos los tiempos y de todos los países hayan creído en ella, a pesar del interés que tenían en no creer en ella.

Sé muy bien lo que puede oponerse a este argumento. Se apoya en el *número*, y el número nada tiene que ver con la verdad. Cierto, el número no siempre está en la verdad. Convengo en ello, pero es cuando el número está solo. El número ofrece garantías, y la primera de estas garantías, es la inteligencia. Ahora bien,

si el género humano tomado en bloque ha confesado a Dios, ¿lo ha proclamado el género humano inteligente? Sí.

II. Creo en Dios. Tal es el grito de las grandes inteligencias.

Este es el punto de partida de toda filosofía seria, la nota que se desprende del contenido de todas las poesías. Es el santo y seña que sale de la boca de los grandes capitanes en todos los campos de batalla, la profesión de fe escrita por los grandes legisladores a la cabeza de sus leyes. Consultad a los antiguos y a los modernos; haced hablar a los paganos y a los cristianos. Los mayores genios desplegaron sus más grandes alas para elevarse a Dios. Casi todos se inmortalizaron demostrando y adorando a Dios. El siglo de Perícles, el siglo de Augusto, el siglo de León X, el siglo de Luis XIV creyeron en Dios. Los filósofos del siglo XVIII, Voltaire, Rousseau, Diderot, d'Alembert mostraron con los ateos una severidad inusitada. La inmensa mayoría de los hombres ilustres del siglo XIX afirmaron la existencia de Dios. Víctor Hugo llama a la filosofía que niega a Dios, una filosofía a tientas, una ceguedad, una enfermedad patológicamente clasificada. "Dios—dice—es lo invisible evidente. Negarlo, es una ceguedad y una locura."

Sí, pero algunos sostienen que la ciencia, de desde hace cien años, ha hecho inmensos progresos, lo que es verdad, y que la idea de Dios pierde terreno a medida que la ciencia avanza, lo que es falso. Casi todos los grandes sabios de un siglo a esta parte han sido adoradores de Jesucristo, o por lo menos, partidarios de la existencia de Dios. Volta, el inventor de la pila,

se gloriaba de su condición de católico. Aragó, en el Colegio de Francia hacía estremecerse a su auditorio mostrando los astros dóciles a las órdenes de Dios. "Sólo son recalcitrantes los hombres", decía Biot, el más ilustre físico de su tiempo. Ampère, un genio científico de primer orden; Cauchy, el más grande matemático del mundo, como se le llamaba; Faraday, uno de los creadores de la ciencia de la electricidad; Laennec y Nelatón, dos médicos admirados en toda Europa; Leverrier, uno de nuestros más célebres astrónomos, y tantos otros, eran profundamente religiosos. Los grandes químicos Claudio Bernard, Juan Bautista Dumas y Chevrel eran espiritualistas sinceros, creían en Dios y le adoraban. Pasteur era un creyente, un católico convencido, un hombre en quien la ciencia y la fe se daban el más estrecho abrazo; fué la demostración viviente de esta frase tan frecuentemente citada: "Mucha ciencia acerca a Dios; poca ciencia aparta de El." Hace algunos años, Edison, el "Napoleón de la ciencia", desde lo alto de la torre Eiffel, rendía homenaje "al buen Dios, el más grande ingeniero del universo." Ayer, Branly, profesor del Instituto católico de París, inventaba el tubo radio conductor, en el cual se funda la telegrafía sin hilos. Verdad es que, en la hora presente, el *mundo sabio oficial* es en gran mayoría hostil a la religión. Todos los favores se conceden a la ciencia atea. Esto es un hecho, pero un hecho brutal, anormal, violento, accidental y superficial, que no prueba absolutamente nada contra la existencia de Dios. Verdad es también que, en la hora presente, *algunos raros sabios*, sinceros o no, niegan a Dios. Su testimonio aislado no destruye en modo alguno los testimonios colectivos que os he citado. Vosotros veis el sol, un ciego no lo ve; su negación prueba que él no ve, no que vosotros veáis mal. Como

la multitud,—las grandes inteligencias dicen que hay un Dios. Esto nos basta.

El *número* y el *genio* no son infalibles, se dice. Verdad es; pero hay una tercera garantía de verdad, y esta garantía es absoluta: si veis unidas al número y al genio la virtud y la bondad, inclinaos; no puede haber autoridad más grande que la de la virtud sancionando al genio y al número. Ahora bien, el número ha confesado a Dios, el genio lo ha saludado, pero ¿lo ha proclamado la virtud? Sí.

III. Creo en Dios. Tal es el grito de todos los hombres de bien.

¿Quienes son los que no quieren creer en Dios?

¿Son los santos, los justos, los héroes, es decir, la flor exquisita de la gran familia humana? No. Son los impíos, los perjuros, los corrompidos, los apóstatas, es decir, la hez del linaje humano. "Querría ver—escribe La Bruyère,—un hombre sobrio, moderado, casto, equitativo, pronunciar que no hay Dios. Por lo menos, hablaría sin interés. Pero ese hombre no se encuentra." Y añade Juan Jacobo Rousseau: "Tened vuestra alma en estado de desear siempre que haya un Dios, y jamás dudaréis de él."

Todos los que murieron por las grandes causas, todos los que procuraron el bien del hombre, fueron, señores, servidores y apóstoles del Dios que yo os anuncio.

De suerte que cuando cantáis la primera palabra de vuestro símbolo, *Credo in Deum,* formáis con los más altos representantes del género humano, entráis en el gran concierto de la familia humana. Mas si esto no os satisface, si vaciláis todavía en mezclar vuestra voz

con la de la multitud, la de las grandes inteligencias y la de los hombres de bien, todavía me quedará el recurso de hacer comparecer ante vosotros el último testimonio, el testimonio mismo del libre pensamiento.

IV. Creo en Dios. Tal es el grito de los libre pensadores y de los descreídos.

Dicen éstos que no hay Dios. Pero ¿lo creen? Mucho lo dudo.

Vedlos *obrar*. Desde la mañana a la noche sólo se ocupan en detestar a Dios, en maldecirlo, en mostrarle el puño, en perseguirlo. Quisieran matarlo de un plumazo, de una lengüetada, de un puñetazo, si fuera posible. Todo lo olvidan: la cuestión judía, la cuestión del Extremo Oriente, la cuestión económica, la cuestión del retiro obrero; la única cuestión para ellos consiste en saber cuál es la manera más hipócrita y más segura de ahogar la idea religiosa, de expulsar a Dios de Francia. Si Dios no existiera, los libre pensadores y los descreídos, lo dejarían bien tranquilo. No se declara la guerra a la nada; lo odian, luego creen en su existencia.

Ved cómo *tiemblan*. Dios les infunde un miedo horrible. En buen francés, ¿sabéis qué quiere decir esta grosera expresión: "Dios no existe"? Quiere decir: "Soy un malvado. Temo mucho que haya allá arriba quién me castigue." La mayor parte de los impíos, con sombrero de copa o con blusa, son cobardes, que saben que existe Dios, y quisieran que Dios no existiese, y han perdido la esperanza de que no exista. *Credunt et contremiscunt.* Tienen miedo; luego creen en su existencia.

Ved como *mueren*. Con gran frecuencia el ateísmo

no es más que un negocio de farfantonería y de afectación, en el que la sinceridad no parece por ninguna parte. Pruébalo el cambio de frente ejecutado por gran número de libres pensadores en el momento de la muerte, cuando se trata, no ya de satisfacer a la galería, sino de afrontar los misterios del más allá. Mezeray muriendo y convertido decía a los que le objetaban su incredulidad: "Creedme, amigos míos, Mezeray muriendo es más creíble que Mezeray bueno y sano." Así son casi todos. Cuando van a morir, se vuelven hacia Dios; luego creen en su existencia.

El ateo, si existe, forma rancho aparte, se aparta de la multitud, del género humano inteligente y justo, y aun del género humano descreído. Nosotros, que creemos en Dios, estamos de acuerdo, no solamente con el testimonio del universo, sino con el testimonio de la historia. Permanezcamos en este concierto majestuoso, y hagamos callar la duda y la negación bajo el clamor pacífico y potente de nuestra fe. *Credo in Deum*. Creo en Dios.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

La existencia de Dios

3.º El testimonio del hombre

Señores:

Creemos en Dios sobre el testimonio del universo y el testimonio de la historia. Réstanos otro testimonio más expresivo, más directo, más tangible, el testimonio del hombre, de su cuerpo, de su espíritu, de su conciencia, de su corazón. Escuchemos los oráculos que resuenan en el seno de nuestra propia personalidad.

I. El cuerpo del hombre proclama la existencia de Dios.

Si una estatua pudiese hablar, diría: "¡Ah, qué hábil es el escultor que me ha hecho!" Así la estatua viviente que es nuestro cuerpo canta a Dios. Ved los *huesos*. Constituyen el armazón de nuestro edificio corpóreo; rígidos por naturaleza, pueden tomar, merced

a la flexibilidad de sus articulaciones, un número incalculable de posiciones diversas.

Ved los *tendones* y los músculos que unen y recubren los huesos; diríase que son resortes ingastables, siempre móviles y dóciles. Ved los *nervios*, fibras delicadas, que atraviesan la carne en todas direcciones, y transmiten a fuera, como hilos eléctricos, las órdenes de dentro, y adentro las impresiones de fuera. Ved la *sangre*. Es expulsada del corazón por palpitaciones ordenadas, lleva la vida y el calor hasta las extremidades del cuerpo, y vuelve a su punto de partida, en el que se revifica al contacto del aire. Ved los *órganos* del cuerpo. Acusan una adaptación querida a un fin determinado, un plan preconcebido y realizado con prodigiosa habilidad. ¡Qué armonía tan soberbia! El *conjunto* es todavía más admirable que los detalles. Todos nuestros órganos están hechos el uno para el otro; todos se prestan mutuo apoyo; a pesar de su complicación, se entrelazan en un orden perfecto, sin que se mezcle en él nada absolutamente inútil o desproporcionado. Nuestro cuerpo es una obra maestra, hecho de cien obras maestras reunidas, de cuyo ordenamiento resulta una forma estética de las más acabadas. ¡Cuánta grandeza y hermosura en ese polvo organizado y viviente de que estamos hechos! ¡Qué noble y graciosa apostura! ¡Qué mirada tan inteligente vuelta hacia el cielo, en tanto que la de todos los animales se baja hacia la tierra! ¡Qué majestad se refleja en la frente del hombre, qué primor o qué bondad en sus labios!

Comprendo que Galeno, el célebre médico de la antigüedad, después de estudiar y descubrir todas estas maravillas, exclamase: "¡Acabo de cantar a la divinidad el himno más hermoso!" Comprendo que Bossuet, ya avanzado en edad y en todo el esplendor de su gloria

no desdeñase en hacerse discípulo de los primeros anatomistas de su tiempo, se entusiasmase por el estudio del cuerpo humano, y partiese de él para escribir uno de sus más hemosos libros; el *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo*. Comprendo que Juan Macé, fundador de la demasiado famosa Liga de la Enseñanza, escribiese: "Nuestro cuerpo es un milagro permanente. Dios lo habita. El es quien nos ha hecho tales como somos." (*Historia de un bocado de pan*, cap. XV.)

Es natural. Nuestro cuerpo no puede ser obra del acaso, palabra vacía de sentido, ni de la naturaleza, palabra que oculta lo que uno tiene miedo de confesar. Quien construyó nuestro ojo, conocía las leyes de la óptica; quien fabricó nuestro oído, conocía las leyes del sonido: tal es Dios. Y ese profundo misterio de la generación, ¿quién lo ordena? Y todos esos movimientos indeliberados que se desarrollan en nuestro organismo, ¿quién les da la medida exacta? Dios. Nuestro cuerpo canta a Dios. ¿Y nuestra alma? Estudiémosla.

II. El espíritu del hombre proclama la existencia de Dios.

Encontramos a Dios en el origen y en el término del espíritu humano.

El espíritu humano posee el *pensamiento*. He ahí un hecho que no podemos negar; lo llevamos en nosotros mismos; nos es íntimo, personal, consulstancial; si Descartes pudo decir: "Pienso, luego soy," con no menos exactitud podemos decir: "Pienso, luego Dios existe." Porque ¿quién nos ha dado el pensamiento? ¿La casualidad? Esto no significa nada. ¿La ciega e

inerte materia? Esto es absurdo. Lo que no piensa, no ha podido hacer el pensamiento. El espíritu humano proclama la existencia de Dios. Profundicemos un poco esta prueba, que es a la vez muy elevada y muy comprensible.

El espíritu humano, cuando precisa, está dirigido y dominado por *principios* que son los mismos en todas partes, los mismos siempre, los mismos para todos; que podemos violar y ultrajar, pero que no podemos suprimir; que permanecen intactos, inviolables, inatacables, a pesar de nuestros esfuerzos para alterarlos y depravarlos. Están en nosotros, pero no son nuestros; nos son anteriores y superiores; no pueden venir más que de Dios y subsistir más que en Dios. Me explicaré.

He aquí los *axiomas matemáticos* que ordenan eternamente todos los cálculos con independencia del matemático que hace sus cálculos; he ahí los axiomas geométricos que adornan eternamente las relaciones de la extensión, aun antes que estas relaciones sean realizadas en el mundo material. Dos y dos son cuatro, dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí, la línea recta es la más corta entre dos puntos; estos axiomas subsistirán aunque el universo y sus habitantes se aniquilaran; no subsisten ni en mi espíritu, ni en la materia; por consiguiente, no pueden subsistir más que en una razón superior al mundo y al hombre, es decir, en Dios.

He aquí ciertas grandes *verdades metafísicas* y *morales* que son evidentes como dos y dos son cuatro: es preciso amar a nuestros padres, a nuestros semejantes, a nuestra patria; es malo robar, matar, calumniar, etc. Entiendo estas verdades, las percibo, las llevo dentro de mí mismo. Pero aunque yo no pudiera entender-

...percibirlas, ni vosotros, ni ningún ser humano, ...serían siempre verdaderas? Pero ¿en quién serían ...deras? Bossuet nos responde: "Las verdades eter... inmutables nos obligan a confesar un Ser en quien ...rdad es eternamente subsistente y en quien ella ...empre entendida." Ese Ser es Dios.

...ando nuestro espíritu precisa, cuenta, mide, juzga ...zona, está dominado, ordenado, gobernado por prin... por ideas que descienden de más arriba que ...tros, que están en Dios, que vienen de Dios. Dios ...en el origen y en el término de todas nuestras ope...ones mentales. ¿Qué digo? Es el centro mismo de ...tra alma.

III. La conciencia del hombre proclama la existencia ... Dios.

...Si no tuviéramos otro medio para conocer a Dios— ...Víctor Hugo,—lo conoceríamos por el grito de ...tra conciencia."

...En efecto, hay en nuestra conciencia un *Legislador ... la gobierna*. Y añade Juan Jacobo Rousseau: "Si ... ser rico heredero de un hombre, al que no habéis ... nunca, de quien jamás habéis oído hablar y que ...ra en el fondo de la China, os bastase apretar un bo... que lo hiciera morir, ¿apretaríais el botón?" No ...amente. ¿Por qué? Porque hay dentro de nosotros ...legislador que nos dice soberanamente: "He ahí el ... y he ahí el mal. Haz el bien y evita el mal. Yo te ...mando."

...Este legislador nos obliga, luego su voluntad es su...or a la nuestra.

...Obliga a todos los hombres; luego su voluntad es su...ior, no solamente a la nuestra, sino a la de todos los ...más seres.

Finalmente, su fuerza imperativa se extiende a todos los tiempos; luego es eterno.

¿Quién es este legislador? ¿Es mi conciencia enteramente sola? Ciertamente que no. Si mi conciencia no es el intérprete y órgano de una voluntad superior, no es otra cosa que yo mismo, y sería ridículo pretender que soy yo quien ha creado esas obligaciones por las cuales me veo obligado interiormente, y a las cuales nada puede sustraerme. Hay en mi conciencia un legislador que me domina, que me manda, que me rige; este es Dios.

Hay en mi conciencia un *juez que me recompensa y me castiga*, que me dice soberanamente. "¿Dónde vas? ¡Detente!—¿Qué has hecho? ¡Has desmerecido!—; ¡Alégrate, has obrado bien!" Si he obrado bien, hay alguien que me aprueba, me felicita y me promete una retribución cierta y proporcionada. Si he cometido el mal en la sombra y sin testigos, hay alguien que me reprende y me condena, aun a pesar mío. *¿Quién es ese magistrado interior,* que todo lo ve, que todo lo juzga, que habla aun a los que no le interrogan, que se eleva tanto más cuanto más queremos hundirlo, y que, en medio del tumulto de nuestras pasiones y de la paz de nuestros triunfos, nos dirige palabras fuertes, amenazadoras, terribles, más penetrantes que una espada de dos filos? Es Dios. Cuando hemos obrado mal, tenemos vergüenza, tenemos miedo. ¿Vergüenza ante quién? ¿Miedo de quién? De alguien que no es hombre, de alguien que es dueño y juez de todos los hombres, de Dios. Escuchad a Víctor Hugo:

"Mi conciencia dentro de mí es Dios, a quien tengo por huésped. Por un falso círculo, por un falso compás puedo ponerlo fuera del cielo, pero jamás fuera de mí. Es un timón en la espuma en que remo. Si escucho mi corazón, oigo un diálogo; somos dos en el fondo de mi espíritu, El y yo. El es mi única esperanza y mi único terror. Si por acaso sueño en la falta

amo, un profundo suspiro brota del fondo de mi ser, y pregunto: ¿Quién está aquí? Alguien me habla. ¿Por qué? mi alma temblando me contesta: ¡Es Dios! ¡Cállate!"

El cuerpo, el espíritu, la conciencia del hombre nos dicen que hay un Dios. Continuemos.

IV. El corazón del hombre proclama la existencia de Dios.

El *instinto* del corazón reclama la existencia de Dios. La naturaleza humana conoce a Dios—dice Bossuet; sólo por este concepto, los animales están debajo de ella hasta lo infinito." En cierta reunión de señoras, predicaba inútilmente un incrédulo el ateísmo. "Jamás hubiera creído, señoras mías—decía,—que en una casa en que la inteligencia compite con la belleza, yo solo tuviera el honor de no creer en Dios."—"No es V. solo, señor—contestó la dueña de la casa;—mis caballos, mi perro, mi gato, tienen también el mismo honor; sólo que estas pobres bestias tienen la cordura de no alabarse de ello." En efecto, los brutos no creen en Dios, ni pueden creer en El, en tanto que el hombre, ante el espectáculo del universo, o bajo la impresión de una alegría o de un peligro imprevistos, exclama instintivamente al punto: ¡Dios mío!

La *necesidad* del corazón reclama la existencia de Dios. El corazón humano tiene necesidad de justicia. La justicia, aquí bajo, se ve con frecuencia derrotada, ultrajada, aplastada. A cada paso, sobre nuestro triste planeta, encontramos la virtud oprimida, y el vicio impune. Esto no puede durar. Es preciso un remedio, una sanción a las desigualdades y a las iniquidades de este mundo. Es preciso que exista en otra vida un ser inteli-

gente, bueno, poderoso y justo, que dé a cada cual lo que merece. Este es Dios.

Los *padecimientos* del corazón reclaman la existencia de Dios. Dice Renán: "Sólo hallan el secreto de la vida los que saben ahogar la tristeza y prescindir de la esperanza." ¡Oh que frase tan abominable! Obrero que entras por la noche en tu fría guardilla, madre que lloras cerca del cadáver de tu amado hijo, soldado que caes en tu puesto, hombre destrozado por la prueba, prescindid de toda esperanza; así lo quiere la ciencia atea. No conozco doctrina más desmoralizadora. El corazón humano, cuando padece, naturalmente busca a Dios y le llama en su ayuda. Un poeta ha dicho: "Cuando nuestro orgullo lo calla, nuestro dolor lo nombra." Y aun cuando no padecemos, nos vemos atormentados por el hambre y la sed de Dios.

Lo *infinito* del corazón reclama la existencia de Dios. ¿Es qué podemos contentarnos con las alegrías presentes, las únicas posibles, las únicas reales? No, jamás. Miramos sin cesar por encima del mundo, y más allá del horizonte de la vida terrestre; nos sentimos hechos para la felicidad, la perseguimos por todas partes, no la encontramos en sitio alguno, y entonces, con San Agustín, exclamamos: ¡Oh Dios, nos habéis hecho para Vos, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Vos!"

El cuerpo, el espíritu, la conciencia y el corazón del hombre proclaman la existencia de Dios.

Esto no obstante, no lo olvidemos, señores, de nada nos serviría saber que Dios existe, si no le amásemos y no le sirviésemos. El sentimiento de una pobre mujer que dice con amor: ¡Dios mío!, vale más que las vigilias laboriosas del genio aplicado a descubrir y a explicar las leyes del mundo, a menos que la vista de estas le-

an bellas no le impulse a reconocer, a saludar, a ecir y amar al divino autor que las ha establecido. amos en Dios, amémosle, sirvámosle. He ahí el verero hombre.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

Dios es invisible, pero no inexistente

SEÑORES:

Newton, el primer genio quizás de la ciencia, jamás oía pronunciar el nombre de Dios sin inclinarse y descubrirse. Ampére, el más célebre matemático del siglo XIX, conversando con Ozanam, exclamaba: "¡Qué grande es Dios, Ozanam, qué grande es Dios!" Siguiendo estas potentes inteligencias, estudiemos la naturaleza de Dios.

¿Quién es Dios? Dios es un espíritu puro. *Esto quiere decir* que no le vemos con los ojos del cuerpo. Es invisible. Cuando la Escritura habla, y hablamos nosotros, de los ojos, de los oídos, del brazo de Dios, es un modo de hablar que significa la ciencia de Dios figurada por los ojos y los oídos, la fuerza de Dios figurada por el brazo. Dios es incorpóreo, inmaterial, puramente espiritual, no se le ven ojos corpóreos; es invisible. Pero *esto no quiere decir* que sea inexistente. Le vemos con

ojos del alma. Muchas cosas hay reales y ciertas que ven nuestros ojos, y que, esto no obstante, se imponen a nuestra creencia; porque ellas nos son conocidas por el testimonio, por el sentido íntimo, por el raciocinamiento, por la inducción. Dios es invisible, pero no inexistente. No le vemos con los ojos del cuerpo, pero le vemos con los ojos del alma.

Le conocemos por el testimonio.

Dicen algunos: Sólo creo lo que veo. Es una frase absurda. Sólo creo lo que veo. Luego no creéis en Pericles, ni en Augusto, ni en León X, ni en Luis XIV, ni en el imperio de los asirios, ni en el de los persas, ni en el de los griegos, ni en el de los romanos, ni en todo lo que pasó antes de nosotros, porque no habéis sido testigos oculares de ello; en una palabra, no creéis en la historia, porque todo lo pasado está separado de vosotros por el tiempo. ¿Habéis visto a Carlomagno, a Duguesclín, o siquiera a Napoleón I? No, jamás los visteis, jamás los veréis. Solamente en virtud del testimonio y por la sola fe humana podéis creer y creéis en su existencia.

Sólo creo lo que veo. Entonces no creéis ni en el Asia ni en el Africa, ni en las dos Américas, ni en la Oceanía, ni en las islas, ni en todos los países que no habéis recorrido; en una palabra, no creéis en la geografía, porque la mayor parte de los lugares de que habla están separados de vosotros por el espacio. ¿Habéis visto a Rusia, a la China, al Japón? ¿Habéis visitado tan sólo a Nápoles, a Constantinopla, a Jerusalén? No, sin duda. Sin embargo de esto, existen estos países y estas ciudades y creéis firmemente en su existencia por la fe en el testimonio de los geógrafos, de los viajeros, de los pe-

riodistas, de las agencias. *En suma, conoceremos muy pocas cosas por nosotros mismos, y todavía menos por nuestros ojos. Casi todos nuestros conocimientos son debidos al testimonio de los hombres y a la fe humana.*

Verdad es que no veo a Dios. Pero compruebo el *acuerdo del género humano* en creer en su existencia, en rendirle culto y homenaje de adoración y de dependencia; acuerdo tan antiguo, tan universal, tan durable como el mundo; acuerdo que abarca así a los sabios como al vulgo, a las naciones más cultas como a las más salvajes. Esto me basta. No he visto lo pasado, pero creo en él por el testimonio de los historiadores. No he visto los antípodas, pero creo en ellos por el testimonio de los geógrafos. No veo a Dios, pero creo en El por el testimonio del género humano.

Dios es invisible, pero no inexistente; no le vemos con los ojos del cuerpo, pero le vemos con los ojos del alma. Le conocemos por el testimonio.

II. Le conocemos por el sentido íntimo.

Algunos dicen: Sólo creo lo que veo. Es una frase absurda.

Sólo creo lo que veo. Entonces no créis en *vuestra alma*. En cierta reunión pública, un libre pensador pedante, dirigiéndose al conferenciante, le dijo: "Señor, ¿podría V. decirme qué color tiene Dios?—No solamente os lo diré, sino que os lo haré ver, Dios es un espíritu puro. Mirad el color de vuestro espíritu, y veréis el color de Dios. Ahora bien, ¿cuál es el color de vuestro espíritu? ¿Es verde o amarillo? Respondedme"—El interrogador, de triunfante, convirtióse en lastimoso, guardó silencio, y sus vecinos le dijeron: "Enrique, harías bien en callarte." En efecto, señores, sólo son rea-

los seres que podemos ver, oir, tocar y sentir. Voso- jamás habéis visto, oído o tocado vuestra alma, y, sin ...rgo de ello, existe con tanta realidad, y vosotros ...éis de ello tan íntima convicción tan evidente senti...nto, que ningún razonamiento del mundo os haría ...r lo contrario.

Sólo creo lo que veo. Entonces ¿no creéis en los *cuatro ...dos invisibles*, ocultos, silenciosos, imponderables, que ...án ahí, en vuestro seno, que el ojo corpóreo no puede ..., ni tampoco el ojo de la ciencia, pero que no se ocul... al ojo de la filosofía, al ojo del buen sentido? Hay en ...sotros un mundo *metafísico* u ontológico, es decir, ...ncipios o axiomas como éste: "Dos cantidades igua... a una tercera son iguales entre sí." El axioma es in...sible, pero os desafío a que neguéis su realidad. Hay en vosotros un mundo *moral*, es decir, reglas de vida como ésta: "Hay que respetar y amar a nuestros padres." Estas leyes morales no tienen dimensiones, ni peso, ni color; a pesar de ello, su certeza es absoluta, y nadie la pone en duda. Hay en vosotros un mundo *lógico*, es decir, razonamientos y conclusiones, juicios, operaciones mentales que son de un orden puramente espiritual, cuya existencia es tan clara como la luz del día. Hay en vosotros un mundo afectivo, es decir, conmociones, ...lentos, decisiones de voluntad, alegrías y heridas del corazón; todo esto palpita en vosotros, y todo esto es in...sible. *En suma, no es con los ojos del cuerpo con los que conocemos nuestra alma y las realidades afectivas, lógicas, morales y ontológicas que llevamos dentro de nosotros mismos, sino por la conciencia personal, por ... ojo interno, por la facultad que poseemos de apreciar inmediatamente nuestras alegrías, nuestros pensamientos, nuestras voliciones, nuestro yo, es decir, por el sentido íntimo.*

Verdad es que no veo a Dios. Pero *me interrogo a mí mismo*, y desde las profundidades de mi ser, oigo una voz que me dice: ¡Dios, Dios! *Deus, ecce Deus!* Dios es necesario a la moral, cuyos preceptos sin El no tienen ni principio, ni fuerza obligatoria, ni sanción. ¡Dios, Dios! Es necesario a la sociedad, que se convierte en presa de la licencia o de la fuerza, si no reconoce un señor invisible, libremente aceptado y obedecido. ¡Dios, Dios! Es la esperanza y sostén de los débiles y desgraciados; es el moderador y juez de los poderosos y afortunados. ¡Dios, Dios! Sólo El puede llenar el abismo íntimo del corazón. Esto me basta; no veo a Dios, pero creo en El, como creo en mi alma, por el sentido íntimo, por la sensación interior que tengo de su existencia.

Dios es invisible, pero no inexistente. No le vemos con los ojos del cuerpo, pero le vemos con los ojos del alma. Le conocemos por el testimonio. Le conocemos por el sentido íntimo. Pero continuemos.

III. Le conocemos por el razonamiento o la inducción.

Dicen algunos. Sólo creo lo que veo. Es una frase absurda.

Sólo creo lo que veo. Entonces ¿no creéis en el espíritu superior, en el genio científico de Stephenson, de Pasteur, de Edison? Sin embargo de esto, todo el mundo conviene en que son grandes inteligencias. Todo el mundo ha visto en estos tres sabios actos que ofrecen un orden maravilloso relativo a las locomotoras, a las enfermedades microbianas, o a la electricidad, y de este orden maravilloso, de estos inventos

asombrosos, nos remontamos por la inducción al espíritu que fué autor de ellos. Cuando contemplo un edificio, un templo, un palacio, ¿tengo necesidad de ver al arquitecto que lo ha edificado para estar cierto de que este arquitecto ha existido? La inducción, el más elemental razonamiento me dice que este edificio, este templo. este palacio, no se ha levantado por sí mismo.

Sólo creo lo que veo. No veis una *estrella*, jamás la veréis. Pero veis que imprime su imagen en una placa fotográfica, y deducís su existencia. Sólo veis el efecto, pero del efecto hacéis salir el conocimiento de la causa; a la vista se ha añadido el razonamiento. *Sin cesar vamos del efecto a la causa, de lo visible a lo invisible, del efecto que vemos a la causa que no vemos. No creer más que lo que vemos,* es hacer profesión de materialista, es declararse semejante al caballo y al mulo, que carecen de inteligencia; es querer elevarse por encima del vulgo, y en realidad ponerse por debajo de éste; es demostrar que uno no es un ser muy espiritual, porque tiene los ojos del espíritu cerrados y extinguidos. Así, la objeción: "Mostradnos a Dios", cosa imposible e irracional, se convierte en la objeción: "Mostradnos los efectos de Dios", cosa fácil y de simple razón.

Verdad es que no veo a Dios. Pero *contemplo sus obras*, y de sus obras me elevo hasta El. Con mis ojos, veo los efectos de Dios, con mi razón deduzco la existencia de Dios. El general Bertrand decía un día a Napoleón en Santa Elena: "¿Quién es Dios? ¿Le habéis visto? Y Napoleón le respondió: "Voy a decíroslo. ¿Cómo juzgáis que un hombre es un genio? ¿Es el genio algo visible? ¿Qué sabéis de él para creer en él?

En el campo de batalla, en lo más rudo de la lucha, cuando teníais necesidad de una pronta maniobra, por qué, vos el primero, me buscabais con la voz y la mirada? ¿Por qué exclamaban por todas partes: "¿Dónde está el Emperador? ¿Qué significa este grito sino la confianza en mí, en mi genio? Mis victorias os hicieron creer en mí. Pues bien, el universo me hace creer en Dios. Los esfuerzos maravillosos de la omnipotencia divina, son realidades más elocuentes que mis victorias. ¿Qué es la más hermosa maniobra en comparación del movimiento de los astros? Aunque Dios sea invisible, existe, y yo creo en El". No se ve a Dios. En efecto, Dios no cae bajo la acción de los sentidos, no le vemos con los ojos del cuerpo. Pero estáis dotados de razón, y la razón es precisamente la facultad de ver lo que no ven los sentidos. Mi perro visita conmigo el arco de triunfo de la Estrella, Nuestra Señora de París, el Panteón; ve todo lo que yo veo, menos Napoleón y el Gran Ejército, menos Mauricio de Sully, menos Soufflot. Ve los monumentos, pero no ve nada detrás de los monumentos; del propio modo, el ateo y el creyente se ponen en presencia de la creación. El ateo abre los ojos sobre el universo, y, haciendo violencia a su razón, declara que no ve nada más allá del universo. También el creyente mira y admira el espectáculo del mundo, pero deja hablar a su razón, y, transportado por ella de lo visible a lo invisible, de los efectos a la causa, exclama: "*Credo in Deum!* ¡Creo en Dios!" El creyente hace un acto racional, el ateo abdica su razón. No veo a Dios, pero creo en El, como creo en el artista que ha hecho una estatua o un palacio, por el raciocinio o la inducción.

Dios es invisible, pero no inexistente. No le vemos con los ojos del cuerpo, pero le vemos con los ojos del

... Le conocemos por el testimonio, por el sentido ...mo, por la simple y recta razón.

"Creo—dice Juan Jacobo Rousseau—que Dios es ...cientemente revelado a los hombres por sus obras en su corazón; si hay quienes no le conocen, es por... no quieren conocerlo." Verdad es. Dios es un es...tu puro; está oculto en la naturaleza; no podría ser ... otro modo. Pero, si no se deja ver, se deja entrever, ... suerte que nosotros tenemos al propio tiempo la ...teza de su existencia y el mérito de esta certeza. ...mo dice Pascal, "hay luz suficiente para los que sólo ...ean ver, y suficiente obscuridad para los que mues...n la disposición contraria." La creencia en Dios es ...cional, no coarta la libertad. Dirijámonos a Dios, seño...s, y busquémosle con convicción, con espontaneidad, ...n todo el aliento de una razón que se pronuncia y de ... corazón que se entrega.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

La soberanía de Dios en la naturaleza

SEÑORES:

Hemos interrogado sucesivamente al universo, a la historia, al hombre, y el hombre, la historia y el universo nos han respondido que Dios existe. Hemos interrogado al catecismo, le hemos preguntado: ¿Quién es Dios? Y el catecismo, en su primera página, nos ha contestado: Dios es un espíritu puro. El catecismo añade que Dios es soberano Señor de todas las cosas. Admiremos hoy la soberanía de Dios en la naturaleza; adoremos a Dios, que es el único verdadero rey del mundo material.

I. ¿Quién es el rey del mundo material? No es la casualidad.

Señores, si tuviera yo el poder de hacer salir del polvo a vuestros antepasados, cuyas osamentas reposan hace ya varios siglos en el suelo de nuestra vieja igle-

si yo los hiciera ver de pie frente a este púlpito y preguntara: "Hombres de otros tiempos, ¿quién es dueño del mundo? decidme lo que pensáis de esto," dentemente, todos tendrían la misma respuesta, y sus labios sonaría el nombre de Dios. Mas si ahora iera la misma pregunta, en los mismos términos, a generación contemporánea, no recibiría ya de todos misma respuesta, sino que oiría muchas voces que zarían contra mis oídos una palabra, una palabra raña; el destino, la fatalidad, el acaso... El acaso... ahí uno de los ídolos que el siglo presente pone en ar del verdadero Dios. Démonos el fácil gusto de snudar este ídolo y pulverizarlo.

La idea de que el acaso sea el dueño del universo y bierne la creación material, ni siquiera soporta la cusión. Contemplad la naturaleza *en su conjunto*. uántas fuerzas! ¡Cuán bien reglamentadas están! e ahí el cielo, el cielo inmenso, el asombroso ejército astros. ¡Qué orden en este ejército! ¡Qué precisión cada una de sus evoluciones! ¡Qué disciplina en ese an cuerpo que recorre hace siglos la inmensidad del pacio! No hay una sola estrella que se equivoque en carrera impetuosa, ni un sol que se desvíe en su órta candente, en su misteriosa carrera. He ahí las ubes, depósito de aguas abundantes, el viento, el rayo, la mpestad. ¡Qué variedad de movimientos! ¡Qué multiicidad de ruidos! ¡qué aparente desorden! ¡Y todo obeeciendo a leyes precisas, firmes, inmutables! He ahí la ierra, con sus montañas, sus aguas, sus campos, sus diversas producciones, la sucesión de los días y de las nohes, el peso de las estaciones, el trabajo y reposo de la aturaleza... ¡Qué variedad tan inmensa!, y al propio iempo, ¡qué unidad tan perfecta! ¡Oh hombre, contempla todo esto, contempla las fuerzas que atraviesan

el mundo y las leyes que encadenan estas fuerzas, y el plan que armoniza estas leyes, y confiesa decididamente que el acaso, aunque se repita diez veces, cien veces, cien mil veces, no hubiera triunfado en una obra tan compleja!

Luego, contemplad, tras el conjunto, los *detalles,* los espectáculos graciosos, las escenas deliciosas, las bellezas delicadas de la naturaleza, las gracias primaverales de la campiña, los colores de las flores, el reflejo y los juegos de luz, el brillo de los diamantes, la serena hermosura del follaje, el azul del cielo, el centelleo de los astros, esas flores y diamantes de allá arriba. ¿Fué el acaso el que con una mano alzó hasta el cielo las gigantescas montañas, y con la otra pintó con arte primoroso las alas de la mariposa? ¿Fué también el acaso el que con una mano tendió los océanos y los mares, y con la otra depositó sobre el cáliz de las flores la gota de rocío que palpita en él? ¿Fué igualmente el acaso el que con una mano sostuvo la tierra suspendida en el espacio, y con la otra dirigió su germinación, crecimiento y madurez del grano de trigo? Reducida a confesar la existencia de una fuerza superior que domina la naturaleza y la dirige hasta en sus evoluciones más imperceptibles, la impiedad no tendría que hacer más que un ligero esfuerzo de lógica y buena fe para dar el nombre de Dios a esta fuerza suprema. No, Dios la molesta, ella la suprime, instala en su lugar un ídolo sin inteligencia y sin voluntad, inventa una palabra vacía de sentido, un nombre destituído de toda realidad, y pone en manos del acaso las riendas de la creación. El acaso, señores, no es más que una palabra, el acaso no es nada, y si el acaso no es nada, ¿cómo atreverse a decir que lo conduce todo? Arrojemos de nuestro espíritu y de nuestros labios una palabra que in-

sulta a Dios sin explicar al mundo, y a la cual el genio del error quisiera poner sobre la creación un sello misterioso sobre un libro cerrado. No, el acaso no es el rey del mundo material.

III. ¿Quién es el rey del mundo material? No es el hombre.

Concedo de buen grado al hombre, sobre todo al hombre de este siglo, el puesto de honor que ha sabido conquistarse en la cumbre de la creación física. Sí, el hombre de este siglo puede algo, puede mucho sobre la naturaleza. Con la agricultura nos acercamos a la tierra, la atormentamos, le arrancamos aquello de lo cual tenemos necesidad para vivir. Con la industria, nos inclinamos sobre la naturaleza, le arrancamos sus tesoros, nos aplicamos a manipularlos, a explotarlos, a transformarlos, a lanzarlos en todas direcciones. Con brazos y capitales, decimos a dos mares que se junten, y el mar Rojo viene a mezclar sus aguas con las del Mediterráno para abrir un camino a dos mundos hasta entonces separados; decimos a las montañas reputadas por imposibles de escalar que nos den paso, y los Alpes abren sus entrañas tenebrosas. El mundo es removido de abajo arriba. Los tesoros ocultos en estas montañas han sido puestos a la luz del día; los bosques abandonados son abiertos y explotados; los valles quedan fértiles; los arroyos que se precipitan y se pierden en la llanura, tienen una fuerza motriz utilizable, se los gobierna, se los disciplina, se saca partido de ellos. Vamos más allá todavía. Con la ciencia, llegamos a adivinar las leyes de la naturaleza, por lo menos algunas. Por ejemplo, las estrellas se presentaban al principio como un polvo resplandeciente sembrado al azar en la

inmensidad de los cielos; el hombre las contempla, las atrae, las escruta, las mide, las pesa; conoce el sitio de cada una de ellas, cuenta sus pasos, predice su marcha, traza su historia. Esto es maravilloso. El hombre de este siglo se ha convertido en rey del universo.

¿Es esto verdad? ¿Es esto realmente verdad?

Sí y no. Sí, conocemos mejor la naturaleza, y de ella nos servimos mejor que nuestros antepasados. Pero ¿somos los dueños de ella? No. El poder de el hombre sobre la creación es limitado, muy limitado. Por más que el hombre sujete a sus necesidades, y explote de mil maneras para su bienestar, esas fuerzas misteriosas que se llaman la gravedad, la electricidad, el vapor, ¡qué sé yo!, la meteorología no se sujeta a su dominación. En vano registra observaciones sobre observaciones, en vano acumula las estadísticas más diversas y minuciosas, en vano se arroga el poder de predecir lo por venir; todavía no ha logrado disponer a su antojo de la calma y de la tempestad, de la lluvia y de los vientos. Si la ciencia le permite ser un espectador maravilloso informado del drama que se representa en las regiones celestes, no por ello deja de estar sometido a él, sin poder para modificarlo. La naturaleza está en las manos de otro, de alguien que la domina y nos domina. ¿Quién es? Investiguemos.

III. ¿Quién es el rey del mundo material? Dios, solo Dios.

¿Qué poder tenemos sobre las *fuerzas* naturales? Ved los astros. Intentad detenerlos o desviarlos en su carrera impetuosa. Ved el mar, con sus olas infatigables que se abaten sobre la ribera, sin cesar rechazadas, volviendo siempre a la carga con esfuerzos desiguales,

como si a veces se cansasen. Si no vais más allá de lo que os está permitido, se convertirán en espuma a vuestros pies; avanzad algo más, intentad hacerlas retroceder, y os triturarán como el vidrio. ¡Oh hombres, hay en la naturaleza fuerzas gigantescas que no podéis someter, y que, esto no obstante, están perfectamente reglamentadas! ¡Saludad la soberanía divina, Dios es el dueño!

¿Cuál es nuestro poder sobre las *leyes* naturales? ¡Oh hombre, cuán bello eres sobre tu locomotora! Admiro la suavidad, la armoniosa fuerza de tus inmensas palancas movidas por el vapor, pero no te atrevas a tocar una sola de las leyes constitutivas de la naturaleza, la ley del calor, la ley del movimiento, la ley del equilibrio; la caldera volaría en trozos, y tú con ella. Pobre rey, aprenderías a tus costas que no eres dueño de la naturaleza sino a condición de obedecer las leyes del que la hizo. ¡Oh hombres, hay en la naturaleza millones de leyes que podéis comprobar, pero que no podéis cambiar, millares de leyes cuya existencia adivináis, pero de las cuales no sois los autores, ni los dueños, que han sido hechas y son dirigidas por otro. ¡Saludad la soberanía divina, Dios es el dueño!

¿Qué podemos sobre los *elementos?* ¿Qué podemos sobre la germinación, crecimiento y madurez del grano de trigo? Sin duda que preparamos el terreno, y lo abonamos, y lo sembramos, y lo escardamos; pero ¿dónde está nuestro poder sobre las nubes sombrías y el sol centelleante, sobre el frío que hiela y el calor que devora, sobre la nieve, el granizo, las inundaciones, las tempestades, sobre los cielos inclementes y los días límpidos? ¿Dónde está nuestro poder sobre las plagas que destruyen nuestros campos? ¡Oh hombre, la naturaleza está en manos de otro! La tierra es del Señor,

con todo lo que contiene. Todos los elementos le sirven y le obedecen. Cuando ruge la tempestad, responde a su orden. Cuando el granizo homicida se precipita, sale del carcaj de su venganza. Cuando el trueno espanta al mundo con sus vastos ecos, cuando el relámpago es lanzado como la flecha y relumbra como la espada, es Dios, que se sirve para sus fines siempre misericordiosos de esos agentes subalternos e inconscientes. Para prevenirse contra el olvido de nuestros corazones, para forzar en cierto modo nuestros homenajes, tiene Dios buen cuidado de subordinar nuestros trabajos, nuestra acción, nuestros esfuerzos, a su influencia soberana, de tal modo que no podemos dar un paso sin encontrarle, en tal forma que no podemos comer nuestro pan sin bendecirlo, de tal manera que, sin El, el grano se pudriría en los surcos, la planta se mustiaría antes de la estación de las flores, el fruto se secaría antes de la madurez, y, como dice el Profeta, la viña lloraría y mentiría el olivo. ¡Oh hombre, no eres dueño de la naturaleza! La naturaleza está en manos del Señor. Saluda la soberanía divina. ¡Dios es el dueño!

Cuando hablan de la aparición de una plaga, de una inundación, de una erupción volcánica, de un terremoto, los descreídos, los que no quieren creer en Dios en presencia de las *pruebas* enviadas por la Providencia, tienen sin cesar en su pluma las palabras fatalidad y destino. Pero ese destino que ellos llaman ciego y feroz, ¿dónde está? ¿dónde habita? ¿En qué guarida oculta su ferocidad? No saben decirlo. Desde que suprime a Dios, se crea el hombre sus fetiches, y, no obstante su cultura, dota a semejantes fetiches de una especie de ferocidad sobrenatural que hallamos sin esfuerzo en multitud de dioses de la antigüedad. Para no querer adorar al verdadero Dios, adoran los impíos mo-

misteriosos y despiadados. Francamente, nuestra ...ión vale mucho más que la suya, que no es más que ...superstición grosera formada de los tiempos pre...tóricos.

...igamos, señores, abriendo nuestros labios para ...brar, saludar, adorar, rogar y cantar al verdadero ...ios. Confesemos la soberanía divina. ¡Dios es el ...eño!

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

La soberanía de Dios en nuestra vida individual

SEÑORES:

Dios es un espíritu puro. Es, además, el soberano Señor de todas las cosas. Estudiada ya su inmaterialidad, estudiemos su soberanía.

Que Dios es el soberano Señor del mundo material y que lo dirige sin nuestro concurso, es evidente. Pero si la creación, en su conjunto, no está sometida a nuestra jurisdicción, ¿podremos siquiera gobernar a nuestra guisa esta pequeña porción de la creación, que somos nosotros mismos, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra personalidad? No, en manera alguna. "¿Cómo —diréis,— yo no soy dueño de mí mismo? Pero mi vida me pertenece; es bien mía, soy yo mismo." No, señores. Nuestra vida individual depende en absoluto de la soberanía divina. Vais a conveceros de ello.

I. La vida y la muerte dependen de la soberanía divina.

No hemos sido consultados para nacer, ni para vi-

vir; tampoco lo seremos para morir. No podemos escoger ni el tiempo, ni el lugar, ni el modo de nuestra muerte. Llegar cuando uno es llamado, quedarse mientras nos dejen, partir cuando nos despiden, no conocer ni por qué hemos recibido la vida antes que otro, ni por qué se alarga para unos y se acorta para otros, ni por qué se nos pide en tal lugar, en tal día, en tal hora; he ahí la suerte del hombre aquí bajo, la suerte de todo hombre.

Decidme qué es lo que nuestros progresos científicos pueden cambiar de esto. Nada, absolutamente nada. Decidme lo que nuestras pretensiones, nuestro orgullo, nuestra impiedad, nuestras protestas pueden cambiar de esto. Nada, absolutamente nada. Ora seáis rey o pastor, o multimillonario o mendigo, un prodigio de saber o el último de los ignorantes; ora ostentéis sobre la frente todas las victorias de Napoleón, o todos los estigmas de Calígula o de Nerón, o hayáis nacido en el último grado de la abyección y de la miseria, o la opulencia y los honores hayan rodeado vuestra cuna, ¿qué importa, señores, qué importa? Día llegará en que, transeunte ignorado, acabaréis vuestro viaje, porque desde allá arriba, alguien os detendrá y os dirá: "¡Ya hay bastante!" Día llegará en que, transeunte ilustre, os veréis obligado a exclamar con espanto: "¿Quién es, pues, ese Rey del cielo que hace morir así a los reyes de la tierra?"—"¡Sólo Dios es grande!"—exclamaba Massillón ante las cenizas todavía calientes, ante las grandezas desvanecidas de Luis XIV. Manifiestamente, señores, los dos cabos de nuestra vida están en manos de otro. Alguien preside por modo soberano a nuestro nacimiento y a nuestra muerte, a nuestro principio y a nuestro fin, y desde nuestra cuna como desde nuestro sepulcro, un grito se desprende: Dios es el

dueño. Nuestra vida individual depende en absoluto de la soberanía divina.

II. La salud y la enfemedad dependen de la soberanía divina.

Esta pobre vida física que llevamos en nosotros mismos, ¿nos pertenece? En manera alguna. Nos viene de otro, nos ha sido prestada por corto espacio de tiempo, y el que nos la ha alquilado, queda en libertad de revocar la donación cuando bien le plazca. Es un hecho de experiencia cuotidiana que la vida se nos escapa en el momento en que menos lo pensamos. Alguien viene a arrebatárnosla, nos revolvemos contra ese alguien, y somos vencidos. Vivo, pero ¿qué se necesita para matarme? Una ventana entreabierta, una puerta mal cerrada, la más pequeña corriente de aire, y héteme muerto. Como atravesamos un patio protegiendo con la mano contra el viento la lucecita de una lámpara que vacila y va a extinguirse, así atravesamos el mundo ocupados en defender nuestra pobre vida sin que lo logremos. Porque, en el momento mismo en que evito todas las imprudencias, puedo caer repentinamente herido por el rayo, y cuando tomo todas las precauciones, no estoy garantido contra los accidentes que sorprenden a los más avisados, contra las enfermedades que tumban a los más fuertes. Perdónenme los médicos lo que voy a decir. Las ciencias menos seguras, las más conjeturales, aquellas en las cuales menos se cree, son precisamente las más necesarias. El arte de curar no ha hecho sensibles progresos desde hace seis mil años. En seis mil años, la ciencia no ha sabido añadir una hora a nuestra vida, ni una pulgada a nuestra talla, ni quitar una arruga a nuestra frente. Envalentonémonos cuanto queramos, proclamemos nuestra independencia, envanezcámonos de nuestros descubrimientos y progresos, lo cierto es que casi somos impotentes ante estas dos fuerzas, de las cuales la una nos salva y la otra nos arruina: la salud y la enfermedad.

Quizás me engaño, señores. "¿Quién sabe—escribió Renán,—quién sabe si la ciencia señora de la vida no modificará las condiciones... si una biología omnisciente no nos hará vivir siempre?" He ahí, pues, una ciencia orgullosa, que nos promete hacer retroceder el espectro de la muerte. Pero... hace un mes... pidió, para realizar este progreso, cien millones de años de desarrollo de la química. Doyle gracias por su buena voluntad. Pero, no tengo tiempo para esperar. Prescindamos, señores, prescindamos de estos sueños impotentes e irrisorios. Manifiestamente, la salud y la enfermedad están en manos de otro, y de todas los glóbulos de nuestra sangre, de todas las palpitaciones de nuestro pecho, de todos los estremecimientos de nuestra carne, se desprende este grito: ¡Dios es el dueño, nuestra vida individual depende en absoluto de la soberanía divina!

III. Nuestras alegrías y nuestros dolores dependen de la soberanía divina.

No somos dueños de la vida y de la muerte, de la salud y la enfermedad. ¿Somos por lo menos dueños de los acontecimientos que componen la trama de nuestra existencia? Tampoco lo somos. Contemplad la obra de un obrero tipógrafo, de un cajista. Toma los caracteres de imprenta colocados de antemano, y compone palabras, líneas, frases, párrafos, y ordena así una página, un capítulo, una obra entera. ¿Componemos así

nosotros nuestra vida? De ningún modo. Los acontecimientos que llenan nuestra vida, pueden ordenarse bajo dos títulos: alegrías y dolores. Si fuéramos libres de escoger y agenciar estos acontecimientos, sé muy bien lo que sucedería. Pues ocurriría que el capítulo de los dolores quedaría enteramente suprimido, y todas las páginas de nuestra historia cantarían la alegría ininterrumpida. Por desgracia, no ocurre nada de esto.

Hagamos lo que hagamos, nuestros días son una mezcla de dichas fugitivas y pruebas persistentes. Por lo general, la tristeza supera al goce. Y en todos los casos, la dosis de la una y de la otra no depende de nuestra voluntad. Tengo veinte años, entro en la vida; ¿seré feliz o miserable? ¿Figuraré entre los grandes que gobiernan, o entre los pequeños que vegetan? ¿Seré rico, o pobre? La indigencia que recibí de mi familia, se cambiará en opulencia, o bien la fortuna que aporté al nacer será precipitada en el océano por una ráfaga de viento, o destruída súbitamente por una jugada de bolsa? No sé nada. Decís: *Quiero ser prudente, trabajaré.* Está bien. Pero os predigo que vuestra prudencia será siempre corta por cualquier circunstancia, y que vendrá siempre a juntarse a vuestra acción un elemento imprevisto e impalpable que destruirá vuestros proyectos. Obro, y cuando todo lo he previsto, me falta para triunfar algo que no depende de mí, algo que lo termina todo, que cierra el círculo, algo sin lo cual no puedo obtener resultado alguno, y sobre lo cual no puedo ejercer acción ni comprobación. ¿Qué es este algo? Los hombres lo llaman suerte, destino, acaso; Fenelón pronunció su verdadero nombre: "El hombre se agita y Dios le mueve." El buen sentido popular dice también: "El hombre propone y Dios dispone." ¡Oh hombres, de bueno o de mal grado, todo os con-

hace al pie del altar. Mirad. Hay una mano extraña y superior a la vuestra que conduce la trama de vuestros días, y que hila, por decirlo así, el tejido de vuestra existencia. Prestad oídos. De vuestras alegrías y de vuestros dolores, de todas las situaciones y de todos los minutos de vuestra vida, un grito se desprende: Dios es el dueño. Nuestra vida individual depende en absoluto de la soberanía divina.

IV. Aun nuestros actos libres dependen de la soberanía divina.

En el mundo, antes del hombre, no había más que cosas y animales, es decir, seres esclavos. Dios no estaba satisfecho. "Hagamos al hombre"—dijo,—y dirigiéndose a esta nueva criatura, añadió: "Levántate, hijo mío; en este universo fatal, yo te ha reservado la gloriosa servidumbre de la obediencia voluntaria. Mira esos seres salidos de mi palabra; son esclavos de obediencia pasiva y ciega. Tú eres mi hijo; no existe para ti la necesidad; tú vendrás a mí libremente, subyugado por mis atractivos, no por mi poder. Yo soy el dueño, y tú serás mi criatura; pero yo soy padre, y tú serás libre." Desde entonces, señores, contemplamos un espectáculo de otro modo grandioso que el de la creación material con sus armonías fatales, con su orden impasible y mudo. Contemplamos el espectáculo de una familia humana libre, que se encamina a Dios por sí misma, como el niño hacia su padre. Somos libres. El Señor coronó su obra creando al hombre libre, y desde aquel día, no ha creado nada más, ni una brizna de hierba. Dios creó la libertad humana, y luego descansó para respirar el incienso de ella.

Sin embargo de esto, si Dios quiso darse un adorador

libre, no quiso darse un *rival independiente.* Nuestra libertad no destruye su soberanía. Si bien estamos en manos de nuestro consejo, no dejamos por ello de estar también en manos del consejo de Dios. Dios se representa en nuestra vida, como se representa en el universo, pasa a través de nuestras obras para sacar de ellas las suyas. Tejemos una red; las mallas son nuestras, la dirección es de Dios. "El hombre—dice Ravignán—no puede ya, a través de las vicisitudes de su destino, sustraerse al poder de Dios, como no puede la gota de agua, a través de sus ondulaciones incesantes, evitar el dominio del océano." Tal es el sentido de la gran frase que os he citado hace poco: "El hombre se agita y Dios le mueve." Sí, el hombre se agita; sirve a la verdad, o la traiciona; persigue el bien, o se aparta de él; se eleva o se abaja; escala sublimes alturas, o desciende a profundas degradaciones; hace de su libertad un uso bienhechor o fatal. Pero Dios, a su hora y según sus grandes designios, le abre o le cierra la carrera, le deja marchar, o le detiene, lo impulsa hacia adelante, o lo rechaza hacia atrás... Y desde el fondo de nuestras libres evoluciones, un grito se desprende: ¡Dios es el dueño! El es el dueño de la vida y de la muerte; es el dueño de la salud y de la enfermedad; es el dueño de nuestras alegrías y de nuestros dolores; es el dueño de nuestros actos libres. Su soberanía es absoluta.

Dios es el soberano Señor de todas las cosas. Tiene derecho a nuestras adoraciones, a nuestra obediencia, a nuestro amor. Cantemos con todos los mundos y con todos los siglos la dulzura y poder de su reinado; besemos con labios sumisos su mano que nos gobierna; pertenézcanle por siempre jamás nuestros corazones.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

La soberanía de Dios en la historia

SEÑORES:

Un filósofo del último siglo, Julio Simón, escribió la siguente frase: "Cada uno de nosotros hace su vida, pero Dios hace la historia." Permítasenos discutir los oráculos de la filosofía. Cada uno de nosotros hace su vida... Esto no es enteramente cierto, porque, si bien somos libres, Dios, en último análisis, es el dueño de nuestra vida individual. Dios hace la historia—añade Julio Simón.—Esto es absolutamente verdadero, os invito a comprobar hoy la soberanía divina en el orden histórico. Este asunto es muy solemne, muy elevado, muy digno de cautivar vuestra atención.

Represéntome, señores, la historia humana como una inmensa batalla. Ahora bien, en una batalla hay tres cosas: la superficie, el fondo y el término. La *superficie* de una batalla son los regimientos, las brigadas, las divisiones, los cuerpos de ejército; son las cajas

llenas de proyectiles, los carros rebosando de útiles, zapatos y víveres, y también las ambulancias que esperan... Luego, al primer cañonazo, las líneas inmensas y profundas avanzan las unas contra las otras; despliéganse las baterías y toman posiciones; marcha la infantería, relinchan los caballos, suenan las músicas, tremolan las banderas, se cruzan y se multiplican las órdenes; tiembla la tierra, y el humo de la pólvora oculta el cielo azul. Hombres y caballos, hombres amontonados y bestias sudorosas son aplastados por una lluvia de hierro y plomo. La superficie de una batalla es horrible, es un caos de lágrimas y sangre... ¿Un caos? No, señores. Bajo esta superficie tumultuosa e incoherente, hay un plan. En medio de esta gran carnicería, el general en jefe está sobre aviso, y su boca dicta órdenes. El soldado perdido en la refriega no ve más que el desorden de la carga, que el centellear de las armas, que nubes de humo y polvo; no oye más que gritos mezclados al ruido ensordecedor de la fusilería y de los cañones. Para él, todo ello no es más que confusión. Pero desde las alturas vecinas, un ojo sigue la marcha del combate, una mano dirige los menores movimientos de las tropas. He ahí el fondo de una batalla... Es el plan concebido por la inteligencia del general y ejecutado por la valentía de los soldados. El término es la *victoria*: un pueblo libre y una patria vengada, provincias reconquistadas, la apoteosis de los muertos y de los sobrevivientes, finalmente, el triunfo del general, su plan justificado, su nombre aclamado e inmortalizado. Tal es, señores, bajo una imagen brillante y significativa, el gran drama de la historia humana.

1. La superficie de la historia.

Vista por su superficie, la historia humana es un caos. Nacen pueblos y mueren pueblos, la guerra sucede a la paz, las más bellas conquistas se desvanecen en profundos reveses. En un instante, cambia la faz del mundo. Se elevan personajes, siniestros o bienhechores, y merced a súbitas revueltas y cambios inesperados, terribles catástrofes inauguran resurrecciones consoladoras. Pongamos atención... El cielo está sin nubes, mas de repente un relámpago cruza el horizonte, retumba el trueno y se presentan acontecimientos que parecen no tener causa y desconciertan todas nuestras previsiones. Y menos mal si sólo sorpresas nos proporcionase la historia; pero ella expuso a nuestros ojos, escándalos, hechos que nos sorprenden, triunfos injustos, dolores no merecidos. A ciertas horas, en la vida de los pueblos, todo parece entregado al acaso, tumultuoso, sin orden, contradictorio, escandaloso. Dijérase que basta que una causa sea justa para que el cielo y la tierra se revuelvan contra ella; la misma religión está como abandonada; la tempestad va creciendo y la ola de la iniquidad, sube, sube constantemente. Todo marcha al revés, y Dios se obstina en callarse.

He ahí la historia vista por la superficie; una mezcla confusa de cosas inesperadas que nos sorprenden y de cosas injustas que nos irritan. ¿Qué hacer, pues? En esa batalla proseguida en el decurso de los siglos, batalla de la verdad y de la justicia contra el error y la iniquidad, ¿es que no hay jefe? En ese caos aparente en que los hombres y los acontecimientos se muestran entremezclados, como se mezclan en un combate soldados y jefes, caballos y cañones, banderas y estan-

dartes, vivos, heridos y muertos, ¿es que no hay plan? Desengañaos; Dios es quien hace la historia.

II. El plan de la historia.

Vista por su fondo, la historia nos permite apreciar el paso de Dios, su presencia no interrumpida, su realeza soberana, su *plan.*

Dios tiene un plan. En medio de las revoluciones humanas y de los vastos sacudimientos de las naciones, Dios recluta a sus elegidos. He ahí su grandioso designio, al cual subordina todos los acontecimientos que permite o que realiza. Para los elegidos, se elevan los imperios, prosperan, mueren, sucumben. Para ellos se suceden las dinastías, se cambian los tronos, reviven los pueblos en fecundas invasiones y poderosos martirios. El hilo conductor de la historia humana está en esta frase, que es una revelación: *Omnia propter electos.* En el curso de las edades, Dios no tiene más que una idea y no persigue más que un fin: el reclutamiento y formación de sus elegidos. Y este plan lo ejecuta de la manera inefable que voy a explicaros.

Vosotros decís: No veo a Dios en la historia. Sin embargo de ello, en la historia está El, y El es quien dirige y vigila al género humano. Sólo que respeta nuestro libre albedrío, parece callarse y espera bajo el velo, y a menudo deja que el hombre se castigue a sí mismo. Cada violación de sus órdenes tiene un invisible rebote aun en nuestra vida social, y catástrofes sin nombre, guerras intestinas, desfallecimientos inexplicables se encargan de decir a las sociedades que no se desobedece impunemente la ley divina. Dios gobierna al mundo, y su primer ministro es la *lógica.*

Hay otro ministro, la *libertad humana.* El océano se agita tumultuosamente en su inmensa cuna, bate con sus olas potentes las riberas de dos mundos, y Dios limita sus furores con un grano de arena, y se sirve de sus olas incoherentes para refrescar la tierra y ofrecer un camino a nuestras naves. Así obra la libertad humana. Dios le deja su juego, y le permite sus más caprichosas agitaciones, pero al propio tiempo la limita y la domina, y la disciplina bajo su mano fuerte y suave. Ora la retenga, ora la suelte, nos muestra de mil maneras que desde lo más alto de los cielos, empuña las riendas de los imperios y guarda en su mano todos los corazones. Igualmente se sirve para realizar su obra, de los justos y de los pecadores, de las naciones fieles y de las naciones apóstatas. Ora salva un pueblo enviándole un personaje providencial, ora, cuando los pueblos embriagados de su vana sabiduría se adoran y se divinizan a sí mismos, cuando olvidan al Señor, los castiga rudamente abandonándolos a los furores de la iniquidad triunfante. Nínive debería hacer penitencia y vestirse de luto, pero Nínive no se corrige; siempre el mismo apetito de lujo y de goces, siempre la misma licencia, siempre el eco de la blasfemia y la profanación del domingo, siempre las mismas prevaricaciones secretas y públicas. A pesar de nuestras desgracias, hacemos siempre restallar nuestro látigo diciendo: ¡Somos la gran nación! Cuidado, mucho cuidado. Dios es el dueño de las naciones; El las eleva y las abate, las recompensa o las castiga según las reglas de su justicia infalible. Dios gobierna al mundo, y su ministro es la libertad humana que trabaja, bajo su mirada y dirección, en la ruina o en la resurrección de los pueblos. Que si las evoluciones del libre albeldrío os ocultan la presencia de Dios en la

historia, dejádmela mostrar envuelta en luz tan esplendente, que arrastrará vuestra adhesión.

Para intervenir en los negocios de la familia humana, Dios tiene un tercer ministro, lo *imprevisto*. En la vida de los pueblos, en el gobierno, en la guerra, lo imprevisto desempeña un papel muy importante. Evita nuestras previsiones, nuestra comprobación, y por sí solo, traslada el eje de las sociedades y cambia la faz del mundo. Sin duda conocéis la frase de Pascal sobre Cromwel: "Cromwel—dijo—iba a arrasar toda la cristiandad; la familia real estaba perdida y la suya pujante para siempre, sin un granito de arena que se metiese en su vejiga. La misma Roma iba a temblar bajo su dominio; pero habiéndose interpuesto un pequeño guijarro, murió él, su familia quedó obscurecida, reinó la paz, y en su trono fué restablecido el rey. Este grano de arena, señores, ¿quién es? Nada en apariencia, pero en realidad ese nada echará por tierra todas las combinaciones, todas las probabilidades de los negocios humanos. Era lo imprevisto, era lo incógnito de la Providencia, era el ministro de la soberanía divina. La guerra parece decidir de la suerte de las naciones, hoy sobre todo que el efectivo de paz para Europa es de tres millones de hombres y el efectivo de guerra de dieciséis millones de hombres, y los presupuestos militares reunidos, de tres mil quinientos millones. Y bien, la guerra es un enigma. En la batalla de Eylau, ni uno solo de los oficiales de órdenes enviados por el Emperador para llevar sus órdenes llegó a su destino, y, a pesar de ello, Napoleón rechazó a los rusos y a los prusianos. En la mayor parte de los casos el éxito de una batalla depende de la pura casualidad, de un imprevisto que procura la victoria no esperada, o que produce la derrota a pesar

de los cálculos más hábilmente concebidos. Organizad el ejército más brillante, variad su instrucción, engrandeced sus cuadros, desplegad en sus alas una caballería formidable, cubridlas con el ruido y el fulgor de diez mil cañones que truenan con voz más potente que los del enemigo, sujetad a una disciplina más rigurosa oficiales y soldados, poned si conviene toda la nación en armas...¿qué será preciso para desconcertarlo y perdelo todo? La indecisión de un jefe, una palabra mal leída, una orden mal dada o mal comprendida, el invierno, el viento del Norte, un detalle insignificante, un olvido, un nada, un imprevisto. Conocéis la frase del general austriaco Benedeck antes de la batalla de Sadowa: "Yo me encargo de la victoria con tal que Dios se mantenga neutral". Dios, señores, no se mantiene nunca neutro en los asuntos humanos. Se introduce por rendijas inesperadas, y todo cambia sin cambiar. El mismo, porque es el único en quien la soberanía reside naturalmente. Dios es quien hace la historia. Tiene un plan y lo ejecuta realmente con los ministros que acabo de citaros: lo imprevisto, la libertad humana y la lógica.

III. El término de la historia.

Vista por la superficie, la historia es un caos. Vista por su fondo, la historia nos revela un plan concebido, querido y ejecutado por Dios. ¿Es esto decir que la soberanía divina es en todas partes visible y deslumbrante en la historia? No, por cierto. Dios representa un drama cuyos actos son siglos; a sus ojos mil años son como un día; es paciente porque es eterno; para criticar este drama de todos los siglos, preciso es esperar la conclusión. Sólo en el último día,

cuando veamos la historia en su término, se convertirán las disonancias en acuerdo, se iluminarán a nuestros ojos las páginas más obscuras, y la soberanía divina brillará en todo su esplendor. Entonces será todo como la salida del sol sobre las cumbres de la montaña. Todos los senderos de la historia serán iluminados hasta en sus últimos rincones, quedarán explicadas todas las revoluciones del mundo, el plan de la Providencia será justificado, y la luz definitiva irradiará sobre todos los hechos consumados. Discutimos los primeros siglos de la Iglesia, las cruzadas, las investiduras, la Edad Media, sobre la índole, heroísmo y vocación de Juana de Arco, sobre Lutero y Calvino, sobre el protestantismo y la revolución francesa..., y estos debates no llevan trazas de finir. Dios decidirá todas estas cuestiones en el último día y en aquella hora, de todos los rinconos de la historia, de todos los siglos reunidos y juzgados, un gran grito brotará..., y todas las esferas de la eternidad quedarán por él conmovidas... ¡Dios es el dueño!

Mientras esperamos este fin solemne de la batalla humana, nosotros, soldados obscuros lanzados en medio de la pelea, permanezcamos en el puesto asignado por Dios, luchando en él firmemente hasta el último momento. Dios es el dueño y dirige la marcha del combate. Esto debe bastarnos. Por espesas que sean las tinieblas, por duras que sean las pruebas de la vida presente, esperaremos con indomable confianza y tranquilidad perfecta la grande e indefectible justificación de lo por venir.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

La soberanía de Dios es una soberanía perfecta

SEÑORES:

Dios es el soberano Señor de todas las cosas. Es el dueño en el orden físico, en el orden individual, en el orden histórico. Gobierna como le place el universo, el hombre, el género humano, y su soberanía es una soberanía perfecta.

Pero desde ahora es preciso que os diga que algunos me han censurado diciendo que los elevo demasiado. Considero que el reproche es inmerecido. Sí, señores, me dirijo a la parte más noble de vosotros mismos, apelo a lo que hay en vosotros de más grande y os elevo hasta las cumbres. ¿Es esto un mal? ¿No os parece que después de haber vivido durante seis días en pleno polvo terrestre, os es útil respirar durante un cuarto de hora el soplo que viene de lo alto? La ciencia religiosa, señores, es admirable. Es un árbol inmenso cuya cima se pierde en los cielos, y cuyas raí-

ces se hunden en nuestro corazón; es un gran río, cuya fuente nace en la eternidad y cuya corriente bienhechora riega todo siglo y toda alma.

Digo, pues, que la soberanía de Dios es una soberanía perfecta, y para mejor hacerme comprender, procederé por vía de comparación. Contemplad los reinos de la tierra. ¿Qué son sino un reflejo lejano, una imagen debilitada, una sospecha tímida de la soberanía divina?

I. Los reyes de la tierra están localizados.

Cualesquiera que sean su ambición y el poder de sus armas, tienen vecinos que limitan la extensión de sus dominios. Se ha dicho de Alejandro el Grande que la tierra callóse en su presencia, pero esto no es más que un modo de hablar, una figura retórica. Por grande que fuese, Alejandro no ocupaba más que un pequeño punto del espacio. Y no solamente los más potentes monarcas no tienen más que un imperio limitado, sino que todavía, en los límites de su imperio, no ocupan más que un puesto pequeñísimo." ¡Ah, si yo hubiera estado allí con mis francos!", exclamaba Clodoveo al oir el relato de la Paión. Por desgracia, centenares y millares de iniquidades se consuman en medio de un pueblo en el espacio en veinticuatro horas. Si Clodoveo, si San Luis hubieran estado allí para impedir y castigar... Pero no, Clodoveo estaba en los campos de batalla, y San Luis en oración a los pies de un crucifijo o administrando justicia bajo la encina de Vincennes, y ausente el monarca, el bien sucumbe y el mal se hace. Los reyes de la tierra están localizados.

Dios está presente en todas partes. Tenemos un cuerpo; con frecuencia es una gran miseria, y siempre una imperfección, porque nuestro cuerpo nos limita y nos encierra en un espacio dado. Dios carece de cuerpo, no tiene límites. Como nuestra alma está presente en todo nuestro cuerpo, porque en cualquier parte que se le hiera, ella lo siente, así Dios está presente en toda criatura en el sentido más riguroso, por su esencia, por su ser, por su substancia, que nada podría limitar. "Dime dónde está Dios, y te doy una estampa" decía a un niño un burlón imbécil. Y el niño contestó: "Dime dónde no está, y te daré dos". Y añade San Pablo: "En Dios tenemos la vida; el movimiento y el ser", de suerte que es tan imposible sustraernos a su presencia, como imposible es salir de esta atmósfera que nos envuelve y respiramos. "Si subo al cielo—exclama David,—allí estáis vos; si desciendo a los infiernos, allí os encuentro; si despliego mis alas con la aurora y emprendo el vuelo a las extremidades de la tierra, es vuestra mano la que allí me lleva." Dios está presente en todas partes y su ciencia es ilimitada, infinita como su presencia.

II. Los reyes de la tierra no ven lejos.

Es su segunda enfermedad. Estáis en la escena, en medio de un pueblo de actores que remolinean en torno suyo; constituyen el centro de un drama, e ignoran el desenlace de la pieza que se representa ante sus ojos y con su concurso. Preguntadle, preguntadle al emperador Guillermo, al zar Nicolás, al presidente Loubet o a Roosevelt, al joven rey de España lo que será mañana la nación que conduce hoy, y os dirán que no lo saben. No ven ni siquiera lo que ocurre cerca de ellos entre bastidores. Hay dinamita

bajo sus pies, y de ello no se percatan. Una bomba va a estallar a su paso, y no lo han previsto. Un confidente hace traición a sus secretos y prepara la ruina de sus empresas; ellos lo ignoran. Se les dice que todo va bien, que el ejército y la marina están en buen estado, que la nación descansa, que la diplomacia vela, que Europa está en paz, y se despiertan sobre el volcán de la guerra civil o de la guerra con el extranjero. Los reyes de la tierra ven poco y ven mal.

Dios lo ve todo. Desde la eternidad, como desde una ventana, ve El, con la mayor precisión, y en su más complicadas y diversas relaciones, lo pasado, que ya no existe, lo por venir, que todavía no es, y lo presente, que se actualiza. Todo el drama humano es conocido por Dios de una sola mirada, sin fecha, sin esfuerzo, sin vacilación, sin distracción, sin fuga posible de memoria para el menor detalle. Dios ve lo *pasado.* Pasea sus investigaciones victoriosas por todos los senderos de la historia, y, en el fondo de los abismos silenciosos en que duerme lo pasado, discierne las edades desconocidas, los siglos mudos, los días por siempre jamás extintos. Dios ve lo *presente,* es decir, el cielo y la tierra, la innumerable familia humana, el mundo angélico, más innumerable todavía, el universo físico con todas sus riquezas, el hombre, en fin, el hombre sobre todo, el hombre completo, nuestra existencia en su conjunto y en sus más imperceptibles detalles. Dios ve todos los detalles de mi vida... y las lágrimas discretas que brotan de mis ojos, y los cabellos que caen de mi cabeza, y el vaso de agua que doy al pobre, y las victorias laboriosas que obtengo sobre el mal y mis penosas ascensiones por el camino de la virtud. Todo lo ve; la venganza que preparo en la sombra, la iniquidad que cubro con un velo, la piedra que pon-

go en el camino, que hará caer a muchos. Aunque me oculte a los ojos de los hombres, a los ojos de Dios aparezco bañado en luz. La mirada de Dios aparta las sombras, desgarra los mantos, hace caer las máscaras. Dios ve lo *por venir.* Dios sabe todo lo que sucederá. A la luz que le descubre lo que es, contempla lo que aún no existe, las transformaciones de la naturaleza, las revoluciones de los pueblos, las peripecias, marcha y desenlace del drama de nuestra vida. Dios lo ve todo, aun *nuestros más secretos pensamientos.* ¡Ah, qué alegría, una resolución generosa, un suspiro del corazón, un filial arrepentimiento, un acto de gratitud, un grito de amor, un aletazo hacia el bien, hacia la verdad, un sacrificio religiosamente aceptado; Dios ve todo esto. Dios lo ve todo; aun nuestros más secretos pensamientos. ¡Ah, tengo miedo! Todos los actos de mi alma, buenos, indiferentes o malos, todas las palpitaciones de mi corazón, generosas, egoístas, todas las decisiones de mi conciencia, prudentes o inconsideradas, todas las operaciones de mi voluntad, todos los cuadros de mi fantasía, todos los recuerdos de mi memoria, todas las oscilaciones de mi ser interior, todo esto se ilumina bajo las miradas de Dios. Saludad, señores, la soberanía divina. Es una soberanía perfecta. Dios está presente en todas partes, lo ve todo, y su poder es ilimitado, infinito como su ciencia y su presencia, que nada podría limitar. Los reyes de la tierra están localizados. No ven de lejos. Pero prosigamos.

III. Los reyes de la tierra no pueden gran cosa.

En su tercera enfermedad. Hacen reir los grandes hombres cuando muestran lo poco de que son capaces.

Reunid todos los potentados del mundo; decidles que se hagan ayudar de todos sus químicos, y que den el ser a una mosca, a una brizna de yerba, a un grano de arena; no lo lograrán, no pueden nada sobre la nada. Decidles que se hagan ayudar por los médicos más hábiles, y cortar una fiebre, o matar un insecto venenoso, que va a destruir el último vástago de una estirpe real. ¡Inútiles esfuerzos; nada pueden contra la muerte! Decidles que convoquen a todos los geómetras, ingenieros y matemáticos, y pedidles, no ya que desvíen el curso de los astros, sino únicamente que cambien de sitio una montaña o detengan un alud; sudarán sangre, emplearán millones de brazos; no pueden casi nada sobre la materia. Decidles que convoquen sus más finos diplomáticos y sus generales cubiertos de hierro y ordenen, a medida de su ambición o para el mayor bien de sus pueblos, el mapa de Europa; harán generalmente mucho ruido, pero poco trabajo; después de pasear sobre veinte campos de batalla su gloria ensangrentada, irán a morir sobre una roca perdida en medio del océano; su edificio político caerá como un castillo de naipes, y el drama de la historia se volverá en contra de lo que habrán pensado y querido; no pueden casi nada sobre la marcha de los acontecimientos.

Dios todo lo puede. Fuera de Dios ¿qué hay? La naturaleza y el género humano. Ahora bien, en estas dos esferas, Dios es todopoderoso; puede todo lo que quiere.

Alguien dirá: "No, el poder de Dios no es ilimitado; se detiene *ante las leyes de la naturaleza,* que son indefectibles." Expliquémonos. Leemos en Quinto Curcio que habiendo llegado el ejército de Alejandro a la desembocadura del Indo, vió ante sí un llano inmenso de arena unida, compacta y dura. Creyó que

ningún punto era más propicio para acampar y establecerse con sus tiendas y bagajes. Pocas horas después, distinguieron los soldados en el extremo del horizonte una línea de olas que avanzaban sontra ellos con la rapidez del rayo. Un terror pánico se apoderó de ellos. El Mediterráneo no les había enseñado las mareas del Océano, Alejandro y su ejército se declararon en derrota y abatieron las tiendas con más rapidez que las habían levantado. ¿Es así como huye el poder de Dios ante el torrente de leyes de la naturaleza? No. Por encima de las leyes que rigen el mundo, hay un legislador superior a las leyes que ha hecho y que puede deshacer. Sin duda que, a primera vista, esas leyes son inmutables, y Dios, que respeta el orden de sus obras, deja que la naturaleza siga su inalterable curso. Pero sepamos que las leyes que encadenan el mundo no lo encadenan a El, sino que puede romper, cuando le plazca, el encadenamiento de las causas naturales; como es autor de la regla, puede producir la excepción. ¿Es soberana la naturaleza? No. Dios, después de crear y poner en movimiento el mecanismo del mundo, ¿retiróse por ventura a las profundidades de su eternidad como un rey constitucional que reina y no gobierna? ¿No tiene sobre la naturaleza más que una primacía de honor sin jurisdicción? No, en modo alguno. El es dueño absoluto. Puede cuanto quiere.

Algunos insisten y dicen: "No, el poder de Dios no es ilimitado: se detiene *ante la libertad humana,* que es inviolable." Entendámonos. El hombre es libre, pero Dios es dueño. En tanto desencadena la libertad, en tanto la reprime. Determina su marcha por las facilidades que le da, o por los obstáculos que le suscita, de suerte que en último análisis, el género humano hace aquí bajo libremente lo que Dios allá

arriba quiere por modo soberano. Escuchad a Racine. Su magnífico lenguaje corregirá la debilidad del mío.

"¿Qué pueden contra él todos los reyes de la tierra? En vano se unirían para hacerle la guerra; para deshacer su liga, basta mostrarse. Habla, y todos se esconden en el polvo. Al sonido de su voz, retrocede el mar y tiembla el cielo. Todo el universo se muestra a su vista como un nada, y los débiles mortales, vanos juguetes de la muerte, aparecen a sus ojos como si no existieran."

No olvidemos, señores, estos nobles acentos. Saludemos la soberanía divina, que es perfecta. Cantemos a Dios, que está presente en todas partes, que lo ve todo, que lo puede todo.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

La bondad de Dios

SEÑORES:

Dios es espíritu puro y soberano Señor de todas las cosas. ¿Será preciso ir más lejos y penetrar más en su sublime naturaleza? ¿Por qué no? Sin duda que yo podría presentar a vuestros espíritus fascinados por las cosas materiales y temporales, arrastrados por la ola de los acontecimientos que atormentan nuestra vida social, esas fáciles lucubraciones que se llaman actualidades; pero no quiero hacerlo. Estimo que la verdad religiosa es capaz de interesaros, y que conocer a Dios, por imperfectamente que ello sea, vale más para vosotros que la posesión de todas las ciencias humanas. Entremos, pues, en nuestra barca, despleguemos atrevidamente la vela, y exploremos juntos el vasto océano de la naturaleza divina. Hablemos hoy de la bondad de Dios. Ser bueno consiste en darse. Dios es la bondad por esencia. El se dió, El se da, El se dará. He ahí el fondo de su insondable naturaleza.

I. Dios se dió en la creación.

De toda eternidad, Dios tiene la vida, y un día la dió. Hizo brotar de la nada el mundo sideral, el mundo mineral, el mundo vegetal, el mundo animal; después, al coronar su obra, dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". ¡Oh grandeza del alma humana! Es una semejanza de la vida increada, refleja a Dios; es en pequeño lo que Dios es en grande, en infinito; es como un esbozo, como una reducción del mismo Dios... Y lo que Dios hizo una vez en el origen, continúa haciéndolo en el curso de los siglos. Cada cuna que mece una criatura humana, es una atestación de la bondad divina. Cuando el niño hace su aparición en el mundo, Dios vela sobre ese débil átomo desprendido de la nada y caído en la tierra como un ser extraño sobre una ribera inhospitalaria; pone a su disposición dos seres que le representan, encargados de apartar todos los peligros, de proveer a todas sus necesidades, de dirigir todos los progresos de esta vida que comienza.

Dios tiene la vida, la dió a sus criaturas, y El es quien se la conserva. Una lámpara no arde siempre; un reloj se gasta y no marcha siempre. Los astros brillan siempre, y nuestra alma no se extingue jamás. ¿Por qué? Porque Dios está allí,

> Dando el pasto a los pequeñuelos de los pájaros,
> Y su bondad a toda la natura;

porque Dios está en ella, inclinado sobre su creación, dando la vida a todos los gérmenes, poniendo sangre en todas las venas, agua en todas las fuentes, plumón en todos los nidos, flores en todos los prados, arena en todos los desiertos, estrellas en todos los cielos... Dios

se ha prodigado en la creación, y porque sus criaturas han sido frías, indiferentes, ingratas, indisciplinadas, rebeldes, se ha entregado por segunda vez.

II. Dios se entregó en la Encarnación.

Señores, leyendo la historia, habréis encontrado princesas admirables, tales como Santa Isabel de Hungría, Eduvigis de Polonia, Blanca de Castilla. En medio de los esplendores de su condición, estas mujeres no pensaban más que en los pobres y en los afligidos, y cuando podían sustrarse a la pompa de la corte, las hubieseis visto quitarse apresuradamente de su cabeza la corona y sus alhajas, vestirse humildes vestidos, y deslizarse por calles estrechas, en los barrios más obscuros, en los escondrijos más abandonados, para visitar a los enfermos y curar sus llagas. El esplendor de la majestad había desaparecido de la frente de aquellas mujeres extraordinarias, pero ¿no es verdad también que con su ausencia hacía resplandecer más y más el esplendor de la bondad? He ahí Dios en la Encarnación: despójase de los esplendores de la Divinidad, y se oculta bajo el manto de la humanidad; nace, padece, muere; se hace hombre, se hace niño, se hace pueblo; se achica en cierto modo hasta nosotros, para permitirnos elevarnos hasta El; oídle hablar.

Hay un libro que vale por sí mismo más que todas las bibliotecas; hay un libro cuyas hojas embalsamadas deberían cultivar la infancia, la edad madura y la vejez; hay un libro cuyas letras todas son dignas de que se cubran de besos y se bañen de lágrimas; hay un libro que cayó en la tierra tras cuarenta siglos de espera, y del cual, diecinueve siglos de crítica no han podido borrar

una línea; hay un libro que contiene la palabra de Dios presente entre los hombres. Tal es el Evangelio. Leedlo, y en él sorprenderéis, mejor que en parte alguna, la bondad de Dios que se desborda en todas las páginas, que se pinta en todas las figuras, que respira en todas las sentencias, que resuena en todos los gritos. De un extremo a otro de este libro divino, todo es luz, porque todo es amor. Dios se entregó en la Encarnación, pero fué más lejos todavía.

III. Dios se entregó en la Eucaristía.

"En la Eucaristía—dice Ozanam,—se consuma el supremo abrazo de Cristo y el género humano." Y añade: "Aun cuando toda la tierra abjurara de Cristo, hay en la inexplicable dulzura de una comunión y en las lágrimas que hace derramar, tal potencia de convicción, que me haría abrazar la cruz y desafiar la incredulidad de toda la tierra." ¿Qué es la Eucaristía? Un gran cristiano acaba de decirnoslo. Es el encuentro de Dios y del alma humana. Es Dios universalizando e inmortalizando su presencia. ¡Toma tu bastón de viajero, hijo de Adán! Cualesquiera que sean las riberas, civilizadas, bárbaras, a que te conduzca la fortuna, cualquiera que sea la iglesia, la soberbia basílica, o el techo de una choza, a la cual tu corazón entristecido llegue a pedir la paz, mira ante el altar la lamparita que arde siempre. ¿Qué te dice? Te anuncia le eterna presencia de Dios y el don que hace de sí mismo al género humano.

Pero no, dicen los protestantes; vais demasiado lejos. La Cena no es más que un recuerdo, no la presencia real de Jesucristo. ¿Qué es eso, señores,? ¿La Cena no es más que un recuerdo? Pues entonces, nosotros seríamos

menos favorecidos que los judíos del tiempo de Augusto y de Tiberio que tuvieron el privilegio de ver y oir a Dios hecho hombre... Seríamos menos favorecidos que los judíos de la antigua Ley, ya que nosotros tendríamos el recuerdo, y ellos la esperanza, y la esperanza de un bien que hemos de poseer un día, es incomparablemente más dulce que el recuerdo de un bien poseído y perdido después. ¿No es más que un recuerdo la Cena? Pues entonces, ¿qué significan estas palabras de Jesucristo: "En verdad os digo que el que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él?" ¿Es posible decir con más claridad que Dios está presente y que se da en la Eucaristía? Pero no es esto todo. La bondad de Dios va más alto y más lejos que la Creación, que la Encarnación, que la Eucaristía. Dios se dió en la Creación y en la Encarnación. Dios se da en la Eucaristía.

IV. Dios se dará en la vida eterna.

Los que niegan la existencia de una vida eterna no dan de su negación ninguna especie de prueba, y contradicen el más elemental buen sentido. Si Dios se diera en otra vida, la vida presente sería un escándalo, una prisión infamante, un caverna sin aire y sin salida, un estado violento, cuya única solución a menudo sería el suicidio. Si Dios no se diera en otra vida, sería más duro que el más duro de los tiranos, porque no sólo defraudaría nuestra esperanza, nuestros deseos, nuestros instintos de inmortalidad, sino también nuestros derechos, nuestros dolores, nuestras virtudes, que quedarían sin objeto y sin recompensa.

Dios se dará en la vida eterna. "El mismo será mi recompensa." *Ego ero merces tua, magna nimis;* recom-

pensa mayor que sus aspiraciones, más abundante que mis méritos. Soy aquí bajo algo así como el grano que el labrador echa en el surco, dejándolo expuesto a la humedad y a las intemperies de las estaciones; pero llegará la primavera, y tras la primavera la cosecha, y entraré en los graneros del padre de familia. Soy aquí bajo algo así como el trigo que el molinero arroja bajo la rueda en su molino; de ella saldré molido, pero mejor, más puro, habiendo ganado mi recompensa, y la eternidad no estará demasiado distante, para que me permita cantar al Dios bueno, infinitamente bueno, quien, después de darse en la tierra a sus criaturas, se da por siempre jamás a sus elegidos en el cielo.

Y concluyo. Hay que amar a Dios. *¿Por qué?* Porque es bueno. Veámoslo, señores. Dios se habría prodigado en sus obras, pródigo de sí mismo; nos habría dado su vida, el movimiento y el ser; habría nacido por nosotros en un establo y muerto en una cruz; por nosotros habría instituído la Iglesia, el sacerdocio, los sacramentos, la Eucaristía; nos habría prometido una felicidad inagotable; ¿y nosotros nos iríamos por el mundo, ligeros, descuidados, frívolos, lanzando miradas distraídas sobre la creación, sobre el crucifijo, sobre el altar, sobre la otra vida, y diciendo: qué me importa todo eso? Y al decir esto, ¿podríamos creer que Dios estaría contento y que todo acabaría así? No, no se juega con la bondad de Dios, no se juega con la bondad de un padre.

Hay que amar a Dios. *¿Qué quiere decir esto?* Cuando Dios se inclina hacia nosotros, armado de sus preceptos y cargado de sus beneficios, ¿nos pide una vana religiosidad, lágrimas hipócritas, conmociones platónicas y vaporosas? En manera alguna. ¡Oh hombre, Dios te pide tu voluntad, tus fuerzas, tu vida; tu primera palabra para bendecirla, tu primera sonrisa para purificarla; los

estudios de tu juventud, los trabajos e inquietudes de tu edad madura, los pasos vacilantes de tu decadencia, tu voz que se apaga, tu ardor que se extingue, y aun tu último aliento. ¡Magistrado, pídele que asegure en tu mano la balanza de la justicia! ¡Cónsul, inclina ante El las haces del Estado; ¡Soldado, hazle bendecir tu bandera! ¡Industrial, comerciante, labrador, demándale su benevolencia sobre tus máquinas, sobre tu mostrador, sobre tus surcos! ¡Obrero, pídele el pan de cada día, y vierte en su seno tus sudores y tus lágrimas! ¡Oh hombre, no empieces nada, no fundes ni casa ni empresa, ni imperio, ni familia, sin invocar su auxilio; porque no hay otra fuerza que la que El sostiene, ni vida que la que El da, ni duración que la que El asegura; y cuando se retira, el vacío que produce, ni siquiera puede llenarse de ruinas!

Hay que amar a Dios. *¿Para qué?*, dicen algunos. ¿Para qué? El amor de Dios, señores, no es un sentimiento vago, estéril, impotente. Ese sentimiento divino es un ala que se lleva las almas hacia las cosas puras, delicadas, generosas, heroicas. ¿Para qué, decís? Yo os respondo: El amor de Dios es bueno para todo. Te da una esposa fiel, que no te amaría, si no amase a Dios más que a ti; te da hijos respetuosos, que romperían el yugo de la obediencia, si no viesen que Dios es superior a ti; te da servidores sumisos, que no te servirían, si no sirviesen con preferencia a Dios.

El amor de Dios es bueno para todo. Forma y recluta la raza de las grandes almas, las cuales tienen una ley que no es el interés y una idea que no es la de ganancia, las cuales no se doblegan ante ningún ídolo, y salvan al mundo por la independencia del natural, por la nobleza de la vida, por la fecundidad del sacrificio.

El amor de Dios es bueno para todo; santifica, con-

suela, embalsama la tierra; merece, abre y da el cielo. Durante la vida, transfigura nuestras alegrías y dolores, y después de la muerte, nos introduce en el seno de la Bondad Eterna.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

La justicia de Dios

SEÑORES:

Dios es un espíritu puro, soberano Señor de todas las cosas, bueno y justo. Hablemos hoy de la justicia de Dios.

Dios es justo. Nosotros los hombres somos justos, y porque somos justos, queremos que el malo sea castigado, y recompensado el bueno y declaramos que debe haber entre la virtud y la recompensa y entre el vicio y el castigo una proporción exacta, segura, matemática. Ahora bien, este rayo de justicia que ilumina a nuestra alma, ¿de qué foco descendió? ¿en qué sol tomó origen? Evidentemente, lo que hay en nosotros en estado de reflejo, está en Dios en estado de esplendor, y, extendiendo hasta lo infinito esta idea de justicia que palpita en nuestro ser, vemos dibujarse ante nuestros ojos la faz majestuosa de la justicia divina. Dios debe ser infinitamente justo.

Y lo es, en efecto, es decir, recompensa y castiga a cada uno según sus obras:

El Eterno es su nombre, y el mundo su obra; oye los suspiros del humilde a quien se ultraja, juzga a todos los mortales con leyes iguales, y desde lo alto de su trono, interroga a los reyes.

Estas frases tan bellas; ¿son tan verdaderas como armoniosas? Sí, la justicia de Dios es incorruptible, proporcional ineluctable. Pero hay necesidad de algunas explicaciones que voy a daros.

Primera proposición: **Aquí bajo, la justicia de Dios se ve generalmente obligada a callarse y contenerse.**

Todo el orden del mundo, del mundo moral y del mundo físico, quedaría trastornado si la justicia de Dios se ejerciera inmediata y matemáticamente contra el mal y en favor del bien.

Supongamos que, por disposición divina, cae la mano del ladrón en el momento en que comete el robo, que se seca la lengua del calumniador en el momento en que ataca la honra del prójimo, que el voluptuoso se siente herido en el momento en que apura la copa del placer, que todos los ambiciosos son derribados ante el pedestal usurpado por su audacia; ¿qué ocurriría? Pues ocurriría que se evitaría el robo, la calumnia, la volutuosidad, el triunfo ilícito, como se abstiene uno de poner la cabeza bajo las ruedas de una locomotora. El castigo inmediato del mal, conduciría a la destrucción de la espontaneidad y libertad humanas.

Supongamos que, a cada acto de virtud, desciende un ángel del cielo para premiarlo; se ejecutarían buenas acciones como se fabrican productos de buena calidad, por el premio, sobre todo si fuera espléndido. La apoteosis instantánea del bien, la recompensa súbita y visible de los actos de virtud, sería el fin de la virtud meritoria.

Dios es justo. ¿Quiere esto decir que cuando caiga el granizo, ha de quedar suspendido en el aire por encima de la viña del justo? ¿Quiere esto decir que cuando se desprenda el alud de la cima de la montaña, haya de detenerse frente al hombre honrado que pasa? ¿Quiere esto decir que en un naufragio se salvarán siempre los buenos? ¿Quiere esto decir que en un descarrilamiento, solamente los impíos quedarán heridos y contusos? ¿Pero no veis que si la justicia de Dios obrara de esta suerte, desconcertaría su sabiduría y conduciría a la ruina misma de la naturaleza física? ¡Cosa extraña! Los incrédulos, que no admiten ni la existencia ni la posibilidad de los milagros, querrían que Dios los hiciera continuamente para poner fuera de toda duda su justicia. Si pensáis lo falso, haréis brotar lo absurdo.

No salgamos, señores, de los límites de lo verdadero y de lo razonable, y reconozcamos que habiéndonos Dios hecho libres, y debiendo respetar el orden de sus obras, su justicia no puede preceder aquí bajo inmediata y matemáticamente a la recompensa de los buenos y al castigo de los malos.

Pero de que la justicia divina esté obligada, en la mayor parte de los casos, a callarse y contenerse, ¿habrá que concluir que no aparece jamás, que está ausente del mundo, que no interesa nuestra conducta? En manera alguna.

Segunda proposición: **La justicia divina se ejerce aquí bajo de cuando en cuando.**

Primeramente se ejerce *sobre las naciones,* que no viven más que durante un tiempo en el cual deben arre-

glar sus cuentas con la eternidad. Porque ya no existirán más, es preciso que Dios las juzgue aquí bajo, jamás deja de hacerlo: "Si grandes recompensas—dice Bossuet—fueron precisas para premiar las grandes acciones de los romanos, supo Dios proporcionarles una proporcionada a sus méritos y deseos: dióles por recompensa el imperio del mundo como un presente de inestimable precio." Dios juzga a los pueblos; los hiere y los cura, los pierde y resucita; los deja marchar a la muerte y los llama de la tumba. Dios juzga a los pueblos. Era a fines del siglo XVIII. En la corte, en la ciudad, en los campos, las costumbres y la fe, pervertidas por los mismos que eran los más interesados en conservarlas, no ofrecían más que lamentable decadencia; la sociedad francesa, corrompida en sus cumbres, se embriagaba de impiedad y de licencia. La justicia de Dios resuena como viento de tempestad, y se traga a la vez el trono, el pretorio y aun el santuario. Dios juzga a los pueblos. Cuando, en vez de reconocer y adorar su mano paternal, los pueblos, embriagados de su vana ciencia, se adoran y si divinizan a sí mismos, llega un día en el cual todo se perturba y se confunde; vacilan, caen, se parten en trozos, zozobran en el abismo. Es la justicia de Dios que pasa.

Dios juzga a los pueblos desde aquí bajo, y a veces también juzga a los *individuos*. Juzga al culpable por los *remordimientos* que desgarran su conciencia; juzga a los culpables por las *consecuencias* que, muy a menudo, siguen al pecado, por la humillación que castiga al orgullo, por las crueles decepciones que ponen de manifiesto la ambición, por el aislamiento y el menosprecio de los hombres, que son el rescate del egoísmo, por los desfallecimientos de una vejez prematura, que señala, a todas las miradas, las tristes víctimas de la voluptuosi-

dad. De cuando en cuando, Dios va más lejos todavía, y juzga a los culpables *por medio de su intervención* personal. Extiende directamente su mano contra los que desprecian su ley, y arrebata la salud, los bienes, la familia; envía una plaga imprevista, inesperada, instantánea, fulminante; el culpable, asombrado, lanza un grito de alarma, y pregunta por qué las enfermedades, los reveses, los disgustos domésticos, las separaciones, los duelos que le desgarran el corazón y hacen correr sus lágrimas... ¿Por qué? ¡Pero si es la justicia de Dios que pasa! Sí, desde aquí bajo se ejerce a veces la justicia divina.

Pero aquí me detenéis vosotros, me mostráis el mundo, y me decís: La justicia de Dios, *¿en dónde está?* ¿En dónde está para el calumniador, escuchado por todos, y para la inocencia de todos desdeñada? ¿En dónde está para la virtud, que se sacrifica, y para el vicio, que triunfa? ¿En dónde está para tantos buenos que no son recompensados, sino cubiertos de ultrajes, y para tantos malos, que no solamente no son calificados, sino que se ven colmados de honores? ¿Cuántas veces no vemos que el éxito corona las empresas del crimen y deserta de la casa de los justos? ¿Cuántas faltas no evitan la represión de las leyes humanas, y cuántas virtudes no quedan sin retribución? ¿Cuál es el castigo de los culpables? ¿Los remordimientos? Pero a la larga se acostumbran a ellos y acaban por desafiarlos sin enrojecerse. ¿Cuál es la recompensa de los buenos? La satisfacción interior de haber obrado bien; pero el hábito la enmohece, la opinión la combate, la injusticia la desconcierta, y las personas honradas acaban por preguntarse si no se engañan al consolarse en su conciencia. ¿Dónde está, pues, la justicia? ¿Dónde está esa proporción exacta, necesaria, matemática, entre el mal y el castigo, entre

la virtud y la recompensa? Seis mil años hace que la buscamos en vano por el mundo, y en nuestra época la encontramos menos que nunca.

¡Paciencia! La justicia de Dios dormita a veces, con frecuencia aun aquí bajo, pero se despertará allá arriba fulminante para los malos, auxiliadora y consolante para los buenos, exacta para todos.

Tercera proposición: **En el último día, la justicia de Dios resplandecerá en todo su esplendor.**

Hace ya mucho tiempo, señores, que el rey Salomón, hizo del mundo la misma observación que nosotros, y dijo: "He visto un extraño desorden bajo el sol. He visto que uno no confía ordinariamente la carrera a los más rápidos, ni los asuntos a los más entendidos, ni la guerra a los más valerosos, sino que el acaso y la ocasión son los que dan todos los empleos, los que ordenan a todos los pretendientes. He visto que todas las cosas llegaban igualmente al hombre de bien y al malvado, al que ora y al que blasfema. He visto bajo el sol la impiedad en el puesto del juicio, y la iniquidad en el trono de la justicia, y me he dicho en mi corazón: Dios juzgará al justo y al injusto, y entonces llegará la hora del restablecimiento de todas las cosas." ¿Lo habéis entendido? Las cosas no están aquí bajo en su puesto. La justicia de Dios se reserva corregir allá arriba las injusticias del tiempo presente. La última palabra de la justicia divina está en la eternidad. Sin este resultado necesario, la vida se termina y no se desata, el destino humano queda sin acabar, y Dios es acusado. Esto no es posible.

Dios no quedará acusado. Dios juzgará al justo y al

injusto, y a una luz deslumbradora como el sol, mostrará todas las conciencias puestas al desnudo; hará ver, señores, la necesidad de vuestras convicciones, la pureza de vuestras intenciones, el valor de vuestras lágrimas el mérito de vuestras buenas obras; mostrará al ladrón despojado de sus riquezas mal adquiridas, al ambicioso aniquilado sobre el pedestal usupardo, al corrompido aplastado bajo el peso de su ignominia, al impío confundido en su blasfemia. Dios no permitirá que se desvanezcan, al salir de este mundo, en un nada común, la amistad y la traición, la generosidad y la avaricia, la irreverencia y el respeto, el vicio y la virtud, las almas santas y los politicastros perversos que las persiguen, los que roban y los que son robados, los que matan y los que son inmolados, los que han abusado de la vida y los que la han dado por su patria y por su religión. Más allá de los días que pasan, hay un día eterno; tal será el día del restablecimiento de todas las cosas. Dios es justo, su justicia rara vez se ejerce aquí bajo. Pero tiene la eternidad para interrogarnos, para pesarnos, para juzgarnos, para castigarnos, para recompensarnos.

Hace algunos años, el ilustre presidente de la república del Ecuador, García Moreno, caía bajo el puñal de un vil asesino, y nadando en su propia sangre, con la vista fija en el cielo, exclamaba en voz vibrante: "¡Dios no muere!" ¡Ah, que bellas palabras! ¡Y qué grato es repetirlas en medio de las fragilidades que pasan y de las injusticias que triunfan!... Imaginaos el imperio de la fuerza establecido de un extremo a otro de la tierra, con el prestigio de la victoria y todo el aparato del terror. Imaginaos el honor y la libertad violados y suprimidos por viles individuos llegados al poder. Imaginaos, ante la tiranía brutal del vicio apoyado por el número, las rodillas que se doblan, las frentes que se hun-

den en el polvo, las personas honradas que no se atreven a pronunciar una palabra. En medio de este silencio universal, silencio de la opinión aterrorizada, silencio de las leyes aniquiladas, y aun silencio de la conciencia obliterada y petrificada, la justicia divina se mostrará viviente e incorruptible. Pues si no se manifiesta siempre en los cortos momentos de nuestra vida terrenal, tiene la eternidad para resplandecer e igualar matemáticamente el castigo al pecado y la recompensa al mérito. ¡Dios no muere! ¡Cantemos su poder, su sabidura, su bondad, su justicia infinita.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

Dios se cuida de todo y particularmente del hombre

SEÑORES:

Voy a terminar nuestro estudio sobre la existencia, naturaleza y atributos de Dios hablándoos de la Providencia, es decir, del cuidado que Dios tiene de todas sus criaturas, desde las más pequeñas a las más grandes, y en particular del hombre, su criatura privilegiada. Me contentaré por hoy con afirmar y exponeros el dogma majestuoso y conmovedor de la Providencia.

I. Dios se cuida de todo.

Así es, y así debe ser. Contemplo a *Dios*. Es infinitamente sabio; por consiguiente, al crear los seres, dió a cada uno un fin especial y los medios para conseguirlo. Es infinitamente inteligente; por consiguiente, conoce todas las necesidades de sus criaturas. Es infinitamen-

te poderoso; por consiguiente, posee todos los medios para venir en su auxilio. Es infinitamente bueno e infinitamente justo; por consiguiente, la ama, y se cuida de su perfección, de su felicidad, de sus méritos, de sus deméritos. Negar la Providencia, es desconocer todos los atributos de Dios, es hacer de Dios un ídolo sin inteligencia y sin sabiduría, un monarca sin poder, un padre sin bondad, un juez sin equidad; es, por tanto, ultrajar y negar a Dios. Contemplo el *universo*. ¿Cómo podría marchar si Dios no lo condujera? ¡Ah, qué cosa tan curiosa sería un reloj que, no solamente se hubiera hecho a sí mismo, sino que caminara siempre por sí solo indefinidamente! Y el sol, ese hermoso reloj, que ordena todos los astros, ¡se habría hecho y arreglado por sí solo, y por sí solo invariablemente se adaptaría al inmenso mecanismo del mundo! Esto no es posible. El mismo Dios que ha creado y conserva todos los seres, ejerce sobre ellos una acción tan constante como universal, los une, los encadena, los gobierna. Existe la Providencia. Contemplo al *género humano*. Por todas partes, templos, altares, víctimas, himnos sagrados, un culto, en una palabra, una religión. Los hombres de todos los tiempos se prosternan ante un Dios suficientemente sabio para comprenderlos, suficientemente poderoso para atenderlos, es decir, ante la Providencia. Dios se cuida de todo. Expliquémonos algo más.

Dios se cuida de todo *sin tener necesidad de nada ni de nadie*. Algo sabéis, señores, de la mitología de los antiguos. Toda ella se apoyaba en el principio de la división del trabajo. Los paganos crearon dioses en proporción a sus necesidades, y repartieron el mundo moral y el mundo físico entre varias divinidades tutelares. Tenían dioses nacionales y dioses domésticos, dioses para el nacimiento y dioses para los funerales, para la paz y para la guerra, como los tenían para los astros, los mares, las cosechas, las flores, los frutos, los bosques, las fuentes. El género humano vivió durante siglos de esas quimeras. Jesucristo hizo desaparecer, con sólo mostrarse al mundo, todas esas divinidades mentirosas producto del cerebro enfermo del hombre pagano. A la luz del Evangelio se nos muestra Dios, el verdadero Dios, quien, para todas sus obras, no tiene necesidad de nada ni de nadie. Infinito en sus perfecciones, armado de su poder y de su sabiduría, apoyado en su justicia y en su bondad, responde a las necesidades que le invocan desde los cuatro vientos del cielo y de la tierra. Por un acto tranquilo, universal y sostenido como El mismo, sin derogar, sin vacilar y sin estorbos, se cuida del conjunto y de los detalles. Dirige los soles y las vías lácteas, y al propio tiempo entreabre el cáliz de los lirios, colorea las rosas y les presta sus aromas. Ordena la milicia de los cielos, el ejército de los astros, y al propio tiempo cuenta los cabellos de nuestra cabeza. Se cuida de todas sus criaturas, sin tener necesidad de nada ni de nadie.

Y *sin comprometer su grandeza*. ¿Es esto verdad? ¿Puede Dios, sin comprometer su grandeza, cuidarse de los detalles insignificantes de que está tejida la mezquina existencia de sus criaturas?

Juzgad vosotros mismos. ¿Desde cuándo la verdadera grandeza es incapaz de cuidarse de lo que nos parece pequeño? Un verdadero poeta, un poeta de genio, no se contenta con trazar el plan de una epopeya, sino que se preocupa de la armonía, del ritmo, de la propiedad del lenguaje, de las minucias de la versificación. Un hombre de Estado, un general en jefe, procura, en sus planes de administración y de batalla, preverlo y prepararlo todo de antemano, y nada deja a la fortuna de lo que puede arrebatarle. César y Napoleón fueron admirables

bajo este concepto. Miguel Angel estudia con la paciencia de un sabio el juego de los músculos y las leyes anatómicas. Racine busca con perseverancia infatigable la expresión, el término propio, único que traducirá su pensamiento. En medio de la ardiente llama de la inspiración, halla Lacordaire las palabras más exactas y mejor escogidas, pero, por otra parte, emplea un año entero en cincelar cinco o seis conferencias. Así procede el genio. Con su mirada amplia y precisa, abarca el conjunto y los detalles, las dos extremidades de la cadena y cada uno de los anillos que la componen. Esto os dará una idea de la actividad divina.

Dios es la providencia más atenta en el seno de la más imponente grandeza. Es el Ser soberano al que nada limita, pero al que nada al propio tiempo evita, ni siquiera el pajarillo que cayó la pasada noche sobre el suelo helado, ni siquiera las lágrimas silenciosas que ocultáis cuidadosamente a toda mirada humana. Verdad es que Dios gobierna al mundo por medio de leyes generales, e interviene en todos los grandes acontecimientos de la historia; pero verdad es también que se interesa por los más mínimos detalles de nuestra vida. Nada es pequeño para Aquel ante quien nada es grande. Dios se cuida de todo, y añado:

II. Del hombre en particular.

De todas las criaturas que Dios hizo, hay una que supera y resume todas las otras, y sobre la cual manifiestamente deben concentrarse las atracciones de la Providencia. Somos nosotros; es el hombre. Tenemos inteligencia y libertad; luego pensamos más y valemos más que toda la creación material. En este mundo, somos el término y la razón de todo; luego somos el punto de mira

de la Providencia divina. Esto es indudable, evidente, más claro que la luz del día.

Pero diréis: ¿Cómo queréis que Dios se cuide de mí? No soy más que un *átomo en la inmensidad*. Así, pues, admitís sin reserva alguna que Dios mire una estrella, pero os asombráis de que se fije en un hombre, y sobre todo que le siga. Escuchad mi respuesta. Vuestro valor no se mide por vuestro volumen. Dios, que es inmenso e infinito, supera al espacio, carece de dimensiones, y su riqueza esencial y su grandeza consiste en estar en todas partes, sin que ningún sitio pueda localizarlo, ni ningún volumen encerrarlo. Pues lo mismo ocurre con vosotros, señores. Sois grandes, no por vuestro volumen, que es inferior al de la más pequeña estrella, sino por vuestra alma, que domina la creación. "El hombre—dice Pascal—no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero una caña pensadora. No es preciso que el universo entero se arme para aplastarlo; un poco de vapor, una gota de agua basta para matarlo. Pero, aun cuando el universo lo aplastara, el hombre sería todavía más noble que el que lo mata, porque sabe que muere, y de la ventaja que el universo tiene sobre él, nada sabe el universo." En vano es, pues, señores, que queráis refugiaros en vuestra pequeñez para evitar la acción de la Providencia. Por vuestra alma, por vuestro pensamiento, por vuestra libertad, sois más grandes que todas las vías lácteas, y que todos los mundos reunidos, y desde el momento en que Dios cuida de la creación, de vosotros, de vosotros primeramente, y sobre todo de vosotros, debe ocuparse.

Pero proseguís diciendo: "Sí, sin duda el género humano vale más que el universo material. Pero en el género humano, yo soy una cantidad despreciable, *sólo me cuento por uno*. ¿Cómo queréis que Dios se cuide de

mí?" Así, admitís resueltamente que Dios contempla atentamente al género humano, pero os asombráis de que os distinga individualmente. Escuchad mi respuesta. El género humano, del que nos parece que Dios se cuida exclusivamente, no tiene más valor a los ojos de Dios que el que nosotros le atribuímos. Las estrellas forman las vías lácteas, las gotas de agua constituyen los mares, los trozos de tierra originan los continentes, los hombres integran la especie humana. Descomponiendo el firmamento, el océano y la tierra, hallamos elementos inertes. Pero, al descomponer la especie humana, ¿qué encontramos? Hombres, hombres todavía, hombres siempre. Ahora bien, un hombre, el último de todos, aunque no hubiese otro en el universo, superaría al universo y lo dominaría, mil, cien mil veces. Cuando nos levantamos en medio de la creación, constituímos el punto culminante de ella, y el género humano, en vez de tragarnos, no tiene aspecto y realidad más que para nosotros y por nosotros. En vano es, pues, que queráis ocultaros en el número para evitar la acción de la Providencia. Por el solo hecho de ser hombres, sois elementos constitutivos del género humano, y desde el momento en que Dios se cuida del género humano, de vosotros, de vosotros primeramente, de vosotros sobre todo, de cada uno de vosotros únicamente debe cuidarse, porque fuera de cada uno de vosotros, el género humano no es más que una palabra vacía de sentido, una abstracción sin consistencia y sin valor.

Insistís y decís: "Si yo fuera un personaje, si desempeñase un papel importante, comprendería que Dios se cuidase de mí. Pero soy un ser borrado, inadvertido, no soy mas que *un cero en la inmensa adición.* ¿Cómo queréis que Dios se cuide de mí?" Luego admitís decididamente que Dios pone su atención en los grandes, pero os

asombráis de que piense en los pequeños. Escuchad mi respuesta. Ante Dios, los pequeños valen lo mismo que los grandes. Vuestra vida no es conocida de nadie, y la de Napoleón la conoce todo el mundo. ¿Qué quiere decir esto? En el fondo Napoleón y el primer advenedizo se equilibran: son dos hermanos que tienen fines secundarios diferentes y un fin último común. El monarca en su trono y el pastor en el valle, el académico en su sillón y el mozo de labor con su arado, no tienen la misma misión, ni los mismos deberes; pero, en realidad, son dos viajeros que marchan hacia el mismo término, aunque no sigan el mismo camino. Estos dos viajeros son con el mismo título hijos de Dios, y, llegados al término, serán pesados con los mismos pesos y en la misma balanza. Luego Dios se cuida del uno como del otro, y sigue al uno y al otro con la misma atención y el mismo amor. Esto, señores, no es metafísica trascendental, es solamente buen sentido rudimentario. Los unos están arriba, los otros abajo; éstos son enviados a una cancillería, a un archivo, a una escuela, aquéllos a un taller, a los campos, a las minas. ¿Qué importa? Todos estos destinados los ha querido Dios, y los ha hecho, los conoce, los dirige y los juzgará. En vano quisierais ocultaros en la obscuridad de vuestra misión para evitar la acción de la Providencia. Por pequeño que seáis, Dios os ve, como si no viese a nadie más. Nada ni nadie puede ocultarse a sus miradas, a su brazo, a su corazón. Ante los ojos de la opinión, nada sois, posible es; pero ante Dios, sois uno, sois más que un personaje, sois una persona humana, una naturaleza inmortal, un ser inteligente y libre, un hijo de Dios, su servidor responsable.

Dios se cuida de todo y del hombre en particular. Alimenta al pajarillo, viste al lirio del campo de más esplendor que Salomón tuvo jamás en el esplendor de

su gloria. ¿Cuánto más preciosos somos nosotros a sus ojos, y cuánto más caros a su corazón que el lirio y el pajarillo? Creamos en su grandeza, creamos en su bondad, creamos en su Providencia. Adorémosle como a nuestro Creador. Amémosle como a nuestro Padre. Dirijámosle el cántico de nuestros labios y el homenaje de toda nuestra vida.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

Algunas objeciones contra la Providencia

SEÑORES:

Dios se cuida de todo y del hombre en particular. Hay una Providencia. Contra este dogma se levantan multitud de objeciones. Se dice: Si Dios se cuida de todo y del hombre en particular, ¿por qué hay en la naturaleza tantos desórdenes, y por qué tantas desigualdades sociales en el género humano? ¿por qué el dolor? ¿por qué el pecado? Todas estas cuestiones exigen una respuesta; procuraré dárosla tan breve, tan clara, tan sencilla como me sea posible.

I. Si Dios se cuida de todo y del hombre en particular, ¿por qué hay en la naturaleza tantos desórdenes?

En efecto, hay en la naturaleza muchas cosas que son, o por lo menos, que parecen inútiles o perjudiciales. ¿Para qué sirven las tempestades sino para engullir

navíos? ¿Para qué las inundaciones sino para tragarse cosechas? ¿Para qué los terremotos sino para arrasar ciudades y aldeas? ¿Para qué las plantas venenosas, los insectos, los animales feroces? Podríamos multiplicar las preguntas. He aquí mi respuesta. Cuando consideremos la naturaleza, pongamos atención en no juzgar demasiado rápidamente a su autor, ya porque no lo vemos todo, ya porque con frecuencia vemos mal.

1.° *No lo vemos todo.* El buen sentido nos dice que, para apreciar rectamente el universo, sería preciso tener completo conocimiento de él. Ahora bien, es evidente que desconocemos el plan general de la creación, y que hay misterios que ni siquiera podemos sospechar. Decimos: Dios ha hecho mal esto o lo otro, y no sabemos lo que Dios ha hecho, ignoramos el total del universo, pues sólo conocemos de él un rinconcito. Si tuviéramos una mirada suficientemente amplia para considerar en su totalidad el mundo, lo que nos parece un defecto en la parte, nos parecería un ornamento en el todo. Sepamos esperar para comprender. No lo vemos todo. Y

2.° *Con frecuencia vemos mal.* Calificamos de desorden lo que nos parece tal, y lo que, en el fondo, es un bien. Las tempestades que maldecimos sanean las aguas del océano. Los ríos, cuyos desbordamientos nos espantan, fertilizan nuestros campos. La medicina halla preciosos auxiliares en las plantas venenosas. Los insectos son colaboradores de la agricultura. Las plagas tienen alerta al hombre, estimulan su actividad, le invitan a defenderse contra las fuerzas de la naturaleza y a doblegarlas a su servicio, y son causa determinante de las más bellas virtudes y de los más maravillosos inventos. Permitidme una comparación: entre las herramientas de un cerrajero, hay muchas que parecen inútiles, pero

evitemos la censura. ¿Por qué? Porque ignoramos los secretos de su oficio. Pues bien, del mismo modo creemos distinguir desórdenes en la naturaleza, pero no lo vemos todo, y con frecuencia lo vemos mal. Luego haremos mal si censuramos a Dios y su obra. Así lo exige el buen sentido.

II. Si Dios se cuida de todo y del hombre en particular, ¿por qué la desigualdad de condiciones?

En efecto, hay en la sociedad humana desigualdades innegables, que a primera vista son muy chocantes. Las aptitudes físicas, intelectuales y morales son muy diversas. ¿Por qué? Las situaciones de bienestar van de la extrema opulencia a la extrema indigencia. ¿Por qué? Pero más grave es todavía y más entristecedor que el vicio consiga muchas veces el triunfo y fracase la virtud. ¿Por qué? ¿Por qué semejantes desproporciones? He aquí mi respuesta. Será por duplicado:

1.° La desigualdad de condiciones humanas *tiene su razón de ser.* ¿Acaso querríais que en una nación todos los seres fuesen uniformes, que todas las rocas fuesen de mármol, que todos los animales fuesen leones, que todos los elementos se redujesen al fuego, y que en la selva todos los árboles fuesen iguales, de la misma altura y del mismo ramaje? No, ciertamente. En el mundo ha de haber de todo. La belleza nace de la variedad en la unidad. Pues del propio modo es necesaria y ventajosa la desigualdad de condiciones en el seno de la sociedad. Las disparidad de los hombres los solidariza. Por cuanto difieren en gustos, talento y profesión, tienen los unos necesidad de los otros; el rico se inclina hacia el pobre, el pequeño esconde su mano en la mano del más fuerte,

la modestia que resplandece en la superioridad de las clases elevadas, se armoniza con la paciencia que germina en las privaciones, y las diversidades individuales son fuente de las virtudes más elevadas y de la armonía social.

2.° Por otra parte, la desigualdad de las condiciones humanas *tiene compensaciones*. Aun mirada aquí bajo, la diferencia entre el desgraciado y el que proclamamos feliz, es menos de la que podría creerse a primera vista, y con frecuencia el brillante destino de los unos vale apenas la tranquila resignación de los otros. Pero no todo acaba aquí bajo. Allá arriba, el vicio y la virtud recibirán su justo salario. Dios es paciente porque es eterno, y en la vida futura corregirá las desigualdades de la vida presente, juzgará al justo y al injusto, y este será el tiempo del restablecimiento de todas las cosas... Insistís, y digo que llega hasta mí otra tercera objeción, que sin cesar resuena en todas partes.

III. Si Dios se cuida de todo y del hombre en particular, ¿por qué el dolor?

En efecto, hay en la sociedad dolores, inmensos dolores, y a menudo dolores no merecidos. Los buenos padecen tanto y a veces más que los malos, y Dios no perdona ni siquiera a los que le aman. ¿Cómo absolver a la Providencia de semejante anomalía, por no decir de semejante barrabasada? Voy a intentarlo. He aquí mi respuesta:

1.° Con frecuencia el dolor *es un castigo,* una expiación, por lo que debe ser imputado, no a la Providencia, sino a nuestras propias faltas, a nuestros vicios, a nuestras pasiones, o a nuestras culpables imprudencias. Ejemplos: Se dice que la glotonería mata más hombres que la espada. ¿Es qué Dios es responsable de esta parte de nuestros padecimientos? Este hombre está gastado por la enfermedad, pero suya es la culpa, porque es consecuencia de los placeres prohibidos de su juventud. Este comerciante se arruina, pero suya es la culpa, porque es consecuencia de sus imprevisiones, de su vida frívola y costosa. Ese viejo languidece en la indigencia, pero suya es la culpa, porque es consecuencia de su falta de economía, o de la mala educación que dió a sus hijos. Ese joven blasfema porque no prospera en sus negocios, pero suya es la culpa, porque es consecuencia de su estúpida vanidad, que le ha hecho despreciar el oficio manual de su padre. Esa mujer gime en la miseria y en las brutalidades, pero suya es la culpa, porque es consecuencia de su matrimonio insensato, que contrajo por capricho, a pesar de los más prudentes consejos. Con frecuencia es castigado el hombre por do más pecado había, por lo que bien puede considerarse como autor de su desgracia. Dios no está obligado a reparar nuestros vicios, y su Providencia queda indemne de los males que nosotros mismos nos hemos buscado. Verdad es que hay dolores no merecidos, y que no es raro ver padecer a inocentes. Convengo en ello. No siempre es el dolor un castigo y una expiación. ¿Pues qué es entonces?

2.° Con frecuencia el dolor *es una prueba,* y en este caso, en vez de acusar a Dios, pone de relieve su sabiduría y su bondad. Dios nos hace padecer para que merezcamos; probándonos, nos hace mejores; al crucificarnos, nos transfigura. ¿Quién se atreverá a decir

que esto es un mal? Todos los más grandes pensadores han proclamado el elevado valor moral de la prueba.

> El hombre es un aprendiz, el dolor es su maestro,
> Y nadie se conoce si nunca ha padecido.

Escuchad una historia. Trasladóse Schuvaloff de las tristes regiones de Rusia al suelo sonriente de Italia. Era joven, rico, poeta; tenía un nombre hermoso, amigos, una mujer discreta, dos hermosos hijos, todas las dichas, excepto la de la verdadera fe. De repente muere su mujer; húndese su dicha "como los bellos castillos de nieve que elevaba en su infancia en las orillas del Neva, y se fundían a los primeros rayos del sol." Y Schuvaloff, que hacía ya mucho tiempo no oraba, cae de rodillas junto al ataud, convertido y transfigurado. Así obra Dios. Llega con la espada en la mano; hiere al hombre, lo escamonda, lo despoja, lo templa, le hace comprender la fragilidad de los bienes de la tierra, despierta en él maravillosas esperanzas, y el hombre, consternado, arrójase en sus brazos, quebrantado, pero más puro, más grande; inundado de lágrimas, pero más cargado de méritos; desheredado de las dichas pasajeras del mundo presente, pero heredero seguro de las imperecederas felicidades del mundo venidero. Tal es, señores, la utilidad suprema del dolor. Esta sola consideración basta para justificar la Providencia de toda acusación de indiferencia o de dureza para con nosotros, y fuera de esta consideración, el misterio del padecimiento queda inexplicado e inexplicable. Para los que no creen en Dios ni en la vida futura, cuando algún dolor grande e incurable los aflige, yo no veo otro remedio que la desesperación y el sucidio. Verdaderamente, señores, el dogma de la Providencia es cien

veces más razonable y mil veces más consolador. Queda otra dificultad, la última.

VI. Si Dios se cuida de todo y del hombre en particular, ¿por qué el pecado, por qué el mal moral?

En efecto, hay en la tierra muchas faltas, muchos crímenes que se cometen, y uno se pregunta: ¿por qué permite Dios tantos actos culpables? Si hay un Dios que se cuida de todo—se dice,—ha dado al hombre su libertad; pero si le ha dado al hombre la libertad ¿no es responsable de todo el mal que se hace en el mundo? He aquí mi respuesta.

1.° *Dios hubiera podido ciertamente no dar al hombre su libertad.* Hubiera podido hacer de nosotros una simple máquina animada y parlante, pero sin libre albeldrío, tan incapaz de hacer el bien, como incapaz de hacer el mal, de vencer como de luchar, de merecer como de no merecer. Semejante destino hubiera sido mediocre y poco glorioso. En vez de imponernos los constreñimientos de la necesidad, prefirió Dios exponernos a los peligros de la libertad. Hizo de nosotros, no máquinas, sino seres libres.

2.° *Dios quiso dar al hombre la libertad.* Al hacerlo, obró sabiamente. La libertad es un bien, porque, a pesar de los abusos posibles, es la condición necesaria del mérito. "Para impedir al hombre que fuera malo, ¿era preciso reducirlo al instinto y hacerle bestia? No, dice Juan Jacobo Rousseau." Verdad es. La libertad es un bien, un honor. Por ella somos algo, y valemos alguna cosa, valemos más que toda la creación material, somos los artistas de nuestra perfección y de

nuestra felicidad; sí, pero la libertad es un peligro; podemos abusar de ella.

3.º *¿Es Dios responsable de los abusos de nuestra libertad?* En manera alguna. Dios, que es la perfección absoluta, no puede ser autor del mal. La libertad viene de El, pero el abuso de la libertad viene de nosotros. La responsabilidad del mal realizado por el hombre, corresponde por entero al hombre, puesto que puede no hacerlo. Dios no es responsable del mal cometido por el hombre, como el jefe de un ejército no lo es del mal uso que soldados indisciplinados hagan de sus armas. Verdad es que nuestra libertad es débil y se inclina de buen grado al mal; pero no es menos cierto que Dios desea ayudarnos y tendernos la mano, y que, si caemos, nuestra es la culpa, no suya. Nuestras faltas son el castigo de nuestro orgullo, no la condenación de su Providencia.

Reconozcamos hoy también, señores, el cuidado que Dios tiene de todas sus criaturas, y del hombre en particular, y cantemos su existencia, que es cierta, sus atributos, que son infinitos, y su Providencia, que es impecable.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

Dios lo ha creado todo

SEÑORES:

El viejo patriarca de Idumea, Job, decía a sus amigos: "Interrogad a los animales de los campos, y os responderán; a los pájaros del cielo, y os instruirán. Hablad a la tierra, y os enseñará, y los peces del mar os dirán: ¿Quién ignora que todo ha sido hecho por la mano de Jehová?" Y como un eco de este apóstrofe venido del mundo antiguo, el poeta cristiano canta a su vez:

> ¿Qué trazo puede suspenderos, innumerables soles?
> Noche brillante, dime: ¿quién te dió tus velos?
> ¡Oh cielos, cuanta grandeza, cuanta majestad!
> Reconozco un dueño, a quien nada ha costado,
> Que en nuestros desiertos ha sembrado la luz,
> Lo mismo que en nuestros campos siembra el polvo.

Hemos estudiado la existencia de Dios y sus atributos; vamos a estudiar ahora su obra. Permanecere-

mos hoy en el umbral de este gran asunto, y responderemos a estas tres preguntas: Dios lo ha creado todo. ¿Qué quiere decir esto? ¿Es esto posible? ¿Es verdad esto?

I. Dios lo ha creado todo. ¿Qué quiere decir esto?

¿Quiere decir que Dios *ha ordenado y modelado simplemente el mundo* ya existente? No. Los hombres ordenamos y modelamos muchas cosas, pero no creamos ninguna. Ajustamos máquinas enormes y las ponemos en marcha, pero no creamos ni el mineral que constituye su rodaje, ni la hulla que quema, ni el agua que hierve, ni el vapor que produce el movimiento. Del mismo modo, ni en el reino vegetal, ni en el animal podemos crear ni un pájaro que canta, ni un insecto que zumba, ni una flor que se abre, ni una brizna de yerba que verdea. Dirigimos, aplicamos, ordenamos, modificamos las fuerzas de la naturaleza; helo aquí todo. Pero Dios no ha ordenado simplemente el mundo, sino que lo ha creado. ¿Qué quiere decir esto?

¿Quiere decir que lo *ha engendrado de su propia substancia?* No. El hombre es padre; saca de su propia substancia un ser viviente inteligente y bello, que es como la reproducción de sí mismo, y este ser embelesador es presentado por él al cielo y a la tierra en el honor sublime de la paternidad. ¿Es así como el mundo emana de Dios? ¿No es el mundo más que la expansión de la substancia divina, como el río que deriva de una fuente, como el rayo que brota del sol, como el tallo que sale de la raíz? No. Dios no engendró el mundo de su propia substancia. No lo ha desprendido de sí mismo por emanación. Lo creó. ¿Qué quiere decir esto?

¿Quiere esto decir que lo *sacó de la nada,* como por ejemplo, se extraen los metales de las minas que los ocultan. No. Nada se puede sacar de la nada. La nada no puede proporcionar la materia de que está compuesto el mundo. Cierto que, en el lenguaje corriente, se dice que Dios sacó el mundo de la nada, pero es un modo de hablar que nada tiene de filosóficamente exacto, una expresión que no puede tomarse a la letra. Dios ha creado el mundo. ¿Qué quiere decir esto?

Esto quiere decir que, no existiendo el mundo, *Dios quiso que existiese,* y el mundo existió. *"Dixit et facta sunt."* Habló Dios y todo fué hecho. Bajo la acción de su voluntad infinitamente libre, infinitamente eficaz, el mundo pasó de la nada al ser. El mundo es obra de una voluntad todopoderosa, que obra sin materia preexistente. Formaos, señores, una idea bien precisa del misterio de la creación. Hela aquí, Dios, con su poder infinito, dió existencia a lo que no existía; lo que solamente era posible en su entendimiento divino, hízolo real por la fuerza de su voluntad. Al crear, exteriorizó y realizó Dios su pensamiento, como un artista que, con sólo pensarlo y quererlo, produjera instantáneamente una estatua, un cuadro, una obra maestra.

II. Dios lo ha creado todo. ¿Es esto posible?

¿Por qué no? Si Dios no pudiera expresarse fuera de sí mismo, si no pudiera crear, sería inferior al hombre, porque el hombre con su inteligencia, su voluntad y sus brazos es, en cierta medida, verdaderamente creador. He ahí *un hombre de genio.* Saca de su cabeza una idea, un secreto, un libro, un discurso, una sinfonía, un monumento, que se apodera por siempre jamás del asombro de los siglos. Nos detenemos, escuchamos, miramos, admiramos. Este hombre ha hecho algo de nada. Ha crea-

do una forma, una obra que no existía antes. He ahí *un obrero*. A fuerza de atención y de trabajo, saca de sus manos y de la inerte materia un mueble, una herramienta, un objeto de arte; este mueble no existía antes; ahora existe; el obrero lo ha hecho pasar de la nada al ser. He aquí *mi brazo*. Está inmóvil. Lo quiero, y mi brazo se mueve; su movimiento posible queda realizado; su movimiento, que estaba en una especie de nada, ha sido sacado de ella por un acto de mi voluntad. Soy creador. ¿Y no lo sería Dios? ¿No podría serlo? Veamos. Entre el hombre y Dios la distancia es infinita. Ahora bien, está comprobado que el hombre, potencia limitada, posee, en cierta medida, la facultad creadora. Luego Dios, potencia sin límites, posee, en grado ilimitado y perfecto, el don de crear. El hombre trabaja sobre objetos preexistentes, y sólo puede crear modificaciones. Dios trabajó sobre lo que no existía, y, armado de su sola voluntad, creó todos los seres.

¿*Cómo* se hizo esto? ¿Cómo lo que no existía comenzó a existir? ¿Cómo se efectuó el tránsito de la nada al ser, de lo posible a lo real? No lo comprendéis; yo tampoco lo comprendo; pero ¿qué importa?

Hay muchas cosas cuya inteligencia no está a nuestro alcance, pero que podemos y debemos creer.

El mundo creado de la nada, es un misterio que supera la razón, pero que no le es extraño. Que un poder infinito haya podido dar la existencia a seres que no la tenían antes; que el poder creador de Dios sea inconmensurable, la razón no ve en ello contradicción alguna, ni imposibilidad de ninguna especie.

¿Qué digo? Ve en ello, no sólo una hipótesis aceptable, sino una verdad necesaria, luminosa. Juzgad vosotros mismos.

III. Dios lo ha creado todo. ¿Es esto verdad?

Sí, es verdad, y voy a demostraros hasta la evidencia que el misterio de la creación lo explica todo, y que sin él nada puede explicarse.

Señores, existen aquí bajo dos cosas cuya realidad nos saca los ojos: el *hombre y la naturaleza*. Ahora bien, se trata de saber cómo existen estas dos cosas y de dónde vienen. Nosotros decimos que el hombre y la naturaleza vienen de Dios, que los ha creado. Es un misterio, pero por lo menos es un misterio iluminador que explica convenientemente el origen de las cosas y satisface a nuestra razón superándola. Interrogad a la ciencia impía, decidle que os explique el origen del hombre y el origen de la naturaleza. Planteadle estos dos problemas: ¿De dónde viene el hombre? ¿De dónde viene la naturaleza?

De dos cosas, una: o no tiene una respuesta que daros, o no puede contestaros más que con absurdos; *o se calla, o cae fatalmente en el absurdo*. Si se calla, ya no es ciencia, porque abdica en su punto de partida. Si me propone una solución que repugna a mi razón, tengo el derecho de protesta. Pues bien, ésto es precisamente lo que ocurre. La ciencia impía dice: "Nada tengo que hacer con Dios; es una hipótesis superflua para la explicación de las cosas."

Pero entonces, ¡oh ciencia impía!, si no existe un Dios creador, ¿quieres decirme *de dónde viene la naturaleza?* ¿De dónde viene ese átomo generador que tú colocas en el principio? ¿De dónde viene esa fuerza que anima al átomo? ¿De dónde viene ese movimiento que arrastra los primeros elementos de la materia? ¿De dónde viene ese orden tan hermoso, esa magnífica ar-

monía que se llama mundo? ¡Oh ciencia, compruebas en la naturaleza prodigios de inteligencia, y los atribuyes a la materia, que es inerte, a la fuerza, que es fatal, al acaso, que no es nada. Esto es monstruoso, y la naturaleza entera protesta de semejante absurdo.

Y ahora, ciencia impía, respóndeme, si puedes: si no hay un Dios creador, ¿quieres decirme *de dónde procede el hombre?* Una materia y fuerzas ciegas, ¿pueden producir la inteligencia que ilumina mi ser? Una materia y fuerzas necesitadas y fatales, ¿pueden producir la libertad que palpita en mi interior? Una materia y fuerzas insensibles, ¿pueden producir el amor que calienta y agita mi corazón? Una materia y fuerzas impersonales e inconscientes, ¿pueden producir la personalidad? Lo que no piensa, ¿habrá hecho el pensamiento? Esto es monstruoso, y todas las fibras de mi ser, como todas las armonías de la naturaleza, protestan de semejante monstruosidad.

En *resumen;* nosotros los creyentes decimos: el hombre y el mundo son un efecto producido; necesitan una causa adecuada; ésta es Dios. Explicamos la existencia del hombre y del mundo por un acto divino que supera, verdad es, nuestra comprensión, pero que nada tiene de contradictorio en los términos, nada, por tanto, de imposible. Los ateos y los librepensadores, para evitar la obligación de reconocer un Dios creador y ordenador del mundo, caen en lo imposible y en lo absurdo. ¿No es, en efecto, contradecir a la razón el afirmar que la nada lo ha producido todo, que el mundo se ha hecho por sí mismo, que el universo es producto del acaso, que el pensamiento procede de la materia inerte, y que hay en el hombre ideas, en la naturaleza leyes, en todas partes orden, sin ninguna causa inteligente y directiva? "Los absurdos en que caen—dice Bossuet—negando la religión, son más insostenibles que las verdades cuya alteza los asombra, y por no querer creer misterios imcomprensibles, siguen, uno tras otro, incomprensibles errores."

Dios lo ha creado todo. ¿Es esto verdad? Sí, es verdad. Esto es un misterio, pero sin este misterio, nada se explica. Con este misterio, la ciencia del hombre y del mundo se ilumina en un punto de partida. La creación es una verdad necesaria y luminosa.

Kepler, el padre de la astronomía moderna, al terminar sus sabios estudios, escribió estas hermosas palabras: "Antes de abandonar esta mesa en que he hecho todas mis investigaciones, sólo me resta elevar las manos y los ojos al cielo, y dirigir devotamente mi humilde oración al autor de toda luz." Semejante ejemplo, señores, refuta suficientemente a todos los pigmeos de la ciencia impía, a todos los librepensadores obtusos y pedantes que no quieren ver, en las maravillas del mundo, más que la obra de la materia, de la fuerza y del acaso. Con Kepler y todos los verdaderos sabios, adoremos humildemente al Dios creador, y nuestra será la razón en nombre de la ciencia, en nombre de la fe, en nombre del sentido común.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCTAVA

La creación y la evolución

SEÑORES:

Conocéis la famosa definición: "Cuando un hombre habla de lo que no entiende a hombres que no le entienden, he ahí la metafísica." Tranquilicémonos. Deseo entender, y deseo ser entendido. Nada, pues, tan fácil como entendernos. Dijo Julio Simón: "Hallo en la religión cristiana un carácter que me arrebata, y es la unión de la metafísica más sabia con la más perfecta sencillez." Verdad es. Todo hombre, cualquiera que sea el nivel de su inteligencia, puede beber, en la medida de su sed, en la fuente de la ciencia religiosa. El labrador, el obrero, la pobre mujer, el niño, vienen a refrigerarse en ella, y en ella encuentran la paz y la alegría de la certeza, la tranquilidad de la conciencia, el resorte de la energía moral. Y al lado de estas modestas inteligencias, veis a los más grandes espíritus inclinarse sobre la misma fuente, y mostrarse satisfechos. La

verdad católica es, en su conjunto, sublime y popular. ¿Qué más elevado que el misterio de la creación? Esto no obstante, cuando hablamos de él, nos comprendemos sin esfuerzo. Continuemos hoy este inagotable asunto, y estudiemos juntos el sistema de la evolución que los hombres de nuestra época oponen de buen grado al dogma de la creación. Vamos a ver que la evolución no es más que una hipótesis científica, y que esta hipótesis no tiene virtud suficiente para perturbar la conciencia de un creyente.

I. La evolución es una simple hipótesis científica.

La evolución es una tentativa de explicación del mundo que nos rodea. Dicen los partidarios de la evolución: "El mundo no era al principio tal como le vemos hoy; de simple que era el principio, ha adquirido, merced a los cambios que se han operado en largos siglos, la complejidad que hoy tiene; se ha desarrollado, ha evolucionado, semejante a la espesa encina salida de la bellota, como si un plan primitivamente concebido se hubiese lentamente desenvuelto al realizarse. Las diversas etapas del progreso se encadenan y forman un todo sin discontinuidad. El mundo de hoy ha nacido del mundo de ayer, que a su vez nació del mundo de anteayer. Los astros que componen el universo actual, salieron gradualmente de una nebulosa primitiva; las especies vivientes, tan numerosas en la naturaleza, salieron gradualmente, diversificándose, de las formas primitivas simples, y descienden de antepasados comunes; del propio modo, las razas humanas que pueblan el globo, se remontan a una pareja única. En suma, la antigua escuela científica decía: "El mundo comenzó, y siempre ha permanecido, excepto ligeras variantes,

tal como es hoy en día." La nueva escuela científica, que es casi toda evolucionista, dice: "No. El mundo marcha sin cesar hacia nuevas formas; bajo la acción de fuerzas naturales, partió de un estado inicial muy sencillo, para llegar lentamente al estado actual, que es muy complejo." Tal es la evolución.

¿Es una certeza o una simple hipótesis? ¿Tiene un valor científico absoluto?

1.° Empezamos por decir que el sistema de la evolución tiene completamente conquistado el espritu moderno, y se ha implantado como un postulado necesario. Este sistema es la única síntesis natural que la inteligencia humana ha ideado hasta hoy para trazar la historia del mundo, de suerte que, so pena de perder el contacto con la mentalidad contemporánea, hay que conocer la evolución, y no tratarla como una cantidad despreciable.

2.° ¿Quiere esto decir que la evolución es una verdad científica, adquirida, indiscutible? En manera alguna. No es más que una hipótesis, una vista del espíritu sobre el desarrollo del universo; tan grandiosa y fecunda como se presenta, no rebasa la importancia de una teoría. Sin duda que puede alegar en su favor razones muy plausibles, pero no se apoya en pruebas perentorias, y hasta la hora presente no ha resuelto todas las objeciones suscitadas contra ella. Entremos en algunos detalles.

La evolución pretende que el animal y la planta, formadas al principio de simples células, han adquirido poco a poco sus formas actuales, esto es, que las especies vegetales y animales descienden de algunas células primitivas por vía de transformación insensible y no interrumpida. Esto no está probado. Hasta estos últimos tiempos, los miembros más distinguidos del Instituto, tales como Blanchard, Quatrefages y Milne Edwards han considerado como cierta la fijeza de las especies, y han demostrado esta estabilidad por todos los datos de la observación recogidos en sesenta siglos; ni una sola especie ha cambiado desde que el hombre pudo observar los seres que le rodean. Si otros sabios admiten el transformismo, confiesan que este cambio de las especies no está probado por ningún hecho positivo, y que no es más que una hipótesis. Berthelot, actualmente el representante más distinguido de la ciencia experimental, en una *Notice sur les travaux de M. Charles Naudin,* leída en la Academia de Ciencias el 17 de Diciembre de 1900, reconoce que este naturalista eminente, a pesar de sus cuarenta años de experiencias sobre el asunto, no había podido encontrar prueba alguna de la formación de especies nuevas. "Todas las observaciones—dice—y todas las experiencias verificadas desde hace medio siglo para realizar la transformación de los tipos específicos, no han dado resultados concluyentes." (*Cosmos,* 1 de Febrero de 1900, p. 180). El más celebre partidario del darwinismo en Inglaterra fué sin duda Tomás Huxley, quien, durante treinta años, de 1860 a 1890, convirtióse en ardiente apóstol de este sistema. En 1894, la Sociedad Real para el progreso de las ciencias le concedió el gran premio Darwin. Pues bien, precisamente cuando recibía este honor, hacia la siguiente declaración: "Los tiempos venideros, ¿confirmarán con sus experiencias la teoría de Darwin? No lo sé, ni nadie puede saberlo en modo alguno." Por tanto, en manera alguna está probado por las ciencias modernas que los animales y las plantas hayan adquirido sus formas actuales por vía de evolución.

Menos demostrado está todavía que la vida haya

comenzado en la tierra por simples células formadas por la acción de vivientes anteriores. En primer lugar, no hay generaciones expontáneas. Los antiguos, engañados por las apariencias, viendo salir del lodo y de carnes putrefactas una multitud de innumerables insectos, creyeron en las generaciones espontáneas; pero a medida que las observaciones ganaron en precisión, todas esas generaciones han sido explicadas; son debidas a gérmenes depositados por vivientes de la misma especie. Más que todos, nuestro ilustre naturalista Pasteur, ha contribuído a esta demostración. Por una serie de experiencias perfectamente conducidas, ha demostrado que sin gérmenes provenientes de especies vivientes, no hay generación alguna, ni producción de animálculos, por pequeños que sean. Estas pruebas fueron tan concluyentes, que los mismos positivistas reconocieron su valor. Así, en el Congreso de los Naturalistas alemanes, en 1877, Wirchow respondió a los partidarios de este evolucionismo inicial: "Nadie ha visto jamás producirse una generación espontánea. No se conoce un solo hecho positivo que establezca una generación de esta especie." En resumen, la vida no sale por sí misma de la materia inorganizada. La evolución de las especies no está científicamente demostrada. No es más que una simple hipótesis.

II. La evolución no tiene virtud suficiente para perturbar la conciencia del creyente.

La evolución no es más que una simple hipótesis científica. Pero seamos generosos y aceptémosla como una verdad demostrada. ¿Tiene ella virtud suficiente para perturbar la conciencia del creyente y arrebatar a Dios su puesto en el mundo? En manera alguna.

Al principio, los iniciadores del evolucionismo no eran ateos, y jamás hubieran querido hacer de su síntesis una profesión de ateísmo. Lamarck escribió, en su *Histoire naturelle des animaux sans vertèbres, Introduction,* que las leyes de la naturaleza "no son más que expresión de la voluntad del que las ha establecido" Darwin declara: "Jamás fuí ateo, jamás negué la existencia de Dios. Creo que la teoría de la evolución es enteramente compatible con la creencia de Dios." (*Vie de Ch. Darwin,* per M. de Varigny.)

Los discípulos de Darwin han hecho de la hipótesis evolucionista un arma para batir en brecha la existencia de Dios. Si era Dios preciso para explicar el mundo, ahora que la evolución explica el mundo, ya no hay necesidad de la hipótesis de Dios. Tal fué el razonamiento que ganó a la teoría evolucionista todo el partido del librepensamiento.

Pero el evolucionismo no es responsable del mal uso que se han querido hacer de él. En sí mismo, nada tiene el evolucionismo que favorezca al ateísmo, por lo que uno puede ser perfectamente creyente y partidario del evolucionismo. En efecto, los católicos son perfectamentes libres de aceptar la hipótesis transformista, si les conviene, pero con la condición de que hagan una reserva en cuanto al origen de las cosas y del hombre, y admitan que Dios creó la primera materia, e intervino con un acto especial en la formación del hombre, por lo menos dándole el alma. Digo "por lo menos dándole el alma", porque la enseñanza tradicional de la Iglesia, apoyada en el texto del Génesis, es que Dios hizo todavía más, ya que puso mano en la formación del cuerpo del hombre. El texto bíblico es de los más formales sobre este punto. Con todo, ciertos católicos piensan que es permitido entenderlo, no en el sentido de

que Dios sacó directamente de la tierra el cuerpo de Adán, sino en el de que lo hizo salir de ella mediatamente, es decir, por mediación de organismos vivientes llegados ya a la existencia. La Iglesia no ha condenado hasta la hora presente esta atrevida opinión. Mons. de Hulst dijo en el Congreso católico de 1891: "La ortodoxia rigurosa no impone otros límites a las hipótesis transformistas que el dogma de la creación inmediata de cada alma humana por Dios; fuera de ésta, si hay temeridades en estas hipótesis, con argumentos científicos habrá que combatirlas." Claro está que el sistema evolucionista no tiene virtud suficiente para perturbar la conciencia de los creyentes, ya que vemos que católicos eminentes adoptan ese sistema, acomodándose a él y conciliándolo fácilmente con la enseñanza de la Biblia y de la Iglesia.

Ahora, miremos la evolución en sí misma y comprobemos que no ataca en modo alguno la creencia en Dios. En efecto, la evolución explica hasta cierto punto el desenvolvimiento del mundo, pero nada puede decir de los orígenes, en los cuales Dios tiene necesariamente su puesto. En el origen de la materia y del mundo, debió intervenir Dios. En el origen de la vida debió intervenir también Dios. En el origen del hombre, debió intervenir Dios por tercera vez. Dios intervino por lo menos tres veces para hacer del mundo lo que es hoy en día. La evolución puede muy bien decirnos cómo se ha desarrollado el mundo, pero no puede decirnos como empezó. ¿De dónde vino la primera nebulosa? ¿Quién dió el primer impulso? ¿Quién animó el primer protoplasma? ¿Cómo se encendió la primera centella de la razón? La evolución no lo dice, no puede decirlo, porque nada sabe de ello. Ahora bien, en todos esos puntos de partida, Dios nos parece necesario. Allí don-

de nuestros padres colocaban su omnipotente mano, nada se ha puesto todavía, ni nada se pondrá en lo por venir. Pero ¿qué digo? En la *Revue des Deux-Mondes* de 15 de Octubre de 1863, expuso Renán una combinación deliciosa, al escribir: "La molécula, es decir, la primera materia que ha existido, podría muy bien haber sido, como toda otra cosa, fruto del tiempo, efecto de un fenómeno muy prolongado, de una aglutinación continua durante millares de millares de siglos." En buen lenguaje, esto quiere decir que en el principio no existía nada, pero que esta nada, uniéndose, aglutinándose a otra nada, acabó por ser algo, un átomo, una molécula, que ya sólo tuvo necesidad de desenvolverse para llegar al estado actual del mundo. ¡Ah qué locura! Para prescindir de Dios, se cae en el absurdo. Si no se pone a Dios en el origen de las cosas, conviértese el mundo en enigma indescifrable. La evolución puede tratar de explicar la obra divina pero no puede suprimir al Dios creador, al Dios causa primera, necesaria e irreemplazable.

Por otra parte, de que la evolución, una vez creadas las cosas, se apodere de ellas para desarrollarlas, no se sigue que Dios esté ausente de ellas. El mundo no es un caos, sino una ordenación admirable; no es, pues, fruto del acaso, que amontona, sino de la sabiduría, que ordena. Quizás es la evolución el método escogido por Dios para realizar su obra, por lo que, en vez de eliminar a Dios, lo hace visible y le proclama presente e indispensable. La evolución es un desenvolvimiento; luego exige un principio inteligente para la dirección de este desarrollo progresivo. Necesaria es una causa inteligente para la formación del menor organismo; pero si se supone que las especies, tanto vegetales como animales, se transforman las unas en las otras,

¿cómo suponer que esta transformación tan delicada, tan complicada, se efectúe por acaso, por fortuitos encuentros? En Agosto de 1894, en Inglaterra, en la Universidad de Oxford, presidía lord Salisbury el Congreso anual para el progreso de las ciencias; hablando de la evolución y de las consecuencias que entraña, decía: "Pruebas suficientemente poderosas de un principio inteligente y bienhechor nos rodean por todas partes; los prejuicios filosóficos o científicos pueden apartarnos de ellas por algún tiempo, pero no tardan en volver a presentarse con imperio irresistible; estas pruebas nos hacen ver a través de la naturaleza la influencia de una voluntad libre; nos revelan la dependencia en que está todo ser viviente de un Creador eterno, de un monarca soberano". (*Revue des questions scientifiques*, Abril de 1894, p. 403) Tal es el veredicto de la verdadera ciencia. El sistema de la evolución es una teoría científica que, bien comprendida y contenida en sus justos límites, no tiene virtud suficiente para perturbar la conciencia del creyente. Intenta explicar la obra del Dios Creador, pero no puede suprimir a Dios creador.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMONONA

El Dios creador y el origen de las cosas

SEÑORES:

El misterio de la creación es a la vez impenetrable y necesario. El sistema de la evolución intenta explicar la obra divina, pero no puede suprimir y reemplazar al Dios creador. Importa poner esta verdad en plena luz, por lo que quisiera hoy señalaros y haceros tocar con el dedo las diferentes intervenciones de Dios en el origen de las cosas.

I. El Dios creador intervino en el origen de las cosas para darles el ser.

Hombres hay que dicen que el mundo se hizo por sí solo, que vino al ser espontáneamente, que en un momento dado nada existía, y que luego, en el puesto de esta nada, hubo algo.

Semejante afirmación carece de sentido común. Co-

mo dice Lamartine: "No querríais decir eso en alta voz a vuestro perro, temerosos de sublevar el instinto de la pobre bestia." El mundo existe, el mundo ha tenido principio. Luego Dios lo ha hecho. El primer átomo, el primer germen procede necesaria y absolutamente de una causa exterior a la materia. Sin una primera intervención de Dios, el origen de las cosas es inexplicable y queda inexplicado. Hubo necesidad de una primera intervención de Dios para crear la materia, para dar el ser al mundo, pues no lo tenía.

II. El Dios creador intervino en el origen de las cosas para darles el movimiento.

Hombres hay que sostienen que, en el origen, era el mundo un compuesto de moléculas inorgánicas que flotaban en el espacio, que estas moléculas experimentaban la necesidad de cambiar de puesto, de marchar, de progresar de convertirse en algo, y que, impulsadas por esta necesidad, pusiéronse por sí mismas en movimiento, uniéronse, sin plan fijo, a otras moléculas, sin sombra alguna de intervención ajena, conformándose simplemente con la ley de la atracción que rige la materia. No sólo se crearon por sí mismas las moléculas, sino que por sí mismas empezaron a moverse con el tiempo y aglomerarse, a fin de formar los astros y todo el conjunto de los mundos.

Semejantes afirmaciones son puramente gratuitas. No basta decirlo. Son absurdas y absolutamente contrarias a los datos de la ciencia y de la experiencia. La experiencia nos hace tocar con el dedo el movimiento universal. La tierra gira sobre sí misma y alrededor del sol; el sol gira sobre sí mismo y en torno de otro sol, arrastrándonos consigo en su órbita. Todos los

astros giran y danzan en el vacío, en el mismo sentido, en orden regular, a distancias mesuradas, con vertiginosa velocidad, sin choques, en virtud de una sola y misma ley, la ley de la atracción. ¿Quién puso en el universo ese equilibrio maravilloso, que nace, no de una inmovilidad universal, sino de una perpetua movilidad? ¿Quién creó ese prodigio de mecánica, de geometría, de cálculo, que nos confunde de admiración? No hay que vacilar; es Dios, y la ciencia habla aquí como la experiencia. Los sabios nos dicen y nos demuestran que la materia es esencialmente inerte, y que, por consiguiente, si un elemento material está en movimiento, es que otro le obliga a ello, porque todo movimiento de la materia es necesariamente un movimiento comunicado; y que, por consiguiente, hubo y hay un motor todopoderoso, único que puede explicar el movimiento universal. Los sabios nos dicen y nos demuestran que el movimiento de los cielos supone resueltos problemas de cálculo que exigieron treinta años de estudio a Euler, de los cuales Newton, septuagenario, decía que no había logrado resolverlos todos, y, que, por consiguiente, el motor del mundo era a la vez un matemático todopoderoso y un calculador infinito. Los sabios nos dicen y nos demuestran que el movimiento de los cielos obedece a dos fuerzas, de las cuales la una atrae los cuerpos al centro, y la otra los aparta de él, ya que si la fuerza de atracción fuera única, lanzaría los cuerpos los unos contra los otros en un inmenso cataclismo, pero que la fuerza centrífuga actúa a tiempo para apartarlos de este peligro proyectándose en el espacio. Los sabios nos afirman que esta segunda fuerza es más asombrosa que la primera, que es la verdadera maravilla de los cielos, y que no tiene explicación más que en una voluntad siempre persistente y superior a todos

los mundos. La filosofía y el buen sentido más elemental nos dicen que fué necesaria una primera intervención de Dios para poner la materia en movimiento. El Dios creador dió el ser; también dió el movimiento; pero no es esto todo.

III. El Dios creador intervino en el origen de las cosas para dar la vida.

Hombres hay que afirman que la vida procede de la materia por vía espontánea, en virtud de la ley del progreso; que germinó por sí mismo en el mundo inanimado; que los vegetales nacieron de los minerales, y los animales de los vegetales, y que esta transformación progresiva se verificó por sí misma, fuera de toda intervención de un Dios creador y organizador. Lo mismo que con el ser y el movimiento, ocurre con la vida. Todo se hizo por sí mismo.

Semejante afirmación no tiene consistencia. Según la hipótesis muy aceptable de Laplace, Herschell, Aragó y Ampère, hubo un tiempo en que nuestro globo estaba en estado de materia gaseosa y difusa. Pero sobre este globo inanimado, ¿cómo nacieron las plantas? La planta es muy diferente del mineral; tiene un centro de organización, una fuerza interna de desarrollo, savia, semilla, reproductiva. "La opinión—dice Liebig—según la cual la naturaleza posee una fuerza creadora capaz de producir, con cierta materia en descomposición, las plantas más variadas, es simplemente la consecuencia de un examen superficial."—Para explicar este nuevo estado—añade Becquerel,—es absolutamente necesaria la intervención de una fuerza creadora. En efecto, está hoy científicamente demostrado que la generación espontánea es imposible. Luego, así como fué precisa una primera intervención de Dios para crear la materia, y después otra segunda intervención de Dios para crear el movimiento, se nenesita otra tercera para crear la vida, para crear ese nuevo ser que se llama planta. ¿Qué digo? He ahí por encima de la planta un ser que le es superior, que posee una vida más elevada, un principio interior de movimiento, de percepción, de sentimientos voluntarios; tal es el animal. Vive, se mueve, ve, se acuerda, quiere. Entre el mineral y el vegetal no hay tránsito alguno. Entre el vegetal y el animal tampoco hay paso alguno; hay trascendencia; luego hay creación, luego hay intervención de un poder superior que crea un ser nuevo. "Si fuera preciso definir la vida—dice Claudio Bernard,—diría que la vida es la creación. En todo germen viviente, hay una idea que se manifiesta por la organización." Así razonan, según experiencias decisivas Flouréns, Cuvier, Liebig, Alejandro de Humboldt, Quatrefages, Becquerel, Pasteur. Querámoslo o no, estamos obligados a recurrir al poder infinito del Creador para explicar la aparición de la vida en la tierra. La doctrina de la generación espontánea está abandonada por todos los sabios, y si algunos se obstinan todavía en creer en ella, es simplemente para prescindir de Dios. "No queremos—dice Burmeister—recurrir a los milagros y a los misterios; para explicar la aparición de la vida en la tierra, estamos obligados a volver los ojos a la virtud generadora de la materia misma." La generación espontánea es anticientífica. En nombre de la ciencia, podemos y debemos proclamar la intervención de Dios para la creación de la vida. Dios ha dado el ser, el movimiento, la vida. ¿Es esto todo? No.

IV. El Dios creador intervino en el origen de las cosas para dar la dirección.

Hombres hay que sostienen que el mundo se dió el ser, el movimiento y la vida, y que, además, se dirige por sí solo. "El principio mejor sentado de la filosofía natural—dijo Renán,—es que el desenvolvimiento del mundo se verifica sin la intervención de ningún ser exterior." Y añade Littré: "El nuevo dogma explica el universo por causas que están en él." Y Edmundo About pronuncia esta sentencia: "Es preciso descender muy bajo en la escala de los seres inteligentes, para buscar fuera de él mismo las causas que han creado el mundo." En resumen, el mundo, creado sin Dios, se ha desarrollado, transformado y perfeccionado sin Dios.

Semejante afirmación, aunque parezca descender de muy alto, es inaceptable. Se presenta como muy extraña a la razón de los sencillos, y está convencida de falsedad por el testimonio de los mejores sabios. Admitamos, como quieren ciertos evolucionistas librepensadores, que todos los seres, las plantas, los animales y el hombre vienen, por transformaciones sucesivas, de un primer germen, de un primer tipo primitivo. Admitamos esta hipótesis como una verdad demostrada. Y bien, aun en esta hipótesis, la intervención de Dios es necesaria. La naturaleza no hubiera podido transformarse y progresar, si no hubiera sido guiada por una sabiduría infinita. Tenemos ante nuestra vista un efecto, es decir, el mundo con sus espléndidas armonías; este efecto exige una causa inteligente, no puede ser rsultado de las fuerzas ciegas de la naturaleza. Los más ferviente discípulos de Darwin, sus admiradores más entusiastas, convienen en ello. El mismo Renán confiesa que "todas las moléculas se reunieron y aglomeraron siguiendo un plan trazado de antemano para formar los cuerpos." ¡Según un plan trazado de antemano! ¿Por quién? Que se nos diga. No quieren decírnoslo, porque no pueden decírnoslo, y no pueden decírnoslo, porque no quieren nombrar al Dios creador y organizador del mundo. Antes que nombrar a Dios, recurren al acaso, a las fuerzas de la naturaleza, fuerzas ciegas, brutales, no dirigidas. Se afirma que los cuerpos organizados, todas cuyas partes tienen entre sí una correlación tan sabiamente calculada, han sido producidos por una ciega aglomeración de átomos que por acaso se encontraron. Se afirma que las especies, tanto vegetales como animales, se han transformado las unas en las otras, que todas las partes de estos vivientes se han coordenado exactamente por efecto del azar. Se afirma que el instinto del animal y la inteligencia del hombre son resultado del encuentro fortuito de los átomos. Se quiere explicar la vida por lo que no vive, y la producción de los seres inteligentes sin causa inteligente. Se afirma que el desenvolvimiento de la naturaleza se hizo siguiendo una dirección, y que esta dirección no procede de nadie, sino del acaso. ¿Hay algo más irracional? Es evidente para el sentido común, y está demostrado por la ciencia, que la aparición de las plantas, de los animales y del hombre, es una producción maravillosa, que, tomada en su conjunto, o estudiada en cada uno de sus detalles, supone un plan concebido de antemano por la Sabiduría infinita y realizado por el poder y la Bondad infinita. Para explicar el origen de las cosas, preciso es admitir una intervención de Dios, por la cual dió el ser, el movimiento, la vida y, finalmente, la dirección a todo cuanto existe.

Queda una última intervención necesaria del Dios creador en el origen de las cosas. Hay aquí bajo un ser que domina al mundo mineral, al mundo vegetal, al mundo animal; un ser que posee todo lo que poseen los minerales, los vegetales y los animales, y algo más, que estos jamás tuvieron ni tendrán jamás; un ser que piensa, que tiene un alma inteligente y libre. Tal es el hombre. ¿Se atreverá alguien a decir que el hombre no es más que una eflorescencia de la materia? ¿Se atreverá alguien a decir que lo que no piensa ha podido hacer el pensamiento? ¿ Se atreverá alguien a decir que, sin Dios, puede explicarse el hombre, su origen, su naturaleza, su destino, su libertad, su responsabilidad? Pues esto se ha dicho. En nombre de la ciencia, se ha intentado desmentir a la Biblia. Esta tentativa es insensata y criminal. Fácil será convencernos de ello. Cantemos hoy al Dios que todo lo ha creado, que mueve, que vivifica, que lo dirige todo, y démosle, con el cántico de nuestros labios, todo el amor de nuestros corazones.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMA

El origen del hombre según la Biblia

SEÑORES:

Dios lo ha creado todo. Creó al hombre. El próximo domingo os expondré los sistemas abyectos que hacen del hombre un puro animal, un mono perfeccionado. Hoy abro el libro más antiguo, el más auténtico, el más venerable, el libro por excelencia, la Biblia; lo abro por su primera página, y en ella os señalo la aparición de la raza humana. Comprobemos juntos, según la Biblia, nuestros títulos de nobleza y los esplendores de nuestro origen.

I. Dios va a crear el hombre.

Admiremos los preludios y los preparativos de nuestra aparición. Como una madre dispone para el hijo que le va a nacer la más blanda camita y la más elegante cuna, así procede Dios. Por seis veces diferentes, ha-

ce brotar de la nada los raudales de la creación, y bajo la acción de su palabra, brota el mundo, todo resplandeciente de juventud y de belleza. Es un palacio, pero ¡qué palacio! Suspendidos de la bóveda del cielo, como otras tantas lámparas deslumbrantes, millones de astros los iluminan noche y día. La tierra entera está cubierta de rico tapiz de verdura esmaltado de flores de toda especie. El aire está embalsamado de los más agradables aromas. Muéstranse los árboles cargados de fruto; murmuran los arroyos; juegan los peces en el seno de las ondas; los árboles llenan las soledades de los más armoniosos conciertos; los animales esperan con respetuoso silencio el dueño que ha de dirigirlos. Todo está dispuesto; después de lanzar una mirada sobre esta creación espléndida, después de reconocer que todo está bien ordenado,

II. Dios se detiene.

Suspende los raudales de la creación, y, entrando en sí mismo, delibera, se consulta; va a tomar una decisión suprema, y dice: "¡Hagamos!, *Faciamus!*" ¿Quién es el ser que va a comparecer, que va a pasar de lo posible a lo real, de la nada a la existencia? ¿Un ángel? No. Los ángeles fueron creados por millares de millones, y la Biblia no se tomó el trabajo de decirnos cuándo y cómo fueron creados. Escuchad. Dios se explaya, y lanza al cielo y a la tierra este grito de su corazón oprimido de amor, que se desahoga amando: "*Faciamus hominem!* ¡Hagamos al hombre!"

Señor, ¿os pusisteis a deliberar para extender el firmamento, para cavar la vasta cuenca de los mares, para suspender los globos luminosos que giran en medio de un vacío inmenso, para escalonar y superponer el

mundo mineral, el mundo vegetal y el mundo animal? No. Para todo esto, la Omnipotencia del Padre no ha tenido que hacer otra cosa que hablar. Todos los seres brotaron a la virtud de una palabra. "Hágase la luz, y la luz fué hecha. Dijo, y todo quedó hecho."

Pero cuando se trata de crear al hombre, el augusto Senado de la Trinidad se reúne, Dios delibera. El hombre ha absorvido las misteriosas profundidades de la contemplación divina. Es el fruto de un consejo eterno, de un *fiat* lleno de amor. "¡Hagamos al hombre!"

La decisión está tomada. Dios pone manos a la obra. Sigamos las peripecias de su trabajo creador.

III. Dios modela el cuerpo del hombre.

Puede admitirse con los transformistas que Dios hizo indirectamente el cuerpo del hombre, en el sentido de que tomó, revisó, corrigió y modificó el cuerpo de un animal hasta hacerlo poco a poco idéntico a nuestro organismo. Es esta una hipótesis científica sostenible, no condenada. Pero no es más que una hipótesis, y mientras no sea una certeza, tengo derecho a conceder la preferencia al relato literal de la Biblia, que nos dice que Dios fabricó directamente una estatua humana, que nuestro cuerpo no salió de la raza animal, que no somos la última flor de no sé que tallo fangoso, nacido primeramente en los arroyos, transportado después a los bosques, y aparecido, finalmente, en el hombre.

Dios había lanzado al espacio la multitud de los mundos con el desdén sublime de la Omnipotencia; había hecho con una palabra rápida, casi sin atención, las especies vegetales, las razas animales, los rebaños de leones, las legiones armoniosas de los pájaros, las ban-

dadas azuladas de los peces. Pero cuando se trató de crear el cuerpo del hombre, nos dice la Biblia que tomó un poco de limo de la tierra con sus dedos; no que Dios tenga dedos como nosotros, sino que la Biblia quiere darnos a entender con esta expresión el cuidado que Dios puso en la composición del cuerpo humano. "Vuestras manos me han hecho—exclama el rey David;—ellas han modelado mi cuerpo; *Manus tuæ fecerunt me et plasmaverunt me.*" Ellas trazan todos sus lineamientos; ellas distribuyen todas sus arterias; ellas se complacen en formar todos sus contornos; ellas imprimen al conjunto la fuerza y la gracia; ellas dan a cada detalle el término más maravilloso. Y el cuerpo del hombre salido de las manos divinas, trabajado por el Creador con singular complacencia, es tan maravillosamente acabado, que un médico pagano, después de describir su admirable estructura, pudo exclamar: "No, no es un libro lo que acabo de escribir; es un himno lo que acabo de entonar en honor de la Divinidad." Pero no todo acaba aquí. Apenas hubo acabado el cuerpo, . .

IV. Dios crea el alma.

Que une al cuerpo para animarlo. Acaba de decir: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza." Y en ejecución de este sagrado decreto, forma el cuerpo del limo de la tierra. Pero en ese simulacro material, ¿reconoce Dios su imagen? ¿Es por ventura el espejo de su esencia? No. Dios, al modelar la materia, puede formar un cuerpo hermoso, pero, de cualquier forma que lo tornee y lo modele, jamás verá en él su imagen y semejanza. Dios es espíritu.

Sopla, pues, sobre la cara del hombre un espíritu de

vida; *spiraculum vitæ.* En la materia infunde un alma. La saca de sí mismo, la crea aparte, la pone sobre la cara de Adán, porque, si bien anima todo el cuerpo, se hace, por decirlo así, visible sobre el rostro, la frente, los ojos, los labios; no hay materia que sea tan bella como un rostro humano, pues es iluminado y transformado por el alma.

Entendámonos. Nuestra alma no es ni un aire sutil ni un vapor difuso. Tampoco es una porción de la naturaleza divina. Dios no es un todo que se parte, ni nuestra alma es como una centella que se desprende del foco divino. Es creada, es hecha, y de tal modo hecha, que no es nada de la naturaleza divina, sino solamente una cosa hecha a imagen de la naturaleza divina, un discípulo espiritual que lleva la semejanza de Dios por espíritu.

He ahí, pues, al hombre de pie en la integridad de su ser. Tiene un cuerpo, tiene un alma. Es una criatura espléndida. Pero después de haberlo hecho, Dios no declara que esté bien hecho. Su obra le parece incompleta. La contempla, y declara que no es bueno que el hombre quede en ese estado.

V. Dios da al hombre una compañera.

"No es bueno—dice—que el hombre esté solo." Y convocado, por decirlo así, por segunda vez el augusto Senado de la Trinidad, añade: "Hagamos al hombre una ayuda semejante a él; *Adjutorium simile sibi.*" Infunde en Adán un sueño misterioso, y mientras duerme, saca de él una costilla, y forma de ella la primera mujer.

La palabra costilla indica bastante mal en qué consistió la operación divina, y puede no ser tomada en

un sentido literal. Lo que la Biblia quiso decirnos, es que Dios, para formar el cuerpo de Eva, tomó una parte del cuerpo de Adán cerca del corazón. Este detalle está lleno de significación.

La mujer está hecha de la substancia del hombre, y de la substancia más íntima. Luego el hombre deberá amar a un igual en su esposa, y no dominarla como si fuese su esclava. Deberá protegerla, no subyugarla.

La mujer está hecha de la substancia del hombre, y los dos no forman más que una sola especie en dos géneros diferentes, pero semejantes. "Dios—dice Bossuet—forma del hombre la compañera que quiere darle. Todos los hombres nacen de un solo matrimonio, a fin de constituir, por dispersos y multiplicados que estén, una sola y misma familia. Y, en efecto, inmediatamente después,

VI. Dios proclama la unidad de la especie humana.

Creó a Adán y a Eva. Los bendijo y les dijo: "Creced, multiplicaos y llenad la tierra." Esta bendición, la más poderosa y fecunda que se dió jamás, descansa todavía, después de seis mil años, sobre todo el género humano, y se verifica hasta en las islas más lejanas, cuyos más ignorados rincones puebla. Un solo tronco humano fué plantado por Dios en la tierra. Yo lo veo engrandecerse bajo el rocío de la bendición primera, y lanzar a todos los vientos sus gérmenes inagotables. Las palabras de reproducción y de perpetuidad se realizan todos los días, y todos los días nos dan nuevos hermanos. La tierra se ha visto ya mil y mil veces llena; pero los cielos, en su inconmensurable profundidad, tienen todavía para dar felicidad y gloria. Los cielos esperan elegidos, y la tierra los prepara. Aquí bajo está

el surco en que el padre de familia siembra el grano; allá arriba, los graneros en que guarda la cosecha.

Todos venimos de Dios por Adán y Eva, nuestros primeros padres. No perdamos de vista nuestra identidad de origen. Confesemos el gran dogma de la paternidad humana. Todas las razas, a pesar de sus desemejanzas puramente exteriores, no forman más que una sola especie y una sola descendencia. Nacidos de un mismo padre y de una misma madre, somos los miembros de una sola familia.

Todos venimos de Dios por Adán y Eva, nuestros primeros padres, y todos vamos a Dios, que es nuestro fin último, como es nuestro primer principio. Tal es la doctrina de la vieja Biblia. No conozco nada más racional, más hermoso, más fecundo.

Dos palabras para terminar. Dios nos ha creado; luego nos ama. Aunque no hayáis formado más que un pequeño jardín, con algunas avenidas guarnecidas de boj y unos cuantos claveles y rosas, os complacéis en contemplarlo, en recorrer sus senderos, en regar sus flores, en destruir los insectos que pudieran destruirlas. Si habéis construído una máquina, un mueble esculpido, un tejido nuevo, una obra de arte, amáis estos objetos. Y si sois padres, amáis a vuestros hijos. Así nos ama Dios, que nos ha creado, con amor paternal, con amor intenso, con amor infinito.

A nosotros nos toca responder. El mundo inferior, el mundo material carece de voz para hablar a Dios, para adorarle, para darle gracias. Nosotros somos esta voz. Por medio de nosotros, puede y debe la creación remontarse a su Creador. De rodillas, pues, criaturas racionales. Ofrezcamos con nuestras manos, con nuestros labios, con nuestro corazón los homenajes incons-

cientes del universo material; pongamos en estos homenajes inertes la centella de nuestra inteligencia y de nuestra libertad, y que, por medio de nosotros, el incienso de todos los seres se eleve hasta el trono de la Divinidad.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMERA

El origen del hombre según la ciencia materialista

SEÑORES:

Os he explicado el origen del hombre según la Biblia. El hombre viene de Dios por vía de creación. La ciencia, no ciertamente la ciencia verdadera, sino la ciencia adulterada, la ciencia materialista y librepensadora, no admite el relato de la vieja Biblia, sino que sostiene que el hombre viene del mono por vía de evolución. Niega nuestro origen divino, y afirma nuestro origen símico. A pesar de la repugnancia que experimento, soportad, señores, que asombre vuestros pensamientos cristianos y vuestros oídos patriotas dándoos a entender las doctrinas que se llaman científicas del materialismo contemporáneo. Expondré, explicaré y refutaré brevemente ante vosotros las afirmaciones de la ciencia materialista sobre el origen del hombre.

I. Unas palabras de exposición.

¿De dónde nos ha venido, qué pretende y hasta dónde ha penetrado el materialismo contemporáneo?

El materialismo nos ha venido de Inglaterra y de Alemania, y nuestros escritores han tenido la culpa y la candidez de acogerlo y vulgarizarlo, poniendo a su servicio nuestra lengua, tan viva, tan despierta, tan fundamentalmente espiritualista.

Un inglés, Darwin, después de aplicarse largo tiempo al estudio de las transformaciones que multiplican y perfeccionan las razas animales, creyó poder extender a la raza humana ciertos fenómenos estudiados por él en la esfera de la animalidad, y tras largas digresiones, llega a la conclusión monstruosa de que nosotros pertenecemos al orden de los simios o de los monos.

Un alemán, discípulo suyo, Hæckel, se cree en condiciones de establecer con certeza los veintiún grados de nuestro árbol genealógico, y nos prueba por $a + b$ que hemos salido de los flancos de un animal antropoide, llegado, por larga serie de evoluciones en la rama superior de los vertebrados, a una perfección vecina a la nuestra.

Por otra parte, como los trabajos de Laplace y de Herschell no permiten dudar que la masa de nuestro globo existió al principio en estado gaseoso, y luego de líquido incandescente, he ahí otros que sostienen que podríamos muy bien haber tenido antepasados gaseosos.

¿Qué es, pues, el hombre según estos sistemas? ¿Una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios? En manera alguna. Esto es lo que dice la vieja Biblia, pero la ciencia joven, la ciencia materialista, transformista y evolucionista, sabe cosas de las cuales Moisés no tenía la menor noticia. Y así, sabe que el hombre no es más que un puro animal; sabe que el alma y sus facultades no son más que la resultante de las funciones encefálicas; sabe que el género humano no es más que una

clase del imperio zoológico, y que nosotros los hombres, que pensábamos dominar la naturaleza inferior desde toda la altura de un principio inmaterial y distinto de la animalidad, somos simplemente los primeros entre las bestias. ¡Oh hombres, exclama la religión, estáis hechos a imagen y semejanza de Dios! ¡Tenéis un alma! ¡Sois como ángeles disminuídos! Mas, no, responde la ciencia impía. ¡Venís de la materia! ¡No sois más que materia! ¡Sois menos perfeccionados!

Os reís, señores. También me reiría yo con vosotros, si las villanías que os señalo hubieran quedado sepultadas en las brumas de Inglaterra y en el macizo cerebro de los alemanes. Pero esta ciencia adulterada ha sido importada en nuestro noble país de Francia, y, por cuanto nuestra lengua tiene el don maravilloso de esclarecer las ideas y de vulgarizarlas, ha ocurrido que las doctrinas materialistas, habiendo recibido entre nosotros, una desgraciada hospitalidad, han tomado, gracias a nosotros, una fuerza extraordinaria de expansión. Una colección de escritores semisabios han recogido estúpidamente los pesados ecos de impiedad llegados de Inglaterra y Alemania, y los han hecho resonar por todas partes, en las ciencias, en la literatura, en las artes, en las revistas, en los manuales, en los periódicos. El materialismo filosófico y científico ha hecho mucho ruido, y se ha convertido en materialismo popular y democrático. Por la prensa, por la escuela, por la conferencia, ha descendido hasta el cerebro del niño, de la mujer, del obrero, y no es raro oirlo sonar groseramente en labios del pueblo en fórmulas brutales como éstas: ¡No existe el alma; cuando uno muere, todo queda muerto! ¡El alma no existe!... He ahí la conclusión que se saca después de leer, un mes o dos, los libros y los periódicos librepensadores, que

se han propuesto iluminar la tierra extinguiendo las viejas y nobles creencias del género humano razonable.

II. Una palabra de explicación.

Señores, un problema se plantea ante vuestros espíritus inteligentes y honrados: ¿Cómo es posible que una doctrina tan envilecedora como el materialismo, se propague tan fácilmente y encuentre en la opinión una acogida tan solícita? ¿Es que contiene algo de verdad? ¿Se apoya, pues, en una base científica?

No. No tiene otro apoyo que los instintos de nuestro natural corrompido, y esto basta para asegurarle una popularidad tan extendida como malsana. "El hombre—dice Bossuet—busca en sus errores excusas para sus deseos sensuales, pareciéndose a alguien de elevado nacimiento, que teniendo bajos instintos, no quisiera recordarse de su dignidad, temeroso de verse obligado a vivir en los ejercicios que ella exige." Palabras sangrientas, pero profundas, y profundamente verdaderas. En efecto, si alguien llega a formarse la convicción de que no existe el alma, veréis al punto la ganancia que le reporta su cobardía. No tiene necesidad de chocar con el deber, con el honor, con la conciencia. Todas estas cosas santas no son para él más que palabras vacías de sentido, y sólo ve una realidad en la tierra, la vil materia, y una sola ley, el placer y el interés. El materialismo, doctrina degradante, pero fácil, está llamado a recoger las anatemas de la conciencia y de la razón, y las aprobaciones del instinto sensual. Su fortuna cambia con los tiempos. Ora sucumbe bajo la reprobación del buen sentido, ora triunfa con el sensualismo de las costumbres. Y como nuestro siglo se inclina cada vez más a la materia, vemos exponerse,

con una audacia que crece cada día, las doctrinas abyectas que suprimen el alma humana y confinan nuestra naturaleza en la animalidad. "El materialismo—dice Lacordaire—es una doctrina contra natura, cuyo origen sólo se explica por la corrupción del corazón humano."

Y ahora, señores, comprobad la lógica del mal. Como la religión es el más fuerte y casi el único muro que protege la dignidad de nuestra alma y de nuestros orígenes, los impíos, que quieren derribar nuestro pedestal, trabajan simultáneamente en la destrucción de la fe religiosa. Decía un incrédulo en la hora de la muerte: "He sido bastante libertino para desear que la religión fuese falsa, pero no he sido lo bastante necio para creerlo." En general, los impíos hacen ver que tienen pruebas contra la religión, pero las buscan y no encuentran más que pretextos. Amontonan los viles productos científicos de que os he hablado, y arrojándolos a la cara de la religión, exclaman: "¡Vieja religión, mentiste! El hombre no viene de Dios, sino del mono por transformación, sino de la materia por evolución. El hombre no es más que un mono ilustre, sabio, perfeccionado por 6000 años de existencia." Tendrían horror de llamarse de la misma raza que los negros, y saltan de alegría pensando que corre por sus venas sangre del mono. No quieren ser hermanos de los negros porque la religión lo enseña, y se complacen en llamarse hijos del mono porque la religión lo niega. En resumen, el materialismo no es producto de la ciencia, sino resultado de la impiedad que viene en auxilio de la corrupción. He ahí el secreto de su popularidad. Ahora, para terminar,

III. Una palabra de refutación.

Antes, señores, nos enorgullecíamos justamente de descender de los cruzados. Hoy los librepensadores se enorgullecen de descender del mono, y los desgraciados ni siquiera tienen el consuelo de poder justificar sus títulos de nobleza; les faltan pergaminos; en vano remueven y sondean las entrañas de la tierra, las capas geológicas; en vano han ido a buscar en la isla de Java nuestro antepasado más cercano, el antropopiteco, como le llaman, o dicho de otro modo, el hombre-mono; nada han encontrado de todo ello, y todos los descubrimientos que han podido hacer, han defraudado, uno tras otro, sus esperanzas, tan antihumanas como anticientíficas. Volveremos a insistir sobre esto.

Básteme ahora refutar el materialismo con una palabra; básteme apelar al buen sentido, y dejar que hable por un instante la sencilla voz de la conciencia humana y de la razón del pueblo. Escuchad esta historia; os parecerá muy sencilla, pero por lo menos tiene el mérito de ser verdadera y de entrañar una gran lección. Hace de esto treinta y un años. Muy joven todavía, era yo vicario de una parroquia no lejos de Orleáns. Cómo encontrara un día en su campo un hombre honrado apoyado en su laya, y dispuesto a entrar en conversación, inicié ante él, no me acuerdo a propósito de qué, la gran cuestión del alma humana y del origen del hombre. Tras un cuarto de hora de discusión y argumentación ceñida, advertí que nada había ganado y que mi interlocutor estaba más persuadido que nunca de que no existía el alma. No pudiendo hacer nada, llamé en mi auxilio la nietecita de aquel hombre excelente. Sólo tenía ella ocho años, y ya sabía casi corrientemente las primeras páginas del Catecismo, ese libro

sublime que contiene la médula de la verdad. Aquella cristianita asistía con regularidad a las lecciones del catecismo, que yo, pobre vicario, daba cada semana a los niños más pequeños de la parroquia. Díjele, pues: "Hija mía, escúchame bien, y responde en voz alta e inteligible. ¿Qué debemos pensar de los que dicen que no tenemos alma?" Y la pequeña criatura, enteramente satisfecha de su ciencia religiosa, respondióme al punto: "Los que dicen que el hombre no tiene alma, se rebajan por sí mismos a la categoría de bestias." Tal es la respuesta textual del Catecismo diocesano.

Estas palabras, cayendo de los labios de la hija sobre la cabeza del padre como un mazazo, terminaron la discusión y aseguraron la victoria de la verdad. En efecto, señores, ¿qué queréis decir a quien afirma resueltamente que no tiene alma, que es un animal, y cuyos razonamientos todos acaban en esta conclusión: "Convenid conmigo en que soy un bestia?"—"Señor le responderíamos,—excuse la prueba. Como se trata de un hecho personal, le creo por su palabra." Tal es la más sencilla y mejor refutación del materialismo, la refutación por el absurdo. En vano quiere el materialismo cubrirse con apariencias científicas; el buen sentido le condena, y esto basta.

Atengámonos, pues, señores, al relato de la Biblia. Creamos en nuestro origen divino y en la dignidad de nuestra naturaleza. El hombre no procede del mono por vía de transformación y evolución. El hombre procede de Dios por vía de creación. Cantemos con profunda convicción y joviales acentos al Dios creador, del cual somos hijos muy amados y viviente imagen.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

Los Angeles o los primogénitos de la Creación

SEÑORES:

Dios lo ha creado todo. Creó al hombre, creó a los Angeles. En el Símbolo de Nicea, nos hace cantar la Iglesia al "Dios creador de todas las cosas visibles e invisibles, *factorem... visibilium et invisibilium,*" y bajo el nombre de cosas invisibles, propone a nuestra fe el mundo angélico. ¿Cuál es este mundo? ¿No es un sueño de nuestra imaginación, un elemento fantástico que introducimos temeraria y poéticamente en la obra divina? Y si el mundo angélico es una realidad, ¿cuál es su misión, cuáles son sus funciones? Importa responder con claridad a estas dos preguntas.

I. ¿Qué son los Angeles?

Con frecuencia nos representamos los Angeles sin cuerpo, para mostrar que, en efecto, no lo tienen; con

alas, para mostrar su diligencia y su agilidad en obedecer las órdenes de Dios allí donde los envíe; con cabeza infantil, para expresar su inocencia y su inmortal juventud. La Sagrada Escritura dice también que presentan a Dios incensarios llenos de incienso y aromas, "que son las oraciones de los santos." Estas últimas palabras nos advierten que estos incensarios y las manos que los balancean, lo mismo que las alas y los semblantes, graciosas imágenes para ayudar a nuestro pensamiento, no son más materiales que nuestras oraciones verdaderos aromas. Los Angeles son, pues, espíritus puros; son las criaturas más hermosas de Dios, hechas, más que nosotros todavía, a imagen suya, imagen que reflejan en todo su ser, que es pensamiento y amor.

Para comprender lo que son los Angeles, aplicámosles la palabra *simplicidad*. Son espíritus, simples, individuales. La muerte, que nos divide, y el tiempo, que dispersa los elementos de nuestro cuerpo, no tienen acción sobre ellos. Ninguna fuerza creada puede atacar su incorruptible esencia, ni dividir su perfecta unidad.

Para comprender lo que son los Angeles, aplicámosles la palagra *inteligencia*. Su perfección intelectual, desprendida y libre de las formas sensibles, es inmensamente superior a la nuestra. Se conocen a sí misma, por intuición directa. Conocen a Dios, cuya imagen radiante se refleja en ellos como en un espejo. Superiores a la materia, la contienen eminentemente y la conocen con visión simple e inmaterial, como su esencia. En comparación de su ciencia conjetural, la nuestra no es más que tinieblas e ignorancia; no penetran directamente nuestros pensamientos, pero el menor signo, el menor estremecimiento de nuestro cuerpo,

es para ellos una revelación de nuestras disposiciones interiores.

Para comprender lo que son los Angeles, aplicámosles la palabra *pureza*. No sólo su inteligencia no puede ser sorprendida por el error, sino que su voluntad no puede ser perturbada por la violencia de los apetitos. Todo en ellos es tranquilo y sabiamente mesurado, así su amor al bien, como su odio al mal. No están sometidos ni a la perplejidad de los designios, ni a la inconstancia de las resoluciones. Sin vacilaciones y sin necesidad de deliberar, se fijan repentinamente, y por un solo acto, en el objeto de su elección. En un instante dicen sí o no, en un instante han determinado libremente su elección.

Para comprender lo que son los Angeles, aplicámosles la palabra *agilidad*. Si no pueden igualar la inmensidad de Dios por la universalidad de su presencia, la imitan por la agilidad de sus movimientos. Nuestra alma puede darnos una idea de la agilidad de los espíritus angélicos. Nuestro pensamiento, ¿no suprime las distancias? ¿no se traslada instantáneamente de un extremo del mundo a otro? Pues lo mismo hacen los Angeles. El lugar no puede contener ni medir su prodigiosa actividad. Mueven, desplazan, juntan los elementos dispersos, componen con ellos los cuerpos sutiles de que se sirven para acercarse a nosotros, nos asisten y nos dan a entender las palabras del cielo. Tal es la doctrina del gran doctor Santo Tomás.

Para comprender lo que son los Angeles, aplicámosles, finalmente, la palabra *variedad*. Todos tienen la misma naturaleza; pero son tanto más variados, cuanto más simples son; porque, no teniendo cantidad alguna que podamos repartir entre muchos individuos, y distinguir por la medida, cada uno de ellos, dice Santo

Tomás, constituye una especie. Esto no obstante, aparecen divididos, según su grado de perfección y de belleza, en tres órdenes, que forman nueve coros, que son los Serafines, los Querubines, los Tronos, las Dominaciones, las Virtudes, las Potencias, los Principados, los Arcángeles y los Angeles. Tal es la idea que podemos y debemos formarnos de los Angeles. Y ahora salta esta pregunta:

II. ¿Hay Angeles?

Nuestra razón nos dice que puede haber; que lo visible debe tener su prolongación en lo invisible, que la gradación de los seres no sería perfecta, si, por encima del hombre, no hubiera seres puramente espirituales en los cuales Dios se reconoce mejor que en la mezcla de los dos elementos de que se compone nuestra naturaleza. Coloquemos los Angeles en la cumbre de la creación, y las obras divinas formarán como una escala, no solamente en extensión y en dimensión, sino también en perfección y en verdadera grandeza. Primeramente los cuerpos brutos, que no tienen especie alguna de vida; después, las plantas, que viven y no sienten; luego, los animales, que sienten y se mueven; a continuación, a una distancia inmensa, aunque vecinos suyos por su cuerpo, que siente y se traslada de lugar como ellos, el hombre, imagen de Dios por su razón y su voluntad; finalmente, los Angeles, totalmente exentos de materia, puros espíritus, puras inteligencias, puros amores, iluminados directamente y penetrados por Dios como el aire por la luz. Admirable progresión, cadena continua, que une y subordina entre sí todas las criaturas, y las enlaza con el trono de su

Autor, igualmente adorable en todas, dice San Agustín, tanto al crear los Angeles en el cielo, sin ser más grande en ellos, como los insectos en la tierra, sin empequeñecerse con ellos. "Venid—exclama aquí el P. Monsabré,—venid, santos Angeles, mi razón os llama; llenad a millares el vacío inmenso que hace un momento me producía el vértigo, estableced el equilibrio numérico de las naturalezas creadas, continuad la gradación de los seres demasiado bruscamente terminada por el compuesto humano, penetradnos de vuestras puras influencias, como nosotros penetramos la materia con nuestro pensamiento y nuestra virtud. Estoy más satisfecho cuando os siento por encima de mí, y mi espíritu, acercándose a lo infinito a través de vuestros coros armoniosos, aprecia mejor la belleza de la obra divina. Tengo necesidad de creer en vuestra existencia; sin ella sería el mundo para mí lo que sería un cuadro sin perspectiva, lo que un retrato sin expresión, lo que esta soberbia basílica si un techo vulgar, aplastando sus columnas, reemplazase las bóvedas airosas que sostienen, como una tiara sobre la cabeza del pueblo cristiano." La simple inducción racional nos dice que debe haber ángeles.

La Sagrada Escritura y la Historia nos dicen que hay Angeles. La Escritura no nos refiere su génesis, ni cuándo ni cómo fueron creados. Sin embargo de esto, por las preguntas que el Señor dirigió a su servidor Job, sabemos que los Angeles existían ya cuando nosotros fuimos creados. Historiadores, cantores, profetas, doctores sagrados nos hablan de ellos sin cesar. La Iglesia cree firmemente, y nos afirma con decisión, la existencia del mundo invisible poblado de naturalezas espirituales. La tradición universal de los pueblos nos muestra la Divinidad enviando a las criaturas inferiores un ejército de intermediarios siempre en acción, intermediarios invisibles, inferiores a Dios y superiores al hombre. La noción de ángel es tan antigua como el mundo. Existe en los paganos como en los judíos. ¿De dónde viene esta noción? De una revelación primitiva, por la cual descubrió Dios al padre del género humano toda la extensión de su obra. ¿De dónde viene esta noción? De una larga serie de fenómenos externos por los cuales se manifiesta el mundo invisible. El mundo creyó en los Angeles, por que los vió y oyó. Leemos en los Salmos: "Dios mandó a los Angeles que nos guardaran." Más de una vez manifestáronse los Angeles en cuerpos prestados, como Gabriel y Rafael. Todos los escritores cristianos hablan de las posesiones como de hechos cotidianos. Vemos en los Hechos de los Apóstoles que un ángel desata a San Pedro encadenado, y que los fieles, asombrados al ver regresar al Apóstol, decían: "No es él, es su ángel." Con frecuencia se habla en la Biblia de los Angeles de la guarda. Jesucristo prohibe escandalizar "a los niños, cuyos Angeles están en el cielo." Hay, pues, Angeles.

III. ¿Qué hacen los Angeles?

Los Angeles alaban a Dios; están en adoración ante el Rey de los reyes; cantan con los santos un perpetuo *Hosanna* en el más elevado de los cielos. Tal es su misión principal; constituyen la corte celestial que glorifica a Dios. Pero Dios los creó también para conducir las otras criaturas y ejecutar su voluntad. ¿Es que Dios tiene necesidad de ellos? No. No los emplea Dios para descargarse del gobierno del universo, sino para hon-

rarlos, y para relacionar entre sí las diversas partes de su obra y mostrar mejor la unidad y armonía de ellas. Sírvese de los ángeles en el mundo entero, como se sirve, entre los hombres, de los príncipes para gobernar la sociedad civil, y de los obispos para gobernar la sociedad de las almas.

A veces Dios da a los Angeles una misión pasajera y de circunstancias: tales fueron las misiones del Angel que acompañó a Tobías, del Angel que fué a decir a Gedeón mientras trillaba su trigo que Dios le había elegido para librar a su pueblo, del Angel que predijo la natividad de San Juan Bautista, del Angel que saludó a María llena de gracia y le anunció que iba a ser Madre del Salvador. Tales fueron también las misiones más terribles del Angel que hizo morir en una sola noche todos los primogénitos de los egipcios, del Angel que exterminó también en una sola noche los 185.000 hombres de Senaquerib, del Angel que hirió con una llaga vergonzosa a Heliodoro, profanador del Templo.

Pero, fuera de estas misiones pasajeras y excepcionales, los Angeles tienen una misión duradera y regular, en virtud de la cual están encargados de la conducción de un hombre en particular, de una ciudad, de una provincia, de un imperio, y aun de una gran parte del mundo terrestre o celestial. Sí, los Angeles fueron propuestos desde el principio de los días para guardar las naciones, las ciudades, las familias. Suben y bajan sin cesar de la tierra al cielo y del cielo a la tierra, formando entre Dios y el hombre esa escala misteriosa que une el tiempo con la eternidad. Son mensajeros de los buenos pensamientos, de los intrépidos consejos, de las grandes resoluciones, que sólo provienen de Dios, y, tomando de los labios y del corazón del hombre las oraciones apenas formadas, las animan con el fuego de su

amor, y las llevan con toda la velocidad de sus alas a los pies del Todopoderoso. Angeles hay que se mantienen sobre las ciudades para purificar el aire y alejar al enemigo, y otros hay que extienden su vigilancia y su protección a pueblos enteros para abrigar y salvar sus ejércitos en las batallas, sus armadas en los mares, su estandarte en todas las regiones adonde corre a llevar la civilización cristiana. Toda familia está colocada bajo la tutela de uno de estos espíritus bienhechores. Todos tenemos nuestro Angel de la guarda; el niño, el joven, la virgen, el sacerdote, el soldado experimentan particularmente su asistencia. Recordemos la historia del ángel Rafael: ofrece al Señor las oraciones y buenas obras del justo Tobías; acompaña a su hijo en un lejano viaje, le preserva de los ataques de un pez que iba a devorarlo, le ayuda poderosamente en todas sus empresas, y le vuelve rico y feliz al hogar paterno. Tal es la imagen visible de lo que hacen todos los días invisiblemente nuestros Angeles guardianes. Cuando oramos y lloramos, recogen y llevan hasta Dios nuestras lágrimas y oraciones. Cuando nos hallamos en cierta ocasión peligrosa, nos advierten por inspiraciones oportunas, y procuran que evitemos los peligros y principios que ni siquiera distinguíamos. Por entre todos los peligros de la vida presente, nos toman de la mano y nos conducen hasta el cielo, nuestra verdadera casa paterna. ¿Qué hacen los Angeles? Adoran a Dios y le sirven; protegen al hombre y le salvan.

Terminemos, señores, con un ejemplo que será para nosotros una lección. M. Olier, fundador de la Compañía de San Sulpicio, no sólo tenía una gran devoción a su Angel de la guarda, sino que saludaba e invocaba siempre a los Angeles de las parroquias por donde pasaba, y sobre todo a los de aquellas en que daba una

misión. Jamás emprendía un asunto sin encomendarlo al Angel de aquel con el cual debía tratarlo, y declara que siempre esta práctica le dió excelente resultado. ¿Por qué no hacer lo mismo? Intentémoslo al menos.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOTERCIA

¿Creó Dios otros seres inteligentes además de los ángeles y de los hombres?

SEÑORES:

Dios lo ha creado todo. Creó el ángel y el hombre. ¿Ha creado otros seres inteligentes fuera del ángel y del hombre? La cuestión es insoluble. Pero es permitido plantearla, y podemos estudiarla sin temeridad. Algunos quieren que los astros estén habitados. ¿Qué hay que pensar de esta opinión? Es una hipótesis que place a la razón y no pone obstáculos a la fe. Que Dios ha creado otros seres inteligentes distintos de los ángeles y de los hombres,

I. Es una hipótesis que place a la razón.

En primer lugar, la razón nos dice *que es posible*. A primera vista la razón se complace en creer que el firmamento de los astros es también un firmamento de

almas. Se complace en creer que la riqueza, la magnificencia y bondad de Dios, tienen un campo de acción por modo distinto más extenso que el que vemos en la tierra. Verdad es que en tal planeta hace mucho frío, en tal otro mucho calor y en otro todavía falta el aire respirable. La ciencia lo dice y yo lo creo. ¿Pero qué quiere decir esto? El hombre es un alma en un cuerpo, y puede haber abajo y arriba seres cuyo cuerpo no esté organizado como el nuestro, pero que tienen un alma como la nuestra, y, por consiguiente, son hombres, es decir, seres compuestos de dos realidades substanciales. El microscopio nos muestra una serie innumerable de seres inferiores al hombre; es muy natural, o por lo menos muy posible, que haya otra serie de seres, si no idénticos, por lo menos iguales o superiores al hombre, y dotados, como él, de un cuerpo y de un alma. Puede legítimamente admitirse que los mundos están habitados. La razón nos dice que es *verosímil*, que es, no sólo posible, sino probable.

"¿Por qué—dice Santo Tomás,—por qué Dios hubiera sembrado así con usura la materia, y hubiera sido avaro de criaturas superiores, inteligentes, racionales?" Los atributos de Dios nos dicen que los mundos deben ser habitados. Dios es todopoderoso e infinitamente bueno. Posee un poder sin límites y una bondad infinita, que no desea más que hacer dichosos. Hipótesis por hipótesis, prefiero las que propenden a glorificar las perfecciones divinas, a las que se encaminan a desconsiderarlas y disminuirlas. Si admitimos que los mundos esparcidos por el espacio están poblados de seres inteligentes, que Dios recluta en ellos innumerables legiones de adoradores y de bienhechores, tendremos de Dios una idea mucho más grandiosa, luego más digna de él y más adecuada a su naturaleza infinita.

Consideremos luego la tierra, nuestro planeta. ¡Cuán pequeño es! No es más que un átomo de la inmensidad, un rodaje mediocre y casi inadvertido en el engranaje universal. Verdad es que la importancia de nuestra tierra no se mide por la pequeñez de su volumen. Puede decirse que el firmamento no está habitado, que somos con los ángeles las únicas criaturas inteligentes salidas de las manos del Creador, y que, por consiguiente, nuestro valor moral confiere a nuestro globo una importancia excepcionalmente mayor. Puede decirse que todos los mundos fueron hechos para nosotros, para regocijar nuestros ojos, para elevar nuestras almas, para extender un dosel de oro, un baldaquín de magnificencia por encima de la tierra, asiento del género humano. Sí, se puede explicar la pluralidad de mundos sin concluir necesariamente en su población. Esto no obstante, el universo me parece más hermoso cuando lo veo sembrado en todas partes de seres inteligentes. Descubro entonces un sentido más magnífico a las sagradas palabras: *"Cœli enarrant gloriam Dei.* Los cielos pregonan la gloria de Dios." En nuestra tierra, los pájaros cantan a su Creador, pero los hombres le cantan mejor que ellos, porque comprenden lo que cantan. También arriba cantan los astros, pero si están poblados de seres inteligentes, de seres libres, de seres amantes, ¡ah! cuánto más hermoso es su canto, cuánto más espléndido su himno, cuánto más conmovedor para el corazón de Dios! Del fondo de la inmensidad, de todos los puntos y rincones del universo, oigo millones y millones de almas, cuyas voces se unen a las nuestras para alabar a Dios, para adorarle, para bendecirle, para darle gracias, para cantar su gloria. Mi fantasía queda arrobada, mi corazón se alegra, mi alma vibra al unísono del concierto universal, mués-

trase satisfecha mi razón. Considerando todo lo que hay allá arriba, ya no me asalta la tentación de decir; "¿Para que sirve todo eso?" Tengo de Dios y del mundo una idea que es ciertamente más elevada y que me parece más exacta. Que Dios haya creado otros seres inteligentes distintos de los Angeles y del hombre, es una hipótesis que no desagrada a la razón.

II. Es una hipótesis que no pone obstáculos a la fe.

Esto es tan verdadero, que muchos cristianos, y no de los menos distinguidos, creyeron en la pluralidad de mundos habitados. José de Maistre se inclinaba a esta opinión; El P. Secchi, aquel ilustre sabio, estaba persuadido de ello. El P. Monsabré, desde el púlpito de Nuestra Señora, proclamó su convicción sobre este punto. Podría citar buen número de otros grandes que profesaron la misma opinión. Este solo hecho bastará para convencernos de que la hipótesis de los mundos habitados no ofrece obstáculo alguno a la fe católica. La fe no carece de interés por este problema y a él se acomoda de buen grado.

La fe no carece de interés. Preguntáis si hay habitantes en la luna, en los planetas. La religión, la Iglesia nada saben de ello. Si hay habitantes, a la ciencia corresponde decidirlo; la Iglesia no ve en ello inconveniente alguno. Cada uno es libre de tener su opinión. Que hay habitantes allá arriba ¿qué importa? Por otra parte, no hay que decir que, si la luna y los astros están poblados, no será con descendientes de Adán y Eva. Sin duda que la Iglesia nos dice que todos los hombres descienden de Adán y Eva; pero es evidente que no habla más que de los hombres que habitan la tierra. Sin duda que

la Iglesia nos enseña que todos los hombres llevan el peso del pecado de Adán y Eva; pero es evidente que sólo se trata de generaciones humanas que aparecieron o aparecerán en la corteza terrestre. En cuanto a las otras, si las hay, no pertenecen a la generación de Adán, a su pecado original, a la jurisdicción de la Iglesia. La Iglesia no se ocupa en ellas; la Iglesia no muestra interés alguno por los mundos habitados.

Pero *se acomoda a ellos de* buen grado. En efecto, no le repugna admitir que hay allá arriba, en los mundos habitados, seres inteligentes y libres que han permanecido fieles a Dios, que no han tenido necesidad de redención, que son las noventa y nueve ovejas fieles al Buen Pastor, quien sólo habría tenido que venir a la tierra en busca de la oveja descarriada. Por otra parte, si los seres de allá arriba cayeron como nosotros, la Iglesia no nos prohibe creer que Dios los redimió por algún medio conocido de El. ¿Por ventura, al padecer en la tierra, no quiso redimir Jesucristo, al propio tiempo que nuestras almas, los millones de almas caídas en la inmensidad del firmamento? Así se realizaría a la letra la expresión poética de nuestra liturgia:

> Terra, pontus, astra, mundus
> Quo lavantur flumine.

"No solamente la tierra, sino los astros, el universo entero fueron purificados por la sangre de Jesucristo". Así se realizarían las palabras de San Pablo, quien nos dice que la sangre de Jesucristo "lo pacificó todo, ora lo que está sobre la tierra, ora lo que está en el cielo." En el mundo angélico, nada hay por purificar, porque los que no permanecieron fieles fueron precipitados por siempre jamás en el infierno. No es, pues,

allí, sino en otra parte, en las esferas desconocidas, en donde la sangre divina se derramó para borrar faltas cuya revelación no poseemos. Parece que la ciencia se inclina a creer que todos los astros están habitados. No solamente la religión no lo contradice, sino que se alegra de pensar que los habitantes de los astros puedan ver y adorar, por entre las inmensidades del espacio, a Jesucristo redentor. El verbo encarnado escogió, para tener su cuna y su cruz, una aldea desconocida de una pequeña región ignorada, Belén de Judá. ¿Por qué no habría querido que nuestro pequeño planeta se convirtiese en punto de mira de todos los mundos diseminados por el espacio? "¿Es qué—exclama Mons. Bougaud—la solidaridad que existe entre todos los habitantes del mismo globo, tanto los que murieron hace siglos como los que nacerán dentro de mil años, no nos induce a creer en la solidaridad de todos los globos? ¿No será a propósito de esto que el génesis presente el sol y todos los astros como hechos para la tierra, a pesar de la poca importancia de ésta? Y si parece que ellos giran físicamente en torno de ella, ¿no será en realidad porque ella es su centro divino?" No me falta, pues, razón para decir que la religión cristiana se acomoda de buen grado a la hipótesis de la pluralidad de mundos habitados. De buen grado nos muestra ella en el seno de la creación a Jesucristo, principio de vida, y alrededor de El, viviendo de su sangre y de su gracia, todos los seres salidos de la misma mano, concebidos en el mismo corazón, destinados al mismo fin, cualesquiera que ellos sean, y cualesquiera que sean los astros en que se hallen colocados. Mons. Bougaud añade: "Apreciamos esta unidad de cosas y de seres en Jesucristo, esta inmensidad de la creación y esta solidaridad universal, cuando leemos "con los ojos luminosos del corazón" el discurso después de la Cena. Hay en él tal amplitud de sentimientos y tal inmensidad de amor, que Nuestro Señor lo abarca todo en su corazón: lo pasado, lo presente y lo por venir; la tierra y el cielo, los hombres y los Angeles, y aun podríamos decir, los mundos que nos son desconocidos. ¡Ah!, sin duda Jesucristo, de pie entre el viejo mundo que lo esperó y el nuevo que va a recibirlo, es ya un gran espectáculo, pero demasiado reducido. Agrandadlo. Ved a Jesucristo en medio de la inmensa asamblea de los espíritus que son o que serán, en el centro de la multitud innumerable de los astros llenos de las inteligencias creadas; Jesucristo de pie, irradiando a todos los mundos, llenándolos de vida, de luz, de amor, de gracias, de méritos infinitos, ejecutando, en un pequeño rincón del globo, una acción que penetra la creación entera para transfigurarla y divinizarla, y decidme si todo esto no es maravilloso, capaz de llenar las almas de entusiasmo y de prosternarlas en la adoración."

En vano nos inquietaríamos con el problema de la pluralidad de mundos habitados; en vano se nos diría; la tierra es bien pequeña en comparación de todos los innumerables y gigantescos mundos solares que Dios lanzó al espacio; y si la tierra, tan pequeña como es, posee seres humanos, ¿por qué los otros mundos no habrán de poseer también criaturas análogas a nosotros? Esta cuestión nada entraña que pueda asustar nuestra razón ni nuestra fe. Que Dios haya creado otros seres inteligentes distintos de los Angeles y de los hombres, es una hipótesis que agrada a la razón, y no se opone a la fe. Si rechazamos esta hipótesis, no procedemos mal, y si la aceptamos, procedemos bien. La Iglesia nos deja absolutamente libres de escoger el pro o el contra. *In dubiis libertas*. Usemos de

nuestra libertad. Cantemos a Dios con los Angeles el cántico de nuestra gratitud, y si tenemos hermanos distintos de los Angeles, unámonos a estos hermanos desconocidos para entonar este mismo cántico con lengua todavía más vibrante y corazón más inflamado.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

Duración de la creación

SEÑORES:

Dios lo ha creado todo, las cosas visibles y las cosas invisibles, el mundo y el hombre. El mundo es un efecto, el hombre es un efecto; luego exigen una causa adecuada; tal es Dios creador. La creación es un misterio que supera a la razón, pero que lo explica todo; fuera de esta verdad necesaria e iluminadora, el problema de los orígenes queda insoluble e indescifrable.

Veamos ahora cómo se verificó el hecho de la creación. Nosotros no estuvimos presentes a ella, no asistimos a ese grandioso drama; pero poseemos dos relatos de aquellos lejanos acontecimientos: el de la ciencia, que procede por inducción, y el de la Biblia, que procede por afirmación. ¿Hay contradicción entre estos dos relatos? En manera alguna. Estudiemos hoy la duración de la creación. Preguntemos a la ciencia y a la religión cuánto tiempo transcurrió entre el pri-

mer acto creador y la aparición del hombre sobre la tierra. La religión dice seis días, y la ciencia millares de millones de siglos. ¿Cómo armonizar esto? No es difícil.

I. Oigamos primeramente las indicaciones de la ciencia.

La ciencia tiene a menudo audacias y *temeridades exageradas*; procede con frecuencia por suposiciones, hipótesis, afirmaciones que son puramente gratuitas y en modo alguno obligatorias. Interrogad a ciertos sabios, preguntadles la edad exacta de cada planeta, las evoluciones y transformaciones de cada nebulosa, la naturaleza de cada sol, el estado en que nació, los cambios experimentados, su pasado, su presente, y aun a veces, su porvenir. Lo saben todo, aun lo que no puede saberse. Con la física, la química y las matemáticas, os dirían, o poco faltará que os digan, el grado de incandescencia de la materia primera, las leyes de condensación y enfriamiento, en una palabra, todas las leyes del mundo astronómico. Os referirán por este mismo hecho la historia de los soles y de las nebulosas, absolutamente como si hubieran asistido a su nacimiento y escrutado con mirada infalible las profundidades del espacio y de la duración. ¿Qué pensar de estas presuntuosidades, señores? A mí me parece que cuando la ciencia se propone investigar el misterio de los orígenes, debe, en primer lugar, ser modesta, desconfiar de sí misma, inclinarse, para adorarlo, ante el misterio de lo Infinito. Hecha esta reserva, consiento en escucharla. He aquí lo que refiere.

Armada de sus cálculos e instrumentos maravillosos, observa la ciencia el *mundo sideral*, y, con **Cuvier, Laplace**, Herschell, Aragó y Ampère, nos dice que el mun-

do comenzó por una inmensa nebulosa, por una materia flúida y vaporosa arrojada a la inmensidad del espacio, con un grado de calor que supera todo lo que puede concebir nuestra fantasía, y con un movimiento de rotación que arrastraba a toda la masa y desafiaba por su rapidez a todas nuestras aproximaciones. Poco a poco esta materia incandescente se fué enfriando y condensando; formóse un núcleo sólido; las partes extremas se fueron separando de la masa total, y, conservando el movimiento adquirido, girando sobre sí mismas, convirtiéronse en otras esferas distintas. Nuestro sol, los planetas y nuestro mismo globo, no serían así otra cosa que fragmentos segregados de la gran masa nebulosa primitiva. ¿Cuánto tiempo duró este período inicial? La ciencia nos afirma que duró millones y millares de millones de años. Tal es su primera inducción.

Luego, continuando sus investigaciones y sus cálculos, observa *nuestro globo*. Ha hendido su corteza como se hiende la corteza de una naranja, y ha podido descender hasta una profundidad de doce kilómetros. Desde las entrañas de la tierra a su superficie, ha podido comprobar cuatro pisos superpuestos: 1.° en lo más bajo, metales fundidos por el fuego, inmensos bloques de granito; 2.° sobre esta capa más profunda, terrenos hulleros, minas de carbón, que representan centenares de bosques enterrados los unos sobre los otros; 3.° sobre estas capas de terreno hullero, la creta; 4.° sobre el terreno cretáceo, un lecho de materia vegetal. La ciencia calcula que han sido menester no menos de cuatro o cinco millones de años para la formación de la serie entera de capas del globo, desde la más profunda, la capa granítica, hasta la más superficial, el terreno de aluvión.

En resumen, para explicar las evoluciones de la ne-

bulosa primitiva, la formación del mundo sideral y la organización definitiva de nuestro globo, la ciencia exige una gestación laboriosa y muchas veces secular. Pide *millones y millares de millones de siglos.* Entonces, volviéndose a nosotros, nos dice: "Para explicar científicamente el conjunto de los períodos paleontológicos, se necesitan millones y millares de millones de siglos; es un hecho incontestable, está escrito en los cielos y en las entrañas de la tierra. Y vosotros, cristianos, para desenvolver en el tiempo esta larga serie de creaciones sucesivas, ¿no ofrecéis más que seis días? Dios lo hizo todo en seis días, según afirmáis. Pero esto es pueril; es una verdadera irrisión. El relato de la ciencia pulveriza el relato de la religión." Como veis, señores, no atenúo la objeción. Algunos la encuentran formidable, pero lo único que hay aquí de formidable es la mala inteligencia lastimosa que falsea las enseñanzas de la religión. Hemos visto las inducciones de la ciencia,

II. Oigamos ahora las afirmaciones de la religión.

La conciliación entre la verdadera ciencia y la religión bien comprendida, es lo más sencillo de todo. Un niño lo vería claro. Seguidme.

La religión empieza el relato de los orígenes con estas palabras soberanas que hacen retroceder la creación a lejanías casi infinitas: "*En el principio* creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era informe y vacía." ¿Cuánto tiempo duró este período inicial y caótico? No lo dice la Biblia. Deja a las exploraciones de la ciencia un campo ilimitado. Si los sabios tienen necesidad de millones y de millares de millones de siglos para colocar en lo pasado las largas elaboraciones del mundo sideral y del mundo terrestre, no se molesten por

ello. La religión se lo permite. La religión sólo pronuncia una palabra, pero una palabra decisiva: la materia creada y un Dios creador; la materia en movimiento y un Dios primer motor; la materia ordenada y un Dios supremo ordenador. Alrededor de este punto radiante y fijo, la ciencia puede suscitar todos los problemas que quiera.

En segundo lugar, la religión nos enseña que el *hombre no apareció* en la tierra sino cuando la tierra estaba ya embellecida con todos sus ornamentos, decorada de toda su belleza, y sobre todo, animada por la vida, pues el rey de la creación no llegó más que cuando el palacio estuvo dispuesto. ¿Cuánto tiempo necesitó el gran obrero en la construcción y embellecimiento de la real morada? ¿Cuánto tiempo fué necesario para que la tierra cesase de ser informe y vacía, para que se solidificase y estuviese en estado de recibir al hombre? ¿Cuánto tiempo transcurrió desde el principio de las cosas hasta la aparición del hombre? ¿Pedir cien millones de años o de siglos? Tomadlos, y aun más, si os place. La religión nada os dirá sobre esto. No nos dice que el hombre sea tan antiguo como la tierra; sólo nos dice, por lo contrario, que el hombre no hizo su primera aparición hasta que la tierra estuvo acabada por numerosas preparaciones antecedentes.

Pero si estas preparaciones antecedentes han exigido millones de siglos, ¿cómo se explica que Moisés *no asigne más que seis días* para la duración total de la creación? Nada más sencillo. Leed el catecismo que explicamos a vuestros hijos, y en él veréis que Dios hizo el mundo en seis días o seis períodos. ¿Lo entendéis? La religión enseña que Dios, para crearlo todo, operó en seis veces. La creación avanzó en oleadas sucesivas.

Hubo seis períodos de actividad creadora. ¿Cuál fué la duración de cada uno de estos seis períodos? Esto es lo que no sabemos, y la Biblia nada preciso nos dice sobre esto.

1.° Es verdad que Moisés se sirve de la palabra día. Pero en la lengua hebrea esta palabra designa ya días de veinticuatro horas, ya períodos indeterminados más o menos largos.

2.° Moisés asigna a estos días una tarde y una mañana. Pero como tres de estos días existieron antes que existiese la tarde y la mañana, puesto que el sol no estaba aún creado, evidente es que no se trata aquí de días ordinarios.

3.° Estas explicaciones, señores, no son nuevas. Yo no las invento repentinamente para acomodar bien o mal las enseñanzas de la fe a las exigencias de la ciencia moderna. Antes que yo, las dieron los grandes doctores de la Iglesia. *San Agustín* declara que es difícil decir lo que son los seis días de la creación, que no estamos obligados a creer que son días semejantes a los nuestros y que había probablemente necesidad de ver en ellos largas épocas cuyo principio está indicado por la mañana y el fin por la tarde. "Dios—dice *Bossuet*,—después de hacer primeramente como el fondo del mundo, quiso luego embellecerlo con seis diferentes progresos, a los cuales plugo llamar seis días." La ciencia afirma que se necesitaron largos siglos para llevar al universo, del estado primitivo de nebulosa, al que ahora vemos. La religión no dice nada en contra, y un sacerdote católico, el sabio abate *Guibert*, en su libro *Los Orígenes*, reclama, en nombre de la ciencia, cincuenta millones de años para que el sol haya podido conseguir su estado actual. En suma, jamás la Iglesia, intérprete de la Biblia, nos ha obligado a creer que la

creación fué hecha en una semana ordinaria, en seis días de veinticuatro horas. Si, pues, con la ciencia queréis creer que los períodos sucesivos de la creación duraron millones y millares de millones de años, estáis en vuestro derecho sin ofensa de la religión.

4.° También yo me uno con gusto a vuestra opinión y a las inducciones de la ciencia. Esta larga preparación de la tierra me parece enteramente conforme con la manera como Dios obra de ordinario. El hombre que sólo vive un día, se apresura; pero Dios, que es eterno, no va deprisa. Siembra un grano, pero serán precisos cien años para que se convierta en una encina. Sienta un principio, y sólo poco a poco deja salir las consecuencias. Promete a su Hijo, y a los cuatro mil años de espera, lo da el cielo a la tierra. Del propio modo, que el drama de la creación haya durado millones y millares de millones de siglos, no me asombra lo más mínimo, y a fe mía que, en vez de sentirme espantado ante las indicaciones de la ciencia, las acepto sin repugnancia y las confirmo con satisfacción.

Señores, la verdadera ciencia no se opone en modo alguno a la religión, y recíprocamente, la verdadera religión no se opone a la ciencia. "Afirmar que la religión es hostil a los progresos de las ciencias—dijo León XIII, —es una acusación tan simple como quimérica." He aquí una declaración oficial, indiscutible y confirmada por los hechos. "El catolicismo—dijo Thiers—no impide pensar más que a los que no están hechos para pensar." Verdad es. Los Newton, los Leibniz, los Cuvier, los Ampère, los Leverrier, los Pasteur, y tantos otros, fueron a la que vez grandes sabios, sólidos cristianos. "Poca ciencia—dijo Bacon—aleja de la religión; mucha ciencia acerca a ella." Si buen número de hombres tardan en rendir su homenaje al altar, no es porque sean

demasiado sabios, sino porque no lo son suficientemente. La ciencia mediana aleja de Dios; la ciencia profunda acerca a El. Tal es la experiencia de todos los tiempos. Es, por decirlo así, la ley del pensamiento humano. Cantemos, pues, con nuestra razón, no menos que con nuestra fe, al Dios creador del cielo y de la tierra, al Dios creador del hombre y del mundo.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

Las peripecias de la creación

SEÑORES:

Hemos estudiado a la luz de la ciencia y a la luz de la Biblia el drama de la creación en su duración. Vamos a estudiarlo ahora en sus peripecias. ¿Cómo se desarrolla este drama primitivo? ¿En qué orden los diferentes seres que vemos vinieron a la existencia? ¿Qué nos dice sobre esto la Biblia y la ciencia? ¿Es posible, es necesario hacer concordar el relato bíblico con las afirmaciones de la ciencia? Respondamos a estas preguntas; son muy importantes, muy interesantes; procuraré ser exacto sin hacerme pesado.

I. Es muy posible llegar a concordar el relato de la Biblia con las afirmaciones de la ciencia.

Comprobemos, en su primer lugar, *las armonías ciertas,* las grandes líneas de acuerdo entre la Biblia y la ciencia.

La Biblia nos dice que, en el origen, la tierra estaba desierta y vacía, y las tinieblas se cernían sobre la faz del abismo. Esto es lo que nos dice la ciencia cuando nos habla de la confusión del principio y de la nebulosa primitiva.

La Biblia nos señala la aparición de la luz antes de la aparición de los astros. La luz fué creada el primer día y el sol no brilla en el firmamento hasta el cuarto día. Voltaire se burló despiadadamente de la estupidez de la Biblia, que coloca así el efecto antes que la causa. Hoy los burlones no harían coro a Voltaire, porque está científicamente probado que la luz es independiente del sol, que consiste en un flúido difundido por todas partes, que puede manifestarse de mil modos diferentes, y brotar aun de un guijarro.

La Biblia nos habla de las aguas de abajo y de las aguas de arriba, separadas por el firmamento, y nos muestra a Dios reuniendo las aguas en un solo lugar y descubriendo el elemento árido. Ahora bien, la ciencia no nos dice otra cosa. Nos representa al globo primitivo anegado en aguas, en estado líquido y gaseoso, y luego apareciendo la tierra firme en época posterior.

La Biblia coloca la aparición de la vida en el tercer día, y nos enseña que Dios empleó tres épocas en producir los seres vivientes, creando primeramente los vegetales, después los grandes reptiles y las primeras aves, y, finalmente, los animales terrestres y el hombre. ¿Contradice la ciencia estas enseñanzas? No, por cierto; las confirma, y nos dice que la vida fué precedida de un período de muerte, que toda la vida no fué producida al mismo tiempo, sino progresivamente, desde los vegetales más imperfectos hasta los animales más perfectos.

La Biblia y la ciencia nos dicen que los vegetales

precedieron a los animales. Así debió ser: 1.º La cantidad de ácido carbónico desprendido por el estado primitivo del globo, permitía a la planta una vida todavía imposible al animal; 2.º Los animales, a su aparición en este mundo, debían encontrar preparado su alimento.

Pero ¿cómo pudieron desarrollarse los vegetales sin el sol? Muy sencillamente. Nos dicen los sabios que las plantas no tienen necesidad del sol, sino únicamente de luz y calor, y añaden que la vegetación exuberante que formó los potentes yacimientos de carbón explotados por la industria moderna, debió desarrollarse en medio de una atmósfera húmeda y uniforme al abrigo del sol.

Finalmente, la Biblia nos refiere la creación del hombre, que corona la obra de Dios, sin que podamos afirmar que Dios se impusiese la ley de no crear después del hombre otros seres más imperfectos. Ahora bien, ¿qué dice a esto la ciencia? Dice que el hombre llegó, hacia los últimos tiempos, a tomar posesión de su real dominio; dice que el hombre data de la época cuaternaria.

Todas estas armonías entre la Biblia y la ciencia son tan sorprendentes, que más de un sabio se ha maravillado de ellas, y Ampère pudo decir: "O Moisés tenía una instrucción científica tan profunda como la nuestra, o estaba inspirado por Dios."

Entre la Biblia y la ciencia hay, con todo, *dificultades no resueltas todavía*. Estas dificultades, señores, no son muy serias; sólo pueden alarmar a los espíritus tímidos o prevenidos. Para no asustarse de ellas, basta tener presentes dos cosas: las incertidumbres de la ciencia y la naturaleza del relato mosaico.

La ciencia jamás está enteramente formada; se va

formando cada día. El número de verdades científicas adquiridas es muy reducido. El campo de las hipótesis es ilimitado. Los sabios se dividen sobre muchas cuestiones que todavía no están resueltas, ni quizás lo estén jamás. Con frecuencia una mandíbula de elefante, un cráneo humano, un sílex, al que tal sabio le concedía treinta mil años, no tiene, después de nuevo examen, mas que algunos siglos. Allí donde Mortillet, principal abogado de la antigüedad prehistórica del hombre, ve cuchillos tallados, otros no ven más que astillas de piedra. Para llenar la distancia entre el primer instante de la creación y la aparición del hombre, unos piden millones de años, otros millares de millones de siglos. Las suposiciones se entrecruzan, se contradicen, se suceden. Mal haríamos si nos rompiéramos la cabeza para adaptar al relato de la Biblia todas esas suposiciones, que son ensayos y no verdades científicas.

No, ninguna enseñanza cierta de la ciencia está en contradicción con una enseñanza cierta de la Biblia. Por otra parte, esta contradicción no puede existir cuando se sabe lo que es la Biblia. La Biblia no es un libro científico, sino un libro religioso; luego no puede estar en contradicción con la ciencia, sino que le es superior y extraño. Expliquemos esta segunda proposición, cuya importancia comprendéis muy bien.

II. No es del todo necesario hacer concordar el relato de la Biblia con las afirmaciones de la ciencia.

Sin ofender a la fe, sin ser condenado por la Iglesia, puede uno muy bien abandonar todo intento de conciliación entre la Biblia y la ciencia, y declarar pura y simplemente que Moisés no se propuso hacer obra científica, sino obra religiosa.

El relato de la Biblia *no tiene pretensión científica.* "La intención de la Sagrada Escritura—dice el sabio cardenal Baronio—consiste en enseñarnos cómo se va al cielo, y no cómo va el cielo." —"¿Qué prescribe la fe tocante a la formación del universo? Nada."—dice Dhuillé de Saint-Projet. Un error en astronomía o en cosmogonía no comprometería en nada la sinceridad de Moisés, ni la verdad o la inspiración de los Libros Sagrados en lo que concierne a la narración de los hechos y a la exposición de los preceptos. En vano sería que pidierais a la Biblia la exactitud científica, y sin derecho alguno la pediríais; no os la debe; no habla ni de levantamientos, ni de aluviones, ni de acciones físicas, mecánicas o químicas, ni de estratificaciones, ni de reinos, ramificaciones, grupos, clases, órdenes, familias, géneros, especie, variedades; no se sirve ni de nomenclaturas, ni del lenguaje de los sabios. La Biblia no es un tratado de ciencia profana. ¿Qué es, pues? Un libro de religión.

El relato de la Biblia es un *relato religioso, dogmático y moral.* Sin duda que Moisés señaló los rasgos principales de la obra divina, los que ponen más de relieve su poder y su sabiduría, y tuvo buen cuidado de describir cada obra en el momento de su más perfecto desenvolvimiento. Pero no quiso hacer un curso de geología y astronomía; no tuvo la intención de provocar en el pueblo hebreo un movimiento científico, sino que se propuso instruir al pueblo hebreo en las verdades religiosas fundamentales. El fondo esencial de su relato es la enseñanza dogmática y moral. Enseña a su pueblo que Dios existía antes del principio del mundo; esta es una verdad religiosa. Enseña que el universo fué creado por Dios; también es esta una verdad religiosa. Enseña que Dios es todopoderoso, infinitamente

sabio, infinitamente bueno, único digno de ser adorado; estas son igualmente verdades religiosas. Enseña al hombre que debe servir a Dios, cuya imagen y semejanza es, y por quien fué hecha la obra maestra de todas las criaturas y rey del mundo. Enseña al hombre que debe ordenar su vida de trabajo y de oración según la semana típica que vió nacer la naturaleza. Todas estas son verdades religiosas que Moisés envuelve en descripciones propias para que mejor se recuerden. Moisés vincula la idea moral y religiosa en cuadros que hablan a la imaginación; quiere ser entendido de todos.

El relato de la Biblia es un *relato popular,* que inculca en la masa las verdades útiles a la salvación; nada más. Moisés no elabora ni ciencia, ni filosofía, ni literatura, y si algo de ello hay en su relato, es sin quererlo ni saberlo. Hace obra religiosa, y quiere que todo su pueblo la comprenda sin esfuerzo y sin vacilación. La Biblia, compuesta para moralizar y hacer religioso al pueblo judío, y no para enseñar la cosmografía u ordenar una oficina de longitudes, no aspira en modo alguno a la exactitud científica. Se expresa en lenguaje popular, y procede por amplias figuras, que hablan a la imaginación, pintando a grandes rasgos lo que aparece a los sentidos. Lo que refiere es tan sublime que las almas escogidas siempre lo admiraron, pero al propio tiempo, es tan sencillo, que todo el mundo puede entenderlo. Este carácter popular de la Biblia nos permite sostener que la división de la obra creadora en seis períodos el algo puramente ficticio. Moisés repartió en seis fracciones la obra de Dios para inculcar más profundamente en el espíritu de los judíos la idea de la semana, y para hacerles aceptar mejor la obligación que impone mostrándoles a Dios trabajando seis días y reposando el séptimo. El relato de la Biblia es esencialmente popular, y no es prohibido pensar que Moisés revistió sus enseñanzas de una forma poética para hacerlas más asequibles y más fáciles de recordar.

Nadie nos impide ver en el relato de Moisés una *composición poética,* un verdadero poema, acción dramática, estrofas, refranes, ritmo, paralelismo; nada falta en ella. ¿Quién sabe si la materia del primer capítulo del Génesis no fué proporcionada por un canto nacional, eco prolongado de las tradiciones primitivas del género humano, canto que Moisés redactaría y codificaría bajo la acción de Dios inspirador? Puede creerse también que así como San Juan cerró el canon de los Libros Sagrados refiriendo una visión apocalíptica de lo por venir, abriese Moisés este mismo canon refiriendo una visión apocalíptica de lo pasado. Cada jornada sería en este caso un cuadro que se desenvolvería misteriosamente ante un espíritu extasiado. Habría tantos cuadros como fases principales en el drama de la creación, y las fases son en número de seis, porque la acción divina debe servir de tipo y de medida al trabajo del hombre. En esta hipótesis, sería inútil enlazar los cuadros por fechas, ya que el Profeta no tuvo cuenta con el tiempo.

No se preocupen, pues, inútilmente los que toman a pechos concordar el relato de la Biblia con las afirmaciones de la ciencia. Este trabajo no es del todo necesario. Moisés no quiso exponer verdades científicas, sino religiosas, nada más que religiosas. Esta sola consideración suprime todas las dificultades, y deja al espíritu humano la libertad más completa.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEXTA

Unidad de la especie humana

SEÑORES:

Díjosele un día a Mirabeau, después de la famosa declaración de los derechos del hombre: "Creeríais que hay todavía gentes que les cuesta confesar que todos somos de la misma raza?" A lo que Mirabeau contestó: "En efecto, no hay verdad que me cueste más de creer que esa." Diecinueve siglos de cristianismo y cien años de revolución no han corregido nuestros prejuicios y nuestras repugnancias. Muchos piensan por lo bajo y algunos dicen en voz alta que todos los hombres no somos de la misma raza, que no está demostrada la unidad de la especie humana; los mismos semisabios que se entusiasman con nuestro supuesto parentesco con el mono, se avergüenzan de nuestro parentesco con el negro. Justifiquemos nuestra fe y demostremos con pruebas irrefutables la unidad de la especie humana.

Primera prueba de la unidad de la especie humana: la afirmación de la Biblia.

La Biblia, señores, no es cosa despreciable. Hace seis mil años que es el puro alimento del género humano. Para ella no hay judío, ni católico, ni protestante, ni cismático, y aun cuando fuera uno librepensador, no tendría derecho a tratarla como una cantidad despreciable. Los impíos que no hacen caso de ella y desgarran páginas con indiferencia y furor, son inconscientes, o singulares personajes, cuya opinión no pesa mucho en la balanza del hombre razonable.

Ahora bien, la Biblia nos muestra a todos los hombres salidos de la misma pareja, y, por consiguiente, de la misma raza. Bajo la acción de Dios creador, se despierta Adán, y saluda a su lado un ser semejante a él, otro él, una hermana misteriosa salida de su propio primer sueño, Eva, madre de los vivientes: "He aquí—dice Adán—el hueso de mis huesos y la carne de mi carne." Y sobre esta pareja, creada por Dios en el paraíso terrenal, cae como rocío del cielo la bendición potente: "Creced y multiplicaos." Tras esto, muéstranos el escritor sagrado la madre del género humano saludando con piadoso cántico el parto de su primogénito, sucediéndose las generaciones hasta la catástrofe del diluvio, que pone de nuevo un solo hombre a la cabeza del género humano, proyectando después las tres familias de Noé por todas partes sus potentes ramas, que Moisés sabe muy bien reducir por sus nombres propios a su tronco respectivo. En suma, la Biblia es categórica, pues enseña expresamente que todos los hombres nacieron de una sola pareja, de un solo hombre y de una sola mujer, y que de esta pareja única

descienden todos los pueblos, cualquiera que sea el color de su piel y la forma de su cráneo. Así habla la Biblia. Pero ¿tiene razón la Biblia? Sí, la Biblia tiene razón.

Segunda prueba de la unidad de la especie humana: el testimonio de la historia.

No obstante la esclavitud que dividía a cada ciudad en ciudadanos y en ilotas, y que en el imperio romano ponía ciento veinte millones de esclavos a los pies de seis millones de hombres; a pesar de las divisiones, los odios, las guerras que hacían que los bárbaros fueran despreciables a los griegos, los griegos sospechosos a los romanos, y los judíos odiosos al universo entero; las diferencias de raza, de color, de lengua, de costumbres, no pudieron jamás borrar enteramente de la frente de un sólo hombre el signo antiguo de la primitiva paternidad. *Asuero*, tendiendo su cetro de oro a Ester desmayada, le dice: "Ester, ¿qué temes? ¿No soy ya tu hermano?" *Homero* tiene páginas conmovedoras sobre la hospitalidad que ofrecían al extranjero los reyes y los héroes de los primeros tiempos. En plena corrupción romana, el poeta Terencio declara que él es hombre, y que todo lo que interesa al género humano encuentra atento su espíritu y sensible su corazón: *Homo sum: humani nihil a me alienum puto.* Todos estos testimonios, despojos de la tradición, son eco debilitado, pero cierto, de la enseñanza bíblica. Todos los hombres son nacidos de la misma sangre y salidos de la misma cuna. La historia lo afirma lo mismo que la Biblia. Pero ¿a qué interrogar lo pasado sobre este punto? Abramos los ojos y miremos.

Tercera prueba de la unidad de la especie humana: la estructura y la fisonomía del hombre.

En todas partes, la misma duración media de la vida humana, la misma temperatura del cuerpo, la misma velocidad del pulso, el mismo período de la dentición. En todas partes tienen los hombres la misma talla media, la misma marcha recta, fundada orgánicamente en la constitución del pie, la misma admirable perfección de la mano. Para comprobar la identidad de origen entre la raza blanca, la raza amarilla y la raza negra, no hay necesidad de sabios anatómicos; nos basta a los blancos mirar y oir a nuestros hermanos los amarillos y los negros; a pesar de las diferencias secundarias de color y de conformación ósea, pertenecen evidentemente al mismo tipo humano que nosotros. Sus *ojos*, verdad es, tienen una expresión brutal y envilecida. ¿Qué importa? Son ojos que hablan y se elevan hacia el cielo como los nuestros. Sus *pies* huyen ante nosotros con la rapidez del gamo sorprendido y del ciervo descarriado. ¿Qué importa? Volverán un día sobre sus pasos y saldrán de la selva para seguir a nuestro lado los caminos abiertos por la civilización. Su *mano* sólo empuña el arco y las flechas. ¿Qué importa? Muy pronto, quizás mañana, manejará la lanza, tirará del cañón y conducirá el carro, y lo mismo en los campos de labor que en los campos de batalla, nos hará una concurrencia formidable. Su *lengua* es casi salvaje; ofende la delicadeza de nuestros oídos. ¿Qué importa? Habla como la nuestra de Dios, del cielo, de la tierra; revela el pensamiento, el sentimiento, el afecto; pone de manifiesto la sangre que nos es común y la fuente primitiva de donde hemos salido. Ante toda población descubierta

en el fondo de una isla desconocida, que eleva la cabeza y habla una lengua; ante la estructura y la fisonomía de todo hombre blanco, amarillo o negro, yo me inclino como ante un vástago de la cepa humana y proclamo la unidad de nuestra especie. Vamos todavía más allá.

Cuarta prueba de la unidad de la especie humana: la identidad de las facultades espirituales.

Entre todos los hombres, en todos los grados de barbarie o de civilización, hallamos la doble identidad de la estructura anatómica y de las líneas de la fisonomía. No es esto todo. Con la misma sangre que bulle en nuestras venas, hay la misma *razón*, el mismo juego de luz que ilumina a nuestra alma. La razón que me alumbra, alumbra a todo hombre que viene a este mundo; vuestro axioma es mi axioma, mi ley es vuestra ley. El hombre, dondequiera que lo encuentre, tiene los mismos primeros principios que yo. Por todas partes la inteligencia, la libertad moral, la conciencia, el sentido del bien y del mal. Por todas partes las mismas *pasiones*, la misma inclinación al mal, la misma dificultad para el bien, el mismo gusto por el fruto prohibido, la misma propensión al orgullo, a la concupiscencia, a la rebelión. Y con ello, en todas partes también, el *sentido religioso*, la misma necesidad de Dios, la oración, la adoración, el culto privado y público. El sabio naturalista Humboldt escribió: "Repudiamos indignados la clasificación de razas superiores y razas inferiores. Hay pueblos más aptos para ser civilizados, educados y ennoblecidos por la civilización, pero no los hay que sean más nobles que los otros." En otros términos, todos los hombres tienen un alma inteligente, libre, sensible, religiosa, y todas nuestras facultades intelectuales, co-

mo todas las fibras de nuestro cuerpo, proclaman la unidad de nuestra especie. Resta el último argumento, el argumento científico, que se ha expuesto y desenvuelto en numerosos y pesados volúmenes, y que voy a resumir en breves términos.

Quinta prueba de la unidad de la especie humana: la unión fecunda de todas las razas.

Los sabios más autorizados y más modernos nos dicen que lo que caracteriza la especie es la sucesión de seres que se reproducen y se perpetúan indefinidamente. Todo ser que nace de la mezcla de dos razas diferentes, es estéril. Por lo contrario, allí donde aparece la fecundidad continua, allí se afirma la unidad de la especie. Ahora bien, a la luz de este principio rigurosamente científico, observad el género humano.

Todas las razas humanas, cualquiera que sea la diferencia de los tipos, reciben de la bendición divina una virtud que trasciende indefinidamente a las familias. El negro y el blanco no constituyen dos especies distintas. "Sus juramentos—dice Lacordaire,—recibidos al pie de los mismos altares, bajo la invocación del mismo Dios, obtienen en una posterioridad indefinida la gloria de un acto legítimo y santo. Todavía más: las dos sangres se reconocen; la más pura eleva a su esplendor a la que había contraído una alteración; de grado en grado, de alianza en alianza, toda disparidad se desvanece, y los hijos de Adán vuelven a encontrarse como hace sesenta siglos, en los rasgos paternales de su padre común."

Y concluye Quatrefages: "Luego el género humano es una sola especie, a menos que las leyes que rigen el organismo humano no estén en contradicción, sobre

puntos importantes y verdaderamente característicos, con las leyes a las cuales obedecen todos los otros organismos vivientes." En resumen, la ciencia, aquí como siempre, confirma a la Biblia, y la unidad de la especie humana es, en su conjunto, una elevada e importante doctrina religiosa y una grande e indiscutible verdad científica.

Sé muy bien que oponen a esta doctrina una *objeción geográfica*. Se dice: "¿Cómo fué poblado el Nuevo Mundo por la posterioridad de Adán?" Esta objeción, señores, carece de valor. Sería pueril suponer que antes de Cristóbal Colón no hubiera habido jamás comunicación alguna entre el Antiguo y el Nuevo Mundo. Esta comunicación pudo verificarse de cien modos diferentes, y en particular, por el estrecho de Behring, que pone entre Asia y América la misma distancia que hay entre París y Lión. Despreciemos esta fácil objeción y

Concluyamos, en nombre de la ciencia y de la religión, que *todos los hombres son hermanos*, aunque dispersos por todos los puntos de la duración y del espacio, aunque separados en apariencia por diferencias accidentales de color, de lengua, de civilización. Saludemos a todos los hombres salidos de la misma cuna que nosotros. Estrechemos la mano del malayo y del mongol; estrechemos la mano del negro; estrechemos la mano del pobre y del leproso. Todos juntos, uniendo nuestros bienes y nuestras manos en inmensa y sincera paternidad, vayamos a Dios, nuestro primer padre. *Vayamos a Dios amando a los hombres, que son nuestros hermanos.* ¡Ah, qué excelente camino os indico aquí! Decís que no podéis amar a Dios porque está muy lejos, muy alto, porque es muy grande. Pues amad al hombre, hijo de Dios, especialmente al hombre que no está lejos, ni alto, que no es grande, que es vuestro hermano, al criado que limpia vuestra casa, al obrero que la repara, al inteligente con el cual tropezáis en la calle, al desheredado que tiene menos cultura, pero que es de la misma naturaleza que vosotros. Amad al prójimo que veis, y muy pronto, os respondo de ello, amaréis al Dios que no veis. Os sucederá lo que al ilustre Donoso Cortés, embajador de España en Francia, que de una juventud indiferente y sin religión, elevóse de repente a la gloria de una fe tan inquebrantable que se convirtió en apóstol de ella. Preguntósele un día por qué medios había expulsado las dudas que, durante tantos años, habían obscurecido su poderosa inteligencia. "No lo sé"—respondió;—sólo me acuerdo de una cosa: que jamás he visto un pobre sin pensar que era mi igual y mi hermano." Señores, haced lo mismo. Amad a todos los hombres como a vuestros hermanos, y muy pronto amaréis a Dios como a vuestro padre.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

La diversidad de razas

SEÑORES:

Hemos demostrado la unidad de la especie humana. Pero ¿qué vemos en la especie humana? Diferencias considerables, múltiples variedades. Tales son las razas. Aquí la raza blanca, con sus dos ramas, los semitas y los europeos; allá, en Asia, la raza amarilla, que puebla la Mongolia, el Turquestán, la China y el Japón. Más lejos la raza negra, que pulula en las profundidades del continente africano. Finalmente, la raza roja, que los esploradores descubrieron en el Nuevo Mundo. En presencia de la diversidad de las razas humanas, ¿cuál es la actitud de la ciencia y la religión? Es lo que vamos a ver.

I. La ciencia explica la diversidad de las razas.

Las razas humanas son diversas. ¿Puede creerse que el negro haya salido del mismo tronco que el blanco?

¿Puede creerse que el salvaje repelente, que se rebaja todo él hasta el animal, y parece no tener, como éste, más que instintos, es hermano del noble europeo, cuya frente se ilumina con los resplandores del pensamiento? A pesar de las diferencias notables de color, de talla, de cráneo, ¿puede creerse que todas las razas pertenecen a la misma especie humana? Sí, puede y debe creerse.

La ciencia *afirma* que la diversidad de razas no es en modo alguno argumento contra la unidad de la especie humana, y que, bajo los climas más fríos, como bajo el sol más ardiente, todos los pueblos se reducen a un mismo antepasado y salen del mismo tronco.

Bajo la diversidad de tipos, la naturaleza humana es en todas partes semejante a sí misma en su conformación general, en sus aptitudes, en sus propensiones.

Los hombres, de cualquier raza que sean, blancos o negros, amarillos o rojos, tienen todos, con pequeñas diferencias, que no son más que individuales, la misma capacidad, la misma forma, la misma organización del cráneo. Entre el cerebro del hombre blanco y el del negro, no hay diferencia alguna, absolutamente ninguna, como lo afirman los grandes fisiólogos modernos, por ejemplo, Flouréns y Quatrefages.

El color de la piel no establece entre los hombres diferencias esenciales. Todos los hombres no tienen la misma coloración. ¿Qué importa? Bajo una piel negra hay tipos regulares que no desdeñaría la estatuaria; y bajo una piel blanca hay tipos diformes, a los cuales sólo falta el color para convertirse en negros perfectos. La piel del negro es exactamente semejante a la nuestra en cuanto a la naturaleza y a la disposición de los tejidos; la coloración es un fenómeno local puramente accidental y casi insignificante para la determinación de la especie. Trasladad el europeo a Egipto, a Abisinia,

y veréis cómo se transforma su tez, aun durante su vida; ¿diréis que cambia de especie al propio tiempo que cambia de color? Evidentemente que no. Por otra parte, aun entre nosotros, en nuestra raza, ¿no hay hombres que son cetrinos, amarillos, morenos, sin ninguna gota de sangre extraña en sus venas? La ciencia afirma y demuestra que la diversidad de razas puede perfectamente conciliarse con la unidad de la especie humana. Pero todavía va más allá.

En efecto, explica con bastante claridad cómo se han formado las diferentes razas, las variedades tan múltiples que aparecen en la gran familia humana.

Así, nos enseña que los seres soportan la acción del medio en que viven; por ejemplo, el mármol no tiene bajo la luz sombría de nuestro clima los tonos vivos y resplandecientes que reviste bajo el cielo hermoso de Italia y Grecia; tal flor palidece y se debilita bajo nuestro cielo variable, y desarrolla bajo el sol ardiente de los trópicos su vasta corola y sus vivos colores; tal árbol que languidece en un suelo seco, adquiere en otro húmedo un tronco y ramas gigantescas. Como los vegetales, transfórmanse los animales bajo la influencia de los climas y del suelo. El hombre mismo, cuyo organismo es más delicado, más impresionable, más flexible, se deja trabajar por las causas físicas. El movimiento y la calidad de la atmósfera, la luz, el calor, la electricidad, la naturaleza y el relieve del suelo obran sobre él poderosamente. Por otra parte, en el origen, en las épocas primitivas, cuando la especie humana quedó dividida en sus grupos fundamentales, las fuerzas de la naturaleza, mucho más potentes que en la actualidad, ejercían sobre el hombre una acción, cuya idea no podemos concebir hoy en día.

Además, a las influencias climatéricas que formaron

y caracterizaron las razas, hay que añadir las influencias sociales que modelan tan enérgicamente la fisonomía de un pueblo. Poned, de un lado, la vida al día, en un grosero abandono, la única aplicación a los ejercicios del cuerpo, la estúpida indiferencia, la satisfacción constante de los apetitos materiales de las costumbres disolutas, una opresión bárbara o una salvaje independencia; y, de otro lado, las tradiciones piadosamente conservadas, una inteligencia cultivada, el amor de lo bello y de lo grande, los nobles esfuerzos de la libertad contra los apetitos de la materia, costumbres delicadas, sabias instituciones, y veréis dos pueblos, dos razas absolutamente distintas. Y si estos dos pueblos, permanecen encerrados en su medio, remachados a sus hábitos y obstinados en no mezclar su sangre con ninguna otra, veréis afirmarse, crecer y multiplicarse por la herencia las diferencias que los caracterizan. Reunid todas estas causas: el clima, el ambiente social, la herencia; procurad calcular científicamente sus efectos prodigiosos, y no os costará mucho comprender la existencia, en la especie humana, de esas variedades que llamamos razas. A la luz de la ciencia, la diversidad de las razas nada prueba contra la unidad de nuestra especie. Todos somos de la misma sangre, todos somos hermanos. Pero interviene la religión, y os pido que comprobéis su acción y os asociéis a ella.

II. La religión opera la fusión de las razas.

Cuando arrojamos una mirada atenta sobre el conjunto de la historia, lo que más nos impresiona es ver en los tiempos antiguos el misterio de la división, y en los tiempos nuevos, si no el reino, por lo menos la preparación gloriosa del misterio de la unidad. Hijas de

un mismo padre, reunidas primeramente bajo el mismo cielo, las razas humanas vieron súbitamente quebrantada su lengua común en idiomas que ya no se entendían. Diéronse al pie de la torre de Babel un triste y supremo adiós, y se dispersaron siguiendo cada una su camino. Escalan las montañas, salvan los ríos, atraviesan los mares, se fijan en puntos determinados, y allí viven largos siglos, conservando apenas un recuerdo de la cuna común, y alimentando prejuicios, odios, desprecios, que parecen van a tenerlas por siempre jamás separadas. Por todas partes reina soberanamente en la tierra el misterio de la división.

Pero, de repente, en medio de los siglos, ***in medio annorum,*** resuena una voz potente y dulce, que dice: "Todos sois hijos de un mismo Padre que está en los cielos. Hijos de Dios, uníos; ha llegado la hora en que no habrá más que un solo pastor y un solo rebaño." Todo cambia al sonido de estos acentos. Los que hace un momento no alimentaban más que odio y desprecio por los que llamaban bárbaros, se lanzan, con la cruz de madera en la mano, a las más espesas selvas en busca de hermanos desgraciados, a fin de iluminarlos con su luz y hacerlos entrar en el redil de la civilización cristiana. Ningún reposo en este trabajo de conquista. Apenas un pueblo es unido al haz común, se corre tras los otros. Colón, con la vista fija en el vasto océano, se estremece al solo pensamiento de que allá, tras aquellas profundidades quizás haya hermanos, pueblos capaces de conocer y amar a Jesucristo. El genio de la ciencia viene en auxilio del genio de la caridad. El vapor y la electricidad suprimen las distancias; ábrense todas las vías, multiplícanse las relaciones, pónense en contacto las naciones y los individuos, las razas humanas se reconocen y se mezclan cada día en todos los

ámbitos del globo. El misterio de la unidad se impone. Es resultado de la religión cristiana.

¿Quiere esto decir que todo está hecho, que esta fusión de razas ha logrado su perfección? No, no hemos llegado tan lejos. Las razas y los pueblos continúan divididos por la lengua, por la situación geográfica, por los antecedentes históricos, por los intereses comerciales e industriales, por las rivalidades políticas, por las desemejanzas de color, de talla, de física conformación. Hagamos votos, señores, para que, a pesar de todas estas barreras, se realice el misterio de la unidad en nuestro pobre linaje humano, a fin de que todas las razas se reconozcan como hermanas, de la misma carne y de la misma sangre, coherederas de los mismos bienes eternales, copartícipes de los mismos tesoros divinos: *gentes esse cohæredes et concorporales et comparticipes promissionis...*" Hagamos votos para que la asamblea de los pueblos se verifique a los pies de Dios, como la asamblea de los hijos a los pies del padre de familia; para que los hijos de Cam den la mano a los hijos de Jafet, y para que las dos Indias fraternicen con las dos Américas. Hagamos votos para que la luz del Evangelio irradie sobre todas las almas como el sol sobre todas las frentes, a fin de que la cruz de Cristo, enhiesta sobre todas las islas y sobre todos los continentes, enseñe a los hombres que todos son hermanos, todos hijos de Dios, nacidos del mismo amor, y rescatados por el mismo sacrificio. Si yo predicara el desarme universal y la supresión de las patrias, me acusaríais de utopia, y tendríais razón. Pero no es este el sentido de mis palabras. Pido, imploro la evangelización universal del globo, y creo permanecer dentro de los límites de lo verdadero, de lo posible, de lo deseable. Un santo sacerdote, el P. Li-

bermann, escribía desde París a una tribu de Guinea: "Mi corazón pertenece a los africanos." ¿Y qué es lo que hizo el gran cardenal Lavigerie sino trabajar en la fusión de las razas, al entregarse enteramente a la raza negra, al atraer las miradas del mundo cristiano sobre el Africa infiel, al impulsar hacia la descendencia de Cam legiones de misioneros, que todavía hoy continúan prodigando su sacrificio y su heroísmo? Es esta una de las más hermosas obras de nuestro tiempo, obra que, al ser relatada en los siglos venideros, se repetirá con el acento de la admiración y la gratitud: "El Señor ha obrado maravillas en la tierra de Cam: *fecit mirabilia in terra Cham!*"

Reanimemos nuestras almas en el hogar de los grandes ejemplos, y despertemos en nosotros, con el sentimiento de la inviolable unidad del género humano, las generosas impresiones de la fraternidad cristiana. Nosotros los católicos somos los verdaderos emancipadores del linaje humano, nos interesamos por lo que ocurre en los antípodas, y pagando con nuestros sacrificios voluntarios el viaje y sustento de los misioneros, procuramos a tribus desconocidas, de las cuales millares de leguas nos separan, el pan del corazón y de la inteligencia. Hay en el mundo moderno un hecho inaudito y sumamente notable, un hecho particular del catolicismo: las misiones. Nuestra europa civilizada da al mundo pagano armas para que se destruya, aguardiente y opio, para que se embrutezca y se degrade. La Iglesia católica es la verdadera civilizadora del globo. Envía a los pueblos bárbaros sus sacerdotes. Parten estos hombres intrépidos, se presentan a aquellos pobres paganos, les dicen que hay en el cielo un Padre que los ama, y en la tierra hermanos que desean salvarlos; les refieren la maravillosa historia del Hijo de

Dios hecho hombre; se ven perseguidos, burlados, muertos; pero otros les suceden, y bien pronto en la tierra regada con su sangre, florecen prósperas cristiandades. Así es como la red del Evangelio, llevada en otro tiempo por doce pescadores de Galilea, ve unirse sus dos extremidades y envolver toda la tierra. Así es como se obra el misterio de la unidad de la especie humana en la diversidad de razas. Vosotros, señores, sois dignos de comprender estas grandes cosas, y yo soy muy feliz en haber tenido la ocasión de confiarlas a vuestra fe inteligente y señalarlas a vuestra admiración respetuosa.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA

La diversidad de idiomas

SEÑORES:

Todos los hombres son hermanos, y la diversidad de razas no es argumento contra la unidad de la especie humana. Pero el genio del error y de la impiedad no se da por vencido. Evoca contra nuestra fe, no sólo todas las viejas objeciones de lo pasado, ha ya mucho tiempo pulverizadas, sino también todos los datos de la ciencia contemporánea. Dirijese en particular a la ciencia de las lenguas y de la diversidad de idiomas, y trata de convertirla en argumento contra la unidad de la especie humana. Sigamoslo también en este terreno, y estudiemos sucesiva y brevemente el lenguaje del género humano, el lenguaje de la Iglesia y el lenguaje de la patria.

I. El lenguaje del género humano.

Si prestamos oídos al zumbido del género humano,

percibiremos sonidos que no tienen entre sí parentesco alguno, gritos roncos y guturales, silbidos, melodiosas entonaciones. Pasamos sucesivamente de las construcciones extrañas a las ordenaciones metódicas, de la sencillez al énfasis, de la miseria a la opulencia, de la poesía nebulosa a la precisión científica. Todos estos idiomas ¿han podido brotar de la misma fuente? Sin que esto sea injuriaros, señores, puedo suponer que sois tan incapaces como yo de resolver esta cuestión especialísima. Por otra parte, los sabios mismos no saben mucho más que nosotros. ¿Hay una lengua madre, una lengua primitiva, que dió nacimiento a los diferentes idiomas del linaje humano? "Los sabios no lo saben. *Grammatici certant.*"

Los unos, son los más numerosos y más distinguidos, afirman y procuran probar que todos los idiomas estuvieron originariamente reunidos en uno solo, y que se fraccionaron, no por el trabajo del hombre y de los siglos, sino bajo la influencia de una fuerza activa, violenta, extraordinaria.

Los otros sostienen que hay familias de lenguas irreductibles, es decir, que no pueden reducirse en modo alguno a un tipo primitivo.

Los filólogos de la primera categoría dicen y pretenden haber demostrado que todos los idiomas se reducen, por una filiación auténtica y cierta, a un solo idioma primitivo. Perfectamente; hablan como la Biblia.

Los filólogos de la segunda opinión dicen y pretenden haber demostrado que hay en el lenguaje tres grupos primitivos: las lenguas monosilábicas, las lenguas de aglutinación y las lenguas de flexión, y que es imposible afiliar estos tres grupos a un tipo primordial único. Ahora bien, esto es precisamente lo que nosotros

decimos. Decimos con la Biblia que Dios quebrantó por sí mismo la unidad del lenguaje primitivo al pie de la torre de Babel. "En el principio—dice Moisés,—no había más que una lengua en toda la tierra, y los hombres hablaban de la misma manera. Pero Dios, viendo su orgullo, dijo: Ea, descendamos y confundamos su lenguaje. Y la lengua de toda la tierra quedó confusa; ya no se entendieron los hombres, y Dios los dispersó por sobre la haz de la tierra."

¿Por qué dudar de la autoridad de estas líneas, escritas en la época en que el género humano, más cerca de su origen y lleno todavía del recuerdo de los hechos que decidieron su dispersión, no tenía interés alguno en inventar estos hechos? ¿Por qué discutir las palabras de Moisés cuando todo las confirma y las certifica? La unidad de las ideas primordiales, la comunidad de las tradiciones fundamentales, la posibilidad de traducir una por otra todas las lenguas humanas, la facultad que tiene el hombre de asimilarse todas las lenguas, todo nos autoriza y nos invita a creer que la multiplicidad de los idiomas no es un hecho original, sino un accidente en la vida de la especie humana. Todo nos conduce al relato bíblico, y también la verdadera ciencia está de acuerdo con la verdadera religión. Veamos ahora como los idiomas divididos en Babel, se fusionan en el seno de la Iglesia católica.

II. La lengua de la Iglesia.

Ningún hombre habló jamás aquí bajo a todos los hombres; ninguno tuvo la fuerza y el valor de dirigirse a todo el género humano. Pero me equivoco. Hubo un hombre que habló a los hombres de todos los tiempos y todas las regiones. Hubo un hombre que tuvo la fuerza, el valor, el derecho de dirigirse a todo el género humano. Hubo un hombre que no se redujo a un pequeño círculo de amigos, que no encerró su palabra en los límites de un territorio, de una nacionalidad o de una raza, que no la destinó a propagarse únicamente entre tal río y tal montaña, o a expirar en los confines de tal provincia, sino que la confió a todos los vientos del cielo, a todos los ecos de la tierra. Hubo un hombre que pudo decir. "Quien reciba mi palabra será salvo, y quien la rechace será condenado. La doctrina que yo predico va dirigida a todas las criaturas." En la hora en que iba a elevarse a lo cielos, mostrando Jesucristo con su dedo soberano el mundo a sus apóstoles, les dijo: "Id por todo el mundo, y anunciad el Evangelio a toda criatura." Fundó una Iglesia, y por medio de su Iglesia, envía su palabra a todos los siglos, a todos los paises, a todas las almas.

La Iglesia católica es la irradiación, el desenvolvimiento y como la plenitud de Jesucristo, todos los tiempos le pertenecen, como todos los espacios; todas las razas de los hijos de Adán, le han sido prometidas en herencia; su voz debe resonar en todos los puntos del horizonte para llevar a ellos la palabra incorruptible de Jesucristo, su maestro. Pero ¿cómo se las arreglará para ser entendida y para salvar de toda alteración la pureza de la doctrina en medio de los *tres mil quinientos idiomas* que habla el mundo? A dogmas inmutables corresponde un idioma inmutable; la lengua religiosa debe ponerse, de toda necesidad, fuera del dominio del hombre. Si hay, pues, una sociedad universal, debe haber una lengua universal, que mantenga, estreche y proclame elocuentemente la unanimidad de la fe. Una lengua común a todas las naciones, es uno de los más grandes pasos hacia la fraternidad, un progreso inmen-

so hacia la reunión de las familias humanas. La Iglesia católica ha tenido, pues, la audacia de tomar la lengua de los conquistadores del universo, la lengua de Cicerón, de Virgilio, de Tito Livio, la lengua latina, y ponerla al servicio de su doctrina. Los mejores sabios, Kepler, Descartes, Newton, creyeron obrar bien expresando en esta noble lengua las más elevadas especulaciones de su poderosa inteligencia... ¿Por qué extrañar que la Iglesia hable en latín al mundo católico? Por este medio, encierra ella en fórmulas inalterables, y se deja entender de millones de pueblos divididos por la lengua aun más que por el espacio.

Habláis sin cesar de la fraternidad. La Iglesia, hablando latín, ha hecho un magnífico ensayo de fraternidad. Queréis, procuráis con vuestros anhelos la fusión de los pueblos, la federación de las razas. La Iglesia, hablando latín, convierte vuestro sueño en realidad. El francés, el italiano, el español, el inglés, el africano, el americano, el australiano, pueden oir juntos la Misa y cantar el *Credo* en el mismo idioma. De un polo al otro, el católico que entra en una iglesia de su rito, está en su casa, y nada aparece extraño a sus ojos. Al llegar allí, oye lo que oyó toda la vida, puede mezclar su voz con la de sus hermanos; entiende y es entendido, puede exclamar: "Roma está toda en todo lugar, está toda donde yo estoy." "Por cuanto el sentimiento de nuestros males nos obliga a elevar al Rey de los reyes una voz suplicante—dice Chateaubriand,—¿no es natural que le hablemos en el más bello idioma de la tierra, en aquel mismo idioma de que se servían las naciones posternadas para dirigir sus plegarias a los Césares?" Saludad la lengua de la Iglesia. Es la lengua de la doctrina y de la oración universal; por medio de ella, toda la tierra habla a Dios, y Dios, personificado en sus mi-

nistros, habla a toda la tierra; por medio de ella, se rehace la unidad de la especie humana en la armonía general de una misma vida religiosa. Pero en esta armonía universal, cada pueblo tiene su nota y sus acentos, y preciso será que os diga, para terminar, algo de nuestra lengua nacional.

III. La lengua de la patria.

La lengua francesa, señores, ha necesitado trece siglos para formarse (1); hunde sus raíces más profundas en el seno de la Galia y de Germania, en el genio de Grecia y de Roma; fué regada desde su origen con la sangre del Calvario con Clodoveo, Carlomagno y San Luis, y después de engrandecerse y purificarse durante largos siglos bajo estas múltiples influencias, se expansionó en el siglo XVII en el más hermoso período intelectual que jamás se haya visto. Es un hecho tan claro como la luz del día, hecho que llena todos sus anales, que nuestra lengua nacional se formó bajo la tierna, fuerte y austera disciplina de la Iglesia, y que alcanzó su perfección el día en que Bossuet la cogió con su mano, como flamígera espada, para hacer retroceder al protestantismo. Aquel día llegó a su apogeo la lengua francesa. Los hombres más eminentes de todos los países escogiéronla para expresar sus pensamientos; testigos Leibniz y Federico de Prusia. En el Congreso de Nimega de 1678, convirtióse en lo que siempre ha sido después, en la lengua de la diplomacia.

No lo olvidemos, señores. Hemos sido grandes en proporción de nuestra unión con la Iglesia, y con la pluma

(1) Lo que aquí se dice de la lengua francesa puede aplicarse a la castellana, a la catalana, a la italiana, a la portuguesa, etc., por lo menos en las ideas generales (Nota del Traductor.)

no menos que con la espada, hemos servido a Jesucristo y mandado a las naciones. Cada vez que desenvainábamos la espada por la buena causa, todo el universo quedaba iluminado con los resplandores que despedía, y nuestra pluma era otro cetro no menos mágico, no menos deslumbrante. Por medio de ella, por nuestra pluma y nuestra palabra, reina Bossuet en todos los púlpitos, Racine y Corneille en todos los teatros, Descartes y Pascal en todas las escuelas, el siglo de Luis XIV en todos los siglos de la antigüedad y de los tiempos modernos. Pura, clara, precisa, nuestra lengua convirtióse en la lengua de los negocios; atrayente y comunicativa, conviértese en la lengua universal.

Todavía hoy es, si no la lengua más difundida, por lo menos la lengua más popular y más conocida. En 1869, en los principios del Concilio Vaticano, en Roma, pudo decir un obispo americano que, si alguno tenía trabajo para entenderse en latín, le quedaba un recurso, hablar en francés. Señores, por ardiente que sea nuestro patriotismo, no podemos dejar de reconocer que dos potencias rivales, pero que no hacen más que una desde el punto de vista de la raza, de la lengua, de las costumbres, de las leyes, Inglaterra y los Estados Unidos, dominan, exceptuada Europa, todo el resto del planeta; por mejor decir, ellas existen en él casi solas, y, una vez rebasadas las aguas de Europa, no figuramos al lado de estas dos potencias más que como recuerdo de lo que fuimos. Pero he ahí, al lado de Inglaterra y de los Estados Unidos, he ahí a Alemania, que les disputa la preponderancia, y que nos aplasta con el triple peso de sus armas, de su comercio y de su industria. Continúe siendo, por lo menos, nuestra lengua la lengua de la civilización universal, y que esta prolongación artificial de nuestra nacionalidad, supla, en cierta medida,

el débil acrecentamiento de nuestra raza, que corre peligro de verse sumergida por la ola alemana en Europa, y por la ola anglosajona en el resto del mundo. No vacilo en decirlo, los mejores y más puros propagadores de nuestra lengua son los ardientes misioneros que llevan a todos los puntos del globo, aun a los mares lejanos de la India, de la China y del Japón, aun a las islas perdidas del Pacífico, no sólo la fe cristiana, sino el nombre de Francia, su genio y su idioma. Seamos fieles, señores, a nuestra vocación catorce veces secular; hagamos resonar en todos los rincones del globo el idioma de la Iglesia, y la Iglesia aclimatará en todos los pueblos nuestra bella lengua nacional, y la Iglesia unida a Francia, servida por Francia, hará elevarse hasta Dios en un concierto unánime todos los idiomas de la gran familia humana. *Fiat, fiat.*

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMONONA

Antigüedad de la especie humana

SEÑORES:

Hemos estudiado la unidad de la especie humana; estudiemos hoy su antigüedad. ¿Cuánto tiempo hace que el hombre existe sobre la tierra? La cuestión es difícil. Para resolverla, consulto la Biblia, la geología y la historia, y respondo: 1.° el hombre fué el último ser creado; 2.° el hombre fué creado en estado adulto; 3.° el hombre fué creado hace mucho tiempo. He ahí asuntos interesantes e instructivos. Seguidme.

I. El hombre fué el último ser creado.

Así debía ser. La creación es un poema que se desarrolla con belleza creciente; de los minerales a las plantas, de las plantas a los animales, de los animales al hombre. El hombre es el rey de la creación; luego debió llegar a la tierra como un señor que espera, para

hacer su entrada, que el palacio esté dispuesto. Esto era necesario. Puesto a su nacimiento en un terreno árido y desnudo, el hombre no hubiera podido vivir ni subsistir; su existencia aquí bajo debía ser posterior a la de otros seres, vegetales y animales, indispensables a su alimentación y conservación. El hombre vino, pues, el último.

La Biblia nos lo dice expresamente. Coloca la creación del hombre en el sexto día. Esto, con todo, no debe tomarse demasiado al pie de la letra, ya que algunos seres pudieron ser creados con posterioridad al hombre. Pero nada sabemos de esto. Lo que sabemos es que la aparición del hombre es el rasgo principal de la obra divina en el sexto día, la parte más saliente que acaba el drama de la creación. Moisés no quiso expresar conceptos científicos; limitóse a describir cada obra en el momento de su más perfecto desarrollo, y, en el término de la actividad creadora, colocó al hombre, obra maestra de Dios.

La *ciencia* habla aquí como la Biblia. El hombre fué el último ser creado. Esto está escrito en el libro de Moisés, y esto está escrito en las entrañas del globo. La geología hendió la corteza terrestre, descendió a doce kilómetros, escalonó los mundos desaparecidos en cuatro épocas superpuestas: la primaria, la secundaria, la terciaria y la cuaternaria, ¿y qué ha comprobado? Ha comprobado que la antigüedad de la tierra es incalculable. Pero ha comprobado también que la tierra y el hombre no nacieron el mismo día, que el hombre es menos antiguo que la tierra, que el hombre es el único ser cuyos restos no se encuentran en esas antiguas necrópolis en que reposan las primeras creaciones; en una palabra, que el hombre es cuaternario, es decir, que apareció el último sobre el planeta. El hombre es el

primero por la perfección y el último por el nacimiento. Tal es el lenguaje común de la Biblia y de la ciencia. Continuemos.

II. El hombre fué creado en un estado adulto.

"Dios—dice la Sagrada Escritura—creó al hombre de la tierra, y lo hizo a su imagen. Creó de su substancia una ayuda semejante a él. Les dió el consejo, una lengua y oídos, oídos y corazón para sentir. Llenólos de inteligencia, y les dijo: Guardaos de todo lo inicuo." Estas palabras de la Biblia nos indican claramente que el hombre fué puesto por Dios en la tierra con el pleno desenvolvimiento y la plena posesión de sus fuerzas físicas y de sus facultades intelectuales.

El simple buen sentido nos dice que no podría ser de otro modo. Depositados en estado de infancia y de barbarie en la tierra, hubieran parecido infaliblemente los hombres, incapaces de bastarse a sí mismo para satisfacer sus necesidades físicas como sus necesidades morales.

Empero no es este el parecer de cierta ciencia presuntuosa y adulterada. Escuchándola, creería uno que asistió al nacimiento del género humano, y que vió en detalle todo el misterio de nuestros orígenes. Refiérenos que la familia humana, antes de tener conciencia de sí misma y de entrar en el período histórico, existía ya desde hacía más de doscientos mil años; que estos doscientos mil años de incubación habíalos empleado el hombre en desprenderse de la animalidad y en elevarse a la categoría de hombre civilizado; que se sirvió sucesivamente de la piedra tallada, del bronce, del hierro, y que llegado a este punto, conoció toda civilización.

Señores, no nos dejemos intimidar por esta charlatanería, que no es ciencia, sino novela. La supuesta sucesión de las edades de la piedra, del bronce y del hierro, que tanto ruido hizo y tanto éxito tuvo hace cincuenta años, vese hoy rechazada por los verdaderos sabios. Es falso, enteramente falso, que el hombre comenzase por el estado salvaje. Esto es contrario, no solamente a la Biblia, sino a la experiencia. La experiencia prueba que el hombre salvaje no se eleva jamás, sino que desciende, y desciende hasta los últimos límites de la animalidad. Para que se eleve, le es necesaria la llegada de una raza superior que lo absorba o lo civilice. Los hombres que tallaban la piedra y el sílex y que se nos ofrecen como los primeros bosquejos de un género humano en progreso, no son los hombres primitivos, sino hombres degenerados, tribus salvajes alejadas del gran foco de luz, el oriente. La barbarie en el género humano fué una caída, no un punto de partida. El hombre es el último ser creado. El hombre fué creado en estado adulto.

Pero ¿cuándo fué creado? ¿Cuánto tiempo hace que está sobre la tierra? Señores, bien quisiera yo satisfacer vuestra curiosidad, pero no puedo. He aquí mi respuesta.

III. El hombre fué creado hace mucho tiempo.

Tal es casi lo único que puede decirse consultando la Biblia y la historia.

1.º Para conocer la edad del género humano, interrogo primeramente a la *Biblia.* ¿Tuvo la pretensión de decirnos, y nos dijo, algo preciso sobre la antigüedad de la especie humana? No.

1. Los antiguos *intérpretes de la Biblia* atribuyeron comúnmente al hombre una antigüedad de cuatro mil años antes de Jesucristo, y hoy todavía, en los catecismos, en los púlpitos, en el lenguaje corriente, repetimos ese número de cuatro mil años. Pero este modo de hablar no es exacto, sino puramente convencional. Es cierto que el hombre tiene una antigüedad más elevada. ¿Cuál es esta antigüedad? ¿Qué dice sobre esto el texto bíblico?

2. Las diferentes *versiones de la Biblia* no se armonizan. Según el texto hebreo de la Vulgata, mediaron unos cuatro mil años de Adán a Jesucristo; según el texto samaritano, cerca de cinco mil años, según los Setenta cerca de seis mil. La Iglesia católica deja libre la elección entre estas cronologías; ella misma adopta la cronología de la Vulgata o la de los Setenta, y no nos obliga a aceptar la una con preferencia a la otra. La cronología de la Biblia oscila, pues, de cuatro mil a seis mil años.

3. No pecaremos de temerarios si la alargamos buen número de siglos. He aquí la manera. Es probable que Moisés no nos diera *todos los eslabones de la genealogía de los patriarcas,* esto es, que saltase cierto número de ellos, que nombrase únicamente las cabezas principales, los grandes antepasados, a la manera como nosotros, cuando resumimos nuestra historia nacional, colocamos doce siglos bajo cuatro o cinco nombres propios, y decimos el trono de Luis XIV, de Enrique IV, de San Luis, de Carlomagno, de Clodoveo. Hay ciertamente lagunas en las geneaologías bíblicas. Quedamos en libertad de colocar en estas lagunas diez o veinte siglos más de lo que tolera la materialidad del texto.

4. Finalmente, admitamos que los escritores sagrados de la Iglesia hayan atribuído a la especie humana

una edad media inferior a la realidad. ¿Qué ocurriría? *La fe nada tiene que ver* en esta cuestión. La edad del género humano es asunto de ciencia humana, no de fe. La Biblia y la Iglesia nos dan la verdad religiosa, dogmática y moral, y abandonan lo demás a las disputas de los hombres. Uno de los exégetas más eminentes del siglo último, Le Hir, escribió: "La cronología de la Biblia flota indecisa; a las ciencias humanas corresponde hallar la fecha de la creación de nuestra especie." La Biblia nada preciso nos dice sobre esto. Dirijámonos, pues, a las ciencias humanas.

2.° Para conocer la edad del género humano, interrogo a la *historia.* ¿Nos dice algo preciso sobre la antigüedad del hombre? No. Hasta el día no nos dice la historia mucho más que la Biblia.

Verdad es que los *chinos* se atribuyen la modesta antigüedad de doscientos setenta mil años. Pero esto es una pura *chinosería.* Está demostrado que el más antiguo analista de China, Confucio, vivía cuatrocientos o quinientos años antes de Jesucristo, y que el pueblo chino no se remonta más allá de dos mil años antes de la era cristiana. Dejemos. pues, a un lado los procedimientos fantásticos e imaginarios de los chinos y de los que a ellos se asemejan, y preguntemos, no a la novela y a la fábula, sino a la verdadera historia.

Si tenemos presente lo que hay de verdaderamente fundado en los anales de los antiguos pueblos, preciso será concluir que el género humano primitivo se remonta a más de seis mil años antes de Jesucristo. Los monumentos recientemente descubiertos en *Egipto* y en *Caldea* nos muestran estos países gozando de civilizaciones ya muy avanzadas cuatro o cinco mil años antes de la era cristiana; es cierto que semejantes cul-

turas no se improvisan; por consiguiente, deberían ser preparadas por una evolución social de tres a cuatro mil años. Sería, pues, preciso, para satisfacer las actuales exigencias de la historia, conceder al género humano uno diez mil años de existencia. ¿Nos lo permite la Biblia? Sin duda alguna. Pongamos diez mil años entre la creación de Adán y el nacimiento de Jesucristo; la ciencia queda satisfecha y la Biblia no protesta. Más vale así.

En suma, la antigüedad de la especie humana es una cuestión que permanece abierta, no resuelta, abandonada a nuestras libres investigaciones.

Investiguemos, señores, sin temer que *jamás nuestra fe caiga en falta* ante la historia, la geología o cualquier otra ciencia. Seamos prudentes; no hagamos decir a la Biblia y a la Iglesia lo que no dicen; no aceptemos tampoco a la ligera hipótesis científicas de valor precario y momentáneo. Pero tranquilicémonos: entre la verdadera fe y la verdadera ciencia no puede haber contradicción.

Y si a veces entre la verdadera fe y la verdadera ciencia se suscitan conflictos, se presentan nubes, se hace difícil una inteligencia sobre ciertos puntos, tengamos paciencia, sepamos esperar, pues la armonía se producirá inevitablemente tarde o temprano. Cuanto más extienda la ciencia sus conquistas, más se aproximará a la religión. Se dice que Kepler, el astrónomo inmortal, cuyo penetrante genio descubrió las leyes del movimiento de los planetas, vió sus grandes trabajos desconocidos por sus contemporáneos. Reducido a una miseria extrema, tendido en su lecho de muerte, preguntóle un amigo si no padecía cruelmente al abandonar este mundo sin ver apreciados sus descubrimientos. "Amigo mío—le respondió el sabio,—Dios ha es-

perado cinco mil años a que una de sus criaturas descubriese las leyes admirables que dió a los astros. ¿No podré yo esperar también que se me haga justicia?" La religión, hija de Dios, inmortal como El, tiene tiempo para esperar. La ciencia acabará siempre por darle la razón. Dejemos pasar las discusiones de los hombres, y cantemos la verdad divina, que no pasa nunca.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMA

El cuerpo del hombre

SEÑORES:

Durante un año entero estudiaremos a Dios y su obra. Ya hemos considerado la creación en su conjunto; preciso será considerar ahora alguna de sus particularidades. Consideremos la obra maestra de la creación, el hombre, con las dos grandes instituciones que gravitan en torno suyo, la familia y la sociedad, las cuales, como él, son hijas de la voluntad divina.

¿Cuáles son la cosas que más nos interesa conocer? ¿Son los animales que nos rodean, las plantas que huellan nuestros pies, los astros que giran sobre nuestra cabeza? No. Sin asomo alguno de vanidad, de todos los animales que pueblan el planeta, el más interesante a mi entender, soy yo, eres tú, es el hombre. La peor de las ignorancias es la que nos deja en las tinieblas o en la duda sobre el origen, naturaleza y destino del hombre.

Empecemos, pues, hoy el estudio del hombre. Estudiemos primeramente la perfección y supremacía del cuerpo humano, y ya podremos leer, en esta vil materia, las pruebas indiscutibles de la sabiduría divina y de nuestra propia grandeza.

I. La perfección del cuerpo del hombre.

Anatomistas y médicos hay aquí que podrían deciros mucho sobre esta materia. Me contentaré con algunas indicaciones.

Cada *detalle* del cuerpo humano es un prodigio; el corazón, los pulmones, el hígado, el ojo, el oído, una falange de un dedo, un cabello, una fibra de nuestra carne, una malla de nuestra piel. Examinemos un *cabello*. Parece que hay, en este hilo tan delgado, nueve substancias diferentes; sólo se trata de combinarlas, pero esto supera todas las capacidades humanas. Luego tenemos tantas demostraciones de la existencia de un poder superior al hombre, como cabellos hay en nuestra cabeza. Veamos nuestra *piel*, tela maravillosa, suficientemente fuerte para retener la sangre, suficietemente floja para dar paso a las secreciones, suficientemente dulce para acariciar al tacto, suficientemente dura para resistir frotamientos sin fin, suficientemente diáfana para adornarse de los más bellos colores, suficientemente opaca para ocultar al ojo el aspecto de la carne que recubre. La piel de un ateo basta para convencerlo de impostura. En vano dirá que no cree en Dios. Todas las fibras de su carne proclaman que hay un Dios. "Dadme la lengua de un ateo—decía un anatomista,—y hallaré mil demostraciones sin réplicas que es un desvergonzado embustero."

Pero el *conjunto* del cuerpo humano es todavía más prodigioso que los detalles. Estudiad el sistema óseo,

vasto armazón que cuenta con doscientas seis piezas diferentes; el sistema muscular, envoltura delicada y potente, pone en equilibrio y en juego todo nuestro organismo; el sistema arterial y venoso, doble canalización, que lleva la sangre a las extremidades y la vuelve a los pulmones; el sistema nervioso, especie de electricidad interna, que distribuye instantáneamente la sensibilidad y el movimiento. Todo esto se entrelaza, se penetra íntimamente, no forma más que un solo todo, de tal modo que el cuerpo humano es una armonía inconmensurable, una perfecta unidad en una infinita variedad, y, por consiguiente, una protesta elocuente contra el acaso, una demostración retumbante de la Inteligencia divina.

Después, fenómeno nuevo, iba a decir divino, nuestro cuerpo es *viviente*. En virtud de un principio inexplicado que pone en juego innumerables rodajes y coordina innumerables acciones simultáneas, el cuerpo humano funciona, siente, oye, ve, se mueve, y lo que es más, se perfecciona y se repara. Toma con sus manos los alimentos, los tritura con sus dientes, los amasa con sus músculos, los satura y desagrega con sus secreciones, y con sus vasos aspira sus jugos de los cuales hace sangre, sangre que purifica y revivifica sin cesar al contacto del aire. Finalmente, posee la facultad de reproducirse, de perpetuarse, de revivir en otro cuerpo. Es la imagen expresiva de Dios que dijo: "*Ego vivo et vivere facio;* Vivo y hago vivir;" de suerte que, cuando yo lo contemplo, me elevo inmediatamente hasta la fuente de toda vida y canto mi fe en el Creador.

Aquí intervienen *los materialistas* intentando reprimir nuestra admiración al decirnos que el cuerpo del hombre es idéntico al de los animales. Y nos refieren que un día, por una razón cualquiera, una raza de monos renunció a su hábito de encaramarse a los árboles y andar a cuatro patas. Poco a poco sus patas traseras convirtiéronse en pies, y sus patas delanteras en manos; redújose su hocico, se humanizó su rostro, cambióse su mueca en graciosa sonrisa, y sus gritos confusos en sonidos articulados. ¿Por qué especie de metamorfosis, los gruñidos de los habitantes de las selvas se transformaron en la lengua de Homero y de Racine? ¿Qué milagro elevó al gorila al genio de Bossuet y a las virtudes de San Vicente de Paúl? Y si esto se vió antes, ¿por qué no se ve ahora? Los materialistas no lo dicen; hay que creerlos por su bella palabra. Han notado entre el cuerpo humano y el de los animales analogías y semejanzas palpables, y proclaman doctoralmente la identidad de la especie humana y la especie animal. Aplastemos con el pie esa doctrina canalla, como exclamaba Lacordaire desde el púlpito de Nuestra Señora, y establezcamos sobre bases científicas e incontestables.

II. La supremacía del cuerpo humano.

En su libro magistral sobre el *Conocimiento de Dios y de sí mismo,* hace Bossuet esta preciosa *observación*: "De que Dios nos haya dado un cuerpo semejante a los animales, concluir que no nos ha dado nada superior a ellos, es una monstruosidad. Porque bajo las mismas apariencias, pudo ocultar diversos tesoros..., por lo cual preciso es creer en algo más que en las apariecias." Esto es verdad. Hallamos en los tipos inferiores los organos esenciales del hombre y una identidad casi absoluta de composición anatómica y química. Pero porque las especies tengan estas semejanzas fundamentales, ¿quedamos autorizados para confundir

las especies? ¿Hay razón para poner al hijo de Adán en el mismo plano que la posteridad de los monos, porque su carne analizada deje casi los mismos residuos en el fondo del alambique? Sería abusar de la ciencia contra el sentido común. El que tengamos un cuerpo como el animal, no quiere decir que no tengamos otra cosa. Porque tengamos raíces que se hunden en la tierra, no quiere decir que no tengamos una cima que se eleve hacia el cielo.

Pero el estudio verdaderamente científico del cuerpo humano, nos revela por sí solo *diferencias características* que colocan nuestra especie muy por encima de todas las especies animales.

El hombre *se mantiene derecho*, está organizado para la posición vertical. "El hombre—dice Quatrefages—está hecho para andar recto sobre sus pies; el mono está hecho para trepar. En el hombre todo el aparato locomotor, los pies, las piernas, los muslos, la columna vertebral, todos los músculos que a ella se refieren están modificados para hacer de él un animal de dos pies, un andador; en el mono, por lo contrario, todas estas mismas partes están dispuestas de manera que hagan de él un animal trepador; los miembros anteriores también están apropiados a este destino. Ahora bien, los andadores y los trepadores son dos tipos diferentes; hacer derivar el uno del otro está en oposición formal con los principios mismos de Darwin" Entre el porte sublime del hombre y la actitud bestial del mono, media un abismo.

Mirad la mano del hombre, tan sencilla y tan perfecta, verdadero compás de geometría. Bastaría por sí sola, dice un sabio, para poner entre el hombre y los animales infranqueable distancia.

Mirad sobre todo la *cabeza* del hombre. Un sabio

anatomista quiso llevar hasta el extremo el estudio comparado del cráneo simio y del cráneo humano; reunió a este efecto las muestras de todas las razas; estudió con la más escrupulosa exactitud sus relaciones y diferencias, notó las protuberancias y las depresiones, tomó millares de medidas, y concluyó con estas palabras pintorescas: "Llegamos al final de nuestro estudio. Hemos aprendido a conocer el tipo humano como una isla solitaria que no está unida por ningún punto a la tierra vecina de los mamíferos."—"Según me parece—dice Quatrefages,—el hombre difiere del animal en la misma proporción y con el mismo título que éste difiere del vegetal; por sí solo debe formar un reino, el reino hominal o reino humano."

En vano, pues, trata el materialismo de apoyarse en la ciencia. La ciencia, en vez de sostenerlo, lo echa por tierra. En nombre de las experiencias más serias e indiscutibles, prueba la ciencia que el materialismo miente.

Conclusión. El materialismo, señores, es tres veces inaceptable.

1.° Ultraja al Dios Creador, cuya intervención suprime en el origen de las cosas y en el nacimiento del hombre;

2.° Ultraja a la verdadera ciencia, la cual, por boca de sus más eminentes representantes, coloca a nuestra especie muy por encima de todas las especies animales;

3.° Ultraja a la naturaleza humana, que asimila imprudentemente a la raza simia. Fijad vuestra atención en esta última consideración. Vale la pena.

Hay en el mundo una banda de horribles sofistas

que dicen que la religión rebaja la naturaleza humana y nos acusan, a nosotros los creyentes, de atrasados, de retrógrados. Juzgad vosotros mismos.

Dicen que todo deriva de la unidad, que el hombre viene del mono, el mono del pescado, el pescado de los residuos del mar, o de otros embriones de árboles y plantas marinas. Hacen salir al hombre de una primera célula amorfa e insensible, muy por encima de la esponja, e inferior al cangrejo y a la sanguijuela; y lanzan gritos de júbilo pensando que vienen de tan bajo y tienen sangre de mono en sus venas.

Nosotros decimos que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza; que tan sólo con mirar este polvo organizado que se llama nuestro cuerpo, vemos que somos la arquitectura de Dios, *Dei ædificatio sumus,* el templo de Dios, *templum Dei quod estis vos,* hijos de Dios, *filii Dei nominamur et sumus.* Y, apoyados en el suelo, dominándolo con toda nuestra estatura, exclamamos: "Pisoteo la tierra, y no me hundo en ella."

¿Quién honra más la naturaleza humana, los materialistas, que hacen del hombre un mono perfeccionado, o nosotros, que hacemos de él un ángel disminuído? Nosotros. Conservemos nuestra vieja fe cristiana. Vale cien veces más que todas las insanias del libre pensamiento materialista. Con la fe cristiana se hacen nobles almas en nobles cuerpos: *mens sana in corpore sano.* Con la semiciencia librepensadora, todo se envilece: la inteligencia, el corazón, la familia, la sociedad. Queriendo atacar a Dios, se deprime y se deshonra el género humano. Cantemos nuestro *Credo.* Mostrémonos orgullosos de ponerlo en nuestros labios, y compadezcamos a los que han olvidado de él sus imperecederas fórmulas.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

La fisonomía del hombre

SEÑORES:

Divino privilegio del catolicismo es que, inmóvil sobre su base en medio de nuestra perpetua movilidad, tenga permanentemente un arma dispuesta para todos los combates, una respuesta a las objeciones sucesivas que el hombre suscita y que Dios resuelve. Deber es del sacerdote, del apóstol ajustar su palabra a las necesidades de la actualidad, de seguir al tiempo en su marcha caprichosa, de conjurar el error frágil en nombre de la verdad inmortal. No os asombréis, señores, que vuelva a la carga contra el gran error contemporáneo, el error materialista, que envilece la dignidad de nuestra especie al negar brutalmente nuestro divino origen y la superioridad de nuestra naturaleza.

Dios nos hizo a su imagen y semejanza. Nuestra alma es como una centella caída de él en nosotros, de un ser inmaterial en nuestra grosera envoltura, dice

un pagano, Cicerón, *obrutus quidam divinus ignis.* Y mucho tiempo antes que Cicerón, el Rey David dijo algo mejor, pues, al contemplar el rostro del hombre, exclamó lleno de santo entusiasmo: "Señor, habéis marcado nuestro rostro con un destello de vuestra luz: *Signatum est super nos lumen vultus tui.*" Verdad es. Desde el solo punto de vista anatómico, el cuerpo del hombre es superior al cuerpo de los otros vivientes, y aunque no sea más que polvo vil, posee una singularidad gloriosa, que atestigua la supremacía de nuestra raza; tiene un semblante de carne, una fisonomía en la que resplandece la imagen de Dios en la espiritualidad de nuestra alma. Esto es lo que quisiera expresaros en el día de hoy.

I. La fisonomía del hombre atestigua la superioridad de nuestra raza.

Sólo con su rostro, domina el hombre a todos los seres inferiores. Como una lámpara de oro suspendida de la bóveda de un santuario ilumina las profundidades y permite contar todas sus bellezas religiosas, así irradia en nuestro cuerpo una fuerza invisible y palpable, misteriosa y real, inteligente y libre, una fuerza espiritual, un alma viviente, que hace resaltar y resplandecer las líneas, los contornos, el conjunto y los detalles de nuestra fisonomía. Obra de dentro a fuera, y da a la frente la amplitud y serenidad de sus pensamientos, y al cráneo la impresión de sus facultades soberanas. El ojo refleja la autoridad de sus mandamientos, o se ilumina con el fuego de sus pasiones. Los labios, firmes, generosos, expresan su fuerza y su paciencia, su dulzura y su bondad. Posando la mano sobre la *cera blanda,* imprime en ella su forma;

así graba el alma su viva imagen, su impresión suprema en el conjunto de los rasgos; ella es la que determina su movilidad, su flexibilidad, su expansión, su calma, su rigidez, y aun los detalles más imperceptibles de su composición. El rostro del hombre es obra evidente de facultad espiritual; es como *una estatua* viviente, que el mismo escultor anima, y representa al vivo la abyección o la nobleza de su autor. Es como *un libro* revelador, cuyas líneas y rasgos atestiguan la existencia del alma.

¡Oh hombre, vales más que la raza animal! Tienes un alma que transpira por entre el polvo de tus miembros y se refleja en tu rostro. Invoco *esos labios* de los cuales brota la elocuencia de Demóstenes, la armonía de Mozart, la sabiduría de San Pablo y de Bossuet... ¡Oh hombre, vales más que la raza animal! Invoco *esa risa,* que es exclusivamente humana, que en Molière alcanza la belleza de lo sublime, y que germina en la faz del niño como el alba argentada de la razón y del corazón, como la primavera del pensamiento. ¡Oh hombre, vales más que la raza animal! Invoco *esas lágrimas* que caen de nuestros ojos húmedos. Son la gloriosa herencia de nuestra naturaleza, y como hace ya seis mil años que este rocío sale de nuestros párpados fatigados, ha formado como un río fronterizo que nos separa por siempre jamás de las criaturas inferiores. ¡Oh hombre, vales más que la raza animal! Invoco *esa mirada* soberana que paseas por la naturaleza entera. La mirada humana ¿no vale más que el colorido de las flores, que el azul del firmamento, que el centelleo de las estrellas, que el destello del diamante, más que la límpida mirada de los astros, esas flores, esos diamantes de lo alto? La mirada humana es un alma que se pinta, que irradia por los ojos.

¡Ah, si alguna vez la imaginación de los poetas ha sorprendido en la órbita del ojo del animal pensamientos en germen, rudimentos de voluntad, aspiraciones indecisas, tened por cierto que todo ello no es otra cosa que pura palabrería. Pero en el ojo del hombre, en su mirada, en su sonrisa, y aun en una sola de sus lágrimas, hay un alma retratada, un alma luminosa. La gota de lluvia que se balancea en la atmósfera, refleja en su molécula imperceptible todas las bellezas del universo; así, me atrevo a decirlo, una sola lágrima caída de nuestros párpados refleja la espiritualidad de nuestra alma. Para convencer de imposturas a los ateos, no es necesario hacer hablar todas las maravillas de la creación; basta con presentarles el ala de una mariposa con la gota de rocío que palpita en ella, y decirle: ¿quién hizo esto? Del mismo modo, para reducir al silencio a los materialistas, no hay necesidad de dirigir contra ellos argumentos perentorios, laboriosos y sabiamente ordenados; basta con mostrarles con el dedo el rostro humano, y decirles: existe el alma, el alma que se expresa, que se traduce en una mirada, en una sonrisa, en una lágrima. La fisonomía del hombre testifica la superioridad de nuestra naturaleza.

II. La fisonomía de todo hombre atestigua la superioridad de nuestra naturaleza.

Los hombres se diferencian entre sí por la altura de la talla, por la proporción de los miembros, por la forma del rostro, por la regularidad nativa de las líneas, por la coloración o la palidez de la piel; y en ciertos hombres la talla se encorva, los miembros se descoyuntan, el rostro se aja, los rasgos se alargan, la faz se decolora y languidece. Esto importa poco. Hay en todos nosotros una facultad espiritual que triunfa y se burla de las vicisitudes de nuestra grosera envoltura.

He ahí *un niño*, un niñito que sueña, y, por débil que sea su cuerpo, es ya a vuestros ojos una criatura tan arrebatadora, tan simpática, tan atractiva, que, aun antes de la expansión completa de su vida, cediendo a misterioso impulso, os inclináis sobre su cuna para rozar con vuestros labios su frente de ángel, donde reposa un alma como una sonrisa divina.

He ahí *un aldeano*, que ha removido toda la semana con su pala la tierra, y que, llegado el domingo, entra en el templo con su frente bañada de sudor, con su faz desecada por los ardores del sol, con sus miembros doloridos por el trabajo. ¡Ah, de buen grado besaría yo sus blancos cabellos y sus manos callosas, porque me veo en presencia de la virilidad moral, en presencia de un alma valerosa en un cuerpo desfallecido!

He ahí *un padre y una madre* que envejecen. Su envoltura mortal desfallece, pero su bondad sobrevive a los estragos del tiempo. Los años, al decolorar su rostro, no han extinguido la luz y la llama que brotan de su interior, y sobre su rostro decrépito, saludo, invisible y presente, un alma que se yergue en un cuerpo que decae.

Hombres hay que han estudiado el cuerpo humano, que lo han disecado bajo su escalpelo, y dicen que no encontraron en él un alma. ¡Vaya una broma! No es en un cadáver medio descompuesto donde se la encuentra. Ya no está allí, salió de él, emprendió el vuelo. Pero, porque la caja esté vacía, ¿es ello motivo para negar la existencia del pájaro que hace un momento la llenaba con sus dulces cantos? ¿Queréis encontrar el alma? Venid a verla en el rostro del *hombre vivo*.

Venid a verla en el rostro de *Francisco de Asís* o de

Vicente de Paúl, en los que se pasea ardiente y pura, en los que enciende el vasto incendio del amor de Dios y de los hombres.

Venid a verla en el rostro de *Rafael* en el momento en que se prepara a lanzar sobre la tela la escena de la Transfiguración.

Venid a verla en el rostro de *Mozart* cuando el soplo de las armonías infinitas le inclinan palpitante sobre su sonoro instrumento.

Venid a verla en el rostro de *Turena* al principio de la batalla, cuando dice a su cuerpo asombrado: "¡Tiemblas, estantigua! Pero si supieras adónde debo conducirte mañana, temblarías mucho más."

Venid a verla en el rostro de *Bailly* cuando sube al cadalso. "¡Tiemblas, Bailly!"—le grita la impiedad—"¡Tiemblo de frío"—responde el intrépido anciano con una calma que revela elocuentemente la fuerza de alma de un cuerpo agotado.

Venid a ver al niño que sueña, al moribundo que expira, al artista que compone, al orador que habla, al soldado que marcha a la línea de fuego, al mártir que afronta el suplicio, y en el fulgor de los ojos, en los labios, en la radiación de la frente, en la fisonomía del hombre, de todo hombre, saludaréis conmovidos ese algo augusto que se llama alma.

Conclusión.—La superioridad de nuestra naturaleza consiste en que tenemos *un alma que se transparenta en nuestra fisonomía,* que se refleja en nuestro cuerpo. Sea, pues, la dueña, la reina, no la vasalla, la esclava.

Aparezca en nuestro rostro para expulsar de él la falsa vergüenza, y para instalar en él los santos pudores de la virtud, para afirmarlo contra el respeto humano, y velarlo al primer grito de la conciencia, a la primera aparición del mal.

Aparezca en nuestros ojos para cerrarlos a los espectáculos peligrosos, y abrirlos sobre las miserias de nuestros hermanos, para hacer que broten de ellos las lágrimas de la compasión y del arrepentimiento, para pintar en ellos el rayo de la bondad, de la pureza, del sacrificio.

Aparezca sobre nuestro rostro, y esparza sobre él la única verdadera bondad, la bondad moral.

Reine sobre nuestra carne disciplinada. Los médicos inteligentes que conocen el equilibrio de nuestra naturaleza, os dirán, como a mí, que el alma ejerce sobre el cuerpo una gran influencia, y que, de ordinario, la vida larga y la salud fuerte, son recompensa y obra de un alma serena y virtuosa. Uno de estos días, cierta madre de familia, vivamente preocupada por la salud de su hijo de dieciséis años, cuya fisonomía se debilitaba a ojos vistas, fué a ver a un médico y le dijo: "¿Qué tengo que hacer?" Y el médico le respondió: "Señora, vuestro hijo no tiene necesidad de médico. Sólo la religión puede curarlo. Dadle un confesor." Palabras profundas, señores. Nada hay en el hombre más que el cuerpo. Por encima del cuerpo, el alma, y por encima del alma, Dios. Preciso es que se ejerza sobre el cuerpo la acción y el reflejo del alma, y sobre el alma la acción y el reflejo de Dios. El cuerpo sometido al alma, y el alma sometida a Dios: he ahí el orden, he ahí la armonía, he ahí el secreto de la virtud, y de rechazo, he ahí el secreto de la felicidad misma aquí bajo.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

La palabra del hombre

SEÑORES:

Conocéis los hermosos versos de Racine que celebran el poder divino:

¿Qué pueden contra El los reyes de la tierra?
En vano se unirán para hacerle la guerra.
Para aniquilar su liga, mostrarse bastará,
Habla Dios y en el polvo los confundirá.

Casi en los mismos términos podríamos cantar la dignidad de nuestra especie. Contra los materialistas, que niegan nuestro origen divino, se levanta el hombre en su fuerza y en su belleza corporal.

Para aniquilar su liga, mostrarse bastará,
Habla Dios y en el polvo los confundirá.

Habla el hombre. La palabra, señores, la palabra humana es la afirmación elocuente y la demostración victoriosa de la existencia del alma. Veámoslo.

I. La palabra es la afirmación elocuente de la existencia del alma.

He aquí un hecho. En todas partes y por todo el mundo, *es nombrada el alma.* De cuando en cuando aparecen algunos individuos, algunos personajes singulares que no quieren hablar como todo el mundo y niegan la existencia del alma; pero son excepciones que nadan prueban contra el lenguaje universal. Algunas poblaciones salvajes quizás ignoraron la espiritualidad del alma; pero esto no tiene importancia alguna; para juzgar los sentimientos del género humano, sería absurdo recurrir a lo que de más abyecto y degradado existe en nuestra especie. Tomo el género humano en su masa razonable e inteligente, y compruebo que el género humano proclama que existe el alma; compruebo que el hombre no puede hablar tres minutos sin que, de bueno o mal grado, no venga este nombre a posarse en sus labios. En todas partes y por todo el mundo es nombrada el alma.

¿Por qué? Que los materialistas nos expliquen este fenómeno, ellos que dicen que el hombre no tiene alma. Todo el género humano está contra ellos. Si el hombre no tiene; si, como substancia distinta del cuerpo, no es el alma otra cosa que una palabra vacía de realidad, ¿por qué la ha nombrado siempre el hombre de todos los tiempos y de todas las regiones? ¿por qué y cómo todas las naciones se han puesto de acuerdo para inventar, todas a la vez, en su lengua una palabra, el alma, que a nada respondería? ¿por qué ha entrado esta palabra en el lenguaje popular y en el filosófico, en los diccionarios y en las conversaciones, y por qué no puede ya salir de ellos? ¿de dónde procede

este vocablo sagrado? Es indispensable de toda escuela y anterior a todo sistema filosófico. Luego no son los filósofos los que lo han impuesto al espíritu público. En vez de fomentar las pasiones, las combate, las subyuga, las atormenta, las pone bajo su yugo. Luego no la inventaron las pasiones humanas. No es tampoco la experiencia, no son tampoco los sentidos los que nos llevan a creer en el alma; antes nos llevarían éstos a no creer en ella, porque los sentidos no nos revelan nada espiritual.

Desde el momento en que el hombre persiste en decir y pensar que tiene alma, *concluyo* que esta creencia es la expresión de la verdad, que está en el fondo de nosotros mismo, como está en el fondo de la lengua. La fe unánime en lo espiritual y en lo material, es para mí una prueba sin replicar. El alma existe. El nombre que se ha hecho es imborrable, y este nombre sagrado, esta palabra indestructible, permanecerá en el género humano como la voz del espíritu que se afirma y se proclama a sí mismo. La existencia del alma está escrita en el gran libro del lenguaje universal. El hombre habla, y dice que tiene alma. La palabra humana es la afirmación elocuente de la existencia del alma. Esto ya es algo. Pero he aquí lo mejor.

II. La palabra es la demostración victoriosa de la existencia del alma.

Estudiad un instante el *fenómeno* del cual vosotros y yo somos los actores y testigos. Heme aquí en esta cátedra sagrada, y vosotros en vuestro sitio. Hablo, y me escucháis. Una comunicación se establece por medio de la palabra entre vosotros y yo. En esta palabra que brota de mis labios, en cada uno de sus acentos,

en cada una de sus vibraciones, noto que algo procedente de mí llega hasta vosotros, y observo que algo procedente de vosotros llega hasta mí. Ahora bien, ese algo que va de mí a vosotros y de vosotros a mí, ¿qué es? Evidentemente, es algo inmaterial. Escuchad. El sonido de mi voz hiere esos muros, esas columnas, esas bóvedas, esas columnas, y esos muros no me responden, porque no son más que materia. Son pesados y mudos, porque no tienen alma. El sonido de mi voz hiere vuestros oídos, y vosotros me comprendéis, me respondéis... ¿por qué? Porque hay en vosotros algo más que materia. Me comprendéis y me respondéis, porque tenéis alma. Vosotros me comprendéis como la inteligencia comprende a la inteligencia, y me respondéis como la vida responde a la vida. ¿Qué es la palabra? La palabra es la conversación de los espíritus que se comprenden y se responden. Hablo, luego tengo alma.

Verdad es que *los animales* tienen una especie de lenguaje. No niego la belleza aterradora de los rugidos del león, ni la suave melodía del ruiseñor. Sé también que algunos animales, aptos por efecto de larga educación, logran emitir algunas sílabas de las lenguas humanas sin comprender nada de ellas. Pero ¿qué diferencia entre los cantos de la raza animal y los idiomas articulados por la familia humana! ¿Qué diferencia entre los gruñidos de una casa de fieras y los períodos de una sesión académica! ¡Qué diferencia entre la charla del papagayo, y la elocuencia de Demóstenes y Cicerón! ¡Qué diferencia entre el ladrido del perro sabio y los discursos de un profesor a sus discípulos! Los animales tienen voz, pero no tienen palabra. Cantan, no hablan. La palabra humana, señores, vale mucho más que el gran grito del águila, más que el rugido del león, más que todas las armonías de la naturaleza sim-

plemente orgánica. Es un alma que se traduce, que se exterioriza, que se expresa, que brota de nuestros labios. Nuestros labios son la traducción del espíritu, el eco de nuestra inteligencia, la expresión sensible de la fuerza invisible que llevamos dentro de nosotros. Hablo, luego tengo alma.

¿Hay que probar esto más claramente aún? Escuchad. Los animales jamás pudieron expresar nada *con sus garras,* a no ser la huella de su paso. No conozco un solo libro escrito por la raza animal. El género humano habla por decirlo así, con sus manos como con su boca, por medio de la escritura. Habla sobre el pergamino como sobre la tribuna. Habla para lo por venir, al propio tiempo que para lo presente. Habla, no sólo a un hombre, sino también a todos los pueblos a la vez. Se colecciona su palabra en las bibliotecas, se la lleva en ferrocarril de un extremo al otro del universo. En comparación de estas inmortales comunicaciones, el gorjeo de los pájaros y los aullidos de los lobos no son más que ruidos sin valor ni significación. La palabra humana, la palabra hablada y la palabra escrita, abre un abismo inconmesurable entre el más elevado de los animales y el más degradado de los hombres. Esto es la evidencia misma. El que no vea esto, es más que miope, pertenece a esos infortunados casi incurables de los cuales se ha dicho: "El peor ciego es el que no quiere ver."

Dejemos, pues, que los materialistas alaben a sus antepasados del reino animal, a los grandes monos de los tiempos prehistóricos, de cuyo origen tan orgullosos se muestran; dejémoslos volver a la animalidad a fuerza de adorarse a sí mismos, dejémoslos abdicar la razón para evitar la fe, y expiar su orgullo insensato con sus vergonzosos descarríos. Seamos siempre nosotros hombres sensatos y creyentes, y de pie sobre el pedestal que Dios nos hizo en la cumbre de la creación material, usemos noblemente del gran don de la palabra, que es al propio tiempo un honor inmenso y una pesada responsabilidad.

Conclusión.—Señores, ¡*qué poder* tan peligroso y destructivo es la palabra humana cuando ataca a Dios o al prójimo, a la virtud o a la fe, cuando engaña y envenena a las almas, cuando quebranta las verdades religiosas y morales, cuando siembra por todas partes la duda, la corrupción y el odio! Pero también, ¡qué poder saludable y fecundo es la palabra humana cuando la ponemos al servicio de las nobles causas, al servicio de la verdad y el bien, cuando la ponemos, por ejemplo, al servicio de la religión y de las almas!

Nadie podría imaginarse lo que puede obtener una palabra animosa, firme y sincera, con la cual afirmáis y defendéis vuestras creencias, ni hasta dónde puede extenderse su acción misteriosa, ni a cuántos corazones puede llegar, iluminar, conmover, convertir, consolar y purificar. La experiencia nos revela todos los días la influencia extraordinaria de palabras pronunciadas en el secreto quizás, pero que, al caer en un alma, convirtiéronse en ella en germen de una vida renovada. Las palabras de fe, de esperanza, de virtud y de verdad que brotan del corazón y de los labios vivientes del hombre, no mueren nunca, sino que preparan y suscitan cosechas bienhechoras.

Hablad, señores, hablad por favor. Proclamad la gloria de Dios y sus atributos incomunicables, la gloria de Jesucristo y sus inmortales beneficios, la gloria

de la Iglesia católica y su vida imperecedera. Ante este siglo, que duda o que niega, hablad, profesad vuestra fe. Si yo sé que la religión, que el Evangelio son lon únicos que pueden dar a mi patria la paz y la virtud; si estoy seguro de que el cristianismo tiene las promesas de la vida presente para las naciones y las familias, no menos que las promesas de la vida futura para los individuos, ¿podré permanecer silencioso e inactivo? ¿Por ventura yo, hombre honrado, tengo el derecho de callarme, cuando los malhechores arman escándalo? ¿acaso yo, hombre creyente, tengo el derecho de callarme, cuando los impíos, acreditan, a son de bombo y platillos, sus negaciones y blasfemias? ¿es posible que yo, hombre católico, tenga el derecho de callarme cuando los masones salen de sus madrigueras para anunciar insolentemente la opresión de las conciencias y la espoliación del catolicismo? El error es libre; ¿por qué la verdad no ha de poder serlo? Hablad, señores, y proteged a vuestros amigos, vuestros hogares, vuestro país, afirmando y propagando vuestra fe.

Un gran orador, Berryer, escribió en la capilla de su palacio de Augerville estas hermosas palabras tomadas del rey David: "*Credidi, propter quod locutus sum.* Creí, he aquí por qué he hablado." Mi convicción hizo mi elocuencia. Haced, señores, de esta sentencia la regla de nuestra vida. Tenéis fe. Expresadla al exterior, y conviértase cada vez más vuestra palabra, puesta al servicio de la verdad y el bien, en instrumento incorruptible de la gloria de Dios, de la salud espiritual de nuestros hermanos y de nuestra propia salvación.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCERA

La inteligencia del hombre

SEÑORES:

Hemos estudiado sucesivamente el cuerpo, la fisonomía y la palabra del hombre. Después de habernos detenido en el umbral, entremos en las profundidades de nuestra naturaleza. Contemplemos hoy la inteligencia humana, sus riquezas ocultas, sus múltiples aspiraciones, sus resultados visibles, su evidente inmaterialidad. De este estudio, que es al propio tiempo, muy elevado y muy subyugador, nos será fácil sacar algunas conclusiones prácticas.

I. Las riquezas ocultas de la inteligencia humana.

¿Cuáles son estas riquezas? Las ideas. El hombre tiene ideas, ideas generales, que no representan a ningún individuo determinado, ideas abstractas fundadas en puras relaciones, como la extensión, la duración, el

orden, la verdad, el bien, la belleza, el deber, el honor; ideas metafísicas, que se ciernen en el mundo en cuyas puertas toda imaginación expira, como lo necesario, lo posible, lo absoluto, lo eterno, lo infinito; ideas morales, que rigen nuestros actos libres como las leyes del movimiento rigen al universo material. Todas estas ideas, las amaso cien veces cada día, las comparo, las asocio, las generalizo, las profundizo, las saboreo; en una palabra, vivo con ellas y me alimento de ellas. Son mi patrimonio, mi alimento, el aire que respiro.

Consultad *vuestra experiencia.* ¿Por ventura no comprobáis en vosotros mismos la presencia de un mundo inmaterial absolutamente distinto de vuestro organismo corpóreo? Os ponéis en meditación. Tenéis ojos y no veis, oídos y no oís; todas las puertas de nuestros sentidos están cerradas; vuestro cuerpo está inmóvil, inactivo, silencioso, petrificado; y durante este tiempo, en las alturas de vuestro ser, hay un poder superior que piensa, que reflexiona, que raciocina, que remueve las ideas. O bien, no tenéis tiempo para entregaros a la meditación. Pero ¿qué importa? Mientras una parte de vosotros mismos se inclina, como los animales hacia la tierra para pedirle el pan cotidiano, otra parte de vuestro ser se alimenta de la misteriosa substancia de las ideas. Desde la mañana a la noche vivís de las ideas.

Tomad al *último de los hombres.* Tomad al niño que sale de la cuna. Tienen, por lo menos en germen y en potencia, todas las ideas que se agitan en vuestra cabeza, la idea de lo verdadero, la noción de lo bello, el sentido de la justicia. Cuando el hombre hace su aparición en este mundo, no aparece como la raza animal, con un cuerpo únicamente dirigido por el instinto; no, aporta un espíritu lleno de estrellas, como el firmamento en noche serena, quiero decir, lleno de ideas. El hombre tiene ideas. Es la riqueza de su gran naturaleza. Y a la luz de estas ideas, ve claro y ve bien.

II. Las múltiples operaciones de la inteligencia humana.

¿Queréis que os diga brevemente de qué lado y hasta que profundidad puede el hombre extender, y extiende, en efecto, el rayo visual de su inteligencia? Esto es maravilloso.

El hombre ve *a Dios,* no en su esencia, sino en sus obras, por entre el velo de la creación; esta vista, aunque imperfecta y parcial, es real y absolutamente cierta; se llama la ciencia de Dios.

El hombre se ve a sí mismo en su ser espiritual; asiste a la radiación de su pensamiento, a la expansión de sus deseos, a la evolución de sus facultades, al desarrollo de su vida íntima; esta percepción se llama la ciencia del alma.

El hombre ve el mundo, la variedad de sus formas, la complejidad de sus fenómenos, la simetría de sus leyes, la regularidad de sus movimientos, lo acabado del detalle, la armonía del conjunto; este conocimiento se llama la ciencia del mundo.

El hombre ve la sociedad de la base a la cumbre, lo que la funda, la afirma y la corona, lo que constituye su grandeza y su hermosura, la fuerza y la duración; esta ojeada que él arroja sobre la sociedad, se llama la ciencia social. ¿Consiste en esto toda nuestra visión? No.

El hombre ve lo pasado, y resucita en cierto modo lo que ya no existe; evoca los hombres y las cosas de esos mudos abismos en que duerme lo que ya termi-

nó; triunfa de la muerte por el culto de la tradición y por el poder del recuerdo.

El hombre ve también en cierta medida lo por venir; por medio de la inducción penetra hasta en la noche de los tiempos futuros, y muestra con el dedo lo que todavía no existe. Inteligencia humana, ¡cuán rica eres con las ideas que titilan en tu firmamento! ¡Cuán vasto es el dominio en que se proyecta tu actividad! Admirad conmigo, señores,

III. Los resultados visibles de la inteligencia humana.

A la luz de las ideas, escruta a Dios, el alma, el mundo, la sociedad, lo pasado, lo por venir, y de estas regiones, ávida y despiadadamente exploradas, hace brotar obras espléndidas que son ornamento de la raza humana, gloria del siglo que pasa, fuente de los más puros y legítimos goces.

Maneja la lira del poeta, inspira la lengua del orador, dirige la pluma del historiador, centellea como la llama en la frente y en los ojos del artista.

Ora despliega sus alas por encima del mundo de la naturaleza, y penetra los misterios de la teología, ora, limitando sus investigaciones al dominio de la razón, avanza por el vasto campo de la filosofía.

Fermenta en la cabeza del sabio, del químico, del ingeniero, del fisiólogo, y sobreexcita en ellos el estudio progresivo, jamás saciado, de las ciencias exactas y de las ciencias físicas y naturales.

Impulsa hacia adelante a los aventureros sublimes, y les hace ver como en su sueño un nuevo mundo que descubrir, y visitar y conquistar para la cultura.

Inspira a los inventores, les enseña a desarmar el rayo, les muestra el polo en el extremo de una aguja imantada, hace brotar de su cerebro el vapor, la electricidad, el teléfono, el fonógrafo, la telegrafía sin hilos y todo lo que sabemos o veremos mañana.

De suerte que, de pie sobre la más elevada cumbre de la creación, mostrando con el dedo todas las obras salidas de su inteligencia, puede exclamar con legítimo orgullo el hombre. "Soy el autor de la *Ilíada* y de la *Suma* de Santo Tomás de Aquino. Me llamo Platón, Agustín, Bossuet, Eurípides en el Antiguo Mundo, Calderón en el mundo moderno. Edifiqué el Partenón, y arrojé al espacio la cúpula de San Pedro. Puse los astros en mi balanza; descubrí los continentes ignorados y vogué como dominador más allá de todos los mares. Hablé a mis hermanos de un extremo a otro del mundo con la rápidez del rayo, y uncí el vapor a mis carros. Formé la civilización de Babilonia, de Atenas, de Roma y del mundo moderno. Múestrensenme, pues, los títulos, las ciudades, los descubrimientos, las obras maestras de la raza animal. ¡Atrás las doctrinas insensatas y degradantes que no quieren ver en mí más que huesos, músculos, nervios, polvo! ¡Poseo una inteligencia inmaterial!"

IV. La evidente inmaterialidad de la inteligencia humana.

Que la inteligencia humana es puramente inmaterial, mejor dicho, espiritual, quisiera decíroslo tan claramente, que pudieseis en cierto modo tocar con el dedo esta verdad y tener de ella certeza experimental. Sostengo, señores, que hay en nosotros efectos que no puede producir nuestro cuerpo y glorias que es incapaz de llevar. Hay en nosotros una fuerza inteligente *que rebasa*

nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo está limitado en su *duración,* no ve más que lo actual y lo que impresiona a nuestros sentidos en el mismo instante. Ahora bien, hay en nosotros una fuerza inteligente que rompe con la imaginación las barreras del tiempo y que actúa, por el recuerdo, sobre los acontecimientos pasados, y, por la previsión, sobre cosas que no existen aún. Nuestro cuerpo está limitado en su *dimensión,* no ve más que lo que está a su alcance, lo que cae bajo la acción de los sentidos. Pero hay en nosotros una fuerza inteligente que se burla del espacio, que lo recorre de un vuelo, que adivina millones de estrellas más allá de las que la astronomía ha señalado, corre a sentarse sobre la última de todas y mira todavía más lejos. Nuestro cuerpo está limitado en su *esencia,* no ve más que lo que es material; en vano sería que le pidierais que se elevara a consideraciones, a sentimientos totalmente extraños a sus órganos, tales como la idea del bien y la del mal, de lo justo y de lo injusto, la idea y amor de lo Infinito. Luego hay en nosotros una fuerza inteligente que piensa lo inmutable, lo eterno, lo divino, que se lanza más allá de este mundo visible, que se apodera, por medio de la idea, del Ser único, absoluto, necesario, y lo saluda en su invisible eternidad, a despecho de los sentidos, que no pueden verlo, ni tocarlo, ni sentirlo. Esto es evidente de toda evidencia. Hay en nosotros una fuerza inteligente, que va más alto y más lejos que nuestro cuerpo, que rebasa nuestro cuerpo.

Hay en nosotros una fuerza inteligente que *domina nuestro cuerpo,* que desafía nuestras enfermedades y nuestra decrepitud física. La inteligencia no sigue las vicisitudes de la *salud;* no es raro que un hombre débil sea más inteligente que un hombre poderoso, de robustos hombros y amplio cerebro. Si el cuerpo se debilita

y declina, la fuerza inteligente es con frecuencia más viva y más laboriosa. ¡Cuántos *ancianos,* a pesar de su mucha edad, conservan toda su memoria y una maravillosa lucidez de espíritu! Pascal, casi en la *hora de la muerte* lanza al papel sus más sublimes pensamientos. Racine, con mano temblorosa, escribe *Atalía,* su obra maestra. Cuvier, hasta en su última hora, estudia los pasos de la muerte y calcula sus primeros golpes. ¿A qué continuar? El hombre menos habituado a las especulaciones filosóficas, toca con el dedo la materialidad evidente, mejor dicho, la espiritualidad de la inteligencia humana.

Os propongo, para terminar, dos conclusiones prácticas.

1.° Cultivamos nuestra inteligencia *por la ciencia.* Hay quien dice que la religión es opuesta a la ciencia. Son imbéciles o malvados. La religión declara que la ciencia no es en modo alguno un presente funesto, que es un bien, y que, adquirirlo, es un deber, su desarrollo una ventaja, difundirla un servicio. Sólo que la ciencia no basta. Necesitamos algo más y mejor. ¡Desdichado el espíritu humano que quiera caminar enteramente solo!

2.° Perfeccionemos nuestra inteligencia *por medio de la fe.* Creamos las verdades que Dios nos enseña, aun cuando nos creamos demasiado pequeños para entenderlas.

"Sólo los espíritus mezquinos—escribió Julio Simón—creen poder explicarlo todo y entenderlo todo." La fe es el deber, el mérito, la gloria, y, al propio

tiempo, el descanso, la seguridad, la completa saciedad de nuestra inteligencia. La fe nos prosterna ante Dios. Conservemos esta actitud, y que nuestra inteligencia sea siempre lo que debe ser: la dueña del mundo por la ciencia, y la sierva de Dios por la fe.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCUARTA

La voluntad del hombre

SEÑORES:

El hombre fué hecho a imagen y semejanza de Dios. Y su inteligencia es un reflejo de la inteligencia divina. ¿Será preciso extremar la comparación? ¿podemos sin temeridad atribuírnos algo de ese otro atributo divino que se llama voluntad? Sí, lo podemos. El hombre tiene una voluntad, cuyo poder verdaderamente extraordinario intentaré explicaros. Entremos en materia; en ella encontraremos claridades y lecciones del más subido precio.

I. El poder de la voluntad con relación al cuerpo.

Es incontestable que, estando el hombre compuesto de alma y cuerpo, tiene el cuerpo instintos, arranques, enfermedades, hábitos heredados o adquiridos que obran fuertemente sobre el alma. Pero es también in-

contestable que el alma, por su naturaleza viva y espiritual, es superior al cuerpo, que ella subyuga y que, en caso de necesidad, sacrifica.

Abrid la *historia,* y comprobaréis en cada una de sus páginas el desarrollo espléndido de la voluntad humana en detrimiento del cuerpo y al servicio de la patria y de la religión.

Ved a Leónidas y a sus trescientos espartanos deteniendo en el famoso desfiladero el ejército inmenso de Jerjes; Ved los senadores romanos, que esperan al enemigo en sus sillas curales y se dejan matar antes que descender de ellas; ved a Luis IX cargado de cadenas, que resiste a las proposiciones de la apostasía y confunde con su grandeza de alma a los musulmanes admirados; ved al caballero de Assas, que, sorprendido por el enemigo, hubiera sido salvado mediante el silencio, pero que prefirió morir gritando: "¡A mí, Auvernia!", salvando así todo su regimiento y el honor francés. Allí donde esas grandes almas ofrecieron su vida y dejaron su cuerpo, puede rehacerse y completarse el epitafio de las Termópilas escribiendo: "Viajero, ve y di a Esparta que hemos muerto aquí defendiendo sus leyes y su libertad. Di a la posteridad que el hombre tiene una voluntad ante la cual el cuerpo no tiene que hacer más que obedecer y morir cuando la patria lo exige." Mirad más alto todavía.

Ved los mártires de los Testamentos, desde los Macabeos, víctimas de su fidelidad a las leyes de la Sinagoga, hasta los sacerdotes y los simples cristianos, víctimas de su fidelidad a las leyes de la Iglesia en nuestras recientes revoluciones. Los mártires fueron cargados de hierro, agobiados de golpes, partidos en dos, entregados a las llamas, muertos por la espada, y cuanto más cautivo se sentía el cuerpo, más libre se consideraba el alma. Cantaban mientras escalaban el patíbulo, y sus cantos, elevándose más alto que las llamas, atravesaban las nubes, henchían el espacio, llevaban al cielo la nueva de su victoria. Preguntad a todos esos héroes, que son prez y ornamento del género humano, y de sus miembros dislocados y sangrientos, se escapará una voz que os dirá: "El cuerpo no es más que un servidor y un compañero que el alma puede sacrificar por un gran bien. Hay en el hombre una voluntad ante la cual el cuerpo no tiene que hacer otra cosa que obedecer y morir cuando la religión lo exige." La historia está llena de estas hazañas de la voluntad humana que dice al cuerpo: "Vete; la patria, la religión lo manda; muere!"

Fácil os será, por otra parte, comprobar en *vosotros mismos* este proceder de la voluntad sobre el cuerpo. ¡Cuántas veces, aterrados por vuestras luchas intestinas, os habéis refugiado en las alturas de vuestra alma, y allí, como en un trono, habéis proclamado vuestro real dominio, habéis dictado órdenes, habéis dicho: "¡Oh cuerpo, escúchame! Empiezas a ser menos dócil y menos flexible. Me temo que voy a ser vencido por tus exigencias, deshonrado por tus rebeliones, desconcertado por tus descarríos. Pues bien: quiero imponerte la vigilia, el hambre, la sed, apaciguar tus instintos desordenados, y conducirte así, noble y altivo, pero sumiso, a las grandes luchas y a las grandes victorias. ¿Tienes miedo, vacilas, retrocedes, te encabritas? Contempla las víctimas de las pasiones de la carne, víctimas miserables, extenuadas, faltas de aliento, exhalando de su boca infecta el estertor espantoso de la muerte. Contempla eso ¡oh cuerpo mío! y saldrás de semejante espectáculo gozoso de pertenecer a un caballero que sabe domarte, a un alma cuya inflexible voluntad sabe suavi-

zar y disciplinar tu fogoso natural." Señores, nuestra envoltura material no lo es todo. Decir que únicamente hay en el hombre apetitos que satisfacer, instintos sensuales que saciar, sería abominable doctrina que nos conduciría a los últimos abismos. Afirmemos la preponderancia del espíritu sobre la materia, la superioridad de la voluntad sobre el cuerpo, y veamos hasta dónde llega nuestra grandeza.

II. El poder de la voluntad en relación con los hombres.

Solamente el cuerpo pesa sobre nosotros. Debemos temer la opresión de nuestros semejantes, que ora nos seducen, ora nos violentan. ¿Son nuestros dueños? No. Ante ellos, vuestra voluntad queda libre e irreductible.

Veo a la *muchedumbre* correr al placer, buscar a cualquier precio el bienestar, adorar el éxito. Oigo resonar en mis oídos las cómodas máximas de las que el siglo ha hecho su Evangelio: ¡Gozad, enriqueceos, sed felices, aquí bajo! Además, siento en el fondo de mí mismo una voz que me impulsa a seguir tales ejemplos y aceptar máximas semejantes. ¿Qué voy a hacer? Puedo abandonar el austero camino del deber y de la virtud, pero puedo también resistir, declarar la guerra al mal y hacer alianza con el bien. Pueden tentarme, pero no pueden vencerme. Aparto los ojos de la muchedumbre sin inquietarme si aumenta. Pliego mi vela en vez de abandonarla al viento que sopla. Mi voluntad, un instante conmovida e incitada a correr a la ventura, se endereza serena, poderosa, dueña de sí misma. Resiste como el dique en medio del torrente, y, como la estrella en su esfera, permanece sin desconcertarse en el sitio que el deber le asigna. Mi voluntad es libre e irreductible ante los hombres.

He ahí la *violencia* material que se acerca a mí. ¿Podrá vencerme? A mi cuerpo, sí; a mi alma, a mi voluntad, jamás. En el reinado sangriento de Enrique VIII, una noble dama inglesa, la condesa de Salisbury fué condenada a muerte. Su crimen consistía en mantenerse fiel a la fe de sus mayores, y haber dado a luz al ilustre cardenal Polo. Subió al cadalso, y como el verdugo le ordenase que inclinara la cabeza sobre el tajo, exclamó: "No, jamás mi cabeza se inclinará ante la tiranía. Si tú la quieres, mira de abatirla como puedas." En efecto, señores, el hacha puede mutilar nuestros miembros, pero no puede abatir nuestra voluntad. El perseguidor ha reunido sus ejércitos, cuenta con famosos lugartenientes, posee tesoros, dispone de armas nuevas y terribles. Mas he aquí que un alma, una sola alma le detiene. Quizás es el alma de un niño, de una joven. Pobre perseguidor, ¡cuánta piedad me infundes! Puedes matar ese niño cien veces en una hora, pero no puedes abatir su alma. No puedes exigirle una sola palabra que ella te rehuse, ni puedes ahogar en su garganta una sola palabra que quiera pronunciar en la hora de la muerte. No puedes impedirle que legue a sus hermanos, en su último suspiro, un amor triunfante, y exclamar bajo el filo de la espada: "¡Viva Jesucristo! ¡Viva mi patria!" La violencia es posible contra el cuerpo, mas es impotente contra el alma. La voluntad es libre e irreductible ante los hombres. ¿Es este el término de nuestra grandeza? No, todavía no.

III. El poder de la voluntad con relación a Dios.

La voluntad humana es libre e irreductible con relación al cuerpo, libre e irreductible ante los hombres,

libre e irreductible *ante Dios.* Su poder llega hasta aquí. Verdad es que Dios lo ha previsto todo, y conoce de antemano todas las evoluciones de nuestra voluntad. Pero la previsión divina ¿es un obstáculo a la libertad humana? En manera alguna. Veo que un jugador va a ganar seguramente. ¿Soy yo quien obliga a sus adversarios a dejarse ganar? ¿No juegan ellos libremente? Preveo que un nadador va a ahogarse. ¿Por ventura es mi previsión la causa de su pérdida? Preveo el choque infalible de dos trenes. Esta previsión ¿obliga a avanzar a los maquinistas? Así prevé Dios nuestras acciones libres, y al preverlas, no las hace necesarias. Su creencia no suprime nuestro poder.

Nuestra voluntad es libre con relación a Dios. ¿Quiere esto decir que *es independiente* de Dios? De ninguna manera. Depende de Dios, que es su autor y soberano dueño. Dios manda; nuestra voluntad puede resistir; pero, finalmente, por pendientes invisibles llega siempre al punto previsto y querido por Dios. Bajo la presión de Dios, la voluntad humana, sin dejar de ser libre, se somete y se entrega en absoluto. Faraón capitula; Pablo cae a tierra y exclama: "Señor, ¿qué quieres de mí?" Agustín llora y rompe las cadenas muy amadas de sus pasiones. Bajo la presión divina, los incrédulos hábiles acaban por sucumbir con sus planes mejor combinados. Esto se ha visto y se verá aún. Dios es el dueño. Nosotros somos libres y Dios es todopoderoso; he ahí dos verdades. ¿Cómo se concilian? No estamos obligados a saberlo, ni somos capaces de saberlo. Con razón dijo Bossuet: "Es preciso tener cogidos fuertemente los dos extremos de la cadena, aunque no veamos el medio."

Importa poco buscar y encontrar la conciliación de la libertad humana y la soberanía divina. Lo que importa únicamente es poner nuestra libertad de acuerdo con la soberanía de Dios. Puesto que Dios es soberano dueño, puesto que debe pronunciar la última palabra, *sométase nuestra voluntad* libre y filialmente a la suya. Nos imaginamos de buen grado que ser libres es tener el derecho de engañarnos y perdernos, de correr a la ventura por los caminos del error, del placer y del capricho. Renunciemos a esta ilusión funesta. Tenemos sin duda el poder de desobedecer a Dios, pero no el derecho. Somos criaturas libres, pero no independientes. Sepamos reconocerlo, y usemos noble y santamente de nuestra libertad sometiéndola a Aquel que reina en los cielos y del cual dependen todos los imperios y todas las almas. Servir a Dios, es reinar. Obedecer a Dios, es vencer, Inclinar la cabeza ante Dios, es merecer y recibir la corona.

Cultivad, señores, vosotros el poder de la voluntad, sometiéndola a la ley de Dios. Cultivadla también en el alma de vuestros hijos, alistándola cuanto antes en las banderas de la verdad y el bien. Enseñadles a resistir las indecisiones en materias de fe, las molicies enervantes, los compromisos inconfesables, las defecciones vergonzosas que pierden entre nosotros, en la hora actual, la santa causa de la fe. Llevadlas a la batalla contra Satán, contra el mundo, que es su primer ministro, contra las pasiones, ese pueblo rebelde y desencadenado que hay en el fondo del alma y que tantas inteligencias mantiene con los escándalos de fuera. Posean, finalmente, una voluntad dueña del cuerpo que anima, altiva ante los hombres, humilde ante Dios.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

El corazón del hombre

SEÑORES:

Fuimos hechos a imagen de Dios. Todo lo que hay en Dios, existe en nosotros, con la infinitud de menos. Dios es una inteligencia; el hombre tiene una inteligencia. Dios es una voluntad; el hombre tiene una voluntad. Dios es amor; el hombre tiene un corazón. El corazón... todo proviene de él: los grandes pensamientos, las palabras elocuentes, las decisiones heroicas, las bellezas soberanas de espíritu, lenguaje y acción, las vías fecundas, las muertes gloriosas. Estudiemos, disequemos hoy el corazón del hombre; en él encontraremos capacidades, aptitudes, alturas, amplitudes, profundidades, en una palabra, singularidades que son honor de nuestra raza y reputación aplastante de las teorías materialistas.

I. El hombre tiene un corazón que padece.

¡Magnífico y sangriento privilegio de nuestra natu-

raleza! Conocemos y experimentamos diariamente el *padecimiento moral*. Un héroe polaco cayó en el campo de batalla atravesado de tres lanzadas. El rey, que presenciaba el combate, acercóse al infortunado y le dijo: "¡Cuánto debéis padecer!" Al oir estas palabras, dijo el héroe señalando su llaga sangrienta: "¡Ah, no es esta herida la que más me hace padecer!" Y llevando la mano a su corazón, añadió: "¡Aquí es donde padezco!" El patriotismo había sido herido en él, y todo su dolor estaba concentrado en su corazón como en su fuente. Esto os mostrará, señores, la coexistencia de dos padecimientos en nosotros: uno vulgar y físico, que trabaja nuestro cuerpo y se insinúa hasta en las últimas fibras de nuestro organismo, y el otro, más intenso, más profundo, más elevado, que destroza las cimas inmateriales y las profundidades insondables de nuestro ser. La raza animal no conoce más que el sufrimiento físico. Nosotros los hombres, por cuanto somos grandes, recibimos en los estadios superiores de nuestra naturaleza la visita despiadada del padecimiento moral. Hay en nosotros algo más que miembros dolientes y rechinantes como rodajes fatigados: tenemos un corazón que padece.

¿Verdad que buscáis, *en esta triste tierra*, almas simpáticas a la vuestra que os ayuden a llevar su peso? Amáis y sois amado. Os hacéis un pequeño nido; lo llenáis de otros seres iguales a vosotros; levántase un día un viento frío, uno de esos tristes vientos otoñales, que arrollan las hojas muertas y devastan el árbol familiar... Vuestro corazón, recapitulando su pérdidas, exclama con el poeta:

"Emprendió el camino la madre seguida de sus hijos. Partió el uno, luego el otro, y antes de dos meses, tres de ellos ente-

rré con mis temblorosas manos. Los vi, sí, pero no ya en la flor de la vida, ni ostentando los rasgos que eran todo mi orgullo; los vi, sí, ofreciendo al beso paternal sus frentes juveniles, pero tales como la muerte los dejó, inmóviles en el ataúd."

O bien, si llegan a la edad de hombres, entregáis a la patria vuestros seres queridos, los sacrificáis al honor; o bien defraudan vuestras esperanzas, ajan el honor de vuestro nombre, disipan vuestra fortuna con tantos sudores adquirida; o bien, finalmente, pasan por pruebas, experimentan reveses que de rechazo quebrantan vuestras almas y abren en vuestros semblantes hondos surcos de lágrimas.

No acabaría, señores, si quisiera enumerar vuestros padecimientos. Básteme decir que los que no niegan la existencia del alma humana, no conocen la primera palabra de nuestra naturaleza. Sublévanse contra ellos los gemidos y lágrimas del género humano; porque la mayor parte de esas lágrimas y gemidos provienen, no de las fronteras de nuestro organismo corporal, sino de esa facultad superior e inmaterial que se llama en todas las lenguas el *corazón del hombre*. Continuemos descubriendo sus profundidades y riquezas.

II. El hombre tiene un corazón que busca.

De todos los seres de la creación, el hombre es el más sensible y vulnerable; acabamos de verlo. Pero no es eso todo. De todos los seres de la creación, el hombre es el más ambicioso e *insaciable*. Contemplad los astros del firmamento. Evolucionan en silencio, sin sacudidas ni inquietudes. Ved los rebaños en el prado. Allí están tranquilos y dichosos, adheridos a la brizna de hierba como a su fin último. No hay en torno

nuestro un solo ser que no esté satisfecho, que no halle aquí bajo la satisfacción de sus necesidades. Solamente el hombre, que parece debería gozar más que ningún otro, porque su genio pone a su disposición toda la naturaleza, solamente el hombre desea, quiere, busca, arrastra su queja y su ansiedad en medio del bienestar universal. Muéstrase atrafagado, inquieto, móvil, sin casa ni hogar, cambiando de sitio a cada instante, como un enfermo en su lecho, nómada del deseo y de la voluntad, cuando no lo es en realidad. Tiene fiebre, no vida. Dadle todos los bienes del mundo, todavía buscará algo más. Señores, no he explorado las riberas de vuestro corazón, pero con frecuencia he descendido a los mudos abismos del mío, y sabiendo que el mío y el vuestros son dos hermanos hijos del mismo padre, dos océanos sondeados por la misma mano, os afirmo que el corazón del hombre es un abismo de una forma singular. En él arrojáis todas vuestras alegrías. El abismo estremece, y en vez de llenarse, se ensancha. Su capacidad insaciable engullirá este mundo y todos los mundos. He ahí el hombre. Todo está en paz en la naturaleza, todo está en su puesto, todo es fijo en él, la estrella en su órbita, el río entre sus orillas, el león en su desierto, la oveja en su brizna de hierba. ¿Y nosotros? Un solo gemido de nuestro pecho hace más ruido que toda la raza animal con sus instintos satisfechos y todos los soles realizando, desde remotos días, en el flexible espacio, sus inmensas y apacibles evoluciones.

Busco... pero ¿qué busco? La verdad, que irradia en una palabra, el bien que brilla en la frente de un hombre, la belleza, que resplandece en una obra de genio. ¿Qué más? Todo lo que puedo ver, y aun todo lo que no veo. Busco algo de lo cual todas esas bellezas del arte,

de la naturaleza y del hombre, no son más que pálidos reflejos y rayos esparcidos. Mi corazón se eleva más alto, por encima de todos los límites de la materia; se lanza muy lejos, por encima de las fronteras de este mundo visible, y va a buscar en las profundidades misteriosas de lo Infinito ese no sé qué, bello, acabado, perfecto y eterno, único que puede bastarme.

Lo infinito me atormenta, a pesar mío.
No podría pensar en él sin turbación y esperanza.
Dígase lo que se quiera, mi razón se horroriza
De no comprenderlo, no obstante contemplarlo.

Ahora bien, señores, esta necesidad, esta investigación incesante de lo que no poseo, ¿es un producto de la vil materia? ¿Es que no veis que el corazón del hombre sale a cada instante fuera del cuerpo, fuera del tiempo, fuera del espacio? Sube hasta lo infinito en alas de sus tristezas, de sus desencantos, de sus alegrías, de sus admiraciones, de su amores. Luego no es de la tierra. Luego es otra cosa que polvo vil. Con sus aspiraciones, no menos que con sus padecimientos, proclama el divino origen y la inmaterialidad de nuestra naturaleza. Todavía una palabra sobre este espléndido e inagotable asunto.

III. El hombre tiene un corazón que se sacrifica.

Comprobemos la profunda diferencia que separa la raza humana de las razas inferiores. En estas últimas, el sacrificio y el olvido de sí mismo, son cosas desconocidas. La vida comunicada a los animales es de naturaleza instintiva; los cuidados de la maternidad duran

poco; tan pronto como el pájaro vuela con sus alas, su madre lo abandona, lo olvida, ya no le reconoce. Los nidos caen del árbol, con las flores de la primavera, y todos los lazos que unen a la golondrina con sus pequeñuelos, quedan rotos, desde que éstos tienen alas suficientemente fuertes para desafiar en los campos del espacio los vientos que se elevan sobre el horizonte. Conservación y bienestar del individuo y de la especie, tal es el círculo fatal en el cual quedan encerrados los animales; de él no salen jamás.

El hombre tiene un corazón que se dilata... y en proporciones maravillosas. El corazón del hombre se dilata *en la amistad*. Es su primera fuerza de expansión. Elegimos seres que nos son simpáticos, y les damos un puesto en el hogar de nuestros afectos... El corazón del hombre se dilata después *en la familia*. Es una segunda fuerza de expansión. Entre nosotros y los que nos están unidos por los lazos de la sangre, existe una simpatía que nada puede suprimir, ni la distancia que de ellos nos separa, ni los años que transcurren, ni la muerte misma que por siempre jamás los separa de nuestros brazos. Luego el corazón del hombre se dilata en el amor *de la patria*. Es su tercera fuerza de expansión. Amamos a los que hablan nuestra lengua y viven en nuestro suelo; nos mostramos orgullosos de sus éxitos, conmovidos por sus reveses, entristecidos de sus pruebas, y, para salvar el país, corremos a morir en las fronteras. ¡Oh corazón del hombre! ¿son estos los últimos límites en donde va a quebrarse la inmensidad de tus ondas? No. El corazón del hombre se dilata, finalmente, *en el amor del género humano y en el amor de Dios*. Es su cuarta y suprema fuerza de expansión. Mirad cómo sube ese pontífice lo mismo a la barricada que al altar, vedlo caer atravesado por las

balas y morir anhelando que su sangre sea la última vertida. Contemplad esa religión prodigando su vida cerca de los niños, de los enfermos, de los ancianos. Fijaos en esos sacerdotes franceses pagando el impuesto de sangre en ese país lejano, en el que, al precio de mil fatigas y peligros, implantan con las verdades y virtudes del Evangelio, la estimación y respeto de la madre patria. He ahí el corazón del hombre. He ahí la escala sangrienta, sublime, que sube todos los días: la amistad, la familia, la patria, el género humano, Dios.

Ahora bien, si el hombre no es más que polvo vil, ¿cómo puede subir tan alto y desplegar sus alas hasta semejantes alturas? Evidentemente, somos hechos a imagen de Dios, que es espíritu y amor, y mejor todavía que la inteligencia y la voluntad, canta el corazón del hombre nuestro divino origen y proclama nuestra espiritualidad.

¡**Cuántas conclusiones** se atropellan aquí en mis pensamientos y en mis labios! Sólo os expondré dos:

1.ª *Cultivad el corazón de vuestros hijos.* Formadles un corazón sensible y bueno, desinteresado y generoso, un corazón grande y sobre todo, un corazón puro. Esto es difícil, porque los tiempos son malos, y la corrupción se desborda. Pero es necesario, porque si vuestros hijos no tienen un corazón puro, ¡desgraciados de ellos y de vosotros! Pero ¿cómo les formaréis un corazón puro sino con la religión, única que posee el secreto de dar a la juventud una sensibilidad casta, delicada, llena de modestia y de honor? Cultivad el corazón de vuestros hijos.

2.ª *Cultivad vuestro propio corazón* en la escuela

de Jesucristo. Haced que palpite por Dios y por la patria, por la verdad y el bien, y poned sobre él la mano de vuestros hijos, para que aprendan de vosotros el secreto de los grandes sentimientos y de las nobles conmociones, el secreto de una pureza sin tacha y una abnegación sin límites.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEXTA

El hombre es más grande que el espacio

SEÑORES:

El cuerpo, la fisonomía, la palabra del hombre, la inteligencia, la voluntad y el corazón del hombre, deponen en favor de la existencia y espiritualidad de nuestra alma. Las doctrinas materialistas van a recibir nuevas heridas, y, en cierto modo, el golpe mortal de las consideraciones que voy a exponeros sobre la grandeza del hombre. El hombre es grande, más grande que el espacio. Discutamos sobre esto las apariencias y la realidad.

I. En apariencia, el hombre es insignificante. Infinitamente pequeño.

La pequeñez humana es de tal modo visible, que es casi superfluo hablar de ella.

Experimentamos el sentimiento de la pequeñez hu-

mana al ver desaparecer de una vez centenares y *millones de vidas*, que se funden como copos de nieve a los rayos del sol, ya cuando somos testigos de una epidemia, que siega los hombres sin piedad, ya cuando recorremos un campo de batalla, todo cubierto de cadáveres, ya cuando asistimos a uno de esos accidentes, tan frecuentes hoy en día, que cubren el suelo de informes despojos humanos.

Experimentamos el sentimiento de la pequeñez humana cuando visitamos un *cementerio*. En presencia de ese innumerable ejército de piedras tumulares que la humedad empieza a corroer; en presencia de esas fosas anónimas, donde descansan tantos pobres desconocidos; en presencia de ese fango humano, que muy pronto no será más que un montón de polvo, parece casi imposible, casi irrisorio afirmar el valor, dignidad y grandeza del hombre, del cual la muerte se burla con tanta crueldad.

Experimentamos el sentimiento de la pequeñez humana cuando consideramos la *multitud* en medio de la cual nos sentimos como perdidos, solitarios, ignorados, como un rodaje en el inmenso mecanismo, como una cifra en la inmensa adición, como una gota de agua en el inmenso océano; cuando pensamos, según la expresión de Bossuet, que no hemos venido aquí bajo más que para hacer número, y que la pieza no hubiera dejado de ser representada, aunque hubiéramos permanecido detrás del teatro.

Experimentamos, por modo más intenso todavía, el sentimiento de la pequeñez humana, cuando comprobamos asombrados los descubrimientos de la *ciencia* moderna. ¡Oh hombre, contempla lo poco que eres! Nuestra tierra no es más que un planeta imperceptible, uno de los satélites del sol, y el sol, a su vez, no es

más que uno de los millares de astros que gravitan en torno de un centro desconocido. El *número* de estrellas que se mueven en el espacio indefinido, es incalculable. La *distancia* que las separa de nosotros, no puede ser expresada por cifra alguna. Ved la estrella polar. Si en este mismo momento se extinguiera, los rayos que nos enviaría proyectarían aún sus destellos más de treinta años, de suerte que el niño que nace en el día de hoy, vería todavía, convertido en hombre, el astro extinguido en el momento en que os hablo. Detrás de esta estrella perfectamente conocida, se extiende la vía láctea, es decir, un cinturón de mundos perdidos en la inmensidad; ahora bien, nos dicen los sabios que la luz de estos astros de la vía láctea, para llegar a nosotros, camina durante diez mil siglos a razón de setenta y cuatro mil leguas por segundo. Ante estas formidables cifras, retrocedemos asombrados, y, con Pascal, exclamamos: "¡La soledad de esos espacios infinitos me espanta!" Testigos conmovidos del pequeño puesto que ocupamos en el universo, bajamos la cabeza cuando se nos habla de nuestra grandeza. Pero "no es permitido al hombre—dice Boussuet—despreciarse del todo, temeroso de que, creyendo, con los impíos, que nuestra vida no es más que un juego en el que reina el azar, camine sin regla y sin conducta a merced de sus ciegos deseos." Sí, en apariencia, el hombre es insignificante, infinitamente pequeño. Pero

II. En realidad, el hombre es grande. Infinitamente más grande que el espacio.

El hombre es grande *por el pensamiento.* Cierto día, Napoleón, dueño de Europa y del mundo, estaba rodeado de sus generales, saboreando a sus anchas el

incienso mercenario que los adoradores del éxito tienen costumbre de tributar a los personajes felices y advenedizos. "¡Señor, le decía uno de sus aduladores, sois más grande que el mundo!" Rechazo, como exagerada y absurda esta manera de hablar a un mortal, cualquiera que sea, pero acepto la fórmula como expresión de una verdad filosófica. y afirmo que, por su alma, por su pensamiento, el hombre, el último de los hombres, el niño, el niño más pobre, es más grande que el mundo. Meditemos aquí las hermosas palabras de Pascal: "El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero una caña pensante. No es preciso que el universo entero se arme para aplastarlo. Un poco de vapor, una gota de agua basta para matarlo. Pero aun cuando el universo lo aplastara, el hombre sería todavía más noble que lo que le mata, porque sabe que muere, y de la ventaja que el universo tiene sobre él, nada sabe el universo. Toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento; éste nos realza, no el espacio y la extensión, que no podríamos llenar. Por el espacio, el universo me comprende y me absorve como un punto; por el pensamiento, yo lo comprendo, lo contengo, lo rebaso, lo llevo en mi cabeza." Qué verdad tan grande, señores! Uno solo de nuestros pensamientos es más vasto que el universo.

Escuchad: tocad con el dedo la verdad de que nuestro valor real no se mide por nuestro volumen exterior y aparente. He ahí un pastorcillo sin fuerza física y sin cultura intelectual, que dirige un rebaño de bueyes, que los domina, los amansa, los doma, dispone de ellos como dueño. Ejerce sobre ellos un ascendiente absoluto. Les es radicalmente superior. ¿Por qué? Porque está dotado de inteligencia. El rebaño de bueyes ocupa una extensión mucho más considerable que el que lo

dirige; pero el conductor, el pastorcillo, tiene un alma, un pensamiento, que supera infinitamente al rebaño entero. Del mismo modo, no tendríais razón si tratarais de asombrarme, de espantarme, de aplastarme, de confundirme con los átomos y el polvo abriendo ante mis ojos las perspectivas astronómicas y la inmensidad del universo. Soy más grande que todas esas inmensidades. Mi espíritu camina más deprisa que la luz, y más lejos que el espacio. En un instante imperceptible, sin abandonar el cuerpo al cual anima, mi pensamiento atraviesa el mundo en todos sentidos, se lanza del mundo material al mundo espiritual, de las esferas sensibles a la esfera inteligible, de lo finito a lo infinito. Desde el seno del espacio en que opera, el alma ve bajo ella todos los espacios. El hombre es grande, infinitamente más grande que el espacio. Es grande por el pensamiento.

El hombre es grande por su *índole moral.* Por ella especialmente, es trágica y solemne su vida. El hombre puede decidir de su propio destino, puede obedecer o resistir a la ley de su ser, ¡es responsable! En todo el universo material, en toda la raza animal, no hay un átomo de libertad, un átomo de responsabilidad. El último de los hombres, el último de los malhechores tiene una libertad y una responsabilidad moral. La simple razón lo proclama, y el Evangelio, de tal modo lo ha hecho evidente, que nadie puede ponerlo en duda. El hombre no es un bruto que va fatalmente al bien o al mal, a la muerte o al respeto de sus semejantes. El hombre tiene un alma, una libertad, una responsabilidad. Puede contradecir al mismo Dios. Puede perderse o salvarse.

Hay quien se complace en referir lo poco que somos en relación con la inmensidad, y, por tanto, el poco

eco que tienen nuestros actos en el orden universal. ¡Tened cuidado! En esas humildes confesiones, en esa doctrina de aniquilamiento, ocúltase una profunda inmoralidad. Se achica al hombre para apartarlo de Dios, para atenuar su responsabilidad, persuadiéndole de que, haga lo que quiera, es tan poca cosa que no es posible tomar en cuenta sus actos. Digo que esta doctrina es inmoral, porque, destruyendo la responsabilidad, destruye a la vez el mérito y el demérito, el vicio y la virtud, todos los resortes y todos los elementos de la moralidad. ¡Oh hombres, permanezcamos en el pedestal que Dios nos dió cuando nos hizo a su imagen y semejanza. En apariencia somos insignificantes, infinitamente pequeños, pero en realidad, somos grandes, infinitamente más grandes que el espacio, por cuanto lo rebasamos con el pensamiento y la libertad, con la facultad intelectual y la facultad moral.

Conclusión.—El hombre es grande por el pensamiento y por su carácter moral... Pensemos en ello por nosotros mismos, y no pongamos nuestra grandeza donde no debe ponerse. Lo que constituye la gloria inesperada de un hombre, de un pueblo, de un siglo, no es ni el perfeccionamiento de su bienestar, ni el aumento de su riqueza, ni su potencia material, sino su ideal, la elevación de sus principios, de sus sentimientos, de sus actos.

El hombre es grande por el pensamiento y por la índole moral... Tened muy presente esta verdad, padres que tenéis hijos que educar. Disciplinad su carne, contened el ímpetu de sus apetitos, influid sobre su alma, dirigidla con respeto, ternura y firmeza, enseñadlos a trabajar, no a comer, a velar, no a dormir, a vencer, no a ceder, a vivir, no a vegetar. Alimentad y cui-

dad el cuerpo, pero pensad más en la formación de la inteligencia, de la voluntad, del corazón.

El hombre es grande por el pensamiento y por el carácter moral. Téngase esto muy presente cuando haya que dirigirse al pueblo. No se le diga en modo alguno que para él todo se reduce a gozar y divertirse, porque sería una mentira y una infamia. El pueblo tiene necedidad de dignidad, no menos que de pan y de diversión. Sin duda, tiene necesidad de bienestar, pero tiene más necesidad de luz, de virtud, de resignación, de elevación moral, de religión, en fin. He ahí lo que no ven millares de personas honradas. No ven más que las necesidades superficiales de la sociedad. Olvidan que las almas están enfermas, y que el alma es la que principalmente necesita remedio. Hombres inteligentes que me escucháis, sabed, pues, que las causas de nuestro malestar son especialmente morales y religiosas. Sabed, pues, que nada habéis hecho, mientras no hayáis reformado el alma de vuestros contemporáneos poniéndola en contacto con Jesucristo. El hombre es grande por el pensamiento y por el carácter moral. Dirigíos, pues, al lado noble de su naturaleza. No lo tratéis como una cifra, como un rodaje, como un ser cualquiera. De los siete días de la semana, dadle uno para que precise en su grandeza y para que la cultive, y colocadlo en condiciones materiales que le permitan conservar y aumentar su valor intelectual y moral.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEPTIMA

El hombre es rey y sacerdote de la creación

SEÑORES:

El hombre es grande por el pensamiento y por la libertad; es más grande que el espacio. Lleva en su alma un reflejo de la inmensidad divina, y añado que Dios, habiéndonos creado a su imagen y semejanza, debió hacernos partícipes de su autoridad soberana sobre la naturaleza. En efecto, con esto coronó su obra. Después de formar al hombre, dióle Dios a cultivar y guardar el Paraíso terrenal, y le presentó todos los animales, "para hacerle ver—dice Bossuet—que no solamente todas las plantas y todos los frutos de la tierra le pertenecían, sino también todos los animales que, por la naturaleza de sus movimientos, parecían menos sujetos a su imperio." En presencia de la naturaleza, que le pedía un dueño, el Creador nos ha ceñido la diadema y nos ha dicho. "Reinad, someted todas las cosas; *dominamini, subjicite*. Sed reyes, sed sacerdotes."

I. El hombre es rey de la creación.

En el momento en que, viajero recién nacido, puso el pie en esta tierra desconocida, vió el hombre desenvolverse en su presencia la naturaleza que le rodea por todas partes, y que le presenta la barrera de sus leyes, la fuerza de sus elementos, la inercia de sus masas. ¿Qué es el hombre en ese mundo exterior? ¿un rodaje ciego y pasivo. No. Es rey, rey del mundo exterior y visible. En efecto, tiene una inteligencia, una voluntad, dos brazos, y, provisto de su inteligencia, de su voluntad y de sus brazos, ha venido a hacer grandes cosas en la tierra. Vedle en acción.

Rey de la creación, el hombre transforma la naturaleza *por medio del arte*. Bajo su mano laboriosa, la superficie del globo toma formas diversas. La tierra entreabre su seno para recibir la simiente que el hombre le confía. Las montañas se rebajan y se llenan los valles al paso del hombre. Desciende el hombre a las entrañas del globo, y va a bucar en ellas la piedra y el mármol que se convierten en columnas altivas, en bóvedas suntuosas, en grandiosos edificios, en capiteles hábilmente cincelados. El hombre anima y hace vivir la piedra muda e inanimada, la tela insensible y grosera, los sonidos incoherentes y confusos. Y no contento con obrar sobre las formas, actúa sobre las fuerzas materiales.

Rey de la creación, aplica el hombre las fuerzas de la naturaleza *por medio de la industria*. Convoca ante sí todos los elementos, los interroga acerca de su número, de su peso, de su medida; descubre sus partes más íntimas, sus propiedades más secretas, sus virtudes más ocultas... y de todas esas fuerzas suavizadas, domadas, hace los satélites de su poder, los instrumentos

de su actividad. Inventa la imprenta, el vapor, la electricidad. Pero esto no le basta, y así, al propio tiempo que saca las formas y combina las fuerzas materiales,

Rey de la creación, descubre el hombre las leyes de la naturaleza *por medio de la ciencia*. ¿Cuántos siglos estuvo contemplando con indiferencia el hombre el agua que hervía sobre el fuego, hasta que, por fin, la mirada intuitiva del genio penetró la ley oculta en el fenómeno, y se apoderó de ella? Digamos lo mismo del pararrayos, del telégrafo y de tantas otras maravillas. Tratáis de dirigir ese globo, de hacerle llevar pasajeros. Tenéis razón. Lo que falta no es la fuerza; está en el inmenso arsenal de la naturaleza; abrid los ojos; lo que falta es el genio que descubra la ley para gobernar la fuerza. Se descubrirá la ley, como tantas otras... y como, gracias a la imprenta, nada se pierde, marchamos al encuentro de un tiempo en el cual las leyes generales pesarán cada vez menos sobre los hombros del género humano... ¡Cuánto camino llevamos andado ya desde aquel audaz mortal, que fué el primero que unió la vela a la verga, hasta aquel otro que colocó el vapor, como una tempestad concentrada, en los flancos de un navío! Bajo nuestra mano, la naturaleza entera se convierte en laboratorio de la ciencia humana, como ella es, por otra parte, el templo del arte humano y el palacio de la industria humana; y así, por el arte, la industria y la ciencia, ha sabido el hombre triunfar de la creación alterando sus formas, combinando sus fuerzas, descubriendo sus leyes. Todo es para nosotros: el cielo con sus innumerables soles, el océano con sus abismos, la tierra con todas sus riquezas, los minerales, los vegetales, los animales. El hombre es rey. Saludad, criaturas de este mundo, saludad a ese monarca poderoso!... Y tú, monarca, saluda al Rey de los reyes.

¿Lo habéis oído, señores? Os invito a saludar a alguien que es superior a vosotros. Vuestro reino es un reino vasallo, que depende de un Soberano dueño. El hombre no es rey sino a condición de ejercer, en nombre de la naturaleza entera, un oficio sagrado que completa su grandeza; es pontífice.

Seguidme... No creo que sea posible deciros cosas más irrefutables, más claras, y que más os ennoblezcan.

II. El hombre es sacerdote de la creación.

Acabo de cantar vuestra realeza, pero precisamente porque esta realeza es espléndida y crece cada día, nos deslumbra. He aquí lo que ocurre.

El hombre de este siglo se ha hecho rival del Creador, y porque tiene, cautivos y trémulos, los elementos en sus crisoles, hace el papel de Dios, según la expresión atrevida de Bossuet, y exclama: "Montado en una nave aérea, me paseo por entre los astros del firmamento; he puesto alas a mis proas aventureras, y surco el océano con la velocidad de las aves marinas; he instalado el fuego en mis carruajes, y mi carrera de Oriente a Occidente, no ha dejado más que la huella del relámpago. Un Dios creó las olas furiosas, y yo las domo... Creó Dios la tempestad, y yo la dirijo; creó las distancias, y yo las borro. Gritaron un día en el cielo: "¿Quién, semejante a Dios?" Y yo me presto, con las pruebas en la mano, para sostener la concurrencia, porque dueño del mundo es quien hace mover casi todos sus resortes." He ahí, señores, la gran tentación de este siglo, el gran peligro de nuestra realeza. Hemos nacido en una época en que el poder del hombre ha tomado proporciones colosales. ¡Hemos contemplado tantas maravillas! Tenemos caminos de hierro y

telégrafos eléctricos, el teléfono y el fonógrafo, la torre Eiffel, el método Pasteur, Suez, Panamá. Pronto se tendrá la dirección de los globos. La embriaguez nos domina. "Si analizamos la atmósfera intelectual de este siglo—dice un autor,—encontraremos cuatro quintas partes de orgullo." Si tantos hombres viven hoy sin rezar, sin adorar, sin altar, sin Dios, es porque, en el fondo, evitando confesárselo, se imaginan que no tienen necesidad de él: tan profundo es el orgullo, tan monstruoso el encanto, tan formidable la crisis que atraviesa en este momento el linaje humano.

Dios, que todo lo hizo, reclama como derecho absoluto e inalineable el homenaje de toda su creación. Ahora bien, ¿es qué las criaturas ininteligentes pueden glorificar a Dios, cuando carecen de la conciencia de sus actos, del conocimiento de su destino, de la facultad de obrar libremente? Pero no. Todo ser que quiere ser glorioso anhela el homenaje de un ser inteligente y libre. Y si Alejandro, Escipión, César, todos los grandes capitanes del mundo, no hubieran tenido por espectadores y actores de su triunfo más que los caballos, las armas, los estandartes de los vencidos, los árboles del camino, los monumentos de las capitales, la tierra entera y aun todos los astros del firmamento; si no hubiesen oído a los pueblos celebrar su valor y cantar sus hechos elevados, hubieran muerto de despecho sobre sus trofeos. Pero lo que anhela instintivamente el hombre revestido de la majestad sangrienta del vencedor, lo quiere Dios en mayor medida y con mejor derecho, pues está revestido de la majestad sin tacha de Creador y bienhechor. Dios quiere homenajes inteligentes y libres. ¿Quién se los rendirá? ¿Quién dirigirá hacia El el incienso que merece y reclama, el incienso de la adoración y de la gratitud?

¿Quién? Vosotros, señores, yo, el hombre que une, a la inteligencia para conocer a Dios, el corazón para amarle y los labios para decírselo.

Semejantes a copas gigantescas, la tierra y los astros se balancearían en vano en el espacio, y Dios apartaría de ellos su mirada como de un espectáculo indigno de su santísima majestad, si no viese salir de estos incensarios siempre en movimiento el aroma de nuestras adoraciones y plegarias. Hablemos sin figuras. No pudiendo glorificar a Dios por un acto inteligente y libre, las criaturas tienen necesidad de ser representadas en el cumplimiento de este gran deber. Y por cuanto el hombre rey es la inteligencia del mundo exterior, Dios quiso que su realeza fuera un sacerdocio. Todo acaba en nosotros, a fin de que, por medio de nosotros, todo acabe en Dios. El hombre es rey; saludad, criaturas de este mundo, saludad a este monarca poderoso... y tú, monarca, sacerdote de la creación, saluda al Rey de reyes, y haz subir hasta El el homenaje de sus obras.

Conclusión.—No perdamos nuestro puesto, señores. Somos los *reyes* de la creación. No envilezcamos con vergonzosos placeres este cuerpo en el cual tanto arte derrochó el Supremo arquitecto. No permitamos que se obscurezca, por la ignorancia o el error, esta luminosa *inteligencia*, que lleva la impresión del rostro divino; no entreguemos a las solicitaciones de dentro ni a las atracciones de fuera esta libre *voluntad*, de la cual es la virtud su natural ornamento. No profanemos este noble *corazón*, que aspira a elevarse a Dios en alas de la pureza y de la abnegación.

Somos los *sacerdotes* de la creación. Pensemos en ello. Cuando, espectadores inmóviles de las maravillas del mundo, contenemos, con impía resistencia, los admirables arranques del alma hacia Dios, no ocupamos

nuestro puesto, nos convertimos en seres inútiles, ¿qué digo? nos convertimos en seres perjudiciales, porque conspiramos contra nosotros mismos y contra la naturaleza entera. ¡Faltamos a nuestra vocación! Newton no pronunciaba jamás el nombre de Dios sin inclinar su potente cabeza. "A medida que penetró más y más en el fondo de la naturaleza—decía Buffón,—respeto más profundamente a su Autor" Haced lo mismo ¡oh hombres!, y vuestro dominio sobre el mundo, acabe en un acto de adoración. Elevaos a la cumbre de la creación para amar con corazón más ardiente y cantar con voz más vibrante a su glorioso Autor.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCTAVA

El hombre es inmortal

SEÑORES:

Creado el hombre, contempló el espacio, que se desenvolvía inmenso ante sus ojos, y exclamó: "¡Soy más grande que el espacio!" Consideró la creación entera, y exclamó: "¡Soy el rey del mundo!" El hombre lleva en su alma un reflejo de la inmensidad divina, y en su frente un reflejo de la soberanía de Dios. Pero pasó el tiempo... El tiempo nada respeta. Aja las flores en un día, y las encinas en un siglo. Abate a los leones sobre la arena del desierto, y a las aves en las riberas de los ríos. Los astros mismos se desmoronan bajo la mordedura del tiempo; se extinguen, se rompen y llenan de trozos el espacio que antes inundaban de luz. ¿Y el hombre? ¿Resiste el hombre el tiempo? Sí. El hombre es indestructible. Por su alma es inmortal. Hay hombres que dicen: "El hombre carece de alma, y cuando muere, todo muere." Estos hombres son in-

sensatos. Todas las voces del cielo y de la tierra se unen para confundirlos.

I. Pregunto al *hombre,* y su naturaleza, sus aspiraciones, sus exigencias me dicen que es inmortal.

1.° *Puede,* en primer lugar, serlo. Sin duda que nuestro cuerpo se descompone por la muerte, cae en disolución, se disgrega, se pulveriza. Pero ¿nuestra alma? Es simple, y su incorruptibilidad nativa resiste a todos los golpes del tiempo. ¿Cómo dividir lo que no tiene partes, lo que es simple, lo que es puramente espiritual? Y si nuestra alma no puede descomponerse, ¿por qué habría de ser aniquilada? ¿Pues qué? Los elementos divisibles de mi cuerpo ¿se conservarían indefinidamente en el espacio, y mi alma indivisible se reduciría a la nada? Mi cuerpo enfermo se limitaría a cambiar de forma, y mi alma, porción la más noble de mi ser, ¿quedaría destruida? Los átomos materiales tendrían virtud para desafiar al tiempo, y mi alma perecería miserablemente, a pesar de ser madre del pensamiento y de la virtud? Habría hecho Dios contra mí una excepción de la ley general que libra a todos los seres del aniquilamiento? Eso no es verosímil, eso no es posible. Tengo un alma que es simple, que es superior a mi cuerpo. Luego puedo ser inmortal, y, en efecto, lo soy.

2.° El hombre *quiere* ser inmortal. Ser del tiempo, desprecio el tiempo. Flor de un día, quiero eternizarme en la tierra. Homero vive pobre, miserable, ciego, pero se consuela pensando que la posteridad repetirá sus versos. Aparece Napoleón en el balcón del Louvre con su hijo en brazos, y exclama: "¡El porvenir, el

porvenir es mío!" Todos queremos vivir, vivir en la estimación y en la admiración de los hombres, vivir en el corazón de los que amamos, vivir en la fama de nuestras obras, vivir en la perennidad de nuestra fortuna, vivir por el recuerdo de los beneficios, vivir a pesar de la austera experiencia que nos recuerda cada día nuestra caducidad y la brevedad de nuestra existencia. Todo muere en torno mío, y siento que mi mismo cuerpo se me escapa, y se va a trozos. Debería habituarme a este pensamiento y decirme: "Las hojas se desprenden, las flores se ajan, las olas se extinguen, todo muere. Luego muy justo es que yo muera también." A pesar de ello, protesto contra la muerte. No obstante la certeza de sus golpes, la muerte no puede arrancarme la confesión de su triunfo. Puedo y quiero ser inmortal, y, en efecto, lo soy.

3.° El hombre *debe* ser inmortal. ¿Por qué?

1. Porque el hombre no podría ser honrado en esta vida, si nada tuviera que temer ni esperar de la otra. ¿A qué decir verdad, si una mentira feliz puede dar influencia, y si, después de esta vida, no hay que dar cuenta de nada? ¿A qué incomodarse con la justicia y respetar el bien de otro, si una expeculación sin probidad, pero hábil, conduce con seguridad a la fortuna, y si, después de esta vida, no hay que dar cuenta de nada? ¿A qué reprimir las pasiones, resistir a la sed de placeres, al goce inmediato y máximo, si el alma no es nada, si el cuerpo lo es todo, si nuestro destino acaba con la vida presente, y si, en la vida futura, no hay que dar cuenta de nada. El hombre debe ser inmortal, de lo contrario, puede impunemente mentir al primero que llega, enriquecerse a cualquier precio, gozar sin

restricción alguna. No habiendo sanción después de la muerte, la moral no tiene razón de ser; se derrumba como un edificio falto de sus fundamentos. El hombre debe ser inmortal ¿Por qué?

2. Porque no podría mantenerse en pie la sociedad, una vez perdidas las creencias, la noción y el temor de la justicia eterna. En una sociedad materialista que no cree ni en Dios, ni en el alma, ni en la vida futura, podríanse pronunciar todavía los nombres sagrados de autoridad y libertad, pero las realidades que expresan habrán desaparecido sin remisión. La autoridad se envilece, o por exceso de tolerancia, o por exceso de despotismo, y la libertad sucumbe, o en la opresión que la suprime, o en la licencia que la deshonra. Considerad esas masas laboriosas, a las que se ha arrebatado la esperanza de la otra vida, dejándoles, por supuesto, las privaciones inevitables de la vida presente; considerad esas masas innumerables, esos cinco o seis millones de obreros, que no tienen ni siquiera un día a la semana para descansar, para divertirse, para consolarse, transfigurarse y espiritualizarse con la idea de la inmortalidad; en vano será que pronunciéis ante ellos palabras pomposas y frases sonoras, brillantes declamaciones sobre la ciencia y el progreso; en vano será que les deis escuelas a millares; saber leer, escribir, contar y aun cantar con afinación, no hace a nadie ni más sabio ni más feliz. Hay que abrir a los ojos de esos hombres abrumados, sufridos, doloridos, las gloriosas perspectivas del porvenir eterno; hay que mostrarles en el término del surco que riegan con el sudor de su frente y con sus lágrimas, la herencia eterna que los espera... a fin de que, en vez de manifestarse airados como la tormenta, o de reconcentrarse

en su interior con todos los furores de la desesperación, desahoguen su corazón ante Dios con la certeza de una retribución equivalente y proporcionada. El hombre debe ser inmortal. ¿Por qué? Porque la civilización, la sociedad, las costumbres son como un rosario cuyo nudo está en la creencia en la inmortalidad del alma. Romped el nudo, todo se va, todo se dispersa, todo desaparece.

Hay hombres que dicen: "El hombre no tiene alma; cuando uno muere, todo muere." Son insensatos. Todas las voces de la tierra los confunden. Puedo, quiero, debo ser inmortal; luego, en efecto, lo soy. Y si, con sólo interrogarme a mí mismo, siento que se iluminan todas mis esperanzas, y que vibran todas mis convicciones de inmortalidad, ¿qué será cuando eleve los ojos al cielo y piense en Dios? Oigamos su palabra soberana.

II. Interrogo a Dios y todos sus atributos proclaman su inmortalidad.

1.° Dios es *sabio*... luego el hombre es inmortal. Imaginaos un Dios que, habiendo hecho al hombre, lo llena incesantemente de deseos que jamás se verán saciados, y le impulsa hacia un término que jamás será conseguido... un Dios que, habiéndonos creado para la verdad sin sombras, para el bien sin mezcla, para la belleza sin nubes, para la vida sin fin, para la paz sin turbulencias, nos arroja despiadadamente en la noche, en el vacío, en la nada eterna. ¡Qué contradicción! Dar a la más noble de sus criaturas una facultad sin objeto, una dirección sin fin... sembrar la desesperación en su alma, encendiendo en ella deseos inextinguibles... ¿es posible concebir nada más indigno de

un ser soberanamente sabio? Por otra parte, la sabiduría de Dios consiste en conducir todas las cosas con peso, número y medida. Ahora bien, este orden perfecto, ¿dónde se encuentra aquí bajo? ¿cuál es el plan de la Providencia? ¡Llegue, llegue, por fin, el día en que la sabiduría divina aparezca en toda su luz y en toda la profundidad de sus consejos eternales! ¡Llegue, llegue, finalmente, el día en que veamos cómo Dios respetó la libertad del hombre, sin dejar de inclinarla hacia el bien... cómo quebrantó todos los obstáculos para conseguir sus fines dejando a cada uno la responsabilidad de sus actos! Dios es sabio; luego el hombre es inmortal.

2.° Dios es *bueno*... luego el hombre es inmortal. Dios nos ama, "porque es padre, *nemo tam pater*," ¿y de repente nos aniquilaría y pasaría el resto de su eternidad gozando de la vida de no tener ya hijos, menor en su amor que esa madre que es alabada por las Sagradas Escrituras por no haber querido consolarse de la muerte de sus hijos?... ¿Pues qué? Hace veinte años que trabajo mi corazón para hacerlo puro y fecundo, para apartarlo de todo lo bajo, vil, perecedero y pasajero, para arrancarlo de las garras de las pasiones degradantes, para hacerlo subir de virtud en virtud... y en el momento en que mi corazón produce flores y frutos, ¿la muerte cogerá las flores, la nada cosechará los frutos?... en el momento en que mi corazón abre sus alas para entrar en la verdadera vida, ¿se apoderará de él la muerte, lo devorará la nada? ¡Ea, pues! El alma no puede engrandecerse para morir, no puede levantar el vuelo para sumirse en el vacío, no puede adornarse para reducirse a la nada. Esto sería atroz, luego es increíble. Dios es bueno, luego el hombre es inmortal.

3.° Dios es *justo*... luego el hombre es inmortal. Dios todo lo ve, el bien y el mal, los vicios odiosos y las virtudes sublimes. No es posible que este espectáculo le deje indiferente e insensible. Yo, que soy carne y sangre, cuando veo el vicio que triunfa y la virtud que sucumbe, tiemblo de indignación... Y Dios, la Justicia infinita, ¿no experimentaría nada? ¿no sentiría nada? ¿no diría nada? Dios es legislador, es juez, es renumerador y vengador; debe recompensar y castigar a cada uno según su mérito y demérito; ahora bien, os pregunto: ¿es que la justicia de Dios interviene aquí bajo? ¿es que se ejerce matemáticamente aquí bajo? Bien sabéis que no. Dijo el P. Monsabré: "Encorbada bajo el peso del dolor, llega con harta frecuencia la virtud al término de su carrera, sin haber sentido la mano acariciadora de Aquel que decía: ¡Animo, animo! Colmado de misteriosos favores, sonriente el vicio, se adormece en su triunfo escandaloso. No todo acaba, pues, con la muerte. La justicia quiere que la virtud desgraciada tenga su reparación en Dios, que Dios tenga su reparación en el vicio impune." Dios es justo; luego el hombre es inmortal. Todas las voces del cielo y de la tierra cantan nuestra inmortalidad.

Vivamos, señores, en la santa e invencible certeza de la vida futura. Cristobal Colón marchaba al descubrimiento del Nuevo Mundo; no había visto aquel mundo misterioso y encantado, pero presentimientos y cálculos irrefutables murmuraban a su oído: "¡Marcha, marcha! Allí bajo, en el extremo del horizonte, hay un nuevo mundo." Y Colón olvidaba las fatigas de la travesía pensando en el término del viaje. Nosotros también, apoyados en los potentes argumentos de la razón y de la fe, soportemos alegremente las privaciones de la vida presente, bogando hacia las riberas

de la vida futura... Un escéptico, contemplando cierto día una Hermana de la Caridad, bella, joven, que había despreciado el más dichoso porvenir del mundo para consagrarse al servicio de todos, le decía en son de broma: "¡Bien lucida quedaríais, Hermana mía, si no hubiese otra vida!" Y la angelical criatura, mirándolo con un rostro en el cual ya se reflejaba el cielo, le respondió: "¡No puedo en modo alguno comprender lo que decís, porque ya en esta vida estoy gozando de las delicias de la otra!" Y el pobre desdichado, sin fe en la vida de lo por venir, castigado cruelmente en sus afectos de aquí bajo, vió extinguirse su burla en un gemido. Pensemos en la otra vida; trabajemos por la inmortalidad; es aún el medio más seguro de embelesar nuestra vida presente y saborear nuestro pálido horizonte.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMONONA

El hombre es un ser religioso

SEÑORES:

El hombre es más grande que el espacio. El hombre es rey y sacerdote de la creación. El hombre es indestructible, inexterminable, inmortal. Esto ya es mucho, pero no he agotado todavía la serie de nuestras grandezas. "La naturaleza humana conoce a Dios—dice Bossuet,— y por este solo hecho, ved ahí debajo de ella los animales hasta lo infinito." El hombre es esencialmente un ser religioso. Es el sello de su naturaleza y la cumbre de su grandeza. Se ha dicho: "La religión es una necesidad ficticia, un envilecimiento del género humano." Esta frase es malvada y falsa, contraria a la razón y a la experiencia. Me propongo demostraroslo matemáticamente.

I. El hombre es un ser religioso. Es el sello de su naturaleza.

Pongo por testigo la historia, los monumentos y la ciencia misma.

1.° Pongo por testigo la *historia*. Dice Plutarco: "Hallaréis ciudades sin murallas, sin literatura, sin reyes, y aun sin casas; que carecen de moneda, que no saben lo que es un teatro ni un ginnasio; pero no encontraréis una sola que carezca de dioses, sin juramentos, sin oraciones, sin sacrificios; antes una ciudad carecería de fundamentos que de religión." Nosotros los sacerdotes preconizamos la necesidad de la religión, y por ello, pueden verse tentados nuestros oyentes a atribuirnos miras interesadas y a decirnos: "Defendéis vuestra propia causa." Pero cuando un pagano que vivía hace diecinueve siglos, Plutarco, os afirma que antes carecería una ciudad de fundamentos que de religión, no hay medio de poner en duda su palabra, por lo que será preciso admitir con él que la religión es un hecho tan antiguo como el mundo, tan universal como la tierra habitada, tan imposible de desarraigar como la vida humana. Señores, hace cincuenta años hiciéronse sobre este punto curiosas experiencias, cuyo relato os interesará al propio tiempo que provocará vuestra sonrisa. Después de explorar en vano los dos hemisferios para descubrir una nación sin Dios y sin religión, ocurriósele a la impiedad fundar una. La iniciativa de semejante extravagancia pertenecía de derecho al país de las grandes aventuras, a Inglaterra. Pero si era preciso ser inglés para concebir semejante proyecto, había necesidad del Nuevo Mundo para ejecutarlo. Roberto Owen reunió, pues, setecientos u ochocientos hombres y mujeres, bastante cimentados en el ateísmo para creer que no transmitirían a sus hijos la ide de Dios. Condújolos a los Estados Unidos, eligió un vasto terreno trazó el plano de una pequeña ciudad, que llamó Nueva Armonía, les hizo jurar que permanecerían fieles tan sólo a las leyes de la madre natura-

leza, y los exhortó a cultivar las artes industriales y a conservar el hábito de caminar con los dos pies, a fin de que nadie pudiera poner en duda su extracción humana. Recomendóles especialmente la abolición total de todo culto externo y expulsar por siempre jamás de su corazón y de su boca el nombre de un Ser supremo... prometiéndoles, por su fe de ateo, que ellos y sus pequeños crecerían en un grado tal de felicidad, que, el universo desvanecido, acabaría por renunciar a la religión, al matrimonio y a la propiedad privada, que es—decía él—la más horrible trinidad de plagas que puede caer sobre nuestra especie. El resultado justificó mal tan bellas esperanzas. Sea que la epizootia, sea que otra plaga desolase el rebaño de Nueva Armonía, es lo cierto que no volvió a oirse hablar más de él, y el que lo había reunido mediante grandes dispendios, volvió a Inglaterra "apretando el rabo y bajando las orejas"... La naturaleza humana quedó vengada, y las palabras del pagano Plutarco se convirtieron en verdad histórica de suprema evidencia: "Antes se encontrará una ciudad sin fundamentos que sin religión." El hombre es un ser religioso. Es el sello de su naturaleza.

2.° Pongo por testigos los *monumentos*. Los monumentos tienen el mismo lenguaje que la historia. Son todavía más expresivos, más elocuentes, más afirmativos. Recorro la superficie de la tierra, y por todas partes... ¿qué veo? Templos y altares.

Considerad en nuestras ciudades el número de templos, de oratorios, de iglesias, de catedrales, su importancia, su majestad. Ved en nuestros campos más humildes y apartados el campanario de la aldea, de pie, como un dedo elevado constantemente hacia el cielo,

con frecuencia el único edificio que da testimonio de la vida, que agrupa las existencias en la soledad de los campos, que prueba sin sombra alguna de duda que la vida humana, por humilde y reducida que sea, no es posible sin un templo. Volviendo a las grandes ciudades, considerad las luchas que en ellas se desarrollan entre las diversas necesidades y los diversos intereses, la mayor parte propios para ahogar el sentimiento religioso, el cual, a pesar de todos, parece como que se ensancha para recoger nuestras decepciones y nuestras lasitudes, el cual ordena cada día la erección de nuevos monumentos, a cuya grandeza y magnificencia nada se regatea... ¡con tanto imperio los reclama la naturaleza humana! Considerad, finalmente, que lo que veis, es lo que siempre se vió, lo que siempre se vió en todas partes, y con más profusión aún, hasta provocar el asombro de San Pablo al entrar en Atenas, viendo por todas partes altares y estatuas de dioses, y diciendo a aquel pueblo filósofo que era religioso hasta el exceso. Considerad que, cualquiera que sea la forma en que se nos presente el género humano, vémoslo como embriagado de sentimiento religioso edificando iglesias, al modo como las abejas fabrican sus panales. Echáis una ojeada a la faz de las sociedades humanas, y viendo en ellas mercados y monedas, decís: "El hombre tiene necesidad del comercio;" veis tribunales, y decís: "El hombre tiene necesidad de justicia;" veis escuelas, academias, teatros, museos, y decís: "El hombre tiene necesidad de cultura intelectual;" veis murallas, cuarteles, y decís: "El hombre tiene necesidad de un ejército que lo defienda;" veis palacios, mansiones reales, y decís: "El hombre tiene necesidad de autoridad." Considerad, pues, también los templos, los altares, que cubren la superficie del globo, y sin vacilar

concluís que la religión es una ley de la naturaleza humana. El hombre es un ser religioso. La historia lo afirma, los monumentos lo proclaman. El hombre es un ser religioso.

3.° Pongo por testigo a *la misma ciencia*. La naturaleza humana conoce a Dios, nos dice la ciencia de acuerdo con Bossuet; la ciencia ruega a Dios, le adora. Jamás se vió cosa igual en un grupo de animales. Rara vez miran al cielo, y jamás vieron escrito en él en letras de fuego el nombre del Creador. La religión es tan sólo la dote de nuestra especie. Esto es lo que ha sentado por modo inconmovible, en uno de los más hermosos trabajos científicos de nuestro país, el sabio naturalista Quatrefages. En él expone y prueba: 1.° Que el hombre no es una rama del reino animal; 2.° Que el hombre forma por sí solo un reino perfectamente distinto de los grupos inferiores, el reino hominal o el reino humano; 3.° Que el carácter, no sólo principal sino único, que distingue nuestra especie y la separa absolutamente de los animales, es la facultad religiosa, es la religión. Los animales pueden tener una semejanza de inteligencia, de voluntad, de sentimiento; pero no tienen ni sombra de religión. La historia lo afirma, los monumentos lo proclaman, la ciencia lo prueba. El hombre es un ser religioso. Es el sello de su naturaleza.

¿Puede alguien cambiar esto? No. Puede desviarse el curso de un río, pero cegar sus fuentes, no es posible. Del propio modo, puede alterarse el sentimiento, desviarlo, darle una dirección falsa, pero no se le puede suprimir. El hombre tiene en su alma un poder de adoración, que es libre de prostituir a falsas divinidades, pero que es incapaz de retener siempre cautivo, y,

por decirlo así, almacenado en el fondo de su naturaleza. Así, en éste siglo, se ha velado ante los hombres la faz de Dios, y, por cuanto era necesario que los hombres adorasen cualquier cosa, en lugar de Dios, se les han ofrecido vanos ídolos, palabras sonoras: honor, razón, naturaleza, patria, valor, ciencia, libertad, progreso, etc... ¡Oh hombres, tenéis necesidad de adoración! No os censuro por ello, es la ley de vuestra alma; pero por favor elevad vuestras adoraciones hasta Aquel que es el único que las merece. Cantad el nombre, los beneficios, la gloria del verdadero Dios; cantad la naturaleza, obra de sus manos, la razón, aliento de su boca, la industria espejo de sus perfecciones, la ciencia, rayo de su luz, la libertad, de que es autor, la igualdad, de que es árbitro, la fraternidad, de que es centro, el progreso, de que es fuente única, regulador supremo y fin eterno. Todas estas nobles cosas que os son tan amadas, ofrecedlas a Dios, que es principio y término de ellas, y reconociendo bajo el velo de este siglo a Aquel que os ha dado el ser, el movimiento, y la vida, a Aquel que, habiéndoos hecho ayer, se apresta a juzgaros mañana, poneos de rodillas ante El, para saludarle en la lengua de la adoración, de la gratitud y de la oración. No temáis desmerecer en la opinión de los demás. La religión es el sello y la ley de nuestra naturaleza. ¿Qué digo? La religión es nuestra función más sublime.

II. El hombre es un ser religioso. Es la cumbre de su grandeza.

Sin duda que el hombre es grande por la estructura de su cuerpo, por su fisonomía, por la facultad que posee de manifestar su pensamiento por medio de la pa-

labra y de escribirlo. Permanece recto, marcha con la frente elevada hacia el cielo y los ojos llenos de luz, escribe, habla. El hombre es grande por la inteligencia, por la voluntad, por el corzaón; tiene ideas, es libre, ama y se sacrifica hasta la muerte; aspira y se remonta a lo Infinito. Su alma, hecha a imagen de Dios, es más grande que el espacio, pues es inmortal. El hombre es la obra maestra y el rey de la creación. A pesar de ello, por alto que subamos en la escala de los seres, no cesamos de confinar con la naturaleza inferior. Por nuestro cuerpo tocamos en los animales. No somos sus padres, pero sí sus vecinos. Así, cuando el hombre anda, cuando canta, cuando habla, puede ocurrir que se le confunda con el animal. Pero cuando reza, cuando adora, su supremacía se hace incontestable. Cuando el hombre se eleva en medio de la naturaleza y exclama: "¡Creo en Dios! ¡Gloria a Dios!", todos los animales se apartan para saludarle con respeto. Los animales como los mundos obedecen a Dios sin conocerle, pero el hombre, al proternarse ante el Creador, afirma su superioridad y se muestran más que nunca rey de la creación. Alcanza entonces la más alta cumbre de su grandeza, y aquí es donde conviene repetir la frase de Bossuet: "La naturaleza humana conoce a Dios, y por este solo hecho, ved ahí debajo de ella a los animales hasta lo infinito."

Esto es tan verdadero, es tan verdadero que la religión es la cumbre de nuestra grandeza, que cuanto más grande es un hombre, más aspira a Dios. Ved los hombres de genio, las más bellas inteligencias de todos los tiempos y de todos los países, las inteligencias que se elevan por encima del nivel común... No hallaréis una sola, una sola que no lleve en sí la necesidad de Dios, el hambre, la sed de Dios, que no haya dejado

reflejarse en su frente la paz arrobadora de la verdad hallada y de Dios poseído, o el glorioso tormento, la noble inquietud de ese Dios perdido y de la verdad buscada. Ved los hombres de virtud. Son naturalmente religiosos. Nosotros mismos, ¡cuántas veces hemos hecho la experiencia de ello! Cuanto más generosos somos, cuanto más humildes, castos y caritativos, más vivo e irresistible es el arranque que nos lleva a Dios. ¿Hacemos aquí o allá un acto de desinterés, de olvido de nosotros mismos? Al instante nos sentimos mejor dispuestos por Dios, y como trasladados, por un momento siquiera, más cerca de El... prueba evidente que esos dos nombres, religión y grandeza, son sinónimos y expresan dos cosas que se llaman y son hechas para encontrarse.

Y si la religión es la ley de nuestra naturaleza y la cumbre de nuestra grandeza, es criminal y absurdo tratar de privar al género humano del sentimiento religioso.

> Pasar como un rebaño, fija en tierra la vista
> Y renegar de todo, ¿es esto ser feliz?
> No, ¡es dejar de ser hombre!

La religión es la más noble e indiscutible de nuestras pasiones. Pero no nos entreguemos a la ilusión: la irreligión, que es una monstruosidad, y que se creyó por siempre jamás desaparecida, levanta de nuevo la cabeza y aspira al dominio del género humano. Tiene sus pontífices, sus doctores, sus templos, sus libros, sus periódicos, sus misioneros, en fin, que se infiltran por todas partes. Os señalo, os denuncio esa plaga de las familias, del Estado, de la sociedad entera. Os pide que combatáis por la palabra, por la prensa, por la ora-

ción, por el apostolado, por el ejemplo, al monstruo de la irreligión. La irreligión suprime las raíces y las cumbres de la naturaleza humana, mata las almas, emponzoña las nacientes generaciones, destruye en germen la cosecha de lo por venir, despuebla el cielo, roba el embeleso de la tierra. La irreligión, ¡he ahí el enemigo!

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMA

La institución de la familia

SEÑORES:

Hemos estudiado el origen, naturaleza y grandeza del hombre. Hémosle visto salir de las manos divinas más hermoso que todas las criaturas por las formas nobles y armoniosas de su cuerpo; hémosle visto pasear en torno suyo su mirada dominadora, tomar con el pensamiento posesión del universo, y saludar a su Creador con un acto de adoración y amor. Pero, mientras que la vida fermenta y se multiplica a sus pies, ¿quedará solo y estéril en la cumbre de la creación? No, señores, escuchad el misterio que voy a referiros. Escuchad el relato de la institución de la familia humana. Bien sé que la incredulidad se esfuerza en convertirlo en objeto de mofa, pero en vano se burla, porque jamás convencerá a los corazones castos, a las almas rectas y serias, que deben despreciar la sublime poesía y las profundas significaciones. Dejad que la in-

credulidad desbarre cuanto quiera, y abrid la Biblia por su primera página original en la que están contenidos los secretos del género humano.

I. La creación de la mujer.

Tres cosas debemos notar y profundizar en el relato bíblico:

1.ª *Dios quiere dar al hombre una compañera.* Todos los seres fueron creados; ved cómo se adelanta el hombre, el último llegado de esa larga serie de seres, que resume en sí mismo y cuyo imperio ostenta. ¡Salud al hombre, al rey de la creación, al gran Adán, al padre del género humano! Su dominio es inmenso, su lengua rica, su inteligencia luminosa, su frente radiante y dominadora. Esto no obstante, dijo Dios: "No es bueno que el hombre esté solo." ¡Cosa extraña! Dios, tan satisfecho hasta aquí, Dios, que se había admirado en cada una de sus obras, y que había dicho: "¡Esto es bueno!" , en presencia ahora de su obra maestra, como un artista que ha errado su golpe maestro, Dios se vuelve y dice: "¡Esto no está bien! Esto es malo. *Non est bonum!* No es bueno, es malo que el hombre esté solo. Démosle una ayuda semejante a él." ¿Por qué esta ayuda? ¿Yara compartir la carga de la realeza? No, la lleva alegremente. ¡Ah, es que sobre la frente del Adán majestuoso y sereno se formaba una nube, y de un pliegue de su corazón, mal conocido de él mismo, se exhalaba una queja; es que, hecho a imagen de Dios, debía imitar a su príncipe, cuya propensión consiste en comunicarse; es que, como el Padre es, en los cielos, la fuente primera de la familia divina, era preciso que el hombre sea aquí bajo la fuente primera de la familia humana. Démosle una compañera. ¿Cómo se las arreglará? ¿cómo procederá?

2.º *Dios saca del hombre la mujer.* Podía amasar la mujer de la misma materia de que se sirvió para amasar el cuerpo de nuestro primer padre, pero prefiere una novedad, una sorpresa, que continúe, que acabe y perfeccione su obra. Juzgando que el hombre no será copia de su imagen, si le niega que sea el único principio de la vida humana, se propone sacar de su costado el cuerpo de su compañera. En cierto modo empuña de nuevo su pincel para retocar su tela, coge su cincel para tallar en su mármol. Jehová se inclina sobre Adán y ahonda en su costado.

3.º *Dios forma a Eva de una costilla de Adán.* Adán, vencido por un sopor misterioso, queda dormido. Dios se acerca en silencio, toma una de sus costillas, la cubre de carne, y hace, de este hueso, arrancado al hijo de su amor, un edificio viviente, la mujer, ser embelesador, que espera al despertar de su esposo. Eva procede de Adán, no de su cabeza, en la que reside la inteligencia que manda, porque ella le será sumisa; no de sus pies que pisan la tierra, porque ella no será su esclava, sino de su costado, de las cercanías de su corazón, sitio misterioso, del que nacen los santos afectos, porque ella será su igual, su compañera, su amiga, otro él. Despierta Adán, abre los ojos, y en la mujer que Dios le presenta, se reconoce, se conmueve, se estremece, canta: "He ahí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; se le dará un nombre que recuerde el mío, porque ha sido sacada de mí; por ella el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su esposa, y serán dos en una misma carne." La

familia humana queda fundada, instituída para siempre. Adán acaba de proclamar las leyes inmortales con el grito espontáneo de la naturaleza y el abandono embelesador del primer amor.

II. Las leyes de la sociedad conyugal.

Las leyes de la sociedad conyugal no quedan abandonadas al capricho de la libertad humana o de la legislación civil. Fueron, por decirlo así, escritas por el dedo mismo de Dios en la cuna del hombre, que acaba de nacer, y ¡ay de los que, reyes o pueblos, quieran borrar lo que Dios escribió! Unidad e indisolubilidad, una sola esposa y por siempre; he ahí la legislación divina primordial, esencial, inmutable, de la sociedad doméstica. Los hombres no tienen el derecho de atentar contra esto.

Desgraciadamente, han atentado. Sabido es que las naciones paganas se forjaron dioses inmorales e ignominiosos, y durante cuarenta siglos, el adulterio, el incesto, la poligamia, el divorcio, tuvieron en los cielos del paganismo sus maestros y sus modelos. Cuanto más brillante era la civilización, más infamias autorizaba. Homero canta los amores y celos de los dioses del Olimpo en lengua griega, y Ovidio en lengua latina. La mujer, el marido, el servidor, el hijo, todas las piedras sagradas del hogar quedan disgregadas y cubiertas de lodo. El marido se convierte en tirano, la mujer en esclava, el servidor en instrumento de vergüenza, el hijo con frecuencia en víctima. Aumentan los matrimonios, pero son nudos formados por el capricho, manchados por el desorden, rotos cada día para dar lugar a otros, que no serán más duraderos... de suerte que, en el siglo de Augusto, las mujeres cuentan sus divorcios por el número de meses del año, y, falto de ciudadanos conocidos por sus buenas costumbres, las magistraturas son asaltadas por Césares y Catilinas cubiertos de todos los crímenes, notoriamente inmorales y escandalosos en su vida doméstica. No leáis sobre este asunto a los príncipes de la ciencia, no interroguéis sobre él ni a los pontífices de la filosofía ni a los sacerdotes del paganismo. El divino Platón os llenará de rubor. Su famoso tratado de la *República* es la locura de su corazón corrompido; con toda su imaginación y todo su genio, ni siquiera comprendió Platón la dignidad del matrimonio. En los griegos como en los romanos, se extinguía el espíritu, el corazón no latía, y aquellos pueblos famosos cuyos hogares quedaban sin honor, se abatían sobre sí mismos, como si quedasen socavados. No es posible una nación sin sociedad, ni una sociedad sin familia, ni una familia sin matrimonio, ni un matrimonio sin unidad e indisolubilidad; tal es la ley que gobierna al género humano. Ahora bien, tras cuatro mil años de pecado y de corrupción, la ley de la sociedad conyugal no existía más que de nombre en el mundo antiguo. Para curar el mal, era preciso un remedio divino. Las legislaciones civiles eran manifiestamente impotentes, por cuanto, en vez de reaccionar contra la depravación del corazón humano, sancionaban todas sus debilidades. Había leyes que autorizaban la poligamia, que pertmitían el divorcio, que consentían todos los desfallecimientos y caprichos del corazón, para abrir la puerta conyugal a todas las ignominias y a todas las brutalidades. Las falsas religiones claudicaron como las leyes. Ciertos altares hicieron traición como la magistratura. Y cosa rara, aun la verdadera religión, antes de la época de su pleno poder, hubo de hacer concesiones. Como si Dios, a fin de mos-

trar cuán formidable es el problema de la constitución de la familia, hubiese querido reservar a la verdadera religión, y aun a la religión llegada a su más alto grado de pureza y de poder, el honor de restituir el matrimonio, la sociedad conyugal a sus bases primitivas.

Y, en efecto, cierto día acercáronse los judíos a Jesucristo y trataron de sorprenderle. ¿Es permitido a un hombre—le dijeron—despedir a su mujer por una causa cualquiera? Y Jesucristo les respondió: "¿No habéis leído que el que hizo al hombre al principio, creó un solo hombre y una sola mujer, y les dijo: Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una misma carne?" He ahí la unidad perfecta del matrimonio, recordado, restaurado y consagrado. He ahí la poligamia reprobada y condenada. Los judíos no se dan por derrotados y alegan que ley de Moisés ordenaba al que quería abandonar a su mujer que obtuviese un acta de repudio, "Si la antigua ley cedió—dice Jesucristo,—fué a causa de la dureza de vuestros corazones, pero al principio no fué así." Hay, pues, que volver a la ley primitiva; las concesiones a la fragilidad humana quedan revocadas, el matrimonio es indisoluble. "Y yo os declaro—añade Jesucristo—que quien repudia a su esposa y toma otra, comete adulterio, y el que se casa con la que otro repudió, comete adulterio. No separe el hombre lo que Dios unió." He ahí reprobado y condenado el divorcio, y recordaba, restaurada y consagrada la indisolubilidad del lazo conyugal. Esto es claro y decisivo. Dios unió los esposos desde el origen, y los hizo el uno para el otro, y los creó el uno para el otro. Desunirlos y separarlos, es atentar a la obra divina, es perturbar el orden del mundo, es sustituir la armonía por la confusión y cubrir la tierra de espantosas plagas. No hay

que volver atrás: Dios fundó por sí mismo la sociedad conyugal y la estableció sobre la doble base de la unidad y de la indisolubilidad. Tal es la ley divina; nada pueden cambiar de ella las leyes humanas.

La sociedad conyugal es una e indisoluble. Dios lo quiso, y lo que El hizo bien hecho está, por cuanto, de una parte, era indispensable poner un freno a las pasiones inconstantes y hacer posible el necesario afecto de los esposos, dándoles la certeza de que siempre se pertenecerán, y, de otra, había que asegurar la felicidad, educación y porvenir de los hijos, no exponiéndolos a la orfandad de un padre vivo que los abandona, o de una madre desconsolada que en vano los reclama. Déjese, pues, el oponer a la ley divina la suerte de esos esposos cuyo humor es incompatible y que están mutuamente remachados sin esperanzas de libertad. Sin duda que esos infortunios particulares son dignos de compasión, pero no están faltos de remedio, y, por otra parte, no podrían prevalecer contra el interés general, que reclama la indisolubilidad del lazo conyugal. Apartad, señores, de vuestro espíritu todas las nubes amontonadas sobre este asunto por la incredulidad y la inmoralidad contemporánea, y no respetéis en modo alguno la ley recientemente votada que introduce el divorcio en nuestros códigos. Abro a vuestros ojos la vieja Biblia, veo además la ley que data del primer día del mundo, ley superior a todas las leyes y anterior a todos los códigos, y os digo: "No, el sol de la verdad y de la justicia, no se extinguirá jamás. No, la antorcha nupcial que Dios encendió por su propia mano sobre la cabeza del primer hombre, nada ha perdido de su primitiva claridad. Por su parte, Jesucristo habló, y recordó, confirmó y consagró las leyes fundamentales de la familia. Pasarán el cielo y la tierra, pero

sus palabras no pasarán." Aunque el vértigo se apodere de las más preclaras inteligencias y turbe todos los cerebros, nosotros, mientras permanezca en pie la cátedra sagrada, jamás, jamás dejaremos de decir que las tinieblas son tinieblas, y el mal es mal, que el matrimonio es un yugo sagrado y el divorcio una rebelión contra la ley de Dios.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMAPRIMERA

La destrucción de la familia

SEÑORES:

Os he mostrado en nuestra última conferencia la institución divina de la familia y descrito las leyes sagradas que la rigen. Debería hablaros ahora de los numerosos y cada día más inquietantes enemigos con que tropieza esta obra santa de Dios: la unión libre, el matrimonio civil, el divorcio, la profanación de los fines del matrimonio, puesto que ya hemos hablado largamente de tan tristes cuestiones; (1) quisiera, con todo, que fijarais esta mañana vuestra atención en una llaga que amenaza corromper nuestra juventud, y, con la juventud, toda la nación, en el vicio impuro, y haceros comprobar su difusión siempre creciente, y haceros tocar con el dedo las terribles consecuencias que de él resultan para la familia.

(1) En la *Conferencia sobre la desorganización de la familia,* 1901.

I. La difusión siempre creciente del vicio.

El vicio vergonzoso es de todos los tiempos; su origen es contemporáneo del pecado original, que es su causa y principio. Hace pocos años, cierto orador se declaraba, en la tribuna francesa, humillado en su dignidad de hombre a causa de la enseñanza que se daba a los niños de nuestro catecismo sobre la debilidad y corrupción original. ¡Qué hipocresía o qué desconocimiento del corazón humano! ¿Quién es, señores, el hombre que, uno u otro día, no ha sentido en sí mismo la lucha íntima y trágica del bien y del mal? ¿Quién es el hombre que, habiendo mirado en torno suyo, no ha temblado de horror ante el espectáculo de las víctimas del vicio impuro? En todo tiempo ha atormentado al hombre "esta prueba del fuego", como la llama Gratry, y las almas más hermosas, más nobles, más generosas, más apasionadas de la virtud y de la pureza, no han podido evitar su apretón. Recordad, señores, los gritos desesperados de un San Pablo, de un San Jerónimo, que piden ser librados de este cuerpo de muerte, de esta carne de pecado. En todo tiempo, el vicio impuro ha atormentado al hombre, y en todo tiempo ha hecho víctimas; víctimas tan numerosas a veces, que Dios, tan paciente y bueno, perdiendo la paciencia y rechazando toda misericordia, hizo caer sobre los pueblos culpables el fuego vengador de su cólera, y enterrar en sus impuras cenizas a Sodoma y Gomorra. Sí, desde el origen, el vicio vergonzoso se difunde por las venas del hombre, a la manera de esos venenos que, arrojados a un manantial, contaminan todas las fuentes que de él se alimentan y corrompen la sangre de los que de ella beben.

Pero si siempre está en nosotros el veneno, no se

encarniza siempre en nuestra destrucción con la misma violencia. Momentos hay en que su acción es más potente, en que sus efectos son más visibles y aterradores, en que, habiéndose abandonado todas las precauciones, y descuidado todos los remedios, y cometido todas las imprudencias, hace estragos con rabia espantosa. ¿Atravesamos nosotros una de esas horas? ¿es nuestra época más corrompida que otras? Difícil es decirlo en absoluto, pero en cambio es incontestable.

Es que el vicio se manifiesta cada vez más por modo ostensible. Hace ya más de medio siglo, Lacordaire, con una precisión de detalles y un vigor de expresión jamás superados, trazaba el retrato del joven depravado: "¿No habéis tropezado nunca—preguntaba—con esos hombres que, en la flor de la edad, apenas honrados con el signo de la virilidad, llevan ya la mancha del tiempo? ¿de esos seres que, degenerados antes de haber recibido el nacimiento total del ser, con la frente cargada de precoces arrugas, los ojos vagos y hundidos, los labios impotentes para ostentar la belleza, arrastran, bajo una edad enteramente joven, una existencia caduca? ¿Quién ha hecho estos cadáveres? ¿Quién ha tocado a ese niño? ¿Quién le ha quitado el frescor de sus años? ¿Quién ha puesto en su rostro signos vergonzosos? ¿No ha sido ese sentido enemigo de la vida de los hombres?" De cincuenta años a esta parte, no hace más que crecer el número de esos cadáveres ambulantes. Los encontramos por todas partes, ricamente engalanados, o cubiertos de andrajos, en medio de los salones, ocultando a veces bajo exterior brillante la miseria de su alma, o en las avenidas de nuestros paseos, ostentando desvergonzadamente el impudor de su insolente actitud. Hace unos cuarenta años, el

célebre publicista Le Play escribía en su hermoso libro *La Rèforme social*: "No es fácil sospechar los desórdenes sociales provocados en París por algunos millares de mujeres en abierta rebelión con los deberes de su sexo." Desde entonces acá, ¿ha disminuído el mal? No, no ha hecho otra cosa que aumentar. Antes, la *cortesana* era exclusivamente aristocrática o real, y bien sabemos las tempestades, los ríos de lodo y sangre que desencadenó sobre nuestros antepasados. Hoy, sin prescindir desgraciadamente de los poderosos de este mundo, ha extendido el círculo de su imperio a los diferentes grados de la jerarquía social. La seducción del vicio se ha democratizado, se ha universalizado; es ese un hecho que atestiguan dolorosamente las lamentaciones de los moralistas y las estadísticas oficiales de nacimientos ilegítimos, de infanticidios y crímines o suicidios pasionales que, cada día, esmaltan la sección de noticias de nuestros periódicos.

Las malas costumbres hacen estragos en el día de hoy en nuestro mundo corrompido; es una inmensa desgracia para los individuos, cuyas fuerzas disminuyen y cuyas facultades se debilitan, y para la sociedad, víctima del desorden y del dolor; pero la familia es la que especialmente sufre los ataques del libertinaje y del vicio impuro, porque a la difusión del vicio ha correspondido

II. La desorganización de la familia.

El vicio, señores, dirige contra la familia dos ataques: impide su constitución y la aparta de su fin.

Impide su constitución. ¿Qué vemos hoy en día? Pase que muchos jóvenes no quieran casarse. Están en su

derecho, me diréis. Sí, están en su derecho, pero a condición de que se conserven castos; más con frecuencia, si no quieren casarse, no es para ser más castos, sino para ser más libres, no para evitar la pasión, sino para satisfacerla mejor. Sí, el celibato voluntario es un derecho, pero a condición de que su razón de ser sea noble, no indigna. El celibato voluntario es sublime o infame, santo o peligroso; santo cuando es querido por Dios y puesto al servicio de la virtud, infame y peligrogroso cuando es querido por el hombre y puesto al servicio de las más bajas codicias o del egoísmo más abyecto. San Pablo dijo sobre este punto una frase profunda: "*Melius est nubere quam uri;* vale más casarse que ser devorado por el fuego de la concupiscencia." Y bien señores, muchos en esta hora retardan, aplazan, rechazan las llamas honestas del hogar doméstico, porque, contra el consejo del Apóstol, prefieren ser devorados por las llamas culpables del vicio y de la unión libre. No es la virtud, ni el amor del bien, ni el deseo de servir con más libertad y generosidad a la patria y al género humano lo que impide a muchos constituir un hogar, sino el vicio; el vicio que, multiplicándose y propagándose, engruesa el ejército, siempre más grande, de los "sin hogar", dignas parejas de los "sin patria". El vicio impide la constitución del hogar doméstico, pero no es esto todo.

Impide también que consiga su fin cuando está constituído.

En su hermoso libro *De la politique sacrée* dijo Bossuet: "Sean malditas de Dios y de los hombres las uniones cuyos frutos no se desean, y cuyos anhelos consisten en que sean estériles." Las uniones cuyos frutos no se desean y cuyos anhelos consisten en hacerlas estériles, son, señores, numerosas en nuestros días, y la

causa de ello es el vicio. Sí, el vicio, no contento con impedir que se constituya la familia, entra con frecuencia en el hogar, y en él introduce el deshonor y la profanación, merced a reticencias egoístas, o a maniobras directamente criminales. "Para eximirse de una obligación sagrada—escribe Mons. de Hultst,—se invocan los cálculos de la previsión; pero la prueba de que esta excusa no es sincera, consiste en que allí donde no es válida, los desfallecimientos no son más raros"... "Muchas otras causas—añade—menos confesables todavía, se oponen a la fecundidad de los matrimonios; la mala conducta del joven antes de casarse, la mala conducta del esposo, que busca, fuera de su casa, satisfacciones ilícitas, y siente repugnancia por las relaciones legítimas... He ahí excusas que no se confiesan, pero que pesan a menudo con peso decisivo en la determinación de los esposos. ¿Qué es todo esto, señores, sino la manifestación más baja y culpable del egoísmo, ese eterno enemigo de la moral?"

El vicio deja *desiertos* los hogares; también los deja *anémicos*. Cuando un individuo ha malgastado su vida en los desórdenes, la lujuria y la molicie; cuando ha debilitado, minado, quebrantado su cuerpo en orgías de impureza, ¿qué fuerza queréis que transmita a sus hijos? "Pobres criaturas, que nacen de esta miseria fétida—escribe el abate Sertillanges,—hijos de la muerte, que intentáis remedar la vida, ni siquiera tenéis el derecho de volver a vuestra cuna sin vigor, para maldecir, no a vuestros padres, ¡ay!, que os aman a pesar de todo, sino a ese vicio infame, a ese vampiro, que os ha chupado la sangre de vuestras venas, y es causa de la palidez de vuestra frente y de la falta de fulgor en vuestros ojos." Sí, señores, maldigamos con todas fuerzas de hombres de honor y de patriotas ese vicio que

priva a Francia de ciudadanos, o no le proporciona más que soldados sin vigor ni entusiasmo, cuyo pecho reducido, cuyos brazos fuselados, cuyas piernas adelgazadas son incapaces de soportar largas marchas ni asestar los grandes golpes que en otro tiempo hicieron tan célebre al ejército francés, cuya vista ojerosa y faz descolorida no saben ya reflejar las grandes ideas ni expresar los nobles sentimientos. Sí, maldigamos ese vicio infame que, no contento con dejar vacíos los hogares,

Desorganiza la familia *distanciando los corazones*. En efecto, ¿dónde está el amor que une a los esposos? ¿en qué se han convertido los puros afectos en esos hogares, jamás iluminados ni regocijados por la sonrisa de un niño, en esos hogares que el pecado continuo señala a la maldición divina, en esos hogares que perpetuas infidelidades entregan a la división y a la discordia, a los reproches y a las injurias?

Maldigamos ese vicio infame, pero sobre todo, señores, entremos en nosotros mismos y reflexionemos.

Quiero, para terminar, ofrecer a vuestras meditaciones estas graves palabras del presidente de los Estados Unidos, en su libro sobre la *Vida intensa*: "En uno de sus libros potentes y melancólicos, habla Daudet del miedo de la maternidad, del terror que atormenta a la joven esposa del tiempo presente.

"Cuando semejantes palabras pueden ser verídicamente escritas sobre una nación, esta nación está podrida hasta la médula de los huesos. Cuando los hombres temen el trabajo o la guerra justa, cuando las mujeres temen la maternidad, ellos tiemblan al borde de la condenación, y convendría que desaparecieran de la superficie de la tierra, en la que son con justicia objeto de desprecio para todos los hombres y todas las

mujeres dotados de almas elevadas, fuertes y animosas."

¡Quiera Dios, señores, que no nos alcance jamás semejante maldición! Para ello, hagamos de manera que seamos siempre fuertes y animosos, es decir, hombres puros y honrados.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEGUNDA

La fisonomía de la familia

SEÑORES:

Os hablaba de la sociedad conyugal y de las leyes inmortales que la rigen. Esto no era inútil, porque los legisladores, cediendo, de una parte, a las sugestiones de los sofistas, y, de otra, al torrente de las malas costumbres, han impreso en la frente del siglo XIX el estigma del divorcio. ¿Pensáis que eso no tiene importancia? Debilitar en multitud de espíritus la noción del lazo conyugal y reducirlo a un simple contrato civil, como los contratos de arrendamiento o ventas rescindibles por la voluntad de las partes, es un mal inmenso; y bastaría esto para perdernos sin remisión, si Francia no fuera, a despecho de las apariencias, profundamente cristiana, y si sus costumbres no valieran mucho más que sus leyes. Continuemos, pues, hoy tan importante materia, y hablemos de la familia, que es resultado y complemento de la sociedad conyugal. Veamos primeramente

I. Cómo Dios ha constituído la familia.

Dios, en efecto, es el autor de la familia, pues nació de su aliento en la cuna del Edén. Después de formar el hombre, Dios le dió una compañera, y, completando mútuamente a los dos esposos, a las dos mitades de la misma alma, hizo del esposo un padre con el don de la fuerza, de la esposa una madre con el don de la ternura, y del hijo el fruto de la ternura y de la fuerza, multiplicado por la bendición divina. El hombre es la cabeza de la mujer, dice San Pablo, pero la mujer es el corazón del hombre, y esta armonía es a la vez la ley y el embeleso de la familia. Profundicemos un instante este sublime misterio, esta augusta realidad.

Muéstrasenos en Dios la paternidad bajo un doble aspecto: como principio del ser y como principio del gobierno. Ahora bien, esta divina paternidad proyecta su imagen y su reflejo aquí bajo en la familia humana: 1.º Creced, *multiplicaos* y llenad la tierra... tales fueron las palabras soberanas que Adán y Eva escucharon, al recibir, con las fuentes de la vida, la orden de conservarlas y transmitirlas. Esta orden es la más importante que Dios ha dado al hombre. Ha constituído los hogares, las razas, las patrias, etc., todo el linaje humano. Hace más de seis mil años que se dió, y según que es observada o desconocida, se engrandece el hogar o se derrumba, florece o se arruina la patria, se mejora o declina la especie humana. El padre y la madre dan el ser que recibieron, y continúan así de generación en generación esta vida, cuya fuente es sólo Dios. ¿Es esto todo? No; 2.º Como Dios, y en nombre suyo, el padre y la madre *gobiernan,* forman el corazón, iluminan el espíritu, guían la infancia, la juventud, la edad madura hacia la Verdad, el Bien y la Belleza, término supremo de toda existencia. ¡Qué misión, qué honor, que carga! Los cuidados de la primera infancia se refieren especialmente a la bondad de la madre en tanto que los de la juventud y de la edad madura interesan sobre todo a la sabiduría del padre. Al padre corresponde particularmente educar a los hijos, y a la madre especialmente la educación de las hijas; a los dos corresponde, por derecho natural, el poder paterno, pero a condición de que el padre conserve su preeminencia, como cabeza de su esposa y rey de toda la familia. No preguntéis ya, señores, cómo constituyó Dios la familia: asentóla sobre la cabeza del padre y el corazón de la madre, y de ellos depende hacer que suba, de generación en generación, el nivel de nuestra grande y progresiva especie, como de ellos depende también que se rebaje, se empobrezca y se corrompa todo: la sangre, las ideas, las costumbres. El género humano depende de ellos; pueden como les plazca elevarlo hasta Dios, o deprimirlo hasta la animalidad. Si esto es así, señores, si Dios ha arraigado de tal modo la familia en el corazón del padre y de la madre, y nadie podrá ponerlo en duda, hay que ver ahora

II. Cómo el padre y la madre deben dirigir la familia,

para responder a las exigencias de Dios, cuyos mandatarios y representantes son. Pocas palabras sobre este inmenso asunto.

Ante todas cosas, será preciso, señores, que os arrebate una ilusión y os preserve de una falta capital. Vuestra ilusión consiste en creer que los padres pueden ser pagados con un afecto igual al suyo. El afecto desciende, no se remonta jamás. Vuestra falta consiste en que, siendo padre, no comprendiendo esa ley, o no que-

riendo resignaros a ella, descendáis a súplicas y abdicaciones injustificables para ganar el corazón de vuestros hijos. "Quiero ser amado"—decía Luis XVI, al principio de su reinado, con aquella ilusión generosa que caracterizaba a su gran alma, y su reinado, inaugurado a los veinte años con estatuas, terminó a los cuarenta en un cadalso. "Quiero ser amado", dicen una madre ciega y un padre débil, y con esta idea fija, se hace del niño un ídolo sin corazón, un monstruo de egoismo, que crece en una familia arrodillada a sus pies. La noción de autoridad está profundamente alterada entre nosotros. Se ha dicho hablando de las realezas constitucionales: "El rey reina y no gobierna." Podrá aceptarse en la sociedad política, pero en la sociedad familiar, no puede pasar. Señores, no sois ciertamente en vuestras familias reyes constitucionales, es decir, reyes por pura fórmula, sino reyes absolutos; tenéis en ellas una primacía de honor y de jurisdicción, y, en un sentido muy real y equitativo, podéis y debéis decir: "La familia, soy yo." Padre de familia es el que, habiendo tenido el poder de legar toda su sangre a su hijo, y, con su sangre, las tradiciones de su raza, tiene el poder, el derecho y el deber de legarle toda su alma y hacer de él un hombre, un creyente, un ciudadano como él. El padre de familia... he ahí el hombre que debe apartar los libros inmorales o escépticos... he ahí el hombre que debe proscribir del hogar doméstico las conversaciones corruptoras ...he ahí el hombre que debe gobernar, contener y disciplinar al joven bárbaro que le ha dado la naturaleza y que no se convertirá en civilizado y en cristiano sino cuando haya pasado sobre él el laborioso bautismo de una eficaz educación.

¿Quiere esto decir, señores, que debéis conducir a vuestras familias militarmente y por la fuerza? No,

ciertamente. He ahí el Estado, he ahí la Iglesia. El principal instrumento de la Iglesia no es el poder de represión. ¿Por ventura se hacen creyentes sinceros, cristianos virtuosos, única y principalmente con la represión? No. La suprema fuerza del Estado no es tampoco la fuerza material. ¿Es que se hacen ciudadanos con la represión y la fuerza? No. Pues bien, lo mismo ocurre en la familia; y así, el padre que siempre empuñe la vara de la disciplina, será tan culpable y tan impotente como el que la arroje y no sepa nunca mandar y castigar. Hay un medio, el grande y sabio medio que evita los extremos: la persuación por la razón y por el amor. Hablad, enseñad con la palabra y con el ejemplo; dirigíos a las facultades libres, al espíritu y al corazón.

En fin, pedid el auxilio divino. La presencia de Dios en la majestad de la frente paternal y en las profundidades del corazón materno, la evocación incesante de la autoridad divina, la intervención de Dios en todos los actos del hogar doméstico, el respeto de la ley divina en vuestro lenguaje y en vuestra vida... la religión, en una palabra; tal es, con la represión y la persuasión, la tercera regla de vuestro gobierno. Con estos tres elementos, salvaréis la familia; sin ellos, no la salvaréis.

¡Ah!, señores, por cuanto las familias, así constituídas por Dios y dirigidas por los padres, son tan raras hoy en día, *quiero cantar sus excelencias*. En medio de las decadencias de lo presente, cantemos las glorias de lo pasado para preparar las grandezas de lo por venir. *Ese hijo*, cuya pura frente está todavía húmeda, a los doce años, del agua santa del bautismo cuya mirada límpida y clara refleja, con el azul del [illegible] lo, la sonrisa divina; *esas jóvenes*, a la vez modestas

su fuerza y fuertes en su modestia, a las que la castidad ha hecho gustar sus más caras delicias, y que también saben reñir los combates del Señor; *esos esposos,* arrodillados como Tobías y Sara ante el lecho nupcial, viendo crecer, como David, alrededor de su mesa agrandaba los vástagos de su raza, más apretados y hermosos que los frutos del olivo; *esos ancianos* que acaban su carrera reposando sus miradas satisfechas en una posterioridad radiante de gracia y de salud; y en medio de ese cuadro, alguna *virgen* que se ha prohibido hasta la esperanza de las bodas de la tierra para desposarse, ya desde este mundo, con Jesús, el amado de su alma, obteniendo así la gracia de seguir un día en el cielo las bodas del Cordero... ¡ah, señores, qué variedad de virtudes, de méritos, de hechizos, de delicias! Y dilatando el horizonte, ¡qué esperanzas de vitalidad para un pueblo compuesto de familias semejantes! Todo el mundo en esta hora interroga con ansiedad lo por venir. Uno se pregunta: ¿Qué es lo que constituirá la nueva sociedad? Y yo contesto: la familia. Sin duda que en un país como el nuestro, soldado desde Clodoveo, y que no dejará jamás de serlo, a la hora en que hablamos, no desconozco la importancia de los ejércitos, ni niego el poder de los inventos modernos aplicados a los combates. Pero añado: el porvenir definitivo del mundo no consiste en los ejércitos. Las victorias duraderas, aceptadas y fecundas, no pertenecen al fusil Lebel o al cañón Krupp; el porvenir de Europa y del mundo pertenecerá a los pueblos que sepan ser más morales y religiosos, a los pueblos que cuenten con menos sofistas y pervertidos y con más familias numerosas, laboriosas y cristianas. Los civilizadores de la raza humana, no son ciertamente los príncipes y los magistrados, los pensadores y los oradores;

todos ellos sin duda son enviados de Dios y bienhechores del hombre, pero su acción es necesariamente secundaria. Los verdaderos civilizadores, los creadores de Europa y del mundo, los legisladores de las sociedades modernas, los salvadores de lo por venir, sois vosotros, señores, sois los padres de familia.

Conclusión.

Acabo con un ruego. ¡Quiera Dios, señores, esposos y padres, quiera Dios que podáis conservar sin interrupción la dicha que una amistad enteramente embelesadora os prometió el día en que, soñando en la fundación de una familia, comunicasteis vuestro nombre, compartisteis vuestra alma, fijasteis vuestra existencia terrenal! ¡Quiera Dios que vuestras esposas y vuestras hijas se aseguren, a fuerza de modestia y de virtud, una gracia y una majestad que las acompañen siempre como una escolta angélica, y les sirva a la vez de adorno y protección! Y vuestros hijos, prontos a obedeceros, solícitos en agradaros, amigos del trabajo y de la disciplina, hallen en la vida más que la vida os ha dado. Señores, en mi vida de sacerdote, he oído muchas palabras solemnes y apremiantes, pero no conozco ningunas tan trágicas y amargas como las que brotaron no hace mucho tiempo de los labios murientes de un noble anciano: "¡Nada valgo, padre mío—decía,—pero mi hijo vale menos todavía!" Y bien, señores, cualquiera que sea la dignidad de vuestra conducta y de vuestra vida, permitid que exprese un deseo, previamente ratificado por vuestros corazones: ¡Plegue a Dios que vuestros hijos sean más grandes y mejores que vosotros, y que vuestros últimos días sean reanimados y embellecidos por el esplendor y la dicha de sus destinos! Entre tanto,

únase a vuestros consejos vuestro ejemplo, y la autoridad de vuestra conducta dé más peso a vuestras palabras, proteja vuestra oración a vuestros hijos, y vuestras creencias cristianas sean su más preciada herencia. Puedan reposar vuestros ojos moribundos en vuestra hora suprema sobre una familia amante del deber y fiel a Dios, y al abandonarla aquí bajo, os llevéis la dulce esperanza de volver a encontrarla un día en la felicidad y en la gloria.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOTERCIA

Institución de la sociedad

SEÑORES:

La familia es de origen divino y los hombres no tienen el derecho de modificar las leyes inmortales que la rigen. Pero he aquí en la tierra otra institución más extendida, más imponente que la familia: la sociedad civil. ¿Qué debemos pensar de ella? Escuchad ante todas cosas estas nobles palabras de León XIII: "El hombre—dice—ha nacido para vivir en sociedad, porque, no pudiendo en el aislamiento procurarse lo que es necesario y útil a la vida, ni adqirir la perfección espiritual y moral, hízolo la Providencia apto para unirse a sus semejantes en una sociedad tanto doméstica como civil, única capaz de proporcionar lo necesario a la perfección de la existencia. Ahora bien, como ninguna sociedad podría existir sin una cabeza que presida e imprima a cada uno un mismo impulso eficaz hacia un fin común, resulta de ello que la autoridad es

necesaria a los hombres constituídos en sociedad, para regirlos, autoridad que, lo mismo que la sociedad, procede de la naturaleza, y, por consiguiente, tiene a Dios por autor." Es imposible, señores, condensar más luz en tan pocas frases. Iluminemos nuestros espíritus con esta clara antorcha, y tratemos de comprender que:

1.° La sociedad es necesaria al hombre;
2.° No hay sociedad sin autoridad;
3.° La autoridad procede también de Dios.

I. **La sociedad es necesaria al hombre.** Dos minutos de reflexión bastan para comprender esta verdad.

Imaginad al hombre huyendo del estado social; ¿qué ocurrirá? Cae al punto en el estado salvaje, y muere de idiotismo y de inanición... Cuando aparecemos sobre la tierra, nuestro *cuerpo* no es más que un germen débil y mediano; para consolidarse y desarrollarse, necesita cien mil cosas que no encuentra más que en los almacenes de la sociedad, y, a medida que avanzamos en la vida, hasta el último momento de nuestra existencia, nuestras necesidades materiales exigen los servicios del estado social. Por ejemplo, soy médico; hace ya veinte años que ejerzo mi profesión; son innumerables los enfermos, ricos y pobres, que han venido a consultarme, y que me han obedecido con la docilidad de una religiosa novicia. Como habito un país frío, deseo naturalmente oir chisporrotear la llama en mi hogar. Pero no hay llama sin humo, ni humo sin hollín, ni hollín que a la larga no obstruya la chimenea. Es preciso limpiar la chimenea, más este trabajo exige un hombre especial, un artista deshollinador; sin él no puedo encender el fuego, o bien quemo mi morada y las que la rodean. He aquí cómo el hombre que regentaba hace un momento una potente clientela, se convierte de repente, bajo la presión imperiosa de la necesidad, en humildísimo criado de un deshollinador. El género humano solamente vive merced a un cambio perpetuo de servicios hechos y de servicios recibidos, cambios que suponen y necesitan el estado social. Hay aquí bajo una ley universal, la ley del germen. En todos los reinos, Dios ha depositado la vida; pero la vida latente está como envuelta en un sueño misterioso, y esta vida no se dilata más que por la acción de una potencia externa que obra sobre la planta, que la hace vivir y desarrollarse; es el sol, en el que ella tiene sus raíces; son los rayos del sol y la gota de rocío. La fuerza externa que obra sobre el hombre, que lo desarrolla con inaudita magnificencia, es la sociedad. Desarraigad el hombre de la sociedad, su cuerpo muere de inanición... y su *alma* se obscurece en el idiotismo. El espíritu humano condenado al aislamiento, sustraído al medio social que lo envuelve con su bienhechora atmósfera, no alcanzará jamás la edad de la virilidad, será siempre un espíritu inculto y salvaje. Tocamos aquí, señores, la raíz de las cosas. Por cuanto en nuestro siglo todo se discute, aun las bases de la razón y los axiomas de la lógica; por cuanto todo ha sido viciado por espíritus ligeros, atrevidos, aventureros, amantes de la novedad, necesario es vengar la materia humana y proclamar los principios que la constituyen. Uno de estos principios dice que el hombre es esencialmente un ser social, y, por consiguiente, un ser enseñado. Todos vosotros sois hijos de una palabra. El niño es hijo de la palabra de la madre, y hasta la tumba conserva de esa palabra huella indeleble. El pueblo, ese otro niño, es con frecuencia

hijo de la palabra de miserables y vulgares tribunos que lo descarrían y lo conducen al abismo... Y vosotros, hombres de vuestro tiempo, que declaráis altivamente que sólo dependéis de vuestra razón, sois hijos de la palabra de vuestro siglo, hijos de sus pasiones, o de sus virtudes, de sus prejuicios o de sus luces. En resumen, nuestra alma es una creación de Dios y una procreación de la sociedad. La sociedad es necesaria al hombre. No maldigamos esta ley, porque, bien observada,

Produce maravillas. El estado social agrupa las fuerzas intelectuales en un haz luminoso cuyos rayos aumentan a medida que el tiempo avanza, haz del cual vemos brotar las artes, las ciencias, las letras, los descubrimientos útiles y laboriosos, las sabias instituciones... El estado social es el que afirma las voluntades por el choque, y, gracias a la emulación, las arrastra a las empresas laboriosas, a las virtudes heroicas, a las grandes abnegaciones, a los sublimes sacrificios... El estado social es el que, merced al contacto, al cambio, a la mutua penetración de los bienes individuales compone la fisonomía radiante, altiva y verdaderamente real de los pueblos cultos. El estado social es el que centuplica nuestra inteligencia y nuestras fuerzas. Porque vivimos en sociedad, reinamos *sobre los astros*. De esos globos luminosos que giran sobre nuestra cabeza, conocemos su peso, sus dimensiones, sus elementos, su marcha, sus evoluciones, y el rayo, ese algo tan terrible y tan rápido que lo antiguos pusieron en la mano de sus dioses para guardar el Olimpo, queda por nosotros encadenado a una varilla metálica y lo conducimos adonde queremos. Por cuanto vivimos en sociedad, reinamos *sobre el mar*. Uncimos el viento a nuestras casas flotantes, y como el viento era corcel voluntario, que hacía

mal servicio, hemos aprendido a prescindir de él, y hemos inventado el vapor. Por cuanto vivimos en sociedad, reinamos *sobre la tierra*. Unidos extrechamente, le arrebatamos sus tesoros, analizamos cuanto contiene, trabajamos sus metales. Por cuanto vivimos en sociedad, reinamos en cierto modo *sobre el padecimiento mismo*. Nos ligamos, por una asistencia mutua, contra las fuerzas fatales que tiranizan la vida humana, contra los accidentes, contra las enfermedades, contra la muerte. Hay hombres que sueñan en la demolición de la sociedad, que le enseñan el puño, y quisieran borrarla de la faz de la tierra... ¡Insensatos! Serán aplastados bajo sus ruinas, como Sansón bajo los muros de su encierro. La sociedad es necesaria al hombre.

II. La autoridad es necesaria a la sociedad.

"Pero como ninguna sociedad—dice León XIII—podría existir sin una cabeza que presida e imprima a cada uno un mismo impulso eficaz hacia un fin común, resulta de ello que la autoridad es necesaria a los hombres constituídos en sociedad, para regirlos, autoridad que, lo mismo que la sociedad, procede de la naturaleza, y, por consiguiente, tiene a Dios por autor."

No hay sociedad sin autoridad... Contemplad una multitud de movimientos confusos y contradictorios, en la que cada cual quiere lo que el otro no quiere, en la que todo el mundo manda y nadie obedece... una multitud informe, alborotadora, oponiéndose, ahogándose, con cien mil piernas y sin poder andar, con cien mil ojos y más inhábil que un ciego para seguir un camino. "¡Van a matarse, van a matarlo todo!"—exclaman todos en la ciudad consternada... Es la muchedumbre...

Ahora considerad ese caos puesto en orden. He ahí cincuenta mil hombres reunidos alrededor de la ciudad. Sus amplias filas avanzan a paso igual y se dirigen al mismo objeto. Un hombre a caballo hace un signo; todos se detienen en el acto, y se quedan inmóviles, como estatuas de acero. Hace otro signo, y cambian de marcha. El enemigo dispara cañonazos contra ellos, y diezma sus filas con obuses... pero nada los perturba, nada los hace desviarse del movimiento ordenado, sino que lo ejecutan con matemática precisión. Desde el primero al último escalón de la jerarquía, todos obedecen, y los mismos jefes no hacen otra cosa que trasmitir la voluntad suprema del que lo dirige todo. Manda uno solo. "¡Victoria!—gritan desde lo alto de los muros—¡Han salvado la ciudad!" Es el ejército. Sin embargo de esto, son los mismos hombres que antes, pero ocupando su puesto cada uno, todo el mundo en su escalón; es la muchedumbre puesta en orden. Suprimid el orden, destruid esa ingeniosa disposición, mezclad confusamente los soldados, y el ejército no será más que la muchedumbre ciega y funesta, el caos humano... Señores, lo que es verdadero para un ejército, es todavía más verdadero para una sociedad. Un estado social en el que nadie mandara, ni nadie obedeciera, sería el caos. Es preciso que nuestro orgullo tome su partido. Podemos borrar del vocabulario la palabra súbdito; la cosa está en las entrañas de la naturaleza humana. Allí donde haya hombres agrupados en sociedad, habrá, de una parte, mando, de otro, sumisión. Llamad la sociedad con el nombre que queráis, ciudad, estado, monarquía, imperio, oligarquía, república... soñad, si os place en esa democracia universal, que va, como una marea ascendente, invadiendo todas las riberas y cubriendo todas las cumbres con sus olas insolentes...

allí donde quede una sombra de sociedad, hallaréis un poder, del propio modo que donde exista un cuerpo viviente, hallaréis una cabeza. Pero ¿de dónde procede ese poder? De vosotros? ¿De mí? En manera alguna. ¡Atención, señores!

III. La autoridad procede de Dios.

Puestos en este terreno, expliquémonos bien, pero os ruego que no me hagáis decir lo que no haya dicho. *Yo no digo que la forma de la autoridad proceda de Dios...* Ninguna forma de gobierno es de derecho divino. Ora el poder se reconcentre en las manos de uno solo, ora en las manos de muchos, de un rey, de un senado, o de ambos a la vez, todos estos regímenes, debidos a los accidentes del tiempo, nada malo tienen en sí mismos, pueden ser excelentes, según las circunstancias, y Dios deja en libertad a las naciones para preferir el que crean que responde mejor a su temperamento y a sus gustos... "La soberanía—dice León XIII —no está por sí misma ligada a ninguna forma política; puede muy bien adaptarse a ésta o aquélla, con tal que sea, de hecho, apta para la utilidad y el bien común..." Señores, así habla el buen sentido y el verdadero espíritu liberal. Las formas gubernamentales dependen de la voluntad del pueblo. El Evangelio no consagra ninguna de ellas como necesaria; hace derivar de Dios el poder, pero no la manera exterior como se ejerce. Lo que procede de Dios no es la forma de la autoridad, *es la autoridad misma.* Y es muy necesario que así sea.

Porque Dios, que quiere el orden social, quiere evidentemente aquello sin lo cual el orden social no es

posible; quiere la autoridad, y, queriéndola, la crea y la confiere. La autoridad es una de las reglas generales de la Providencia para la armonía social, como la gravitación es una de las reglas generales para la armonía del mundo planetario; de suerte que, si es verdad que puede decirse que las formas de la autoridad pública provienen de los hombres, hay que reconocer que el fondo de la autoridad procede de Dios. ¿Y de quien otro podría proceder? Todos los hijos de Adán somos iguales por naturaleza; nadie puede tener por sí mismo el derecho de mandar a otro. Cualquiera que sea, aunque fuera el más hábil, el más sabio, el más prudente, el más virtuoso, no tendría ese derecho, y ni su habilidad, ni su ciencia, ni su prudencia, ni su virtud, podrían conferírselo. Ni siquiera un ángel del cielo que tiene por sí el derecho de mandarnos, ya que, como nosotros, no es más que un ser creado, y por este título no tiene imperio alguno sobre nosotros, ni nosotros le debemos obediencia. Ora se confiera el poder a uno o a varios, ora revista ésta o la otra forma, tiene su fuente en Dios, proviene de Dios. Dios mismo lo afirma en las Sagradas Escrituras. Escuchad:

Dijo Dios en el Antiguo Testamento: "Por mí reinan los reyes, y los legisladores hacen leyes justas."; y en el Evangelio, se expresa así Jesucristo: "Dad a Dios lo que es de Dios y a César lo que es del César." Por su parte, San Pablo escribía a los romanos: "Sométase al poder toda persona, porque todo poder viene de Dios... y el que resiste al poder, resiste la orden del mismo Dios." He ahí la verdad. El tiempo nada cambiará de ella. Las revoluciones, la voluntad o el voto de los pueblos, las necesidades de una sociedad que comienza, o los caprichos de una sociedad que acaba, pueden renovar o rejuvenecer las formas sociales, pero el

poder, su establecimiento, su presencia, la ley del orden y la autoridad en el juego de las instituciones antiguas que se derrumban, o en el arranque de las libertades modernas que ensayan sus alas y toman su vuelo, todo esto es natural, necesario, divino. Y hasta el fin de los siglos, en presencia del hombre que venga a decirme: "¡Yo solo reino, yo solo soy el amo!", me levantaré, y, con la mano extendida hacia el cielo, le diré: "No. Tú mandas, tu gobiernas, tú reinas, pero por la gracia de Dios, porque todo poder viene de Dios, solamente en Dios reside, sólo Dios lo posee naturalmente."

Conclusión.—Señores, hay hombres que se han levantado en medio de sus semejantes, y han escrito en su bandera: "¡Ni Dios ni amo!" Esto es horrible, pero por lo menos es lógico. Porque, si no hay autoridad en el cielo, ¿cómo la habría en la tierra? En cuanto a nosotros, señores, restablezcamos los derechos de Dios, y volvamos a colocar a la sociedad sobre su verdadera base, que es la religión. Hubo en el mundo pueblos poderosos y fuertes; hubo sociedades florecientes y vigorosas; hubo civilizaciones resplandecientes de belleza, y al lado de esto, hubo religiones diversas, y muchas desfiguraron, bajo supersticiones extravagantes, lo que contenían de verdades tradicionales. Hubo todo eso. Pero lo que no hubo jamás fué una sociedad que prescindiera de Dios en el gobierno de los hombres.

Hace mucho tiempo que dijo Plutarco: "Antes edificaréis una ciudad sin fundamentos que sin religión." Esto será verdad hasta la consumación de los siglos. Quitad a Dios, y la sociedad no será más que un montón de piedras sin cemento, una estatua loca que rechaza su pedestal. Quitad a Dios, y la autoridad se secará en su fuente. Respetemos, señores, estas dos cosas que no

son más que una, y que se corresponden como la causa y el efecto; los principios religiosos y el orden social, y recordad, para meditarla a vuestras anchas, la frase de un protestante célebre, Guizot, que dijo: *¡El catolicismo es la gran escuela del respeto!*

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCUARTA

El mecanismo de la sociedad

SEÑORES:

La sociedad no es una institución arbitraria, artificial, facticia. Como la familia, proviene de Dios, y por cuanto es una institución divina, es preciso respetarla. Vamos más allá. En la sociedad como en el hombre, hay dos cosas, el cuerpo y el alma, o, si lo preferís, el mecanismo y la fuerza motriz. Estudiemos hoy el exterior de la sociedad, y saludemos las dos leyes providenciales rigen tan potente y laborioso mecanismo: la ley del orden y la ley del sacrificio.

I. La ley del orden.

Señores, qué hermosa es una sociedad! ¡Qué bello edificio el que ofrece un gran pueblo que cuenta con diez, con veinte, con treinta millones de almas, es decir, con otras tantas voluntades diferentes las unas de

las otras, opuestas, hostiles, pero que, a pesar de ello, se mantiene enhiesto, como una isla en medio del océano! ¡Contempladlo, es admirable!

La sociedad tiene una cabeza; es el poder con los órganos que lo constituyen, es decir, el jefe que preside y ejecuta, los legisladores que propronen, discuten y redactan las leyes, los administradores que hacen irradiar por todos los ámbitos de la nación la acción del poder central; finalmente, los magistrados que juzgan y castigan a los que violan la ley. Del propio modo que la cabeza ilumina al cuerpo, lo mueve y lo dirige, así el poder es hecho para el pueblo. En lo exterior hace respetar la independencia de la nación, y sosteniéndose en la frontera, despliega altivamente su estandarte. En lo interior mantiene el orden, la armonía, la subordinación; defiende al débil contra el fuerte, en él confía el pobre, a él recurre la viuda y el oprimido, a él es confiada la tutela del huérfano. Pero, si el poder es necesario, no basta.

La sociedad tiene necesidades materiales, y, para satisfacerlas, cuenta con la agricultura, el comercio, la industria. 1.° Por bella que sea la tierra, necesita de la mano del hombre; por sí misma no produce más que una vegetación ingrata y como desnaturalizada; cúbrese de bosques inmensos, en los que el sol no penetra, de plantas lujuriosas y dispersas, que obstruyen el suelo y cierran el curso de las aguas; o bien, de repente, se extingue la vida, y el desierto lanza sobre las más hermosas tierras el oprobio de sus estériles arenas. ¡Llega, pues, apresúrate, ejército pacífico y conquistador de los agricultores! Sin vosotros, la sociedad perece de hambre y de sed. Limpiad el suelo de todo los obstáculos, a fin de entregarlo a su natural fecundidad; trabajad la tierra para que produzca trigo y vino, este real alimento humano. Tal es la obra de la *agricultura*: a la sociedad que tiene hambre y sed le ofrece los productos de la tierra. Pero todavía esos productos no nos bastan, Necesitamos herramientas, casas, muebles, vestidos y cien otras cosas necesarias y útiles a la vida. 2.° He ahí la *industria*, es decir, el trabajo por el cual el hombre, armado de sus brazos y de su inteligencia, secundado por los animales domésticos y por las fuerzas naturales, dirigido, en fin, por la experiencia y por la ciencia, se esfuerza en utilizar y apropiarse las producciones naturales que se llaman primeras materias... Hay que alimentarlo; de ahí las industrias alimenticias. Hay que vestirlo; de ahí la industria del vestido. Hay que alejarlo: de ahí la industria de la construcción. Tenemos necesidad, para trabajar, o para satisfacer las necesidades de la vida, de multitud de instrumentos y utensilios, en su mayoría de hierro; de ahí la industria metalúrgica. Añadid a esto las industrias del lujo, que dan a la sociedad el ornamento con que se embellece y los placeres legítimos de que goza. Pero salta una dificultad. ¿Cómo los productos de la agricultura y de la industria irán a todos los miembros del cuerpo social, y aun de un pueblo a otro pueblo? 3.° He ahí el *comercio*. Multiplica las rutas, las caminos de hierro, los canales, las vías de comunicación, los medios de transporte, y, tomando aquí los productos que sobreabundan, lleva allá los productos que faltan. ¿Queréis tener una idea del detalle maravilloso de nuestros cambios interiores? Notad que, fuera de una producción agrícola a la vez enorme e insuficiente, Francia produce anualmente más de quince mil millones de abjetos fabricados, y sólo exporta tres mil quinientos millones. Además, hacemos con el extranjero una cifra de negocios de nueve mil millones. Le compramos trigo

y le vendemos vino. Importamos las materias primeras y la hulla que alimenta nuestra industria, y exportamos objetos fabricados, producidos por esta industria. Por otra parte, como el ahorro fancés se eleva a unos tres mil millones por año, colocamos nuestros capitales en empresas extranjeras que nos pagan la renta de ellos. Y así, por el comercio, por la industria, por la agricultura, quedan satisfechas las necesidades materiales de la sociedad. Elevémonos más alto, señores, la sociedad no tiene solamente un estómago para digerir y miembros que es preciso alojar, alimentar y vestir,

La sociedad tiene un alma, y el alma tiene necesidades espirituales y suprasensibles. Busca todo lo que es noble, verdadero, hermoso, inmortal... y he ahí las letras, las ciencias, las artes, la religión, que florecen en su seno, y le componen una fisonomía espléndida. Las letras, las ciencias y las artes, en vez de dañar al hombre y a la sociedad, son ornamento natural del espíritu, gloria del mundo presente, fuente de los goces más puros y legítimos. ¿Qué importa que la vanidad abuse de ellas y que la corrupción haga de ellas un arma contra la virtud? Sería preciso renunciar a emprender cualquier cosa y enseñarla a los demás, si nos detuviéramos en semejantes consideraciones. Sin duda que el abuso de la ciencia es deplorable; cada día logra el orgullo servirse de ella para el triunfo de sus culpables designios. Sí, es más verdad que nunca que el error se mezcla a la verdad en proporción aterradora, que los prejuicios se acumulan y se espesan como una banda sombría sobre la frente de las multitudes ciegas por luces falsas. Pero ¿vamos a maldecir el árbol y condenarlo al fuego porque se cojan de él frutos de muerte a la vez que frutos de vida? No, mil veces no. Hagamos votos, señores, por el progreso incesante de las letras, de las ciencias y de las ar-

tes; para que nuestros matemáticos sean Laplace, nuestros geólogos Cuvier, nuestros médicos Orfila y Pasteur, nuestros matemáticos Domat y Cujas, d'Aguesseau y Pothier. Halle Bossuet rivales en elocuencia y en historia, y el laurel de la poesía cese, al fin, de pertenecer a Racine y a Corneille; y luego, cuando hayamos echado puentes sobre los abismos, y unido todos los pueblos por cables gigantescos; cuando hayamos combinado todos los elementos, y sorprendido todos los secretos de la naturaleza; cuando hayamos vulgarizado todos los métodos, sea para explotar las materias, sea para perfeccionar la enseñanza, añadamos a todos estos progresos útiles el progreso absolutamente necesario, es decir, el progreso moral y religioso, y que la sociedad, conducida por sus jefes, alimentada, mejorada, enriquecida por la agricultura, el comercio y la industria, se nos aparezca radiante y bella, ostentando en su frente los esplendores rivales y las glorias unidas de la literatura, de la ciencia, del arte y de la religión. ¿Acaba aquí todo? ¿Está ya completo el mecanismo social? No.

Una sociedad puede verse atacada a cada instante, y debe poder defenderse, por lo que la ley del orden exige la presencia de un ejército que diga al poder. "¡Manda, estoy dispuesto a marchar!"; y al arado: "¡Trabaja en paz, mi espada vela!"; y a los hombres de labor intelectual: "¡Estudiad, investigad, enseñad; estoy en la frontera!" El día en que las naciones se respeten recíprocamente, y no tengan injusticias e injurias que reprocharse, aquel día el ejército arrinconará la espada de la guerra. ¿Llegará ese día? Lo ignoro. En espera de que la razón sea suficientemente esclarecida, el progreso de las ciencias bastante general, el triunfo de la justicia regularmente completo para asegurarnos una era magnífica de prosperidad, de abundancia y de paz, la sociedad

tiene el derecho y el deber de protegerse, es decir, de rechazar, manteniéndose a la defensiva, una agresión, y obtener la reparación de una injuria tomando la ofensiva. El ejército es necesario a la sociedad, y el soldado que, no conociendo más que la consigna, toma y depone las armas, hace en la dignidad de su obediencia silenciosa, lo que en todas las lenguas se llama un noble oficio. Se le llama, marcha, desafiando el frío, durmiendo en el suelo, despreciando la vida, hallando en los pliegues de su bandera, hogar, familia, honor, patria, aunque tenga que llevarla al cabo del mundo y no le quede de ella más que un trozo arrancado al enemigo y agujereado por las balas. Saludad, señores, saludad al ejército... es el muro viviente que protege a la patria, la coraza que la hace, si no invulnerable, por lo menos potente y respetada.

Señores, ¡cuán bello es ver un gran pueblo con todos los miembros que lo constituyen y acabo de ennumerar! La ley del orden pone cada uno y cada cosa en su sitio, y tenemos ante los ojos un mecanismo de un poder y de una flexibilidad maravillosa. Sí, pero prestad oídos al ruido de ese mecanismo en movimiento. Todos los rodajes gimen y rechinan al marchar. Una segunda ley nos parece intangible, eterna.

II. La ley del sacrificio.

¡Cuán penosamente vive el hombre en sociedad!

Estudiad todos sus resortes, y veréis que dejan escapar un gemido. Ved el *ejército*. Para la muchedumbre, el regimiento que pasa con la música a la cabeza, o que desfila en la revista, muy ataviado, con movimientos regulares, evolucionando con vigor, apretado junto a la bandera, al son de alegres marchas, representa la fuerza misma del país, e infunde confianza en lo por venir. Representa la juventud, el valor, la energía, y por cuanto se le ha visto desenvolverse en hermosas líneas y con gran aparato ante las miradas que lo siguen con orgullo, figúranse que siempre es así en el cuartel, en las marchas, en la espera del combate, en el frenesí de los asaltos, en el descanso que sigue a la lucha. Pero todos los que habéis tomado parte en sangrientas batallas, sabéis muy bien que no es así. Al día siguiente del combate es cuando hay que ver a ese soldado tan lucido, admirado en los días de revista; hay que verlo en el campamento en que duerme rendido de fatiga; en las ambulancias, en que, herido, febril, desesperado, espera el turno para ser curado; en el terreno mismo del combate, en el punto en que cayó, en el que gime, en el que se arrastra, en el que llama en vano, en el que no acuden a recogerlo. Allí se ve el reverso de la gloria y se comprende que la ley del sacrificio, es la ley de la sociedad. Ved la *industria*, el comercio, la agricultura; esos potentes rodajes producen resultados magníficos, pero bien sabéis a qué precio. Ora visitéis las ciudades industriales, ora os internéis en nuestros campos, veréis millones de obreros y de aldeanos que sudan sangre y agua, que martirizan sus manos y ostentan en su frente y en sus miembros las heridas del trabajo. En una exposición universal, admiráis el aspecto resplandeciente de la actividad humana; pero visitad los campos, los talleres, las minas... donde podréis ver inagotables sudores y padecimientos indecibles, y comprenderéis que la ley del sacrificio es la ley de la sociedad. ¿Pensáis acaso que el *sabio*, el artista, el literato, el magistrado, el médico, el sacerdote, pueden llenar sus sublimes funciones sin un esfuerzo incesante y doloroso? La ciencia, señores, no sale de un golpe de nuestra cabeza, como el bronce en fusión sale del mol-

de que le comunica indestructibles presiones. Todo hombre que ejerce una profesión liberal, debe trabajar, trabajar sin descanso, trabajar largo tiempo, trabajar con ardor... y si pierde el tiempo en la ociosidad, no será nunca nada y defraudará a la sociedad de los servicios que le debe. Contemplad al sabio en su gabinete, al literato con la pluma en la mano, al artista inclinado sobre la tela, el mármol o el teclado, al magistrado en su tribunal, al médico junto al enfermo, al sacerdote en su celda o en medio de su pueblo, y reconoced una vez más que la ley del sacrificio es la ley de la sociedad. Y si hay hombres dueños de su tiempo y de su energía, *jóvenes afortunados*, que podrían unir al prestigio de la riqueza el prestigio del saber y del trabajo, y no hacen nada... desgraciados de ellos! No sólo son dignos de lástima, por cuanto no tardarán en perder la fortuna, la influencia y la capacidad, que pasarán a hombres salidos de la nada, hijos ilustres de sus vigilias laboriosas y de sus constantes esfuerzos, sino de censura, porque engañan las legítimas esperanzas de la sociedad, y, consumidores escandalosos, seres estériles, perezosos holgazanes, provocan las maldiciones del hombre laborioso. Esos olvidan que la ley del sacrificio es la ley de la sociedad.

Señores, aunque hagamos milagros, no cambiaremos el curso de las cosas. Puede mejorarse la sociedad, y debe mejorarse, pero sería preciso destruirla, pulverizarla, para expulsar de ella el sufrimiento. Es como si se quisiera despojar a un árbol de toda su savia porque es amargo, y conservar la corteza, las ramas, las hojas, las flores y los frutos; sueño quimérico, empresa irrealizable. Aun cuando suprimiéramos los vicios que deshonran la sociedad, aun cuando lleváramos al cabo todas las reformas posibles, estemos ciertos, tris-

temente ciertos que moriremos nosotros y nuestros hijos, dejando detrás de nosotros un cúmulo de dolores incurables. El globo es pobre; trabajándolo con encarnizamiento, da algunas riquezas demás, nunca en proporción a las necesidades. Dios lo hizo así, porque no creó al hombre para gozar, sino para que se engrandezca... para que se engrandezca con el trabajo, con la virtud, con el sacrificio en vez de deshonrarse y embrutecerse en los placeres. Por otra parte, ¿cómo se satisfarían nuestras necesidades? Estas son insaciables, y nuestros deseos se ahondan a medida que se multiplican nuestros goces, de suerte que, en cualquier grado de civilización que adquiera la sociedad, hallará siempre lagunas y necesidades no satisfechas, y hasta la consumación de los siglos será verdadero el dicho de que la ley del sacrificio es la ley de la sociedad.

Ciertamente, señores, no pongo en duda ninguno de los progresos de la sociedad moderna, pero considerad que se asienta sobre el sacrificio y se corona con el sacrificio. Sacrificio del *labrador*, que parte de mañanita, antes de salir el sol, a regar la tierra con el sudor de su frente; sin esto, ni pan, ni vino, ni vida física. Sacrificio del *minero*, que desciende a las entrañas de la tierra para arrancarle sus tesoros; sin esto, ni hulla, ni mineral, ni hierro, ni vida industrial alguna. Sacrificio del *empleado* de correos, de telégrafos, de ferrocarriles, de diligencias, del hombre de trabajo, que vigila, viaja y se extenúa en nuestro provecho; sin esto, ninguna vida de relación. Sacrificio del *magistrado*, del abogado, del hombre de negocios, que estudia nuestros conflictos, nuestras diferencias, los desembrolla y los ordena. Sacrificio del *soldado*, que padece y muere por nosotros. Sacrificio del *sacerdote* y del *médico*, que son los hombres de todo el mundo y vienen en auxilio del cuerpo

para curarlo, de las almas para iluminarlas, consolarlas, santificarlas, conducirlas a la verdadera patria, que es el cielo, hacia el verdadero fin, que es Dios. He ahí la sociedad; contempladla en su belleza augusta y conmovedora, y reconoced conmigo, señores, que la savia que circula por este árbol inmenso es la savia del padecimiento; que la sangre que hace latir ese noble corazón, es la sangre de la inmolación; que la ley que regula ese complicado mecanismo, es la ley del sacrificio. Suprimid el sacrificio, y la sociedad estalla en trozos; todos sus rodajes se detienen y se rompen; el orden queda destruído, y la sociedad se convierte en una selva de bestias feroces que se devoran mutuamente.

Conclusión.—Ahora, señores, escuchad lo que voy a deciros. Hay en la tierra una religión que despliega a los ojos de los pueblos la bandera del sacrificio; hay una religión que adora a un Dios muerto en la cruz, y que, mostrando a sus fieles el Dios inmolado, les dice: "¡He ahí vuestro maestro; adoradle! ¡He ahí vuestro modelo; imitadle!" Hay una religión que toma al hombre de la mano y le conduce hacia la felicidad eterna por el sendero del sacrificio. Hay una religión que es aquí bajo como el depósito providencial de la virtud, de la resignación, del olvido de uno mismo, de la justicia, de la caridad, en una palabra, de la grandeza moral de los individuos y de las naciones. Pues bien, hombres inteligentes y honrados que me escucháis, cuando la sociedad tiene tanta necesidad del sacrificio, ¿creéis que es oportuno cerrar las fuentes del sacrificio y privar al pueblo de la única savia religiosa que lo anima todavía? ¿Creéis que es oportuno hacer un esfuerzo supremo para descristianizar todas las moléculas del cuerpo social y expulsar de todas partes la

influencia de Jesucristo? No, señores, eso no es oportuno, y mientras tenga yo un corazón para amar a mis semejantes, y una voz para hablarles, les diré, en la lengua de la historia y de la razón: Hombres de este siglo, Jesucristo es el fundador de nuestra patria; volviendo a Jesucristo, nuestra patria hallará de nuevo su gloria y su grandeza. La religión cristiana es el alma de la sociedad.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOQUINTA

El alma de la sociedad

SEÑORES:

¿Qué os dije hace ocho días? La sociedad es un mecanismo inmenso, admirable, todas cuyas ruedas dan el sonido del sacrificio, y vosotros acabáis de oir, de una boca venerable y autorizada, que en ese mecanismo la religión tiene un puesto necesario y una influencia decisiva. ¿Es esto verdad, señores? Porque, del mismo modo que un cuerpo sin alma no es más que un cadáver, asi también, un mecanismo vuela en pedazos si el aceite no viene a suavizar el juego de sus engranajes, del propio modo que la sociedad no puede funcionar como conviene sin la acción vivificante y no interrumpida de la religión.

I. La religión es el alma de la sociedad.

Aun cuando retrocediéramos veinte siglos, sería esto verdadero y tendríais que admitirlo. Las sociedades paganas eran religiosas y vivieron de los girones de verdad contenidos en el culto idolátrico, y murieron el

día en que cesaron de creer y adorar. En el momento en que Roma ascendió a la cumbre del poder, sufrió la invasión de los sofistas, antes de sufrir la de los bárbaros. ¿Sabéis lo que ocurrió? Cuando, después de sepultar en el ridículo merecido los dioses del Olimpo y las gallinas sagradas, atacaron los sofistas los últimos vestigios de verdad, de moralidad y de justicia que subsistían aún bajo la confusión de las supersticiones idolátricas; cuando hubieron hecho de la sociedad pagana una sociedad atea y materialista, riéndose de sus dioses, pero riéndose también de la verdad y de la patria, aquella sociedad cayó en descomposición. Ya podían llegar los bárbaros; los sofistas les habrán preparado una sociedad incapaz de resistir a su conquista y dispuesta a hundirse en la disolución. Roma, falta de toda savia religiosa, no era ya más que un cadáver al que impulsaban hacia la tumba ora la mano de un vencedor, ora el pie de un tirano. Suprimid nuestros veinte siglos de cristianismo, resucitad el viejo pueblo de Rómulo, de Bruto, de Augusto, y os hallaréis en presencia de este axioma escrito en todas las páginas, que explica, de la historia: la religión es el alma de la sociedad.

Si esto era verdad en lo pasado, no dudéis, señores, que lo es también en lo presente. La religión cristiana es el alma de la sociedad moderna. Escuchad: quiero enumerar todas las palabras sonoras que lisonjean nuestros oídos, los grandes sentimientos que embelesan nuestro corazón, las nobles y magníficas ideas que iluminan nuestro espíritu, todas las aspiraciones que trabajan este siglo, y todos los movimientos que lo agitan, y veréis que la religión cristiana no es antipática, sino absolutamente necesaria a la nueva sociedad.

Hombres de este siglo, preconizáis el *honor*. Tenéis

el sentimiento del honor, y por ello os felicito... Sea puro, sea firme... pero su pureza se altera, su firmeza flaquea, si expulsáis la religión, y, con ella, la conciencia y la virtud. Unid, como antes, el honor, la virtud y la religión; embalsamaréis el mundo y lo salvaréis. El honor sin Dios, no es más que un despojo augusto de nuestra índole nacional, y, como dice Alfredo de Vigny, la última lámpara de un templo devastado. Cierto que no debemos dejar que se extinga esa última lámpara; pero os ruego que no confundáis la lámpara que adorna el santuario con los fuertes pilares que la sostienen, y que, para reconstruir el templo, pongáis en su base la religión cristiana, que es su más firme y necesario apoyo.

Hombres de este siglo, cantáis la *naturaleza*... Habéis escrutado sus profundidades, habéis descubierto sus leyes, habéis sorprendido sus secretos; cada día, con éxito siempre creciente, explotáis sus riquezas y sus fuerzas, y por ello os felicito; pero la naturaleza no es una causa, sino un efecto; cuanto más grandiosos y magníficos son sus espectáculos, y más sabia la mano que los desarrolla, más incontestable es el poder que los mantiene. Sabed, pues, ver, detrás de los fenómenos, las fuerzas, por encima de las fuerzas, las leyes, por encima de las leyes, el plan, por encima del plan, Aquel que es su autor, Aquel a quien un célebre americano, Edison, llamaba, estos últimos años, el más grande y el primero de los ingenieros, Dios misericordioso. Estudiad la naturaleza más a fondo, exploradla en todos sus detalles, y decid con un célebre naturalista, Linneo: "Sólo he visto a Dios por detrás, sólo he visto su sombra, la huella de su mano en sus obras, ¡y he quedado estupefacto!"

Hombres de este siglo, elogiáis la *razón* humana,

la elogiáis con idolatría y superstición. Pero decidme: ¿a quién hay que atribuir la gloria sino a Dios Creador, de quien la habéis recibido? Y cuando esta razón se detiene impotente ante los misterios de nuestro origen, de nuestra naturaleza y de nuestro destino, ¿quién puede descubrírselos sino el Dios Redentor, único capaz de fijar sus incertidumbres y de regular sus creencias? Un hombre y un pueblo son muy dignos de compasión, si no tienen otros principios de moral y de verdad que las fluctuaciones de la inteligencia humana, siempre deficiente por algún concepto, cuando no obscurecida y depravada por perversas pasiones.

Hombres de este siglo, amáis la *ciencia,* y con razón. Queréis difundirla y suscitar maestros a millares y discípulos por millones, y hacéis bien. En vez de temer ese magnífico desarrollo de la inteligencia humana, lo llamo con mis votos más ardientes y me asocio a todos vuestros esfuerzos, como a todos vuestros deseos, porque la Iglesia, mi madre, es la enemiga eterna e irreconciliable de la ignorancia. Pero tened presente que la ciencia profana, por sí sola, no basta. Separada de la religión, la ciencia no es garantía suficiente de moralidad y dicha. El alfabeto, las palabras, la gramática, las cifras, no serán los que nos salven. Abriendo escuelas, difundiendo la instrucción, muy locos seríais si os imaginarais que vais a poner remedio a todos los males. Desde hace treinta años que no hacemos más que abrir escuelas; ¿es que hemos elevado el nivel de la moralidad? Leed las estadísticas... nos hacen estremecer. Señores, lo que falta a la sociedad, no es solamente la luz humana, la instrucción; es la luz que desciende del cielo, la luz del deber, del sacrificio voluntario, del respeto a los derechos, de la represión de las codicias; es la luz que cae de la frente de Dios sobre la

frente del hombre, y que dice al niño: "¡Trabaja y obedece!"; y al joven: "¡sé casto!"; y al hombre maduro: "¡sé probo!"; y al viejo: "¡Espera!" Extinguid esta luz, encended todas las demás, y nada marchará. Las almas continuarán en la noche, y la instrucción misma será su peligro. La ciencia es buena, pero se necesita algo más y mejor. La religión es la cumbre que la corona y el aroma que impide su corrupción.

Hombres de este siglo, ¿qué es lo que amáis todavía? Aspiráis a la *libertad*. Pues bien, escuchad sobre esto las palabras de un gran pensador, de M. Tocqueville: "Cuando un pueblo quiere ser libre, preciso es que crea, y si no quiere creer, es preciso que sirva"; es decir, que la libertad, que no es, en último resultado, más que una disminución de coacción legal, exige un aumento correspondiente de freno moral voluntariamente aceptado; es decir, que la libertad sin religión cae necesariamente en la licencia, y la licencia llama la servidumbre. Aspiráis a la *igualdad*, pero solamente hay una, y es la igualdad ante Dios, que conduce a la igualdad ante la ley, y la segunda no es posible sin la primera. Aspiráis a la *fraternidad;* pero la realidad y la palabra pertenecen al diccionario del Evangelio, y en nombre de Dios la reclamo para tributarle el honor que produce. Creerse, sin Dios, libres, iguales y hermanos, es la última de las ilusiones. Fuera de la religión, la libertad se vende ora a César, ora a Bruto; la igualdad, celosa de la ciencia, del talento y de la virtud, reconstituye, en provecho de la medianía, todos los privilegios del mérito, y la fraternidad expira en medio de luchas fratricidas. Si queréis aclimatar en vuestras costumbres estas tres nobles cosas como están escritas en vuestros muros, llamad en su auxilio la religión cristiana que os enseñará a conservarlas y a serviros de ellas.

Hombres de este siglo, ¿qué buscáis aún? Anheláis la *paz social* entre los ciudadanos, entre los que mandan y los que obedecen, entre los que poseen y los que nada tienen. ¿Cómo hacer para que estos dos leones no se devoren? ¿cómo hacer para lograr la unión de los corazones, la cesación de los antagonismos, el despertar de esa caridad fraternal, que sustituye, gracias a la generosa reciprocidad de los deberes y de las abnegaciones, la lucha implacable de los egoísmos acantonados en sus derechos respectivos? Creedme; los medios humanos, los sabios equilibrios entre el poder y los súbditos, entre el capital y el trabajo, no bastan. En esos rodajes tan múltiples y complicados que constituyen la sociedad, faltan algunas gotas de la sangre de Jesucristo. Falta la acción incesante y fecunda de la religión cristiana. Sólo ella posee la persuasión que hace aceptar la mutualidad de los deberes, el bálsamo que cura las heridas, la unción que despierta la ternura, las perspectivas que fortalecen el valor y consuelan en la prueba. Tenéis necesidad de ella para esta obra, y no la reemplazaréis por ninguna otra.

Hombres de este siglo, ¿qué amáis todavía? Amáis el progreso, y con razón; pero atended. El progreso material va recto a la decadencia, si no lo acompaña un progreso correspondiente en el orden religioso. Perfeccionar lejos de Dios las màs ingeniosas máquinas, es embrutecer los hombres, es rebajar sus almas inmortales al nivel de las bestias, es convertirlas en miserables rodajes que se irritan, que gritan, que se rompen. Uno de los hombres más eminentes y respetados de esta noble ciudad decía ultimamente en una gran asamblea: "El progreso de las artes y de las ciencias es mucho más rápido que el progreso moral. El siglo XIX ha engendrado progresos científicos, y nues-

tra maravillosa Exposición nos lo presenta en todo su esplendor; pero este siglo ha producido infinitamente menos en el orden moral." ¿Por qué esto, señores? ¿Por qué? Porque la savia religiosa no es muy abundante. ¡Oh hombres, aunque tripliquéis la velocidad de vuestros ferrocarriles, aunque inventéis alas que os permitan hendir el aire, aunque pudieseis, gracias a futuros descubrimientos, eclipsar todo lo que constituye en el día de hoy vuestro orgullo, si no resucitáis a Dios en las almas, si no volvéis a poner en ellas la adoración, la plegaria, y, con la religión, el sacrificio, el desinterés, la virtud, perdéis la sociedad, la precipitáis en uno de esos abismos llenos por mitad de lodo y sangre, y vuestros progresos materiales harán más resonante la decadencia, sin hacerla menos inevitable y menos próxima.

Hombres de este siglo, ¿qué queréis en último análisis? Queréis ardientemente, y lo queréis todos, una *patria* grande, próspera, que marche, como es su derecho y su deber, a la cabeza de las naciones. Luego es preciso que Dios entre en las leyes, en las costumbres públicas, en las instituciones sociales. Si nuestras leyes no están impregnadas del espíritu cristiano, serán barridas como las hojas ligeras que el viento arrastra ante él. Mientras nuestras constituciones no tengan por base los derechos de Dios y los deberes del hombre, caerán las unas sobre las otras como construcciones sin fundamento. Hombres de este siglo, sois libres de dar a la sociedad formas nuevas, con tal que dejéis a la religión cristiana la libertad de realizar su obra, es decir, de hacer a los hombres el mayor bien posible y de afirmar las fundaciones necesarias al orden social. El cristianismo venció al paganismo romano, civilizó a los bárbaros, convirtió al viejo mundo, llevó a feliz

término la conquista del nuevo mundo, vivió con el feudalismo y la monarquía absoluta. Hizo primeramente del esclavo un siervo, luego de un siervo un hombre libre, el ciudadano de un municipio, y, finalmente, del ciudadano, un ser cada vez más apto para las funciones públicas.

Elévanse las masas laboriosas a una instrucción más completa, a una moralidad más seria, a un bienestar más amplio, y, por una consecuencia necesaria, a una ifluencia más desarrollada; ¿qué mal hay en esto? ¿Es que todo no sale como un torrente de las entrañas del Evangelio? Pero tened cuidado. Cuando la religión cristiana es más necesaria que nunca para instruir la democracia, para reanimar sus creencias, para purificar sus costumbres y enseñarle la ciencia de los derechos y de los deberes, para elevar su moralidad a la altura de su influencia, no contrariéis su acción ni encadenéis sus beneficios. Sería muy mal hecho escoger su hora para expulsar a Dios de este mundo, cuando este mundo tiene de El más necesidad que nunca. Los más ardientes promotores de la persecución religiosa han comprendido esta verdad en una hora cualquiera de su existencia; han comprendido que, al herir a la Iglesia, herían el alma francesa en el punto más noble y sensible. Gambetta, Julio Ferry, Challemel-Lacour, Spuller, después de desencadenar la lucha religiosa, experimentaron la necesidad de hacer un llamamiento a la tolerancia religiosa, aunque en vano, por desgracia, y Waldeck-Rousseau, a su vez, sintió despertarse su conciencia viendo la profundidad de la llaga que había hecho, y su último discurso en el Senado ha sido una tardía protesta de su conciencia contra la obra de sus pasiones.

Hombres de este siglo, Jesucristo se vuelve hacia

vosotros, y os repite sus palabras eternamente verdaderas: "Sin mí, nada podéis hacer." El mundo moderno debe al Evangelio sus glorias más puras, y su porvenir, como su pasado, dependen del cristianismo.

Hace algunos años, en un banquete que se le ofreció en París, un gran hombre de Estado inglés, Lord Gladstone, expresaba sus votos por Francia: "Sí—decía,—manténgase siempre Francia, como lo fué en lo pasado, en la primera fila de las naciones cristianas, para la realización de la obra de la cultura y felicidad del género humano." Señores, he ahí nuestro puesto. Seamos la primera nación cristiana, y el resto no será dado por añadidura. Hombres de este siglo, pensad en ello: la religión es el alma de la sociedad, el cristianismo es el alma de la nación francesa.

Por otra parte, lo queráis, o no lo queráis, en el fondo de todos los negocios y de todos los intereses públicos se agita hoy la cuestión religiosa. ¿Qué digo? La cuestión religiosa no sólo está en el fondo, está en el centro, está en la cumbre, penetra y domina todas las cuestiones. No hay medio de conservar la neutralidad, pues como dice un profano, Alejandro Dumas, "ha llegado la hora de tomar un partido, es preciso formar con los hombres en el diluvio, o con el Hombre-Dios en el arca."—"Venid a mí—os dice Jesucristo:—quien no está conmigo, contra mí está... Venid, hombres inquietos, venid, y yo os consolaré; yo os daré la verdad que salva las almas para la eternidad y asegura a la sociedad la paz y la prosperidad temporal."

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEXTA

El porvenir de la sociedad

SEÑORES:

Fuisteis llamados el domingo último a ejecutar un gran acto de ciudadanía. Depositasteis vuestro voto en la balanza en que se pesan y deciden los destinos de la nación. Hay, señores, un acto más grande que este, el de elegir para vuestros hijos maestros y educadores, el abrirles las puertas de un asilo, de una escuela, de una pensión. De este acto, señores, depende el porvenir de la sociedad; permitidme que os recuerde sobre este punto dos verdades más claras que la luz del sol; permitidme que disipe las nubes que podrían obscurecer su luminosa evidencia; permitidme iluminar vuestra inteligencia a fin de que, por medio de vosotros, irradie en esas multitudes que no escuchan mi palabra. "Otras ovejas tengo que no son de este rebaño—os diré con Jesucristo;—preciso es que las traigan;" y si no podéis conducírmelas, os pido, señores, que seáis para con ellas los misioneros de la verdad y como los reflectores de

la luz. Veamos ahora las verdades que hoy confío a vuestra atención y vuestro celo.

I. El porvenir de la sociedad depende especialmente de los hijos.

Veamos, señores, : ¿en dónde colocaríais la fuente verdadera de la felicidad pública? ¿En una *agricultura* perfeccionada que produzca los más variados y abundantes frutos de la tierra, que mejor ponga a los pueblos a cubierto del hambre? ¿En un *comercio* floreciente que multiplique las riquezas y haga comunes en una región los productos de todas las demás? ¿En una *población* siempre creciente y en *ejércitos* bien disciplinados que hagan a un pueblo tranquilo en lo interior y temido en lo exterior? ¿En el esplendor de las *ciencias* y de las *artes,* en todo lo que parece dar a una nación la preeminencia del espíritu y del talento? Finalmente, ¿en todas esas ingeniosas combinaciones *políticas,* rentísticas, económicas, que equilibran los intereses y las pasiones, y ponen de manifiesto la alianza tan difícil de la autoridad y la libertad, del capital y del trabajo, de las clases directores y de las clases dirigidas? Cierto, señores, que estas son cosas preciosas, hechas para excitar la solicitud de todos, y que, en efecto, han fijado la atención de los sabios y de los legisladores en todos los siglos. Todo esto no puede desdeñarse, pero hay algo mejor, algo más necesario. No basta con dar a un pueblo un esplendor pasajero, hay que asegurarle un bien sólido y durable...; lo que asegura el porvenir de una sociedad no es el esplendor efímero de las prosperidades materiales, es la solidez de los principios, es decir, en la familia la autoridad paterna, la piedad filial, la unión de los esposos, la felicidad de los servidores; en el orden civil, el respeto del orden, el culto de la justicia, la práctica de la caridad fraternal, y en las condiciones diversas, la prolidad, la buena fe, el amor del trabajo, la paz. Arrancad o quebrantad únicamente estas fundaciones profundas y necesarias, y la prosperidad de los Estados desaparecerá inevitablemente.

Fácil es ver ya, señores, cómo los destinos de un pueblo se ligan con la educación de la primera edad, cómo el porvenir de la sociedad depende principalmente de la buena educación de los hijos. Suponed por un momento, señores, que en nuestra sociedad, así en los campos como en las ciudades, reciban los niños de ambos sexos *una buena educación,* una educación capaz de formar su espíritu y su corazón. Penetrad con el pensamiento en esas escuelas que encierran las esperanzas de la patria. En ellas se aprende a conocer a Dios y su ley, en ellas se enseña todo lo que es justo, todo lo que es bueno, todo lo que es laudable; y si en ellas se cultivan con cuidado esos conocimientos que hacen al hombre instruído, se apega más todavía en ellas a lo que hace al hombre virtuoso. La buena semilla, sembrada en esas almas todavía jóvenes, echa en ellas hondas raíces y se transforman en frutos saludables. Poco a poco vemos crecer generaciones enteras, que se disponen a devolver a la sociedad, con sus servicios, lo que de ella recibieron por el beneficio de la educación. Sé muy bien que en esa gran multitud de niños educados cuidadosamente, se encontrarán caracteres débiles, espíritus indóciles, corazones depravados; sé muy bien que circunstacias peligrosas, que pasiones de una juventud hirviente, podrán hacer abortar las esperanzas de la primera edad. Pero, en general, muchos serán fieles a todas las virtudes que habrán sabido inspirarles, y los que se descarríen muy lejos en las rutas del vicio, conservarán

por lo menos un recurso, el del remordimiento y el del arrepentimiento, recurso que conoce muy poco el que en sus primeros años no practicó la virtud. Por lo contrario, señores, si la educación fuera universalmente viciosa, si malas doctrinas corrompieran la razón, si esas flores delicadas que se llaman vuestros hijos, fueran mordidos desde la aurora por la serpiente del vicio o de la impiedad, ¡que inmensa e irreparable desgracia! Apenas algunos podrían escapar, merced a circunstancias o inclinaciones más felices, al contagio universal; la mayoría sucumbiría en el camino de la perdición. ¡Oh padres, no tendríais suficientes lágrimas para llorar su descarrío, y el cuerpo social quedaría herido en el corazón por una llaga funesta, que lo haría caer en la disolución. El porvenir veríase emponzoñado en sus fuentes. Tales son, señores, los efectos de la buena o de la mala educación; bajo la influencia de la primera, el hombre no es malo más que por inconsecuencia; bajo la influencia de la segunda, sólo por azar es, en cierto modo, bueno. Lord Wellington, el vencedor de Napoleón en Waterloo, visitó hacia el fin de su vida el establecimiento en donde se había educado, y, al contemplar los muros en que, joven aún, había aprendido el respeto de Dios, el amor del trabajo, la práctica de la obediencia y el culto de la virtud, exclamó: "¡Aquí fué ganada la batalla de Waterloo!", queriendo decir con esto que el hombre se forma enteramente en la infancia, y en la edad madura se corona de los frutos que preparó la juventud... Sí, señores, el porvenir del hombre, el porvenir de la familia, y, por consiguiente, el porvenir de la sociedad depende especialmente de la buena educación de los hijos. He ahí la primera verdad que deseaba inculcaros. Y vamos a la segunda. Quiero tocar la cuestión viva, candente de esta época. Pero ¿a qué

hablar si no ha de decirse la verdad? Señores, sois dignos de oirla; no temáis, mi lenguaje será sincero, pero respetuoso, delicado, como vais a verlo; hablaré la lengua del buen sentido y de la honestidad, y todos diréis al salir: ¡Es verdad, es verdad!

II. La educación del niño, para ser buena ha de ser religiosa.

Expliquémonos con claridad, señores. 1.º Hay dos cosas en la educación, la *formación del espíritu* y la *formación del corazón*. Ahora bien, es tal la ceguedad de nuestro tiempo, que sólo cuenta con la instrucción para todo, la cual procura iluminar el espíritu sin formar el corazón, y se figura que no hay nada más que hacer por el hombre, por la familia, por la sociedad, que iniciar la primera edad en el cálculo, en las artes, en las lenguas antiguas y modernas, en las ciencias naturales. Señores, esto es un error, un profundo error.

La instrucción, separada de la religión, es insuficiente. He ahí el joven que sale de la escuela o del colegio y entra en el mundo corrompido o corruptor. Hele ahí rodeado de deducciones, acometido de máximas cómodas y perversas, armado de la libertad de decirlo todo y hacerlo todo, lejos de las miradas de una vigilancia importuna, y más trabajado que nunca, no lo olvidéis, trabajado sordamente por el fuego volcánico de las pasiones que fermentan en su corazón y en su carne. En medio de tantos peligros, ¿qué podrán, para salvarlo, las matemáticas, las ciencias naturales y algunos preceptos de moral humana y cívica? Señores, si fueran estas las únicas barreras que opusierais a ese joven caballo desbocado, preparaos para todas las contingencias. Si ese joven soldado marcha a la lucha del bien con-

tra el mal no llevando otra coraza que la coraza de papel de un certificado de estudios o de un título de bachiller, preparaos para todas las derrotas. Si mediante las creencias represivas de la religión no se fortalece ese joven corazón contra los ataques del vicio; si, gracias a las santas costumbres, no ha preparado el áncora saludable para la época de las pasiones tormentosas, preparaos para todos los naufragios. Ese joven adolescente, que no cree ni en Dios, ni en su alma, creerá en los malos periódicos, en los malos libros, en los malos amigos, en los malos consejos, y arruinará su salud, sus fuerzas, su inteligencia, su porvenir, y no me causará el menor asombro, por cuanto carece de todo freno moral. "Poco o nada de religión"—decía un padre al superior de un colegio al presentarle a su hijo.—"Poca o ninguna virtud",—han respondido millares de hijos a semejantes padres. Sin duda que la religión no es una barrera insuperable al desbordamiento de las pasiones, pero, por lo menos, es la más poderosa de todas. Una vez que haya establecido su imperio en el corazón de un joven, preciso es que combata por largo tiempo las impresiones secretas antes de abandonarse al vicio, y aunque parezca ahogada, todavía vive en el fondo del corazón, y allí lanza de cuando en cuando gritos que despiertan al culpable y acaban con frecuencia por reducirlo a la virtud. Pero lanzar a la juventud sin principios religiosos en medio del mundo, equivale a lanzar sin timón y sin piloto un navío en medio de la tempestad. Aleccionado por la experiencia, dijo Juan Jacobo Rousseau en alguna parte: "Creí que se podía ser virtuoso sin religión, pero estoy bien desengañado de este error." Luego la educación de los niños, para ser buena, ha de ser religiosa. La instrucción por sí sola es insuficiente. Pero todavía hay más,

La instrucción, separada de la religión, es con frecuencia peligrosa. He ahí las nuevas generaciones que salen de las escuelas y de los colegios con un bagaje respetable de instrucción primaria o secundaria; es la sociedad de lo por venir. Si la sociedad es religiosa, podéis vivir sin temor; si la religión preside las lecturas y juicios de un pueblo, apartará de sus manos las producciones impías y licenciosas, y le enseñará a usar honestamente de su instrucción. Pero si un pueblo no tiene religión, pensad y temed que lo que podía ser un instrumento de virtud, no se convierta en instrumento de vicio y de corrupción; no tardaréis en ver que hace su alimento de esas producciones que, no respirando más que impiedad y libertinaje, lisonjearán sus inclinaciones más groseras y removerán en su corazón todo lo que en él hay de voluptuosidad, de orgullo, de celos, de amor secreto de la independencia. Si ese pueblo está totalmente iniciado en los conocimientos humanos y desprovisto de toda vida religiosa, su instrucción, en vez de hacerle mejor y más feliz, le convertirá fatalmente en un ser vano, inquieto, enemigo del trabajo y de la jerarquía social, en un ser descontento de su estado, y, por consiguiente, enteramente desgraciado. Trabajar en hacer las nuevas generaciones más ilustradas, sin procurar hacerlas más religiosas, es caer en una de las más grandes faltas que se pueden cometer contra la sociedad; en este caso, en vez de colocar con precaución de distancia en distancia antorchas para alumbrar en las tinieblas, se encienden al azar luminarias capaces de producir un vasto incendio... Señores, la instrucción es buena, y la prueba es que nosotros los sacerdotes, nosotros los católicos, gastamos millones para difundirla; pero lo declaro en nombre de la experiencia y de la razón: la instrucción separada de la re-

ligión es siempre insuficiente y con frecuencia peligrosa. Apoyándome en el testimonio de todos los que conocen el corazón humano, en el testimonio de todos los hombres inteligentes y honrados, no cegados por la pasión, en el testimonio de los hombres de Estado verdaderamente dignos de conducir los pueblos y apreciar sus necesidades, en el testimonio, en fin, de todos los padres de familia, a los que corresponde pronunciar aquí la última palabra y la decisión soberana, declaro que la educación de los niños, para ser buena, ha de ser religiosa, profundamente religiosa.

2.° La educación de los niños debe ser *religiosa en la familia y en la escuela*. La escuela es en cierto modo una segunda creación del alma humana, el germen, el anuncio del siglo que está por venir. Si, pues, queréis que vuestros hijos conserven siempre esta santa y divina religión que os legaron vuestros mayores; si queréis prepararles un por venir digno de vuestra raza; si soñáis para vuestros hijos algo distinto de la impiedad, que los entregaría sin defensa a todas las seducciones del mal, haced que entre la religión como elemento esencial en su educación, haced circular la savia religiosa en su vida doméstica y en su vida escolar. ¿Por ventura es posible levantar un tabique en el alma del niño y colocar, de un lado, la enseñanza religiosa y, del otro, la enseñanza humana, y decir: nada de comunicación entre la una y la otra? La individualidad del alma humana se opone a ello. No se opone menos la naturaleza de la religión. O no existe, o se mezcla a todo. Pasarla en silencio, equivale a negarla, declarándola inútil. El que no está con ella está contra ella. Permanecer dentro, es serle hostil. Jesucristo lo dijo en una de esas frases más radiantes que la luz, más indestructibles que el bronce: "*Qui non est mecum, contra me est;* el que no está conmigo, contra mí está"; y "el que no amontona conmigo, disipa, *qui non colligit mecum, dispergit.*" Señores, no aceptamos la educación sin Dios, y para libertar a vuestros hijos de esta inmensa desgracia, estamos decididos a todos los sacrificios. Una noche que San Vicente de Paúl atravesaba a París, halló en las murallas un mendigo ocupado en deformar los miembros de un niño, que debía servir luego para excitar la compasión pública. Sobrecogido de horror, abalanzóse a él, y exclamó: "¡Ah, bárbaro, cómo me has engañado; de lejos te había tomado por un hombre!" Y le arrancó su víctima, llevósela en sus brazos y fundó esa obra de los niños encontrados que ha coronado su frente con tan magnífica aureola. He ahí la imagen de la Iglesia católica. Su corazón maternal salta de indignación cuando ve al niño sustraído a las caricias y a las influencias de la religión, cuando asiste a la deformación de las almas, cien veces peor que la deformación de los cuerpos, e, interpelando la mala fe de los unos y la incuria de los otros, exclama con el acento de su autoridad y de su maternidad divina: "La educación de los niños, para que sea buena, debe ser religiosa, profundamente religiosa, religiosa en la familia y en la escuela, que no debe ser otra cosa que la prolongación del hogar doméstico."

Señores, os confío esas grandes virtudes; no os pido que las aceptéis, porque sé que vuestra convicción vibra al unísono con la mía; pero os pido que las difundáis, que las popularicéis, que las acreditéis en las clases laboriosas que no tienen la dicha de oir lo que vosotros oís, y que, con harta frecuencia, obedecen a prejuicios desdichados, de los que apenas son responsables; tanto se complacen en engañarlas para mejor dominar-

las. Sed, señores, mensajeros de mis palabras cerca de ellas, y decidles muy alto, por todas partes: 1.º que el porvenir de la sociedad depende principalmente de la buena educación de los niños; 2.º que, para ser buena, la educación de los niños ha de ser religiosa. Nosotros los sacerdotes estamos decididos a cumplir nuestro deber para salvar la infancia; Vosotros los seglares ayudadnos y trabajemos juntos en salvar el honor de las almas, la paz de las familias y el porvenir de la sociedad educando cristianamente las nuevas generaciones.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEPTIMA

La institución de la propiedad

Señores:

Del propio modo que los territorios materiales sobre los cuales viven las sociedades humanas están regados por tres o cuatro grandes ríos, del mismo modo el territorio moral está regado por tres o cuatro grandes principios. Si se tocan estos principios, todo está perdido; si los respetáis, todo marcha, todo está en orden. Dios, al crear el Universo, dotólo de leyes que lo hacen vivir y funcionar normalmente; no le dejó en estado de caos, sino que lo armonizó, por decirlo así, y cuanto más progresa nuestra ciencia, más admiramos el juego de la sabiduría infinita sobre este inmenso teclado de la naturaleza material. Así también, al crear el género humano, dióle Dios todos los órganos físicos y todas las facultades espirituales de que tiene necesidad para vivir y desarrollarse, y además le dotó de las grandes instituciones que son ley de su naturaleza y condición de su vitalidad.

¿Cuáles son esas instituciones, cuáles son esos grandes ríos que riegan al linaje humano? Ya he nombrado tres: la religión, la familia, la sociedad. ¡Oh hombre, no toques la religión, ni la familia, ni la sociedad; esas augustas instituciones fueron queridas por Dios y fundadas por El. Todavía puedo señalaros otra, que entra igualmente en el plan de la Providencia: la propiedad. La propiedad es sagrada, descansa en la triple base del derecho natural, del derecho civil y el derecho divino.

I. La propiedad descansa en el derecho natural.

¿Qué es la propiedad? "Es el robo", respondió Proudhón. A los ojos de todo hombre honrado e inteligente, semejante definición es absurda y detestable, no puede aceptarse. ¿Qué es, pues, la propiedad? "Es el trabajo"... He ahí la respuesta del buen sentido, y dos minutos de reflexión, os mostrarán su exactitud. Vais a ver que

Es el trabajo el que origina la propiedad. Cierto día en que Abraham Lincoln, aquel gran cristiano que, nacido en una cabaña, llegó a la presidencia de los Estados Unidos, conversaba con su primer ministro y hablaba de la juventud, le dijo: "¿Sabe V., amigo mío, cuál fué el mejor día de mi vida? Hasta los veinte años, pasé mi vida ayudando a mi padre a levantar una cabaña más hermosa que aquella en la cual nací... Ayudaba a mi padre a partir leña, y ganaba mi vida haciendo de leñador. Asaltóme la idea de construir un barco; esperaba que, llevando los productos del lugar en que habitábamos al mercado de la ciudad vecina, podría ganar algún dinero. Construí mi barco; encontrábame

un día en mi barco enteramente nuevo, cuando llegaron muy presurosos dos pasajeros, y me hicieron señas para que los condujera muy deprisa a un vapor que iba a pasar. Comprendí al punto lo que deseaban, los embarqué en mi bote, los conduje a bordo, y una vez en el vapor, me quité muy cortésmente el sombrero. ¿Cuál no sería mi entusiasmo al ver que el uno y el otro me arrojaban medio dólar? Aquel día, yo, pobrecito, gané un dólar en pocos minutos; la tierra me pareció más bella, y sentí que mi corazón se llenaba de una confianza no conocida todavía."

He ahí, señores, el origen de la propiedad. Preguntad al joven Abraham Lincoln, por qué se consideraba verdaderamente propietario y dueño de aquella cabaña, de aquella hacha, de aquel bote, de aquel dólar, y os responderá: "¡Porque trabajé! Todas estas cosas son mías porque provienen de mí; constituyen mi bien, porque son el resultado de mi inteligencia y de mis sudores: la propiedad es el trabajo.

Señores, hay aquí bajo una materia primera que pertenece a todo el mundo, que no tiene precio ni valor, hasta que el trabajo la transforma y la incorpora, por decirlo así, a nuestra persona. En el orden intelectual es el *pensamiento*... Ahora bien, el pensamiento es, por sí mismo, vago, incierto, confuso, y para que se convierta en el de un filósofo, de un poeta, de un orador, de un historiador, y hacer de él una propiedad, tiene necesidad de reflexiones y vigilias, es decir, de trabajo. En el orden físico, son los *elementos* de toda cosa, el agua, la tierra, el aire, el fuego; pero estos elementos, para proporcionar al hombre una propiedad mobiliaria, territorial, individual, esperan brazos y esfuerzos, es decir, el trabajo, ya que el agua no viene

por sí misma a apagar vuestra sed y a alimentar vuestras máquinas, ni la tierra da por sí misma frutos, ni cosechas, y así de todo lo demás. ¿Qué es, pues, lo que proporciona al hombre una propiedad literaria, territorial, industrial? El trabajo, nada más que el trabajo.

El trabajo conserva y desarrolla la propiedad. Si el espíritu se fatiga pensando, nada de meditaciones fecundas; si la lengua se fatiga puliendo frases, nada de pueblos suspendidos de los labios del orador; si el historiador se fatiga escribiendo, nada de anales inmortales. ¿Habéis descuidado un solo año el cultivo de los campos? Vuestros campos se cubren de abrojos. ¿Os olvidáis de visitar o de reparar debidamente las máquinas admirables que emplea la industria? Se llenan de polvo, y el orín las corroe, se estropean, y vuestra fortuna cae con ellas. Un liberto romano, *Cresino*, obtenía cosechas mucho más hermosas que las de sus vecinos. Acusáronle éstos de sortilegio y le hicieron comparecer ante el juez Albino. Cresino condujo al foro para su defensa a sus vigorosos hijos, a sus robustos y bien alimentados domésticos, instrumentos sólidos y hábilmente construídos, bueyes en perfecto estado, etc., y dijo: "He ahí, romanos, mis sortilegios y mis maleficios. Pero todavía hay otros que no puedo mostraros, que no he podido traer al foro: son mis largas vigilias, mis penosas preocupaciones, mis sudores, mis duros trabajos." Aplaudiéronle y fué absuelto.

El trabajo, señores, lo repito, es el que origina la propiedad, la conserva y desarrolla.

Por el trabajo me apodero de los objetos, les infundo algo de mí mismo, los cubro, en cierto modo, del honor de mi personalidad, y me reconozco a mí mismo, con el derecho inherente a mi ser, en todo lo que ha

salido de mi inteligencia y de mis manos. ¡Respetad la propiedad! Es de derecho natural.

II. La propiedad se apoya en el derecho civil.

¿Cómo queréis que la sociedad marche sin el derecho de propiedad, que haga inviolable el domicilio del ciudadano, que haga al hombre libre y soberano en su casa, que trace en torno de su morada fronteras que ningún ser del mundo se atreva a salvar sin su consentimiento?

El hombre, señores, busca en alguna parte un trozo de tierra para él; construye en él su casa; abriendo su hogar en el espesor del muro, une el ladrillo y la piedra con un cemento que desafía los siglos.

Luego, hecha su obra, se asienta a su lado; la puebla, por medio del pensamiento, con la que será su mujer y con los que serán sus hijos. Escucha, distraído, los rumores de la ciudad y los ruidos de la naturaleza, el tumulto incoherente de la muchedumbre, en la que formaba ayer, la lluvia que azota los vidrios, furiosa, pero impotente, y sin prestar atención a todos estos ruídos, sentado en el honor y en la paz, apoyando su frente y reposando su alma en ese tibio y tranquilo hogar, murmurando con su corazón, si no con sus labios: "Aquí tengo el reposo de mi vida, aquí el lugar que habitaré, porque lo he elegido: *Haec requies mea, hic habitabo quoniam elegi eam!*"

Esto es poesía, señores, pero poesía que palpita en los hechos, y que, si se la suprime, si se quebranta el derecho de propiedad que garantiza la inviolabilidad del hombre, del ciudadano y del padre de familia, ya no es posible la sociedad, el mundo se convierte en una

selva de bestias salvajes que se devoran mutuamente, y el género humano marcha directamente a la barbarie. ¿Qué hace, pues, la sociedad? Comprendiendo instintivamente que no puede vivir sin el derecho de propiedad, toma bajo su tutela este derecho que nos viene de la naturaleza.

Aquí, señores, pongamos toda nuestra atención... no vayamos a creer con Montesquieu que "la propiedad no es más que un derecho civil, y no un derecho natural", y con Mirabeau que "la propiedad particular se adquiere por la fuerza de la ley, porque únicamente la ley es la que la constituye." Si esto fuera así, si fuera verdad que la propiedad no existe, o no ha sido originada más que por las declaraciones y la protección de la autoridad pública, seguiríase de ello que los hombres que en cada país son investidos del poder legislativo, serían investidos también de la facultad de hacer propiedades por virtud de sus decretos, y podrían, sin producir ataque alguno, desposeer a los unos en provecho de los otros. Bastaría el capricho del legislador para hacer y deshacer la propiedad, lo cual sería monstruoso. No, el origen de la propiedad no es el derecho civil, sino el derecho natural. ¿Cuál es, pues, la misión de la autoridad pública?

La de reglamentar y proteger la propiedad. La ley civil no origina la propiedad; tan sólo la garantiza, la vigila, la defiende. Todos los legisladores antiguos y modernos quisieron poner un freno a la codicia humana decretando penas contra los violadores de la propiedad; e hicieron bien.

Nuestros códigos mencionan escrupulosamente todas las circunstancias del robo; ven en él ora un crimen, ora un delito, y lo traducen ante las diferentes jurisdicciones del país con un celo que nunca se alabará como es debido. El robo es, de todos los atentados contra el orden social, el que halla menos indulgencia. ¡Respecto a la propiedad! Tal es el grito de la naturaleza y el grito de la sociedad. La propiedad es inviolable; se nos aparece bajo la doble majestad del derecho civil que la protege. ¿Es esto suficiente? No, señores. Si no ponéis en la propiedad algo de derecho divino, no la salvaréis. Escuchadme:

III. La propiedad se apoya en el derecho divino.

El hombre la reclama, la sociedad la protege, Dios la consagra. En las cimas del Sinaí, dirigiéndose a su pueblo y a todos los pueblos, dijo: "No robaréis los bienes del prójimo. No ambicionaréis ni su casa, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni ninguna de las cosas que constituyan su propiedad." ¿Lo habéis oído? Dios prohibe el *deseo*, el pensamiento mismo de tocar a la propiedad. De un solo golpe, con una sola palabra, ataca la raíz del mal. ¿Y como no admirarse, señores, de los singulares *detalles* en los cuales cree deber entrar? El domicilio del hombre, su casa, su techo, el vestido que la cubre; más todavía, su siervo, el animal mismo que le ayuda a labrar su campo, su buey, su asno; a todos los toma Dios bajo su protección invencible, a todos los cubre con su majestad suprema. ¡Cosa extraña! Es Dios quien habla, y nombra los más viles animales, nombra al buey, nombra al asno, lo nombra todo: *Omnia quæ ejus sunt!* Hizo muy bien en nombrarlo todo así y en decirlo todo: es el legislador divino, ¡nos conocía! Si no lo hubiese dicho todo y nombrado todo, ¿dónde estaríamos nosotros?

Todavía hoy, después de transcurridos tantos siglos, en medio de esta magnífica civilización de que tan orgullosos nos mostramos, no tiene la propiedad fundamento más firme que la ley divina expresada en el Decálogo.

¡Ah señores, observad la sociedad y reconoced que la ley civil, a pesar de su vigilancia, es impotente para prevenir la injusticia!

Reconoced que es preciso hacer intervenir aquí, en interés del orden común, el ojo que todo lo ve, el oído que todo lo oye, la mano que va a buscar al hombre al fondo de las tinieblas más densas, y lo arrastrará un día ante ese tribunal augusto y supremo en que se sienta la justicia inflexible y eterna. Reconoced que, para salvar la propiedad, no basta cubrirla de la majestad del derecho civil, sino que es necesario, absolutamente necesario, asentarla en la roca inquebrantable del derecho divino y de la religión.

Señores, ahí es donde yo quería llegar. La propiedad os es cara, a ella os aferráis con alma y vida, tanto por vosotros como por vuestros hijos, y aunque no tuvierais mas que un jardín tan grande como la palma de la mano, una mala casa, o algunos instrumentos de trabajo, querríais poder decir a cualquiera: "¡Esto me pertenece; os prohibo tocarlo!" Pues bien, sabed que entre la propiedad y la religión, hay una relación íntima; sabed que vuestro bien no está seguro si dejáis demoler las barreras de la ley divina que contienen la codicia humana. Ea, raciocinemos un poco. Si no se cuenta con la religión para consagrar la propiedad y para defenderla, ¿con qué medios contáis para hacerla inviolable? Os queda la ley, ¿no es verdad? ¿La ley? Pero si se han quebrantado las tablas de la ley divina, ¿cómo queréis que esa hoja de papel que se llama ley civil no sea desgarrada y pisoteada? Cuando ya no hay autoridad en el cielo, ¿cómo podrá existir en la tierra? Cuando habéis enseñado al pueblo a despreciar las cuarenta mil cátedras en que se dice en nombre de Dios: "¡No codiciarás los bienes ajenos!", ¿pensáis que ese pueblo se inclinará ante el código legislativo o ante los pequeños tratados de los juristas que declaran sagrada e inviolable la propiedad? Vaya, todos los respetos se compenetran y todas las autoridades se encadenan. Los derechos de Dios respetados garantizan el respeto de los derechos del hombre; por lo contrario, si desgarráis de la conciencia de los pueblos la ley divina, os desafío a que salvéis el prestigio y vigor de las leyes humanas. Os quedará la fuerza, pero la fuerza que restablece el orden en la calle, no pone orden alguno en las almas, y cuando convendría elevar a los hombres y ennoblecerlos, los trata como esclavos; es impotente y envilecedora.

En resumen, señores, para proteger vuestros derechos y los del prójimo, para tenerlos reconciliados y unidos, para hacer inviolable el bien ajeno y el vuestro, no hay más que un medio, hacer que se ciernan por encima de la sociedad Dios, el Evangelio, la Cruz. Si no lográis que Dios penetre en las conciencias, el pueblo, desheredado a la vez de las ideas, relativas a la fe y de los bienes de la tierra, cogerá la propiedad en sus manos callosas, y la romperá como el vidrio. ¡Hombre de este siglo, no podéis prescindir de Jesucristo! Os torturáis el espíritu para saber como podréis curar la sociedad sin tener que recurrir a la religión; pero vuestro sueño es imposible. ¡Paso, paso a Nuestro Señor Jesucristo! Es el rey del mundo, y cuanto más real es su reinado en el seno de una sociedad, con mayor ra-

zón es El la base reconocida de las leyes, de las instituciones, de los poderes, de las costumbres privadas y públicas; y cuanto más profundos son el orden y la paz, más se eleva la cultura.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCTAVA

Las desigualdades de la propiedad

SEÑORES:

La propiedad es inviolable; descansa en la triple base del derecho natural, del derecho civil y del derecho divino. El hombre la reclama, la sociedad la protege, la religión la consagra. Pero no ignoráis que esta gran institución encuentra en nuestro siglo numerosos y terribles adversarios. Hay tempestades que pasan sobre la propiedad, y el árbol vese sacudido hasta en sus raíces. Lo que se ataca, son las desigualdades de la propiedad. ¿Por qué estas desigualdades? ¿No son injustas? ¿No había medio de suprimirlas? Voy a responder a estas preguntas con toda franqueza y toda la claridad que reclama semejante asunto. Tengo necesidad de vuestra atención.

I. Las desigualdades de la propiedad son evidentes.

Sin duda que la riqueza está hoy mucho más disper-

sa que antes; cambia y circula más, pero esto no es un mal. Cuanto más se difunda la propiedad, mayor bien hará, porque encierra en sus entrañas yo no sé qué aliento de equidad que conmueve al obrero y al campesino, y los hace sordos a los pérfidos consejos de los revolucionarios, y los hace esperar, no en las catástrofes, sino en el progreso, en el progreso normal y armonioso. Si se introduce cada vez más la propiedad entre el pueblo, si cada campesino tiene su lote de tierra, si se procura poco a poco, en nuestras grandes ciudades, que el obrero no sea ya huésped de yo no sé qué sótanos húmedos, de yo no sé qué guardillas sin fuego, sino que sea propietario de su morada, pondrá más fácilmente el sello de la reconciliación y de la paz en los crueles antagonismos que nos dividen y nos pierden. Sin embargo de esto, cualquiera que sea la difusión del bienestar, queda muy diversamente repartido. Al lado de la indigencia, se elevan grandes fortunas que atraen las miradas como esos enormes pajares colocacados a lo largo de los caminos junto a los fértiles campos. Junto a la fuerza y prosperidad de los unos, vese aparecer la debilidad y la miseria de los otros en mucha mayor proporción que la fuerza y la prosperidad. Las desigualdades de la propiedad son incontestables y evidentes. ¿Qué debemos pensar de ello?

II. Las desigualdades de la propiedad son indestructibles. Como veremos, podemos y debemos disminuirlas, pero ningún esfuerzo humano pudo nunca, ni podrá jamás, suprimirlas. Introducir en el mundo la perfecta igualdad de las riquezas y de los goces, es la quimera de las quimeras, digan lo que quieran los siniestros farsantes que explotan la credulidad pública y las pasiones populares, y piensen lo que quieran los cándidos y los tontos que corren tras un bienestar imaginario y se encuentran con la decepción y la nada. Supongamos que se suprimen por decreto la pobreza y la riqueza, y que se reparte entre todos los hombres la riqueza pública. Supongamos que por un milagro se logra terminar esta operación delicada sin obstáculos ni desórdenes. Supongamos que, por otro milagro más grande que el primero, los socialistas, convertidos en hombres de conciencia en la misma proporción en que son absurdos, presiden el reparto, sin reservarse para sí mismos la parte del león. Esto es un hecho. El reparto de los bienes queda terminado, el equilibrio es estable, todos los hombres son iguales. El reparto del capital nacional en terrenos cultivables y en numerario, ha dado a cada francés 69'50 francos. Todo el mundo está contento, y el júbilo es tan universal como la igualdad. ¿Cuánto tiempo durará esto? ¿Cómo mantener y consolidar este admirable equilibrio? No se terminaría la jornada sin que se rompiera el equilibrio.

Las inteligencias distinguidas harán fructificar al céntuplo su modesta parte; las inteligencias vulgares la conservarán apenas. Veréis que los unos devoran sus recursos en el desorden, en tanto que los otros los conservan en la sobriedad; la virtud y el talento se enriquecerán aún a expensas de la ignorancia y del vicio, y al cabo de cuarenta y ocho horas, veréis la sociedad dividida otra vez en dos categorías inevitables: los ricos y los pobres.

¿Cómo os las arreglaréis entonces para prevenir la vuelta a las desigualdades que tanto os chocan? ¿Obligaréis a trabajar a los que nada quieren hacer? ¿Impe-

diréis que mejoren de situación los que quieren trabajar? "Destruid la riqueza—dice Thiers—y el trabajo cesará con el estimulante que lo excitaba. Habréis muerto la gallina de los huevos de oro." En vez de tener, como hay, cien mil manos animadas y sostenidas por la legítima esperanza de adquirir y poseer, ocupadas en tejer nuestros vestidos, elevar nuestras viviendas, preparar vuestro alimento, nadie concurriría ya a esta empresa, puesto que un salario proporcional no sería ya el precio de una labor honrada, y por cuanto trabajando mejor o más deprisa, no se tendría la esperanza de ganar más. La emulación cesaría de repente, y veríamos, al recorrer la escala social, que todos los brazos, enervados por el desaliento, se moderaban, caían, se condenaban a una ociosidad floja y estúpida. Equivaldría esto al empobrecimiento continuo del género humano, a las desconfianzas y a los odios, a la ruina de la familia, a la guerra entre los ciudadanos, a la universal e irremediable decadencia, y vuestro último recurso consistiría en huir al fondo de los bosques, para disputarse allí con los animales su retiro y su pasto.

La quimera de una igualdad absoluta, si fuera tomada en serio, y pudiera llevarse a efecto, sería el toque de agonía de la sociedad y el fin del mundo.

Felizmente, señores, los sueños, por furiosos que sean, no pueden suplantar ni reemplazar la esencia de las cosas. Las desigualdades sociales son indestructibles. ¿Por qué? Porque son debidas a causas que subsisten como el mundo y se renuevan como las generaciones, porque son necesidades del orden universal, el cual depende únicamente del plan y voluntad de Dios. Vais a ver que:

III. Las desigualdades de la propiedad son equitativas.

¿De dónde provienen? Primeramente de Dios, de Dios, que nos creó con potencias y facultades desiguales. Este es más diestro, aquél tiene más fuerza. Solamente la salud introduce entre los hombres mil y mil diferencias, por cuanto el uno soporta el trabajo con rara facilidad, en tanto que el otro exhala su vida al menor soplo, como una lámpara que se extingue. Si pasamos a las facultades intelectuales, ¡cuánta diversidad entre los hombres! Hay genios que crean, talentos hábiles que obran, imaginaciones que pintan con facilidad, memorias que se acuerdan de todo. Tal hombre inteligente sorprende las relaciones delicadas y distantes de los objetos; tal hombre de gusto halaga agradablemente, por la distinción de sus expresiones, la delicadeza del oído y del corazón, y a su lado veréis hombres incapaces de reflexión y negados para la ciencia. Pedid un servicio a un cuerpo robusto, y al punto quedaréis satisfechos; domarán vuestros toros y vuestros caballos, labrarán vuestros campos, beneficiarán vuestras minas, ablandarán vuestros metales, vaciarán vuestras casas en un abrir y cerrar de ojos, os transportarán como una pluma en sus hercúleos brazos, y para protegeros, extenderán como un escudo su amplio pecho en las fronteras de la patria amenazada; pero no los obliguéis a elevarse a la altura de las más simples consideraciones metafísicas y encerrarse en el trabajo solitario del pensamiento; no podrían hacerlo, y esto salta a la vista. Así como Dios sembró la diversidad en los campos del firmamento, en donde cada estrella tiene su puesto y su claridad distinta de las otras, y en la tierra, en la que no hay dos flores idénticas,

del mismo modo se complació en diversificar sus dones en el hombre, en el que no encontraréis ni dos rostros, ni dos almas perfectamente semejantes.

¿A qué murmurar contra esas desigualdades naturales? Sería una estupidez y una injusticia. Una estupidez por cuanto provienen de Dios, y Dios es más sabio que nosotros; una injusticia, porque Dios es dueño de sus dones, y porque, por poco que nos dé, nos da mucho más de lo que merecemos. No se discute aquí la sociedad, sino al mismo Dios. Las desigualdades de la propiedad tienen su principio en la voluntad divina, que juzgó conveniente repartir desigualmente los dones naturales, crearnos con potencias y facultades desiguales.

¿De dónde provinen también esas desigualdades? Provienen de la *libertad humana*, que se ejerce con más o menos actividad, y que, por consiguiente, produce resultados indefinidamente variados; por ejemplo, trabajáis la *tierra* hasta en sus profundidades, vuestro vecino la trabaja apenas; tendréis hermosa cosecha, seréis rico, y vuestro vecino continuará siendo pobre; esto es justicia.

Si poseéis, con el genio de la industria, la pasión de las empresas y de los negocios, compraréis a un propietario negligente un curso de *agua* cuyo valor no conoce; emplearéis esta fuerza desconocida en poner en movimiento grandes máquinas, las haréis maniobrar como brazos dóciles, y se convertirán para toda la región en fuente de abundancia. Vuestro predecesor se habría quedado pobre, vos seréis rico; esto es justicia. Un rayo de *luz* pasa por vuestra frente, yo lo observo apenas, en tanto que un hábil fotógrafo lo ve, lo recoge, lo fija en una hoja de metal, y ofrece a vuestros ojos

asombrados una fiel imagen de vosotros mismos. El mismo don no es aprovechado por el uno y aprovecha al otro, y, merced al juego de la libertad y de la actividad humanas, uno se hace rico y el otro queda pobre; esto es justicia. Habéis inventado o explotado potentes máquinas, procedimientos ingeniosos, instrumentos delicados, un arado perfeccionado; habéis trabajado y os habéis hecho ricos. Yo, que he carecido o de amor al trabajo, o de salud, o de genio, dejé correr el agua, silbar el aire, brillar el sol sin ni siquiera pensar en aprovecharlo; no agrandé ni aboné el campo que me tocó en herencia; seguí siendo pobre; esto es justicia. Diréis: la igualdad de las riquezas es un derecho natural. Veamos. Vuestro supuesto derecho es un absurdo reprobado por Dios y por la naturaleza. La igualdad de las riquezas supone la igual de las fuerzas y del trabajo. ¿Existe esta igualdad? Evidentemente, no. Quizás no haya dos individuos iguales en poder intelectual y muscular, iguales en actividad.

Las desigualdades de la propiedad resultan de la voluntad divina y de la libertad humana.

Tienen otra tercera fuente, no menos legítima que las otras: la *herencia*.

La propiedad adquirida por el trabajo puede ser trasmitida. ¿Por qué? Si puedo darla en vida a los extraños, ¿no podría darla y transmitirla, dejarla, después de mi muerte, a mis hijos, a mis parientes, a mis amigos? Si se prohibiera la transmisión de la propiedad, habría que llegar al extremo de despojar de su nombre a los hijos de un padre consagrado por el genio o por la gloria, porque, mientras haya inteligencia y honor en el mundo, habrá provecho en recoger el nombre de un gran hombre.

El hijo de un hombre honrado no es lo mismo que el hijo de un asesino. No es lo mismo llevar el nombre de un desconocido que ser heredero de un Montmorency; aun para el más indiferente, no es lo mismo.

Hay una ley de solidaridad que une al hijo con el padre, las generaciones vivientes con las generaciones extinguidas. Aportamos, al venir al mundo, desigualdades de nacimiento; hay quien nace en la indigencia, otros en cunas mecidas por la opulencia; y decís: "Soy pobre, mi vecino es rico, es una condición que nos proviene del nacimiento. ¿Por qué hemos nacido, él en una condición tan feliz, y yo en una condición tan miserable?" Dios mío, es verdad, no hay en esto mérito personal, y precisamente por esto el uno nada puede reprochar al otro. Poneos en el puesto de vuestro vecino, y quedarán cambiados los papeles, pero no cambiará la diferencia. Aquel se lamentará de su suerte, como os lamentabais de la vuestra, pero sin razón. "Pero ¿no puedo yo darle mi puesto y tomar el suyo?" Alto aquí; un padre puede transmitir a su hijo las riquezas que no robó a nadie, sino que adquirió al precio de su inteligencia y de su sudor, y la equidad natural nos prohibe tocar esas riquezas, que son debidas a los antepasados, y que los hijos poseen legítimamente.

En resumen, habrá ricos y pobres mientras los hombres no nazcan con el mismo grado de fuerzas físicas y morales, mientras no tengan la misma aptitud para el trabajo, la misma aplicación, el mismo espíritu de economía, mientras tengan antepasados que les leguen la indigencia o la fortuna. Las desigualdades de la propiedad nacen de la naturaleza, del trabajo y de la herencia; son equitativas, indestructibles, evidentes.

Conclusión.—Señores, cuando el pueblo tenía fe, comprendía y aceptaba esta doctrina. Por desgracia, se ha arrancado la fe del corazón de los desgraciados, y, con la fe, la esperanza y la resignación; se les han dejado casi todas las miserias de la vida presente, y se les han arrebatado las compensaciones de la vida futura. Se lamentan, murmuran, amenazan. Poneos en su lugar, y si, como ellos, os vierais desheredados a la vez de las ideas de la fe y de los bienes de este mundo, gemiríais como ellos y os mostraríais furiosos contra la sociedad. Unid a esto que hay, por parte del mundo, ambiciones desenfrenadas, codicias viciosas y holgazanas, medianías orgullosas y famélicas, las cuales, para constituir una fortuna, tienen necesidad del descontento del pobre pueblo, al que explotan con injustas denigraciones y mentidas promesas. Universalizan deliberadamente los abusos que se hacen de la riqueza, fuerzan los contrastes de la prosperidad y de la miseria; representan a todos los que poseen como únicos detentadores de un bien que debería estar en manos de todos, y prometen hacer cesar tan abominable escándalo atribuyendo legalmente a cada uno la parte que le corresponde de la pública riqueza. La ley ordenará, la ley exigirá, la ley liquidará, y de la liquidación social nacerá una paternal igualdad. Los que hablan así saben muy bien que mienten, pero necesitan los robustos hombros del pueblo para encaramarse a la cumbre, en donde los espera el poder y el goce que ambicionan. Por esto lisonjean y engañan.

La religión, señores, no procede así; no procede por la mentira para lograr la popularidad, sino que avanza por el mundo con el Evangelio en una mano y la cruz en la otra. Abre el Evangelio, y dice: "Siempre habrá

pobres entre vosotros, siempre habrá ricos, siempre desigualdades sociales." Luego, elevando la cruz, explica divinamente el lúgubre problema de las desigualdades presentes por la certeza de las compensaciones futuras, por la esperanza de una felicidad tanto más cierta cuanto los padecimientos de todo un Dios abrieron sus puertas al género humano.

Señores, apretaos en torno del Evangelio y de la Cruz, saludad la religión cristiana, besad la huella de sus pasos, formadle un muro con vuestras convicciones, con vuestros ejemplos, con vuestro apostolado, y enseñad al mundo el nombre de ese desconocido cuyo rastro ha perdido, y del cual, esto no obstante, se recuerda: ¡Nuestro Señor Jesucristo!

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMONOVENA

Las desigualdades sociales

(CONTINUACIÓN)

SEÑORES:

La religión no es en modo alguno indiferente a vuestra vida temporal. Conocéis la frase de Federico II de Prusia a uno de sus amigos, cuando le escribió: "Para acabar con la Iglesia católica, ¿sabéis lo que hay que de ella? Un mochuelo." He ahí el secreto inventado por un prusiano. Aislarnos de todo, encerrarnos en las sacristías, poner la religión a un lado y la sociedad al otro, y decir: ninguna comunicación entre ellas. No aceptamos semejante situación. La religión no es en manera alguna extraña aquí bajo. Todos los grandes principios que interesan al hombre proceden de su jurisdicción y hallan su estabilidad, y cuando llevo al púlpito esos grandes principios para afirmarlos y hacer que iluminen, ejerzo un derecho, mejor dicho, cumplo un deber. Hace

ya dos domingos que me oís hablar de la propiedad, y sobre esto, quizás os sentís tentados de dirigirme una secreta censura al decirme: "¿Por qué nos recordáis verdades tan claras como la luz del día? Todos estamos convencidos de ellas."

Sí, señores, estáis convencidos, pero quisiera convenceros más todavía. Ilumino las cumbres a fin de que la luz descienda a los valles, a fin de que, después de tomar posesión de vuestras firmes inteligencias repercuta en esas regiones populares en que tan poco acceso tiene la verdad.

La propiedad, como yo os lo he dicho, es inviolable, y hay que respetarla en sí misma y en sus desigualdades.

Estudiemos también hoy las desigualdades sociales, y tratemos de reconciliarnos con ellas viendo: 1.º cómo ellas se armonizan; 2.º cómo cambian; 3.º cómo se equilibran. Prestadme, como siempre, vuestra benévola atención.

I. Las desigualdades se armonizan.

Es muy difícil reconocerse al principio en un hormiguero o en una colmena. Todo parece confuso en ellos. A pesar de ello, de todas esas evoluciones en diversos sentidos, de esas idas y venidas, que no parecen determinadas más que por una ebullición sin causa ni efecto, emergen a la larga, en el campo de las hormigas, un granero abundante para pasar todo el invierno y, en el campo de las abejas, grupos de estalactitas de un arte admirable, para ofrecer al hombre, con el placer de los ojos, un postre dorado y exquisito. He ahí la imagen de ese taller tan considerable que se llama sociedad. ¡Qué confusión! ¡Qué mescolanza! Pero esto no obstante, ¡qué

orden tan hermoso! ¡qué prodigiosa armonía! Diríase en ciertos momentos que todo va a hundirse, que la libertad humana, obrando sin crítica ni restricción, todo lo va a desarraigar; pero, en fin de cuentas, la sociedad, tambaleándose y crujiendo por todas partes, se mantiene en pie, se apacigua, se reanima, vuelve en sí, se reconoce poco a poco, con sus templos, sus ejércitos, sus presupuestos, sus tribunales, sus industrias, su cultura, sus condiciones diversas, y la esperanza fundada en un largo y próspero porvenir. Del trono a la alcantarilla, por un declive insensible, todos los puestos están tomados, todas las filas están ocupadas, y las profesiones se miden y se funden las una por las otras. *En el orden intelectual,* ¡cuántas desigualdades entre los hombres!, pero de estas desigualdades discordantes, ¡qué unánime concierto! Homero canta, Demóstenes habla, Tácito y Bossuet escriben. Mucho disto de esos genios sublimes, pero me embelesan, me conmueven, me arrastran; los proclamo maestros de la poesía, de la elocuencia, de la historia; a ellos les debo el gustar estas grandes cosas, y me vengo de mi propia medianía por la admiración. He ahí las estatuas que Miguel Ángel elevó hacia el cielo, los cuadros pintados por Rafael, Rembrandt y el Ticiano, los edificios construídos por Perrault o por Bramante... Esos tesoros ¿están únicamente destinados a los ricos que los poseen? No. Humilde y pobre, voy a sentarme en el rincón de un museo, en el ángulo de esa plaza pública; contemplo y analizo esas obras maestras, me inspiro en ellas, mi alma se llena de ellas, y gozo de ellas por el maravilloso don de la inteligencia, del sentimiento y de la mirada que las convierte en propiedad mía. *En el orden material,* las armonías son más sorprendentes todavía. Dejad que el rico ahonde sus surcos y fertilice

sus prados; su abundancia multiplica para el pobre el trigo que le nutre y los animales que le sirven. Dejad que el rico se vista de púrpura, de oro y de seda; los telares y las hilaturas, a los que alienta con sus capitales, perfeccionan sus mecanismos, rebajan el precio, y ponen al alcance de todo el mundo el paño y el merino. ¿Quién abrió esos canales, trazó esas rutas, echó esos puentes sobre el abismo, colocó esos rieles a lo largo de las pendientes más abruptas, y trenzó en torno de esas rocas esas cintas de hierro, cuyo atrevimiento asombra el vuelo del águila y desafía los pies de la cabra aventurera? La mano, la piqueta del pobre... Pero sin el oro y los capitales del rico, el pobre no hubiera tenido ni el pensamiento de esas grandes empresas, ni el medio de remover una sola piedra y de producir un solo riel. ¡Ah, señores, qué orden tan hermoso! ¡qué bienhechor vaivén y mutua penetración de todas las condiciones sociales! A los unos, el trabajo del espíritu, a los otros, el del cuerpo; a éstos, la industria, el comercio, engrandecidos por felices especulaciones, a aquéllos, propiedades transmisibles de edad en edad y aumentadas de generación en generación; al pobre, la posibilidad de ser rico, al rico, el peligro de caer en la pobreza. Finalmente, entre el rico y el pobre, entre el genio y el peón, entre el propietario y el cultivador, entre el patrono y el obrero, ese cambio continuo de oficios que los hace mutuamente dependientes y los pone en condiciones de aprovechar cada uno el trabajo de los demás. Aceptemos, señores, la sociedad tal cual es; y si nos aprovechamos de sus beneficios, aceptemos sus desigualdades. Las desigualdades sociales se armonizan: primer motivo de reconciliarnos con ellas.

II. Las desigualdades sociales cambian.

Ved el mar, ¡cuán inmenso es! "El Creador—dijo Job—lo ha puesto en mantillas, como un niño, a fin de que no dé un paso y lo subyugue todo." A pesar de esto, semejante aprisionamento no le quita toda su libertad. Tiene su flujo y su reflujo, sus tempestades, sus conquistas; invade costas y roe a grandes distancias, y como, por otra parte, deja en seco de cuando en cuando lo que antes cubría con sus aguas, síguese que habrá siempre, haga lo que quiera el océano, islas y continentes. Esta lucha, sin cesar renaciente y jamás apaciguada de la tierra y del agua, es a mi entender, una imagen de los altos y de los bajos de la sociedad. Habrá siempre en la sociedad partes altas y partes bajas, siempre desigualdades. Pero las desigualdades se cambian mucho más en la escena del mundo que en la superficie del océano. Solamente el *tiempo*, ese ministro silencioso y discreto de la Providencia divina, trastorna las condiciones humanas; antes de un siglo, las libreas del infortunio y de la opulencia se encontrarán todavía entre los habitantes de esta ciudad; pero vuestros descendientes, si los tenéis, no se reconocerán en sus padres, como vuestros antepasados, si volvieran a este mundo, se asombrarían hoy de la condición de sus descendientes. El tiempo, ese gran agitador, transforma la faz del mundo, y las *pasiones* humanas hacen hoy en diez años la obra de un siglo. El lujo devora los más ricos patrimonios, las necesidades imaginarias se multiplican todos los días, y cada día se convierten en más imperiosas; los golpes de la Bolsa son golpes teatrales, que cambian a ojos vistas las fortunas más seguras, y en la mezcla de intereses que se cruzan y de codicias que se desatan, de propiedades que se par-

ten, se trasladan y se cambian deliberadamente, la fortuna, como la pobreza, es menos estable que nunca, y la mobilidad es más que nunca el carácter propio de las cosas humanas. Añadid a esto que, desde hace cien años, la *iniciativa individual* marcha a brida suelta. Antes, las riquezas, los honores y los empleos estaban adheridos y como remachados a nombres, títulos y familias. Hoy todas estas cosas han sido puestas en circulación, y pertenecen a los más dignos o a los más hábiles. El acceso de todos a la fortuna y a la primacía, no es un mal; es una conquista del Evangelio sobre el orgullo del hombre, es un diamante caído del estuche del cristianismo, es un germen depositado en el mundo y llegado a la madurez de la vida social por la enseñanza, el ejemplo, la insinuación, la influencia de la Iglesia católica. Cuando, hace cien años, declararon nuestros padres a los ciudadanos accesibles a todos los empleos públicos, hacía ya siglos que la Iglesia llamaba a ella todos los méritos, todos los talentos, todas las virtudes, y el último de los fieles podía ser sacerdote, el último de los sacerdotes podía ser obispo, el último de los obispos podía ser papa. Reconozcamos, señores, lo que hay de bueno en la sociedad moderna. La sociedad moderna no es un fuerte inaccesible; es una ciudad abierta, expansiva, dúctil, sin puertas cerradas con doble vuelta, con un recinto indeciso, que se puede pasar sin usurpación ni brusquedad. Los unos suben y los otros bajan. La iniciativa individual acelera cada día el vuelo inconstante de la fortuna, y nos hace asistir a cambios súbitos de pobreza y bienestar, de esplendor y oscurecimiento, de elevación y ruina casi instantánea. Las desigualdades sociales cambian; segundo motivo para reconciliarnos con ellas.

III. Las desigualdades sociales se equilibran, es decir, que hay felicidad aun en las condiciones más humildes, y hay padecimientos aun en las condiciones más elevadas. El autor de las *Máximas* dijo: "Por grandes que sean las diferencias que vemos en las fortunas, hay cierta compensación de bienes y de males que las hace iguales."

Señores, he ahí una frase profunda. Si pesamos las condiciones sociales, casi se igualan, se equilibran. Esto parece una paradoja, pero es la pura verdad.

Todo hombre, si se mantiene en su camino, y no trata de salir bruscamente de él, por pequeño que sea, halla en él generalmente un secreto contentamiento, real y duradero. De día o de noche, dondequiera que vaya, el *molinero* tiene en sus oídos un concierto sin interrupción: el tic tac de su querido molino; el *labrador,* aun durmiente, siembra o siega todavía; el *segador,* aun descansando, cree estar en el prado, con la hoz en la mano y respira con delicia el acre olor de la hierba recién cortada; el *peón* que machaca la piedra al borde del camino, es con frecuencia menos digno de piedad que el desocupado que pasea por la misma ruta sus ocios, sus disgustos, quizás sus remordimientos. Cobrado su jornal, se apresura a regresar a su casa, donde le esperan los suyos, que viven al día del producto de sus sudores. La acogida de su compañera, la alegría alborotadora de los hijos, le embelesan y le dan una velada y una fiesta que nada tienen que envidiar a las de los ricos; a la hora acostumbrada, la oración, hija de la fe, y el sueño, hijo del trabajo, se apoderan suavemente de él, y le renuevan para las labores del siguiente día. Señores, no me acuséis de que abuso de la poesía; refiero hechos. Hombres de ciudad, permitidme que invoque vuestro testimonio. De todas las existencias, la más monótona, la más sujeta, la

más apagada, es la vida de oficina, ¿no es verdad? Los hombres a ella dedicados constituyen legiones innumerables, desde los despachos ministeriales a la más humilde alcaldía de aldea. Hace ya treinta años que ese hombre honrado vese arrebatado a su hogar desde las nueve de la mañana a las seis de la tarde, para hacer cuentas, redactar actas y poner en orden papeles de negocios. La hora ambicionada del retiro acaba, por fin, de sonar. Ya se pertenece, pero he aquí lo que llega. Después de las alegrías de los primeros días de libertad, se sorprende él mismo lanzando a escondidas, con el corazón afligido, miradas de envidia y de pesar a aquella oficina a la que tanto maldijo. Así, la Providencia, al indicarnos un empleo desde lo alto de sus consejos, puede imponernos un suplicio, y este suplicio, por el tiempo y la costumbre, ejerce sobre nosotros un atractivo irresistible. No podemos vivir sin él. Sí, señores, aun en las condiciones más humildes, se encuentra la dicha.

Existen padecimientos en las condiciones más elevadas. Luis XIII moribundo extiende hacia San Vicente de Paúl su débil y descarnado brazo, y le dice: "Señor Vicente, ¿es este el brazo de un rey? ¡Bien veis que los reyes son como los otros hombres!" Sí, señores, exactamente lo mismo. Mas el puesto elevado, que no es una barrera contra la muerte, ¿estará exento de las tribulaciones y pruebas de la vida? En manera alguna. Refiérese que la esposa morganática de Luis XIV exclamó un día: "Con la corona en la cabeza y el cetro en la mano, somos a menudo más desgraciados que un hombre que arrastre grillete." "Creéis, pues—exclama Boussuet,—que los disgustos y mortales dolores no se ocultan bajo la púrpura, o que un reinado es un remedio universal para todos los males?"

Era en 1791. La familia real estaba en las Tullerías medio prisionera. Una mañana que el joven Luis XVII se divertía en el jardín, presentósele una pobre mujer y le pidió que solicitara un favor para ella. "¡Ah, Monseñor—le dijo ella,—si lo obtuviera, sería feliz como una reina!"—"¿Feliz como una reina?—repitió el niño lanzando sobre ella una profunda y melancólica mirada.—¡Yo conozco una que no hace más que llorar!" Sí, hay dolores arriba, los hay abajo, y quizás hay más arriba que abajo. Los hay bajo el sayal, y los hay bajo la púrpura, y vuestra vista sería muy corta si no vieseis que esta púrpura y este sayal son un velo insignificante lanzado sobre el alma humana, y que bajo el deslumbrante esplendor de la una y el pálido color de la otra, hay una terrible igualdad de dolores. Cesemos, señores, de colocar el paraíso donde no existe. El gran mundo es, como el nuestro, un pobre mundo; llora como nosotros, y quizás más aún.

Las desigualdades sociales se equilibran; tercer motivo para reconciliarnos con ellas.

Dios, señores, hubiera podido hacer una tierra sin montañas y sin valles y un género humano sin opulencia y sin pobreza. Le plugo ordenar las cosas de otro modo y poner altos y bajo en la sociedad como en el globo. Le plugo diversificar sus dones, y, como dice San Agustín, creó ángeles en el cielo sin ser más grande, y gusanos en la tierra sin ser más pequeño. Adorémosle y cantemos su santo nombre.

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMA

El remedio a las desigualdades sociales

SEÑORES:

Las desigualdades sociales existen, y no hay medio de suprimirlas. No es esta una frase de sacristía, es un hecho esencialmente secular, y, por otra parte, cuando vemos cómo se armonizan esas desigualdades, cómo cambian, cómo se equilibran, compréndese que es necesario y equitativo el aceptarlas. ¿Quiere esto decir que todo es para bien en el mejor de los mundos? No. Las desigualdades sociales pesan extraordinariamente sobre una porción del género humano y en vano diréis que son indestructibles y racionales; en vano derramaréis torrentes de elocuencia, no convenceréis a los pobres. Plantéase aquí un problema, y vamos a resolverlo juntos: *¿Es posible disminuir las desigualdades sociales?* En otros términos: ¿hay medios honestos de acercar los que tienen poco a los que tienen mucho y mejorar la condición de los menos favorecidos sin dañar los dere-

chos de los más dichosos? La sociedad, como el globo terrestre, se compone de partes altas y de partes bajas. Pues bien, sin tocar esta organización providencial e indestructible, ¿hay medios honestos de repartir el bienestar, de dejarlo en la cumbre y distribuirlo en los valles? Estudiemos esta cuestión. Vale la pena; es capital y de candente actualidad.

I. ¿Cómo reparar las desigualdades sociales? Por el trabajo, me decís.

Verdad es. El trabajo, hijo del la necesidad, es el padre de la abundancia. El hombre está hecho para trabajar, como el pájaro para volar. Estamos dotados de potencias físicas y de facultades espirituales que son como tesoros almacenados en nuestra naturaleza que sólo piden ser empleados y puestos por obra. El pan germina en nuestros sudores y la riqueza brota del trabajo.

Sin embargo de esto, ¿es permitido decir que el trabajo repara suficientemente las desigualdades sociales? No. *En primer lugar,* el número de hombres que podrían trabajar y no trabajan es incontable. Me diréis que obran mal. Estamos conformes. Pero observad que, mientras se trate del género humano, tendremos en este género humano miembros perezosos de propósito deliberado, criminales reincidentes, vagamundos, disipadores, jugadores empedernidos, libertinos sin respeto humano, niños abandonados, mujeres disolutas sin casa ni hogar, en una palabra, todo un pueblo devorado por el hambre y la miseria. ¿De qué vivirá este triste mundo? De pan. ¿Quién se lo dará? No será el trabajo, por cuanto este pueblo no quiere trabajar... Si os place, demos ahora de lado, como cantidad despreciable y poco interesante, a los que no quieren trabajar, y, contemplando con respe-

to y conmovidos la masa innumerable de trabajadores, que suben y descienden a lo largo de la escala social, y se agotan en las labores del pensamiento o en las obras manuales, preguntémonos si sus esfuerzos son una garantía cierta de bienestar. No, señores; a menos de carecer de ojos para ver, o de no tener entrañas para compadecer, no podemos decir que el trabajo por sí solo aligere suficientemente el peso de las desigualdades sociales.

A veces *falta el trabajo*. ¡Cuántos quisieran ser ocupados y no pueden serlo! La falta de trabajo es una espada de Damocles siempre suspendida sobre la cabeza del obrero.

Otras veces el trabajo, aunque ofrecido, ***resulta imposible***. Ciertas enfermedades incurables, diversos accidentes, la vejez, constituyen una incapacidad irremediable de trabajo. ¿Dónde ganarse la vida? Estos casos lamentables no son raros. Ante esas multitudes de ciegos, de paralíticos, de estropeados, de mutilados, de impotentes, id a predicar la ley del trabajo. Sería una irrisión, una crueldad. Finalmente, el trabajo, aun encarnizado, inteligente y concienzudo, es con frecuencia ***estéril por el fracaso***.

Si fuera suficiente, para conquistar la riqueza, derramar sudores y tomarse molestias, la riqueza estaría casi en todas partes. Pero no es así. Hay trabajadores felices, que siembran en la pobreza y cosechan en la abundancia, pero es incalculable el número de los que, trabajando mucho, arrastran hasta el fin una vida de penas y fatigas.

En resumen, a pesar del trabajo y las luchas incesantes contra los apuros y la medianía, he aquí cómo se nos aparece la sociedad: hay algunos ricos, pero en corto

número; más numerosos son los acomodados, pero todavía no son muchos; finalmente, son innumerables los que sólo poseen lo estrictamente necesario, y muchos que no lo tienen. El trabajo, por sí solo, no es capaz de reparar suficientemente las desigualdades sociales.

¿Qué hacer, pues? ¿Habrá que abandonar el mundo a estos flujos y reflujos, y, como en una tempestad, salvarse a nado y contemplar desde la orilla los desgraciados que luchan con las olas y son tragados por ellas? No, señores, esto no es lícito. En una tempestad, el capitán del navío tiene grandes responsabilidades; responde de los pasajeros, y debe salvar el mayor número de vidas posible. Lo mismo ocurre en la sociedad.

II. El poder civil tiene una hermosa misión que cumplir, pues le corresponde reparar equitativamente las desigualdades sociales, proteger a los débiles sin dañar a los fuertes. El poder civil no tiene derecho a agotar el bienestar en las cumbres, sino que debe difundirlo en los valles. ***No tiene el derecho de tocar la propiedad***. La propiedad no es la gallina de los huevos de oro y la fuente de la riqueza pública sino a condición de la más desconfiada independencia.

Enterarse minuciosamente de su fecundidad, especular sobre sus productos, reglamentar sus larguezas, es dañarla, y dañarla es, sin quererlo, herir en mitad del corazón, por inevitable rebote, la colectividad que a cualquier precio se quiere salvar. El poder civil será, pues, prudente y discreto en sus procedimientos, y deberá huir de todo sistema económico que implique un ataque más o menos directo al derecho de propiedad.

Pero hecha esta reserva, porque es esencial, los jefes y legisladores de los pueblos ***tienen un noble fin que***

perseguir, el de disminuir los choques y sufrimientos que nacen de las desigualdades sociales. Deben, en la medida de lo posible, mejorar la suerte del niño, de la mujer, del obrero viejo o enfermo; deben preocuparse del obrero válido, preservarle de la tiranía de las huelgas y de las consecuencias desastrosas de la falta de trabajo; deben fundar instituciones para consuelo de las clases laboriosas, alentar la caridad privada y dejar a la religión la plena libertad de hacer el bien a los hombres; deben garantir al pueblo y asegurarle legalmente el descanso del domingo, y no tratarlo como una rueda, como una herramienta viviente, que se gasta y se deteriora bajo la presión dolorosa de su trabajo no interrumpido. Deben, en una palabra, organizar la máquina social de tal manera que disminuya cada vez más la suma de padecimientos que pesa sobre el género humano. *¡A la obra, pues, legisladores,* directores de la nación, de la provincia, del municipio! Una de las bellezas fisonómicas de la sociedad moderna consiste en la simpatía por los que padecen, la tierna inclinación a los pequeños y a los pobres, la propensión irresistible, a veces mal dirigida, y aun explotada por algunos, pero profundamente sincera en la muchedumbre y siempre viva, para mejorar la suerte intelectual, moral y material. Todo esto, tan completamente desconocido en la antigüedad, que sólo por modo individual apareció al principio en la sociedad cristiana, que penetró poco a poco en las costumbres, entra, por fin, en las leyes, y marca con nuevo trazo la constitución legal de la sociedad moderna. Todo esto es una eflorescencia del cristianismo, y la Iglesia católica, que tomó al pueblo en la esclavitud antigua para convertirlo en hombre libre, no podía ver con malos ojos la ascensión gradual de las clases laboriosas a una

instrucción más completa y a un bienestar más extenso.

¿Quiere esto decir, señores, que, bajo la acción del progreso, todos los males pueden desaparecer del mundo, llenarse todos los abismos y sentarse todos los hombres en el banquete de la felicidad común? Sería preciso ser cándido para creerlo. Os desafío a que encontréis un estado social perfecto. ¿En dónde se encuentra en la historia y en el género humano contemporáneo? ¿Por ventura cuando los primeros pueblos eran pastores? Pero Abel, el primer pastor, fué muerto por Caín, el primer verdugo. ¿Cuando los pueblos eran cazadores? Pero su arco y sus flechas mataron más hombres que leones. ¿En tiempo de Esparta y Atenas? Pero la historia de aquel tiempo no es más que la historia de sus rivalidades. ¿En la Edad Media? Pero entonces se entabló la lucha, no sólo de pueblo a pueblo, sino de ciudad contra ciudad y de hombre a hombre. ¿En los tiempos modernos? Pero la pólvora, el vapor, la electricidad, de los que tanto os enorgullecéis haber descubierto, ofrecen medios de destrucción más vivos, más rápidos, más ciertos que antes.

¿Cuál es el pueblo que ha clavado sus cañones? ¿Cuál es el pueblo en que el vapor no ha llevado la metralla? ¿Cuál es el hilo telegráfico al que la cólera y la venganza no han confiado desafíos, declaraciones de guerra, órdenes de batalla, matanza y ruina? Soñáis con la paz y la felicidad universal, y os responde el amor de la guerra y la miseria universal. Tirad vuestras calles a cordel, elevad hasta las nubes el techo de vuestros palacios, convocad a exposiciones brillantes todas las naciones del mundo; veo en un rincón el cañón que medita echar abajo esos templos del lujo y de la industria; veo errar, con la vista huraña, la frente sombría y las

manos crispadas, al enemigo de fuera, que prepara alianzas contra nosotros, o al enemigo de dentro, que prepara la dinamita y el petróleo. ¡Civilización moderna, he ahí tus rasgos! Prometes el goce universal, y las llagas caen como el granizo sobre tus sueños desvanecidos. Señores, por grandes que sean nuestros progresos, no curarán jamás todos los males del género humano.

En presencia de las miserias humanas, que fluyen a oleadas, todas nuestras reformas sociales son diques ligeros que disminuyen, sin suprimirlos, la violencia y los estragos del río desbordado, y todos nuestros hospicios, con sus puertas abiertas de par en par, parecen cáscaras de nueces ordenadas en la ribera para recibir y contener el mar. El hombre está hecho de tal modo que el padecimiento fluye de él como de un viejo muro fluye la humedad. Todos los años nos trae el invierno la nieve, la primavera sus flores, el verano sus cosechas, el otoño sus frutos, y el hombre, en toda estación y bajo todo régimen, da sus propietarios y sus infortunados, que aspiran a una felicidad siempre fugitiva e inaccesible. Hay algunos ricos, pero en corto número, algunas familias acomodadas, no muchas aún, y, finalmente, un número incalculable de personas que no tienen más que lo estrictamente necesario, y muchas que ni siquiera lo tienen.

A despecho del trabajo, y a pesar de los progresos incontestables de la sociedad moderna, he ahí la situación. ¿Qué hacer en vista de ella? En dónde hallar el remedio a las desigualdades sociales, que arrancan a tantos hombres sollozos tan profundos y dolorosos?

III. Señores, hay un poder aquí bajo, único capaz de

reparar las desigualdades sociales. Hay un poder más elevado que la filosofía, más eficaz que la ciencia económica, que explica el *dolor* y lo hace soportable al presentarlo a los hombres como preparación y germen de una felicidad eterna; que explica el *trabajo* y lo convierte en honor, en mérito y en deber sagrado; que explica la *riqueza,* su misión, sus peligros, sus responsabilidades.

Hay un poder que tiene acción sobre *todas las almas,* lo mismo sobre las que mandan que sobre las que obedecen, tanto sobre las que poseen como sobre las que nada tienen, así sobre las que padecen hoy como sobre las que padecerán mañana, poder que, semejante al Orfeo antiguo, amansa los malos instintos que hay en el hombre: en el corazón del rico la sed de lujo y de placeres, y la envidia, la ambición y la cólera en el corazón del pobre. Hay un poder que alimenta el trabajo, el orden, la economía en las clases pobres, que sube y desciende a lo largo de la *escala social,* y une sus extremos en el respeto, en el amor, en la virtud. Hay un poder que, *desde hace dieciocho siglos,* se ingenia en hacer descender el bienestar, el honor y la paz en las partes humildes de la sociedad; un poder que ama al pueblo, que ha defendido su causa bajo todo régimen, que ha hecho repercutir sus dolencias al pie de todos los tronos, y que, desde la mañana a la noche, de un extremo a otro de la tierra, del siglo que acaba al siglo que comienza, ha hecho milagros, ha encontrado recursos inagotables y se ha agotado en astucias ingeniosas para apaciguar su hambre, su sed, su desnudez, su abandono, su desesperación. Hay un poder que, *en el día de hoy* más que nunca, se ocupa en el obrero, en el pobre, en el trabajador, y le envuelve en una red de obras e instituciones caritativas; que acecha todos sus gemidos, y corre inquieto, lloroso, para subvenir

a todas sus necesidades: infancia, maternidad, vejez, enfermedad, aprendizaje, trabajo, falta de trabajo, habitación, alimento, ahorro. Hay un poder que *suprime* en cierto modo la desigualdad inevitable de la fortuna y de las condiciones, que la compensa, por lo menos tanto como es posible, por el espíritu de sacrificio, por la espontaneidad de los dones, por la benevolencia de los procedimientos, por las atenciones del amor, por la ternura de la abnegación, por todo lo que desarma la envidia y une a los hombres entre sí. Hay un poder que *alista* en el servicio del pueblo a los grandes, a los ricos, a los sabios, a los sacerdotes, a los seglares, a los niños, a los viejos, a las religiosas, a las mujeres de mundo, y les enseña a amar a los pequeños, no sólo de lejos, enviándoles un auxilio por mano extraña, sino de cerca, trabajando personalmente con celo y desinterés en el mejoramiento de su suerte. Hay un poder que enseña a los desgraciados que la desigual repartición de bienes no es una injusticia, que el rico tiene por misión representar aquí bajo la Providencia, que la condición humilde de los pequeños no es una vergüenza, sino una prueba, que la condición brillante de los grandes no es un mérito, sino una responsabilidad, y que, finalmente, la igualdad se establece en la sociedad, no por los celos, la guerra y la destrucción, sino por las amorosas reciprocidades de la fraternidad cristiana. Hay un poder que lleva el trabajo que ha obtenido éxito en auxilio del trabajo cuyas esperanzas se han frustrado, y reconcilia al rico con el pobre, al patrono con el obrero, al grande con el pequeño, al fuerte con el débil, en el terreno de la caridad, de la gratitud y del respeto mutuo. Hay un poder que es aquí bajo madre y maestra de la justicia y de la paz social. "Así—dice

Thiers,—esta potente religión que se llama cristianismo ejerce sobre el mundo un dominio continuo; mientras que el paganismo no ha podido soportar un momento el examen de la razón humana, el cristianismo perdura desde que Descartes sentó el fundamento de la certeza, y Galileo descubrió el movimiento de la tierra, y Newton puso de manifiesto la atracción, y Voltaire y Rousseau echaron por tierra los tronos. Y todos los políticos prudentes desean que perdure."

Sí, señores, la religión cristiana vivirá; no acabará sino el día en que el dolor acabe en el mundo. Es inmortal, y los que no la conocieron aquí bajo, lo ignoraron todo. Señores, la gran cuestión, y puede decirse la única cuestión que atormenta a nuestro siglo, es la cuestión de las desigualdades sociales. Es insoluble fuera de Jesucristo. Estos últimos años, en un discurso magistral dirigido a los peregrinos franceses, nuestro gran Papa León XIII invitaba a todas las clases sociales a volver a los principios cristianos. En ellos está la salvación, y la paz volverá a descender sobre la tierra el día en que todos los hombres de buena voluntad corran a reconocerse y reconciliarse con la misma oración, al pie de los mismos altares, en el terreno neutral y sagrado de la religión cristiana. Hombres generosos y perspicaces que me escucháis, llevad a vuestros parientes, a vuestros vecinos, a vuestros amigos, a vuestros servidores, a vuestros protegidos, a vuestros protectores, a vuestros proveedores, a vuestros clientes, a la sombra de la Cruz, y la cuestión social quedará resuelta cuando cantemos todos juntos el mismo *Credo* bajo las bóvedas armoniosas de nuestras iglesias consoladas.

Aquel día todos seremos hermanos, y las desigualdades sociales pesarán con peso ligero sobre los hombros del humano linaje pacificado y unido.

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA
DE NOMBRES PROPIOS

TABLA DE MATERIAS

Págs.

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

Dios lo ha creado todo

CONFERENCIA DECIMOCTAVA

La creación y la evolución

CONFERENCIA DECIMONONA

El Dios creador y el origen de las cosas

CONFERENCIA VIGESIMA

El origen del hombre según la Biblia

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMERA

El origen del hombre según la ciencia materialista

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

Los Angeles o los primogénitos de la Creación

Págs.

CONFERENCIA VIGESIMOTERCIA

¿Creó Dios otros seres inteligentes además de los Angeles y de los hombres?

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

Duración de la creación

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

Las peripecias de la creación

CONFERENCIA VIGESIMOSEXTA

Unidad de la especie humana

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

La diversidad de razas

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA

La diversidad de idiomas

CONFERENCIA VIGESIMONONA

Antigüedad de la especie humana